

Vida

de

S. Nicolás de Tolentino



BX4700

.N56

T6

C. 1

009188



1080021314

ITER PAPA TIVM

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El libro de...
...



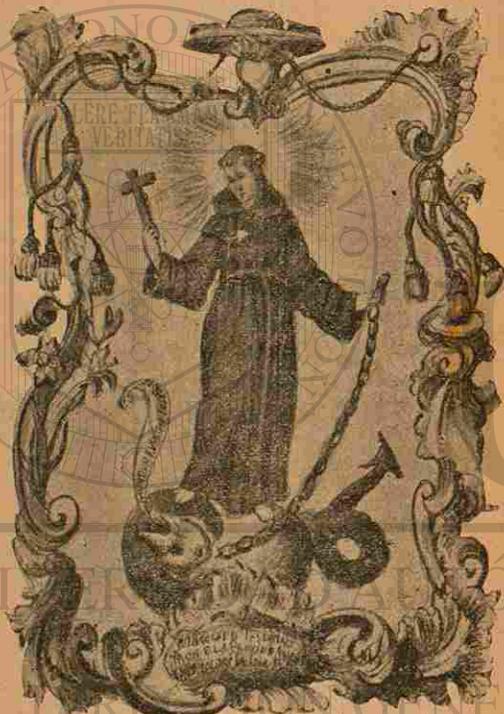
R. 47

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yldemso Portillo

VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO





VIDA

DE

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

DE LA ORDEN DE SAN AGUSTÍN

PROTECTOR DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Y

ABOGADO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

ESCRITA EN FRANCÉS POR EL

P. ANTONINO M. TONNA-BARTHET

de la misma Orden,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO POR EL

P. PEDRO CORRO DEL ROSARIO

Agustino Recoleta.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca
MADRID Biblioteca Universitaria

LIBRERÍA DE D. GREGORIO DEL AMO

Calle de la Paz, núm. 6.

1901

45739

BX4700

N56

T6



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Madrid.— Imp. de L. Aguado.— Pontejos, 8.



INFORME
DEL
SR. CANÓNIGO H. QUILLIET

Doctor en Teología.

SR. VICARIO GENERAL:

He leído la VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO, escrita por el P. Tonna-Barthel, que forma un volumen en octavo de XXIV—394 páginas con 25 grabados, que la imprenta de S. Agustín desea publicar.

El autor ha recogido documentos esparcidos en diversos lugares, y ha hecho con ello un todo que pone en muy alto lugar la heroica figura del monje llamado, por la piedad cristiana y los Papas, Protector de las almas del Purgatorio y de la Santa Iglesia, el más grande taumaturgo de la Iglesia Católica. Los hechos están tomados de las mejores fuentes: el proceso de canonización, los Bolandos, las historias contemporáneas ó de época muy cercana. El escritor ama á su Santo hasta el entusiasmo, y aduce con complacencia los prodigios sin número obrados por el taumaturgo agustiniano. Mas estos prodigios,

009138

ó están aprobados en el proceso de canonización, ó están apoyados en testigos fidedignos. Por otra parte, el P. Tonna-Barthet declara someterse en todos sus juicios á las prescripciones de Urbano VIII sobre estas materias.

Toda la obra respira una seria y bien entendida piedad, un celo apostólico. Es muy á propósito para disipar en ciertos espíritus las ilusiones funestas y las injustas prevenciones contra la vida religiosa. Todos encontrarán en su lectura un despertador de su fe y de consoladoras esperanzas. Así, que yo creo que la autoridad diocesana puede autorizar la impresión y bendecir la difusión de este buen libro.

Dignaos recibir, Sr. Vicario General, el testimonio de mis respetuosos y devotos sentimientos.

H. QUILLIET.

Visto el informe tan favorable del Dr. M. Quilliet, damos muy gustosos nuestra licencia para que se imprima. — Cambrai 16 de Diciembre de 1896.

J.-B. Carlier,

Vic.-Gen.

NOS EL DOCTOR DON JOSE MARÍA DE COS,

por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica y del Mérito Militar, Senador del Reino, Consejero de Instrucción pública, etc., etc.; y en su nombre Nós el Doctor D. Alejo Izquierdo y Sanz, Dean de la Santa Iglesia Catedral, Gobernador Eclesiástico de esta Diócesis, Sede Plena, etc., etc.

HACEMOS SABER: Que venimos en conceder y concedemos nuestra licencia para que en esta Diócesis pueda imprimirse y publicarse la obra titulada VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO, escrita en francés por el P. Antonino María Tonna-Barthet, y traducida al castellano por el P. Pedro Corro, Agustino Recoleta, mediante que de nuestra orden ha sido leída y, según la censura, nada tiene contrario al dogma católico y sana moral.

En testimonio de lo cual expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 20 de Noviembre de 1900.— José María, Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá.— Dr. Alejo Izquierdo.— Por mandado de S. S. I. el Arzobispo-Obispo mi Señor, Dr. Julián de Diego Alcolea, Arcediano Secretario.

En vista del favorable informe que los PP. Fr. Eduardo Melero de Nuestra Señora del Carmen y Fr. Eleuterio Aranda de Nuestra Señora de los Dolores nos han dado de la obra titulada VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO, escrita en francés por el P. Agustino Calzado Fr. Antonino Maria Tonna-Barthet, y traducida al castellano por el P. Agustino Descalzo Fr. Pedro Corro del Rosario, damos por nuestra parte la aprobación y licencia para que, servatis de jure servandis, pueda ser impresa.

En Madrid á 5 de Diciembre de 1900.

Fr. Iñigo Narro de la Concepción,

Comisario General Apostólico.

PROTESTA

Plenamente sumiso á las prescripciones de Urbano VIII tocantes á las causas de los Santos, declaro que en esta *Vida de San Nicolás de Tolentino*, por los calificativos de santo y de milagroso, no pretendo en modo alguno prejuzgar las decisiones infalibles de nuestra Madre la Santa Iglesia.

Fr. Antonin M. Tonna-Barthet,

O. S. A.

Permitida la impresión.

✠ Fr. Sebastián Martinelli,

Prior General de Ermitaños de San Agustín.

Roma, Via del Santo Oficio, 28 de Julio de 1896.

Al Reverendísimo Padre Sebastián Martinelli,

PRIOR GENERAL DE LOS ERMITAÑOS DE SAN AGUSTÍN

Reverendísimo Padre:

Es natural que yo os dedique esta obra. Vos me habéis incitado á emprenderla y me habéis dado alientos para continuarla. Sólo la mano que ha plantado el árbol tiene derecho á coger los primeros frutos.

¡Quiera Dios que este libro disipe en algunos espíritus las funestas ilusiones y preocupaciones infundadas contra la vida religiosa! ¡Ojalá que él haga renacer en las almas el amor á los deberes y los consuelos tan dulces de la fe! Entonces podría yo lisonjearme de que mi humilde trabajo habría reportado alguna utilidad á la causa de la Iglesia.

Benedicid, pues, el libro y á su autor, y recibid el homenaje de profundo respeto con el cual soy de Vuestra Paternidad Reverendísima, muy humilde y obediente servidor é hijo,

Fr. Antonin M. Tonna-Barthet,
O. S. A.

Nantes, Rue du Quatorze-Juillet, le 12 Juin 1896.



A LAS REVERENDAS MADRES AGUSTINAS

RECOLETAS NAZARENAS

DE LA CIUDAD DE MOTRIL (1)

AMADAS HIJAS MÍAS EN EL SACRATÍSIMO CORAZÓN
DE JESÚS

Llegado á estas hermosas playas del Mediterraneo, á este rincón feracísimo de la encantadora Andalucía el día 15 de Marzo de 1899, cabiéndome la no pequeña satisfacción de ser el primer reli-

(1) El convento de Agustinas Recoletas Nazarenas de Motril, único de su clase en Europa por lo que respecta á la Constitución Nazarena, y cuyos principios se remontan al año 1700, en que, bajo la dirección de la V. M. Sebastiana de Santa María, se reunieron algunas mujeres piadosas, fundando, con la autoridad del Prelado diocesano, un Beaterio, con la advocación é instituto de la Visitación de la Virgen y de San Francisco de Sales, fué erigido en convento de la Orden de San Agustín y de Jesús Nazareno el 7 de Abril de 1818, por decreto expedido en el mismo día á petición de las religiosas, por el Ilmo. Sr. D. Martín de Ascargorta, Arzobispo de Granada. Ha sido siempre monasterio de ejemplarísima observancia y santidad, según lo comprueban algunos cadáveres que, como el de la referida M. Sebastiana, su fundadora, se conservan incorruptos. Bien reciente está

gioso agustino que teniais el gusto de saludar aquí, donde ni memoria había de que jamás hubiesen visto á otro en anteriores tiempos, bien recordáis cuál fué el lema preferente de nuestra conversación durante los dos días escasos de mi permanencia con vosotras: apenas hicimos mención de otra cosa más que de asuntos de familia, procurando, como era natural, en lo referente á nuestros antepasados, hablar principalmente de aquellos que, habiendo sido más ricos y poderosos aquí en la Tierra, nos habían legado á su muerte más pingües tesoros que disfrutar y con que ir engañando esta miserable vida. Entre todos cuantos mencionamos en aquellas piadosas conferencias, distinguióse el insigne y glorioso San Nicolás de Tolentino, de quien leemos en el Breviario: *Hizo el Señor ostentación de su poder en el brazo de su Santo... para que llenase de bienes á los menesteros*

aquí aún la memoria de la Hermana de obediencia Sor Francisca de San Rafael.

Esta religiosa, natural de Motril, fué tan amante de la oración, que la mayor parte de las noches de su vida religiosa las pasó íntegras arrodillada en el coro ante Jesús Sacramentado, sin poder, aunque lo intentara, arrancarse de allí hasta la madrugada, momentos antes de llegar la comunidad; fué tan penitente, que, cuantas noches consagró al necesario descanso de su cuerpo, se acostó en el duro suelo con una piedra por cabecera; tan entregada á Dios, que le costaba trabajo apartar el pensamiento de la presencia divina; y, lo que más asombra, tan humilde, que, hasta unos días antes de su muerte, nadie supo nada de todas estas oraciones y penitencias relatadas. Regalada todos los días, durante el último mes de su vida, con éxtasis y visiones de la más inefable gloria, en que

sos (1). Y trayendo y llevando las inmensas riquezas y el grandísimo poder y los ilustres y nobilísimos títulos de este nuestro ascendiente, vinimos á convenir en qué verdaderamente había sido rico y poderoso; mas era el caso que, respecto á las acciones y virtudes que lo habían sin duda hecho digno de tales títulos y riquezas, ni vosotras ni yo podíamos corrernos mucho en aquellos pormenores, siempre agradables é interesantes en el recuerdo de los héroes que ya pasaron.

De regreso á esta ciudad al poco tiempo, destinado por la obediencia á formar parte de la Comunidad religiosa de esta nuestra Residencia de Motril, y encargado por nuestro dignísimo Prelado diocesano de la dirección espiritual de vuestras almas, no necesito recordaros cuántas veces habéis traído á mi memoria el nombre de nuestro héroe, de *nuestro Santazo*, como le llamábamos; cuántas preguntas me habéis dirigido acerca de su ma-

acompañaba, como ella declaró, el mismo Jesús en persona, después de haber anunciado algunas cosas que el tiempo vino á acreditar de profecías, expiró en el ósculo del Señor el día 11 de Abril del año 1891.

Todavía ha sido posterior á esta muerte la de la Hermana Sor Rosario de la Natividad, de inolvidable recuerdo por sus admirables virtudes, y que, postrada en el lecho de la muerte, decía á la M. Priora: «Que no se canse en darme remedios y medicinas, que yo no tengo enfermedad ninguna: muero de amor de Dios» (*). ¡Y pensar que este sagrado recinto de la inocencia y de la santidad se haya de ver en estado poco menos que ruinoso por la falta de recursos en que se encuentra!

(1) Antífona del *Magnificat*.

(*) Murió año 1892.

ravillosa vida; cuánto, en fin, os habéis lamentado de no tener á vuestra disposición una relación extensa y circunstanciada de sus prodigiosos hechos; un minucioso inventario, digámoslo así, de los inmensos tesoros de virtudes y privilegios celestiales que á Dios plugo derramar á manos llenas sobre el incomparable Taumaturgo de Tolentino. Hoy, pues, me cabe la sin igual complacencia de poner en vuestras manos dicho inventario. Inútil como hubiera sido el pretender encontrarlo en nuestra hermosa lengua castellana, pues ni creo que exista ejemplar alguno en las librerías pertenecientes á las ediciones antiguas, ni me creo tampoco yo capaz de hacerlo de mi propia cosecha, parecióme más sencillo ir por él al extranjero y, con escasisimo trabajo y mérito de mi parte, presentaros un libro completamente nuevo para vosotras y para mí.

La obra original, escrita en francés por el P. Antonino Tonna Barthet, con la unción evangélica de quien, al glorificar y ensalzar á su biografiado, sólo pretende contribuir con ello á la mayor gloria de Jesucristo, de quien fué San Nicolás perfectísimo imitador, es verdaderamente una valiosísima joya, ora por la fervorosa elocuencia que en toda ella resplandece, ya por la especial habilidad y gusto con que, á pesar de tantos prodigios como relata, ha sabido el autor sostener el interés y oportuna variedad de estilo que debe campear en toda obra de esta índole; ya, finalmente, por el mayor número de circunstancias y pormenores que contiene de la Vida del Santo sobre todas cuantas de este asunto se han publicado hasta el presente. Como oportuno suplemento á la Vida de

San Nicolás, y que confío habrá de ayudaros á satisfacer vuestra grandísima devoción hacia el mismo, nada más conveniente que adicionar al libro el piadoso y preciosísimo Septenario que mi querido hermano y compañero de Residencia, Padre Fr. Juan Aráiz de la Purísima Concepción, acaba de traducir, para este objeto, de la lengua italiana.

Por mi parte, ¿qué os diré yo de nuevo acerca de San Nicolás? Imposible encontrar en la pléyade inmensa de sabios y santos que han ilustrado á nuestra sagrada Orden, durante su ya larguísima existencia, uno siquiera que haya influido tan directamente en conservar en ella el espíritu que, con su incomparable amor á Dios, supo imprimirle nuestro glorioso y sapientísimo Patriarca, que haya derramado sobre ella tan vivos y esplendorosos rayos de virtud y de santidad, que haya llamado hacia sí con tan irresistible atractivo los corazones y las miradas de los hijos de Agustín. Ni el martillo de arrianos y pelagianos, San Fulgencio de Ruspe, la más saliente figura de la Orden Agustiniiana en los primeros siglos, el más grande teólogo y el más eminente santo de su época, según frase de Bossuet (1); ni el apóstol infatigable de la Irlanda, San Patricio, que al frente de sus intrépidos hermanos de hábito supo convertir de tal modo á sus habitantes gentiles á la fe católica, que mereció desde entonces ser llamada Irlanda la Isla de los Santos; ni el gran Duque de Aquitania, San Guillermo, insigne restaurador de la Orden en la nación francesa; ni Santa Clara de

(1) Yus (Dr. Miguel), Patrología.

Monte Falco, tan distinguida entre los santos, como nos manifiestan así los tres globulitos contenidos en la vesícula de su hiel, completamente idénticos entre sí en color, peso y tamaño, símbolo maravilloso de la Santísima Trinidad, como las sagradas insignias de la Pasión de J. C., grabadas milagrosamente en su corazón, que aun permanece incorrupto después de cerca de seiscientos años; ni la popularísima Santa Rita de Casia; ni Santa Juliana Corneliaguense, instrumento providencial, elegido por la divina Sabiduría para instituir en la Iglesia la fiesta del Santísimo Corpus Christi; ni Santo Tomás de Villanueva, llamado por antonomasia «el Padre de los Pobres»; último Santo Padre de la Iglesia española, como le llama un sabio escritor francés, oráculo sapientísimo y el más autorizado confidente del emperador Carlos V en los días de nuestras mayores glorias: ninguno de éstos, á pesar de los títulos indiscutiblemente ilustres que acabo de indicar, ha logrado hacerse tan popular ni tan invocado en la Orden Agustiniiana como el angélico y humildísimo Nicolás de Tolentino. Si á cualquiera de los religiosos de San Agustín se le diese la comisión de formar un catálogo de Santos de la Orden, según el mérito y prestigios que cada uno de ellos tuviese entre nosotros, desde luego puede asegurarse que, después de nuestro insigne Patriarca y de nuestra Madre queridísima Santa Mónica, iría colocado San Nicolás.

Y en verdad que nada más justo que este cariño y entusiasmo de la Orden Agustiniiana hacia tan preclaro hijo: por dondequiera que abramos los anales de nuestra historia, nos será cosa fácil el

hallar algún reflejo santo, algún piadoso recuerdo del asombroso Taumaturgo. Llevado, según veréis en la lectura de su Vida, de uno en otro convento de las provincias de Italia, tan pronto como hace su entrada en cualquiera de ellos, al punto sus moradores se sienten inflamados de los más ardientes deseos de perfección religiosa, y brotan allí, cada día más hermosas, las flores de la virtud y de la sabiduría divina; de cuyo aroma atraídos, corren al claustro numerosos adoradores de Dios y desengañados del mundo, ansiosos de vestir el hábito agustiniano, logrando muchos de ellos, como el Beato Antonio de Amándula (1), después de observar en sí, hasta en los más insignificantes pormenores, la austeridad de vida y la pureza de costumbres de Nicolás, arribar á las cumbres de la perfección más eminente. A la grandísima devoción del pueblo cristiano hacia nuestro Santo, manifestada sobre todo en la grandiosa y hasta entonces nunca vista solemnidad de su canonización, se debe la creación de la Archicofradía de Nuestra Señora de la Correa, tal vez la más enriquecida en gracias y privilegios de los Sumos Pontífices, deseosos de satisfacer el gran anhelo de los fieles por verse ceñidos con la misma Sagrada Correa que había vestido el santísimo Ermitaño. Él, finalmente, acompañado de su gran Padre San Agustín y del Bautista San Juan, trajo á la soledad del claustro agustiniano á la piadosa viuda de Casia, Santa Rita, que, rechazada tres veces por las Madres Agustinas de aquella ciudad, cuya

(1) Breviario de la Orden Agustiniiana, 6 de Febrero.

compañía había otras tantas veces solicitado, vióse milagrosamente transportada por dichos tres Santos, á través de fragosas montañas, é introducida en aquel venerable convento, donde aún permanece su cuerpo incorrupto después de cuatro siglos y medio, que la han colmado de bendiciones, que la han invocado con la más ilimitada confianza y la han canonizado por aclamación unánime bajo el glorioso título de *Abogada de imposibles*, tributándole el culto más universal y espontáneo; culto que acaba de ratificar oficial y solemnemente Su Santidad León XIII al inscribir, á la que hasta ahora no era más que Beata, en el catálogo de los Santos.

Uno de los más extraordinarios y característicos favores con que el Cielo se dignó distinguir á San Nicolás, fué el de la celestial música con que, en los seis meses inmediatos á su muerte, regalaron sus oídos y llenaron su corazón de inefable regocijo los espíritus angélicos; maravilla que algunos siglos más tarde había de reproducirse en otro miembro insigne de nuestra Sagrada Orden, el P. Nicolás Perea, uno de los cuatro primeros misioneros, todos ellos agustinos, que en 1543 arribaron, en la expedición de Ruy López de Villalobos, á las Islas Filipinas. Dice así la crónica hablando del P. Perea (1): «Premióle Dios nuestro Señor aun en esta vida, como al glorioso P. San Nicolás de Tolentino, lo bien que en ella le había servido y agradado: porque, seis meses antes de su muerte, cada día le daban música los ángeles tres

(1) Crónicas de los PP. Agustinos Recoletos, Vida del P. Nicolás Perea. Tomo I.

veces. La primera por la mañana, en que le cantaban la *Gloria*; la segunda al medio día, en que repetían el *Credo* con muy dulce melodía, y, en llegando al *Homo factus est*, lo decía uno solo, con voz tan sonora y suave que el bienaventurado viejo se quedaba elevado y arrobado; seguíase á la noche la tercera, etc.»

No puedo substraerme á la tentación de trasladar aquí el siguiente relato, que el P. Alonso de Villarino nos ha dejado impreso en su interesantísima obra *Solar esclarecido de Agustinas Recoletas*, en la Vida de la gran sierva de Dios María de la Fe, del convento de Eibar, la cual mereció ser regalada por el divino Esposo con las santísimas llagas de su Pasión grabadas en sus pies, manos y costado. Oigamos las propias palabras de la Venerable: «Vi en el Sagrario un Cáliz, y una Hostia encima de él, y un Niño en la Hostia. El Cáliz era de muy gran valor, y el Sagrario estaba todo alrededor muy adornado de luces, ángeles y santos, y parecióme que salía de entre aquellos santos uno que era nuestro P. San Nicolás de Tolentino, que traía una forma en las manos, y á sus lados ángeles con luces en las manos. Entendí que me quería comulgar. Yo estaba, de ver esto, no menos admirada que encogida con tan gran merced; deseaba postarme en tierra, si pudiera; mas con el corazón lo hice lo mejor que pude; y, procurando vencer mi encogimiento y no ser cobarde en recibir tan gran merced, recibí la comunión y quedé arrobada; y estando así un rato, habiendo desaparecido las dichas cosas, vi á nuestro P. Santo Tomás de Villanueva, vestido de Pontifical, y, mostrándoseme muy alegre, se sentó junto á mí y me dijo que no

dudase de todo lo que habia visto: con que estuve dos días muy consolada». Hasta aquí la Venerable Madre.

Fiel y poderosísimo abogado de aquellos que invocan su santo nombre, innumerables veces se ha dejado ver de religiosos nuestros, sobre todo en los momentos de la agonía, ya convidándolos á las mansiones de la Gloria y recreando su ánimo con la vista de amenísimos jardines, representación de los eternos verjeles del Paraiso, como al Hermano Corista Fr. Tomás de la Concepción (1); ya defendiéndolos contra las acometidas del enemigo infernal, como al angelical Hermano, también corista, Fr. Juan de San Agustín (2); ya derramando en su corazón el bálsamo del consuelo y de la más inefable alegría, como al Venerable P. Alonso de la Anunciación (3); ora, finalmente, anunciándoles de parte de Dios el pronto restablecimiento y vuelta á la salud, que ya se daba por desahuciada, como al P. Fr. Antonio de San Agustín (4).

Y ¿quién sería capaz de ponderar aquí debidamente el alto prestigio de Nicolás, como protector de nuestros religiosos misioneros, y la singular confianza que siempre éstos tuvieron depositada en su milagroso hermano? Bien sabéis, hijas mías, que, si de algo puedo preciarme en mi vida de agustino, es de pertenecer á una de las provincias dedicadas, hasta hace muy poco, á propagar

(1) Crónicas de los PP. Agustinos Recoletos, tomo iv, núm. 821.

(2) Idem id., tomo iv, núm. 261.

(3) Idem id., tomo i, página 429.

(4) Idem id., tomo i, página 442.

y sostener el Evangelio en nuestro malogrado Archipiélago de Filipinas; provincia, la nuestra, cuyo Titular y Patrón es precisamente el insigne San Nicolás. Conocedor, por tanto, perfectamente del lugar que éste ocupaba entre sus hermanos los filipinos, como quien ha vivido entre ellos por espacio de once años, bien puedo aseguraros que así entre los individuos de mi amada provincia, como entre los de la del Santísimo Nombre de Jesús de nuestros Padres Calzados, el nombre de San Nicolás de Tolentino habia de ser indefectible y como necesariamente pronunciado por cuantos nos honrábamos llamándole hermano nuestro, siendo tan evidente la protección del Santo que, por lo que respecta á nuestra provincia de Agustinos Recoletos, de la que yo puedo hablar, á pesar de haber tenido la administración espiritual más desparramada, difícil y peligrosa entre todas las del Archipiélago, y á pesar de ser los naufragios frecuentísimos entre nosotros, en cerca de trescientos años, hasta la pérdida de nuestro dominio en Filipinas, tal vez no lleguen á seis los agustinos recoletos que han muerto náufragos. Unas veces apareciéndose el Santo visiblemente á nuestros navegantes; otras veces en virtud de su pañecillo bendito, hanse visto dominados en las naves formidables incendios, ó se han calmado las más espantosas tempestades, ó se han evadido desconocidos escollos, ó, finalmente, con fuerzas inmensamente más pequeñas, se han alcanzado, contra enemigos piratas, las más brillantes victorias (1): prodigios estupendos que, acrecentando

(1) Véanse los números siguientes del tomo iv

cada día en los fieles la confianza y entusiasmo hacia el insigne Taumaturgo, merecióronle el glorioso título de Patrón de la Ciudad de Manila, capital de aquel Archipiélago. He aquí cómo se expresa sobre este punto nuestro sabio cronista el P. Fr. Andrés de San Nicolás, hablando de las imágenes que se veneran en nuestra iglesia de Recoletos de Manila. «La tercera (imagen) que ilustra y engrandece este convento es la de su famoso Titular Nicolás de Tolentino, el cual se ha querido dar á conocer en aquellas remotas regiones, tanto como en las otras de la Cristiandad, por los continuos prodigios y portentos que allí hace. De los que se han visto en Manila solamente, se pudiera escribir un gran volumen, y mayor de los de fuera. Baste decir que, por haberse aparecido á los navegantes en sus mayores aprietos y congojas, le han tomado por Patrón todos á una; correspondiendo el glorioso Santo á su piadosa devoción con excelsas maravillas, no dejando por eso de obrarlas en la tierra muy frecuentes: por lo cual, así españoles como indios de las Islas Filipinas, le veneran como asilo en quien tienen bien seguro su remedio» (1).

Ved, pues, hijas mías, si tengo yo justo motivo para regocijarme en el Señor al poder ofreceros hoy, en la Vida de San Nicolás de Tolentino, un ángel tutelar que vele vuestros pasos en este miserable destierro del mundo; un maestro consumado

de las Crónicas de PP. Agustinos Recoletos, 431, 438, 730 y siguientes 808 y 911. Del tomo I, la página 529. Del tomo III, la página 280.

(1) Tomo I de dichas Crónicas, página 442.

en todo género de virtudes, que venga á suplir mi insuficiencia en la dirección de vuestras almas; un espejo purísimo, en cuyo fondo veréis reproducidas y como condensadas todas las aspiraciones hacia lo alto, toda la abnegación en las amarguras de la vida, todo el celo por la gloria de Dios y de su Iglesia santa, todo el menosprecio de los bienes perecederos del mundo, toda la sed de penitencias y austeridades, toda la humildad y modestia en medio de los aplausos, todo el valor y fortaleza de corazón contra las embestidas de Satanás, todo el amor y ternura hacia Jesús y su Madre Santísima, todo el espíritu, en fin, de perfección evangélica que nuestro gran P. San Agustín nos ha dejado inculcados, así en su admirable Regla como en su santísima conducta.

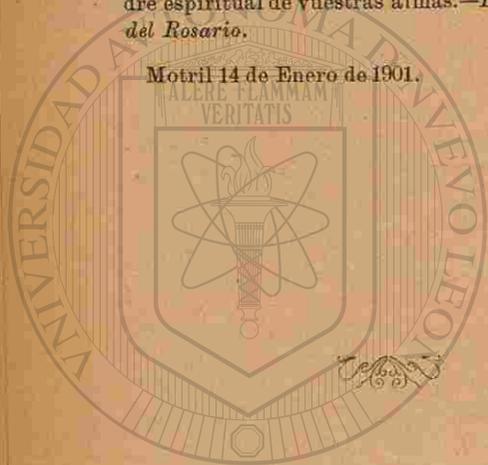
Que el Santo benditísimo dirija una mirada de compasión hacia la Iglesia atribulada, y, como en otro tiempo logró con su valioso patrocinio salvarla del formidable cisma de más de cincuenta años, alcance también hoy del Padre de las misericordias luzca ya sobre la Cristiandad, puro y esplendoroso, el astro de la Fe, á cuya luz abran los ojos del alma tantos infelices pecadores que, ciegos por las nieblas de la pasión ó de la ignorancia, avanzan sin remedio hacia el abismo de la condenación eterna.

En cuanto á vosotras, amadas hijas mías, solamente os deseo que vuestro glorioso Hermano os conserve en los buenos deseos de que se hallan animados vuestros corazones, y haga que, cooperando cada día con mayor fidelidad á la gracia de vuestra vocación, crezca más y más en vuestro pecho el amor á Jesús y á su bendita Madre, los cua-

les vengan á recibir algún día el último suspiro de vuestra alma sobre la Tierra.

Entre tanto, no os olvidéis en vuestras oraciones del menor de vuestros Hermanos, indigno Padre espiritual de vuestras almas.—*Fr. Pedro Corro del Rosario.*

Motril 14 de Enero de 1901.



PREFACIO

El principio y la fuente de toda santidad es Jesucristo. El hombre no es santo sino á condición de imitar al Hombre-Dios en su vida de acción y en su vida de padecimientos; mas, cualquiera que, según la medida de la gracia recibida y las fuerzas de la débil naturaleza humana, haya fielmente imitado las virtudes y dolores del Salvador, habráse hecho aun en esta vida participante de su vida divina y de su poder, á la vez que perfeccionará la obra de la redención del mundo. Toda la santidad procede, pues, de este tipo divino, que es el único que puede proporcionar la reparación del pecado, el único que reúne méritos suficientes para ser propuesto por modelo de perfección á la humanidad rescatada. La regla de toda santidad se halla contenida en estas

palabras: «Obra según el modelo que te ha sido mostrado en el monte».—(Exodo, xxv, 40.)

San Nicolás de Tolentino fué uno de estos perfectos imitadores de Jesucristo. Nacido en una clase superior de la sociedad, y habiendo de escoger entre la vida muelle y regalada del mundo y las austeridades del claustro, decidióse desde luego, como lo más seguro y preferible, á ocupar el lugar más ínfimo en la casa de su Dios.

Dos fases bien distintas señalan la vida de nuestro Santo, á las que nosotros nos acomodaremos en la composición de este libro. En la primera le veremos, niño todavía, alcanzar un grado de perfección muy superior á su edad: verémosle, más tarde, novicio y profeso, siendo á todos ejemplo en la práctica de las virtudes del claustro. La segunda nos presentará al religioso convertido en apóstol infatigable, lleno de celo, de vigilancia y de abnegación.

La vida de Nicolás en el claustro es un prodigio de austeridad. El demonio pretende apartarlo de la oración, recurriendo para ello á los medios más violentos. Dios asiste á su fiel servidor y lo colma de favores extraordinarios: los milagros

se suceden á los milagros, y hacen de San Nicolás de Tolentino *el más grande Taumaturgo* de la Iglesia católica (1). San Nicolás no vivió más que para el Cielo; su vida es, en cierto modo, un éxtasis continuado; sus enfermedades, que le tienen frecuentemente postrado en el lecho del dolor, acrecientan sus deseos de ver el día en que ha de salir de la cárcel de este mundo. Así, cuando la Santísima Virgen se le aparece, anunciándole que ya tocaba á los últimos días de su vida, Nicolás se muestra pronto á conformarse con la voluntad de Dios, y muere, no solamente resignado, sino también gozoso de abandonar esta tierra llena de miserias y peligros.

Para conocer bien á San Nicolás es necesario recurrir á las actas del proceso de su canonización. Allí se oye hablar á sus hermanos, á sus discípulos y á sus amigos, cuyos testimonios, llenos de sinceridad, nos pintan con los más vivos caracteres á su querido hermano y venerado maestro. Cuando uno ha tenido la rara fortuna de tomar en sus manos estos preciosos documentos, cuando uno los ha estudiado con minuciosa diligencia, en-

(1) Eugenio IV, Apud Cornel. Curt.

tonces es cuando se aprecia en lo que se merece la gran figura de San Nicolás.

La vida de San Nicolás de Tolentino ha sido escrita en latín, en español, en italiano, en alemán, en inglés, y probablemente en muchas otras lenguas. Los documentos que nosotros hemos preferido, corresponden casi todos á los siglos XIV, XV y XVI. Desgraciadamente estos antiguos autores se limitan á referir los hechos sin comentario ni explicación alguna, y aun sin preocuparse por la precisión cronológica. Nosotros hemos procurado transformar estos documentos en una historia propiamente dicha, aunque no nos lisonjemos de haberlo conseguido.



VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

CAPÍTULO I

Infancia de San Nicolás.—Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Verid á mi.—Su caridad para con los pobres.

Enclavado en alegre y pintoresca ladera, que domina á la pequeña ciudad italiana de San Angel *in Pontano*, se levantaba en el siglo XIII el antiguo castillo donde vino al mundo el ilustre Santo, cuya vida y virtudes nos hemos propuesto referir. Este admirable Tauraturgo, que hoy veneramos con el nombre de San Nicolás de Tolentino, pertenece á la Orden de Ermitaños de San Agustín, de la cual es él todavía la gloria más pura y el modelo más perfecto. Su santidad eminente le ha merecido el ser proclamado, así por los

tonces es cuando se aprecia en lo que se merece la gran figura de San Nicolás.

La vida de San Nicolás de Tolentino ha sido escrita en latín, en español, en italiano, en alemán, en inglés, y probablemente en muchas otras lenguas. Los documentos que nosotros hemos preferido, corresponden casi todos á los siglos XIV, XV y XVI. Desgraciadamente estos antiguos autores se limitan á referir los hechos sin comentario ni explicación alguna, y aun sin preocuparse por la precisión cronológica. Nosotros hemos procurado transformar estos documentos en una historia propiamente dicha, aunque no nos lisonjemos de haberlo conseguido.



VIDA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

CAPÍTULO I

Infancia de San Nicolás.—Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Verid á mi.—Su caridad para con los pobres.

Enclavado en alegre y pintoresca ladera, que domina á la pequeña ciudad italiana de San Angel *in Pontano*, se levantaba en el siglo XIII el antiguo castillo donde vino al mundo el ilustre Santo, cuya vida y virtudes nos hemos propuesto referir. Este admirable Tauraturgo, que hoy veneramos con el nombre de San Nicolás de Tolentino, pertenece á la Orden de Ermitaños de San Agustín, de la cual es él todavía la gloria más pura y el modelo más perfecto. Su santidad eminente le ha merecido el ser proclamado, así por los

fieles como por los Sumos Pontífices, protector de la Iglesia universal y de las almas del Purgatorio.

Pedro de Bretaña nos hace notar, hablando de San Nicolás, que Dios, en sus designios providenciales, eligió un lugar cuyo nombre recuerda á los ángeles, para que en él naciese aquel que, en un cuerpo mortal, debía llevar una vida toda angélica, triunfar de los esfuerzos del mundo y del demonio, y, por la sola fuerza de la gracia y su fiel correspondencia á la misma, conservar el tesoro de la pureza y la inocencia, que es el principal distintivo de los espíritus celestiales que ven á Dios y rodean su majestuoso trono (1).

Era la familia de su padre, Compañón de Guaruti, una de las más nobles y más antiguas de las Marcas; y su propio hermano Lelio era señor del castillo, así como de casi todas las tierras de San Angel in Pontano. Su madre, Amada de Guidiani, era también originaria de una ilustre familia (2). Aunque á los ojos de nuestra Madre la Iglesia signifiquen muy poco la nobleza é hidalguía del abolengo, ella, sin embargo, las tiene muy en cuenta, á fin de imponer á los here-

(1) Pedro de Bretaña, *Vida de San Nicolás de Tolentino*, Munich, 1722, pág. 1.^a

(2) Nicolaus e Castro Sancti Angeli parentibus ortus nobilibus.

deros de un nombre glorioso la doble obligación de una leal obediencia á sus preceptos, y de una vida santa, que sea el ejemplo á que los demás hayan de adaptarse. De ahí viene el tan justo proverbio que dice: «Nobleza obliga».

Los autores contemporáneos al Santo apenas hacen mención de la fortuna poseída por los padres de San Nicolás, lo cual nada tiene de extraño en unos religiosos de vida tan austera, acostumbrados á preferir las virtudes de sus hermanos á todos los bienes perecederos del mundo.

Compañón y Amada despreciaban igualmente las riquezas terrenas, y no aspiraban á otra cosa que á los bienes inmortales de la gloria. Viviendo en el santo temor de Dios y entregados á la práctica de la piedad, cumplían con gran devoción las obligaciones de su estado. «Su casa, añade Pedro de Bretaña, era un verdadero templo, donde los dos esposos adoraban al Señor continuamente en espíritu y en verdad, por medio del ayuno y de la oración (1).

Los Guaruti habían sido en una y otra generación ejemplares cristianos, juzgándose felices de contar entre sus antepasados legiones enteras de creyentes. Eran originarios

(1) Pedro de Bretaña, pág. 2.

de aquellos lombardos y aquellos intrépidos romanos á quienes debe Italia la gloria de haber sacudido el yugo de la herejía y de haberla hecho desaparecer, después de muchos siglos de porfiadas y sangrientas luchas.

Hacia muchos años que Compañón y Amada suplicaban al Señor encarecidamente se dignase consolarles con algún fruto de bendición en su matrimonio, pues Amada era ya de avanzada edad (1). Cierta día en que se hallaba ésta dirigiendo su oración á Dios con tal objeto y con un fervor aún mayor que el acostumbrado, sintióse inspirada por la idea de dirigir sus pasos á San Nicolás de Mira, al cual profesaba ella una singular devoción. Hizo, pues, entonces á Dios la promesa de ir en peregrinación á Bari, donde todavía se conservan y veneran las reliquias de este santo Obispo, y sin tener para nada en cuenta las fatigas que había de ocasionarle un tan largo y penoso viaje, dió noticia á su marido de la piadosa resolución; el cual, contra lo que ella esperaba, aprobó al momento y sin dificultad los deseos de su consorte. En

(1) Cum multis diebus ætatis suæ processisset et velut sterilis filios procreare non posset... *Historia Beati Nicolai Tholentinatis, quæ composita fuit à Fratре Petro de Monte Rubiano, lectore anno Domini M.CCCXXXVI tempore Domini Joannis Pape vigesimi secundi, cap. 1, núm. 1.*

tonces, transportada de júbilo, cayendo ella de rodillas, exclamó: «Oh, Dios mío! Si Vos me concedéis la gracia que solicito de vuestra paternal bondad, yo consagraré á vuestro servicio el fruto de mi seno, como lo hizo en otro tiempo la madre del Profeta Samuel. Ya sé que mis plegarias no son dignas de ser escuchadas; mas escuchad favorablemente las que por mí os dirige en el Cielo vuestro glorioso servidor Nicolás» (1).

La Divina Providencia no abandona jamás á aquellos que en ella esperan: así que, algunos días después, un ángel se apareció á estos piadosos consortes, durante la noche, y les dijo: «Levantaos: partid inmediatamente para Bari. Allí se os profetizarán las glorias del hijo que Dios quiere conceder á vuestra fe» (2).

Conmovidos por este aviso del Cielo, levantáronse al punto Compañón y su esposa, y, sin aguardar el día, hicieron algunos pequeños preparativos, oyeron la santa Misa, recibieron el pan de los fuertes, y, dirigiéndose hacia el lugar que debía ser testigo del anunciado prodigio (3), recorrieron á pie y en

(1) Giorgi. *Vida de San Nicolás de Tolentino*. Tolentino, 1887, pág. 13.

(2) *Paneos post dies per quietem ambobus apparuit angelus, qui dixit eis: Surgite... etc.* Breviar. Proceso de canonización. San Antonino, in vita.

(3) Y así que, posponiendo todo otro cuidado

traje de peregrinos el camino que los separaba de Bari, sufriendo durante muchos días grandes fatigas y privaciones (1).

Llegados al término de su viaje, Compañón y Amada dirigiéronse apresuradamente á la Basílica, donde se veneran las preciosas reliquias del Santo Obispo de Mira. Prosternados sobre las losas del templo, permanecieron en oración hasta la noche, olvidados de su cansancio, cayendo, en fin, ambos, dominados de un profundo sueño, junto á la urna que contenía las reliquias del Santo. Sería la media noche, cuando, apareciéndoseles el bienaventurado San Nicolás, conforme á lo anunciado por el ángel de Dios, revestido de los ornamentos pontificales y en la majestad de su gloria: « Yo he bajado á vosotros, les dijo, por orden de aquel mensajero celeste que habéis visto en San Angel; y vengo á anunciaros que vuestras fervientes súplicas, que han llegado hasta el Trono de Dios, han sido escuchadas. Tendréis, pues,

terreno, se confesaron primero, y recibida la Sagrada Eucaristia inmediatamente... Frigerio. La gloriosa vita e gli excelsi miracoli dell'Almo Confessore Santo Nicola de Tolentino da gli antichi originali raccolta. Camerino, 1578.

(1) Viatorio habitu accincti, et baculo tornatili, atque in usum aquæ cucurbita instructi, alacres fidentesque Barium. versus iter susceperunt. *Breviarium.*

un hijo que se llamará Nicolás, en reconocimiento de la gracia obtenida por mi intercesión. Él entrará en una Orden religiosa, donde su vida austera, sus prodigiosas mortificaciones y sus resplandecientes virtudes serán para sus hermanos un continuado milagro. Tened fe en mis palabras, pues todo lo que os anuncio en nombre de Dios se realizará » (1).

Nueve meses más tarde, en el mes de Septiembre de 1245, daba al mundo la piadosa Amada al hijo de las predicciones divinas, el cual fué bautizado el mismo día, imponiéndosele el nombre de Nicolás. ¡ Ah! Si el sacerdote que lo hizo cristiano hubiera podido descorrer el velo del porvenir y leer en él lo que había de llegar á ser algún día el nuevo bautizado, ¡ qué acciones de gracias no hubiera él tributado á la Divina Providencia por haber suscitado un tal apóstol! En efecto: si la muerte de los santos, según la expresión del Profeta, es preciosa á los ojos de Dios, ¿ no ha de ser también precioso su nacimiento á los ojos de los hombres?

(1) *Ipsis in pavimento Ecclesie ante Beati Nicolai altare dormientibus, Sanctus Nicolaus in habitu pontificali apparuit dicens: Angelus qui vobis apparuit, mihi dixit ut ad vos venirem, nuntians et confirmans quia vobis meo obtentu nascetur filius, et vocabitur Nicolaus... Hic erit Deo acceptissimus religiosam arctamque vitam duceus... etc. Proceso de canonización.*

Inspirada por una verdadera ternura y por una esclarecida piedad, Amada consideró como un deber sagrado y una dulce obligación el amamantar por sí misma á su hijo. Hubiera creído renunciar á su título de madre proporcionando á su hijo, por ajeno ministerio, los cuidados de la primera edad, cuya influencia es tan grande sobre el resto de la vida.

Siguiendo el ejemplo de Ana, madre de Samuel, ofreció á Dios el fruto de su seno, suplicándole se dignara ser su particular protector y preservarlo de todo pecado; y Dios, escuchando esta súplica maternal, derramó desde entonces sobre Nicolás tal abundancia de gracias y bendiciones, que el niño se levantó rápidamente, de grado en grado, á la más encumbrada santidad.

El mostraba ya toda la hermosura de sus progenitores. La historia nos dice que ningún otro niño había que pudiera comparársele (1); la fe robusta y austera de su padre, la tierna devoción y graciosa bondad de su madre, pasaban alternativamente, y sin esfuerzo, del alma de Nicolás á su pura y dulce fisonomía. Desde su más tierna juventud, marcada con el sello de la gracia divina, excitaba la admiración de cuantos le rodeaban, por su precoz

(1). Frigerio, cap. III, pág. 21. Giorgi, cap. I, página 16.

piedad y sus admirables cualidades. El amor á los trabajos parecía ya tan innato en su corazón, que jamás demostró con las lágrimas los dolores inevitables de sus primeros años, notando, además, con extrañeza la misma Amada que el lunes, el miércoles y el viernes de cada semana no tomaba la leche materna sino una sola vez al día (1). Cuando él ya pudo andar por la casa, no se cansaban sus parientes y amigos de venir á verlo; tan modesto se mostraba ya en todas sus actitudes. Aun no podía más que tartamudear, y ya manifestaba con demostraciones de infantil regocijo los sentimientos de amor que le atraían hacia Jesús y María; buscaba sus sagradas imágenes con exquisita solicitud, y tan pronto como su vista lograba descubrir alguna, manifestaba con sus gestos una afectuosa ternura hacia ellas (2). ¿No había algo de tierno y encantador, capaz de arrancar lágrimas del corazón, en este culto de la niñez hacia el Salvador y su divina Madre? Prevenido con tan prematuras gracias celestiales, Nicolás no aprende á conocer al mundo sino para temerle y menospreciarle. Aun no tiene más de tres años y todas sus recreaciones

(1) Zacconi, cap. III. Nicolás de la Ascensión, Pedro Galdo, Paravicino, cap. II.

(2) Frigerio, José Renal, lib. VII, cap. III. Gandolfo, cap. IV.

consisten en la oración y el servicio de Dios. Nada más tierno que verlo, lejos de los niños sus compañeros, dedicarse á la oración con un fervor angelical, sin cuidarse de tomar parte en sus diversiones (1). Su madre, que no solamente lo amaba como una madre según la naturaleza, sino, sobre todo, como una madre según la gracia, se ocupaba en la educación de su hijo con un esmero exquisito, con un tacto perfecto y un corazón preparado por Dios mismo para la gran obra de su educación moral y religiosa. Esta fué la primera gracia otorgada á San Nicolás de Tolentino por la Divina Providencia. La historia nos demuestra que los grandes genios, los grandes caracteres y los grandes santos han sido doblemente hijos de sus madres. La sangre de éstas los ha vivificado y animado; pero ellos se han formado más en el regazo y junto al corazón de cariñosa madre, oyendo sus lecciones y viendo sus ejemplos, que escuchando las instrucciones de los más hábiles maestros. Toda la sabiduría de aquéllos, toda su energía, toda su santidad refluyen en aquellas cuyo amor tierno y persuasivo ha fecundizado los pri-

(1) *Mulierum et puerorum consortia vitabat... senilem quamdam gravitatem præ se ferebat. Proceso de canonización.*

meros ensayos de su espíritu: á ellas se debe principalmente las aspiraciones de tales hijos hacia lo sublime y hacia la santidad, que hacen hoy glorioso y bendecido su adorable nombre. Nicolás, por su parte, tenía un alma inclinada á lo bueno por su natural índole, y respondía perfectamente á los cuidados y solicitud de su piadosa madre. Era, en verdad, un conmovedor espectáculo el verle, todavía niño, hacer esfuerzos por tenerse arrodillado en tierra, sin el menor apoyo, durante el santo sacrificio de la Misa. Inmóvil, con los ojos fijos en el altar y juntas sus manos ante el pecho, él parecía, en verdad, un ángel del Cielo. Un día que el niño oía Misa en compañía de sus padres, quiso Dios manifestarle, por medio de un prodigio, cuán agradable le era este prematuro fervor. En el momento de la elevación de la Sagrada Hostia iluminóse repentinamente el rostro de Nicolás y vió á Nuestro Señor en la forma de un niño que le llamaba y le decía: *Ven á Mí, pues Yo estoy estrechamente unido á aquellos que tienen el corazón puro é inocente* (1).
¡Oh visión infantil, cómo nos arrebatas!

(1) *Frequens admodum in templis erat... ubi quadam die, sacerdote Hostiam elevante, Christum Dominum puerili specie sibi arridentem contueri meruit dicentem sibi: «innocentes et recti adhæserunt mihi». Proceso. Breviario.*

Ninguna idea de la Tierra te conturba. En ti todo es casto, dulce y placentero. Feliz y bienaventurado el pequeño ángel terrestre que mereció repetidas veces disfrutar de un favor semejante. Favor que explica las lágrimas que inundaban su rostro cada vez que se ponía á orar en la presencia de Dios. Esta caridad ardiente hacia el Señor debía, naturalmente, producir en Nicolás los mismos efectos que leemos en los demás santos. El amor para con los pobres fué el primero. Comprendiendo sus padecimientos y compadeciendo sus desgracias, este niño de bendición reservaba para ellos cuanto recibía de sus generosos padres, comenzando desde entonces á ejercitar en ellos aquella heroica é inagotable caridad que lo ha hecho digno del agradecimiento de los hombres.

A la vista de la miseria y privaciones de sus prójimos, todo en él revelaba una emoción profunda, y, faltándole alguna vez dinero para socorrerles, según deseara, hacía le siguiesen los indigentes, y, conduciéndolos á casa de su padre, le suplicaba tiernamente no los despidiese sin algún alivio y limosna (1).

(1) *Insigni in pauperes commiseracione domi comiter excipere...* Breviario. Con mucha compasión recogía á los pobrecitos y los conducía á su casa propia, donde los confortaba y ayudaba con mucha caridad. Frigerio, cap. II, pág. 21.

Deseaba asimismo acompañar todos los días á su piadosa madre en las visitas de ésta á los enfermos, y esforzábale allí por prodigarles todos los pequeños servicios de que era entonces capaz. Tal era Nicolás en sus primeros años, el cual, á semejanza del Niño Jesús, crecía en gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres, prometiendo para el porvenir frutos admirables de virtud y de santidad.



las palmas y coronas prometidas por Dios á sus amigos.

Al recorrer las diferentes biografías de San Nicolás causa verdaderamente admiración lo mucho que el Señor hizo por él desde su más tierna niñez; y, sin las luces de la fe, veríase uno tentado á preguntar por qué Dios levanta á un niño de esta edad á una perfección tan extraordinaria. La razón es, porque Dios quería hacer de Nicolás el Taumaturgo de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y una de las glorias más preclaras de la Iglesia. Aun tenía siete años y ya sonaba en la soledad del claustro con sus maceraciones y sacrificios, y ya se esforzaba en imitar á los piadosos cenobitas, cuyas vidas leía en las veladas de familia, entregándose, como ellos, á la mortificación y penitencia.

Refiérenos Pedro de Bretaña que por esta época, habiendo oído decir este privilegiado niño que San Nicolás de Mira se abstenía de tomar leche de su nodriza tres veces por semana, se propuso seguir su ejemplo, formando la resolución de ayunar igualmente todos los lunes, miércoles y viernes del año (1).

A dichos tres días añadió más tarde el ayuno del sábado en honor de la Santísima

(1) Jejunium triduanum in hebdomada septennis inchoavit perficere. Proceso. Frigerio. Giorgi.



CAPÍTULO II

Juventud de Nicolás. — Sus mortificaciones. — Sus primeros estudios. — La fuente de San Nicolás. — El convento de San Angel in Pontano. — San Nicolás, canónigo. — «He ahí el Angel guardián del coro.» — Aspiraciones al claustro.

Después de lo dicho en el capítulo precedente, fácil es de suponer que Nicolás, que había sido el niño del milagro en su nacimiento, debía ser también durante su vida toda una alma privilegiada ante Dios y llena de los más dulces favores del Cielo. No queremos decir con esto que nuestro Santo haya de gozar de una vida tranquila y apacible, ni que haya de verse al abrigo de combates y tentaciones. No: él, como todo verdadero cristiano, tendrá, por el contrario, que luchar contra el ángel de las tinieblas, contra el mundo y contra la naturaleza depravada, antes de merecer por su fidelidad, por su humildad y por su valor las gracias inestimables,

Virgen, conservando esta piadosa costumbre hasta la muerte. Su abstinencia en todo tiempo fué rigurosísima, siendo tan poco lo que tomaba en su comida ordinaria, que no podía comprenderse cómo vivía no alimentándose ordinariamente más que de pan y agua.

¡Oh, qué espectáculo digno de los hombres, de los ángeles y de Dios mismo, exclama Pedro de Bretaña, el de ver un tierno niño, sin otra cosa propia de la infancia más que la inocencia y la simplicidad, verlo entrar con ardor por los senderos de la penitencia, privarse de todas las alegrías pasajeras, llevar con placer la cruz de Jesucristo y acostumbrarse desde los albores de su vida á mortificar sus pasiones, á domar su carne, á imprimir, según el oráculo de San Pablo, la mortificación de un Dios crucificado sobre un cuerpo tierno é inocente! ¡Sí: ninguna otra cosa agradaba á esta joven víctima sino aquello que la hiciese participante de los dolores del Salvador! Privábase Nicolás de los juegos más inocentes y de las diversiones de la niñez, para entregarse todo entero á los estudios á que sus padres lo aplicaban; pues estos dos fervorosos cristianos nada omitían para instruirlo en todas las ciencias que le convenían según Dios y según su estado» (1).

(1) Pedro de Bretaña, pág. 13.

Confirieron su educación á un santo sacerdote llamado D. Angel, capellán de la iglesia de San Salvador, y los progresos del joven discípulo en sus estudios correspondieron á los que ya había hecho en la piedad. Dotado de un juicio sólido y de una memoria excelente, llegó á ser bien pronto, añade Pedro de Bretaña, «el ejemplo, el modelo y el primero de todos sus condiscípulos. Su exactitud les servía de regla, su modestia les animaba, y, sin que ninguno envidiase el ascendiente que tenía sobre ellos, tenían todos á honra el imitarle» (1). De tal suerte se acostumbró Nicolás á vivir en el recogimiento y en la oración, que llegó á ejercer un imperio casi absoluto sobre sus sentidos y sobre sus facultades interiores.

A falta de un dato histórico y preciso, podemos, según las conjeturas más probables, colocar en esta época la primera comunión de San Nicolás. El día más hermoso de la vida para el alma regenerada por el Espíritu Santo en las aguas del bautismo, es aquel en que se ve convidada por primera vez á acercarse á la mesa de los ángeles para alimentarse del cuerpo, de la sangre, del alma y de la divinidad de Jesucristo. Entonces se abre para el cristiano una nueva vida, una vida

(1) Pedro de Bretaña, pág. 14.

casi divina, en la cual su Dios, llegando á hacerse su alimento, le descubre, sobre más dilatados horizontes, las sublimes y austeras bellezas de la virtud. Probablemente la iglesia de San Angel *in Pontano* debió de ser el lugar donde este niño bendito se unió á Jesucristo por vez primera; la iglesia misma donde había él recibido las aguas del bautismo. Día fué éste señalado con especiales favores de Nuestro Señor, que se complacía en corresponder con luces y gracias de predilección á la generosidad de Nicolás. El director de este ángel de la Tierra, conociendo el valor y la hermosura del tesoro confiado á su cuidado, admirábalo y entreteníase con él largas horas, juzgándose dichoso en aspirar el perfume que de sí exhalaba este tan puro y candoroso lirio. Por su parte, el niño se hallaba altamente satisfecho de hallar en la experiencia y consejos de su guía un apoyo y un manantial de inspiraciones, que le ayudaban á prepararse para el gran acto de la primera comunión. Desde esta bendita fecha, los deseos, los fervores y los sentimientos de Nicolás fueron dignos de un santo consumado en todas las virtudes; el fuego del amor divino abrasó su corazón é iluminó su inteligencia con tan vivas llamas, que en San Angel se decía de voz pública que el joven de Guaruti era un serafín que no vivía más que para

Dios, y que llegaría con el tiempo á ser un gran santo (1).

Una alma tan bien templada como la de Nicolás no podía contentarse con buscar á Dios solamente en las dulzuras de la oración, sino que debía también aspirar á buscarle y seguirle por los caminos dolorosos del Pretorio y del Calvario. Uniéndose, pues, á Jesús azotado, este joven buscaba en la disciplina y los cilicios las austeras enseñanzas del dolor y de la humillación, azotándose tan cruelmente con correas de cuero, que las paredes de los aposentos solitarios adonde se retiraba estaban teñidas de sangre (2). Prostrado su rostro contra la tierra y arrasados de lágrimas sus ojos, no podía él comprender la bondad infinita de Dios para con los hombres, tan ingratos y tan indiferentes. Cierta día, después de haber pasado cuatro horas arrodillado en oración en una gruta cercana á San Angel y llamada Fosso Massaccio, como no le fuese posible levantarse por negarse á sostenerlo sus fatigadas piernas, quedóse allí acostado sobre la tierra y, apoyando su cabeza en una dura piedra, pronto se vió dominado del sueño. Despertó, por fin, el Santo, y

(1) Si parvulo isti Dominus vitam concesserit sanctus erit. Proceso.

(2) Disciplinabat se vinelis aliquando corrigiis et quandoquidem catenis. Proceso.

habiendo quedado grabada en la roca, como si hubiera sido de cera, la imagen de su rostro, de la cavidad formada por éste comenzó á brotar una fuente de agua pura. Esta gruta, objeto de veneración para todos los habitantes del país, atrajo, y todavía hoy atrae, una multitud de enfermos que, saciándose de esta agua milagrosa, encuentran en ella el vigor y la salud. ¡Cosa notable! Si se quiere hacer uso de esta agua para usos profanos, al momento queda en seco la fuente y no vuelve á manar sino después de haber recibido la bendición de un Padre religioso de San Agustín. Esta fuente se llama todavía *la fuente de San Nicolás* (1).

Era nuestro joven Santo amante de la soledad, y, á fin de conservar su íntima union con Dios, evitaba todo comercio con sus discípulos. Sin embargo, su alma no era insensible á los encantos de la amistad. El sabía que la vida moral é intelectual es más una imitación que una creación, y que el hombre aprende el bien y el mal más por sus relaciones con sus semejantes que por sus reflexio-

(1) Instrumento auténtico que comienza: In Dei nomine. Amen. Anno Domini 1724, indictione II, die vero 12 Januarii. Pedro Esteban Montanaro, depone... Este documento está conservado en la biblioteca de los PP. Agustinos de Nápoles en el convento de la Zecca.

nes y sus esfuerzos personales. Así que toda su dicha se cifraba en poder conversar con los buenos religiosos; y el proceso de su canonización nos refiere que él no frecuentaba más que el convento de los ermitaños de San Agustín; no conocía más, como en otro tiempo San Basilio, que el camino de la escuela y el de la iglesia (1). De cuando en cuando dejaba escapar de su corazón la confesión de sus íntimos deseos. «¡Oh, qué felices sois vosotros, decía él á los religiosos, viviendo juntamente en el claustro, unidos con los lazos tan fuertes y tan dulces de la caridad fraterna y de la admirable Regla de vuestro Patriarca San Agustín! ¡Oh, cuánto me alegraría de poder, como vosotros, ser su hijo y dedicarme todo entero al servicio de Dios!» (2).

El convento de San Angel *in Pontano* era digno de atraer hacia sí las miradas y los deseos de Nicolás, pues gozaba á la sazón de gran renombre de santidad, justamente merecida. Entregábanse en él los religiosos con admirable celo y constancia á los ejercicios de la vida común, practicando la más estricta pobreza, soportando con alegría todas las

(1) *Equalium cætus evitans, religiosorum familiaritate dumtaxat delectabatur. Breviario. Proceso.*

(2) *Adhuc puerulus... dicens se velle effici frater Eremita. Proceso, Giorgi.*

privaciones, y observando, en fin, todas sus Reglas con la más perfecta obediencia. Ellos recogían, obrando así, la herencia de fervor que les legaran santos religiosos sus antepasados, los cuales habían sido la gloria y ornamento de este monasterio. No era, pues, de extrañar que el alma de Nicolás hubiese elegido este piadoso asilo como su refugio y el blanco de sus deseos. Sentíase principalmente impulsado hacia esta Orden venerable, por su antigüedad en la Iglesia y por el gran número de Santos que ha producido y con que ha poblado el Cielo. Su devoción hacia San Agustín, su glorioso Fundador, se acentuaba de día en día, sintiéndose poderosamente atraído por el genio y por la piedad de este ilustre Doctor. No permitiéndole, sin embargo, su corta edad el ser admitido entre los eremitas, recibió la tonsura de las cuatro órdenes menores de manos del Obispo en la iglesia colegial de San Salvador, y aceptó el título de canónigo con que le brindó el colegial de San Angel (1).

A partir desde este día aparece Nicolás

(9) Instrumento authenticum quod anno 1701, ad museum nostrum fuit transmissum dicitur exstare ibidem (in oppido San Angeli) per vetustum templum S. Salvatoris ubi S. Nicolaus fuit initiatus minoribus ordinibus. Bolland., tom. III, página 646, in notis lit. M.

revestido de una gravedad mayor, aplicándose á cumplir perfectamente todos los deberes de su nuevo estado y estudiando con amor las rúbricas y ceremonias propias del Oficio divino, á fin de hacerse digno de Dios, á quien deseaba complacer aun en las cosas más pequeñas. Pronto se vió nuestro Santo elevado á un tal grado de perfección, que los más antiguos canónigos encontraban una piadosa satisfacción al verlo cada día llegar de los primeros al coro, con un perfecto recogimiento y exacta fidelidad. Contemplábanle con admiración, inmóvil en su asiento, los ojos bajos, las manos juntas ó sosteniendo el breviario, y se decían entre sí: *He ahí el Angel guardián del coro.*

Si alguna omisión se escapaba á la vigilancia de Nicolás, él se apresuraba á repararla imponiéndose la penitencia que la costumbre señalaba para tales casos (1). De este modo conseguía vivir piadosa y tranquilamente en la presencia de Dios, esperando la hora de responder al llamamiento de Aquel que ha dicho: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto posees, da su precio á los pobres y sígueme.* Acrecentándose más y más su vocación al estado religioso en el santuario donde tenía el insigne honor de pasar su vi-

(1) In omnibus erat perspicuus. Proceso.

da, resolvióse por fin á abandonarlo todo para seguir pobre en pos de un Dios pobre y humillado.

¡Cuántas almas han obedecido á esta voz del Salvador Jesús, que las llamaba al sacrificio y renunciación de sí mismas! ¡Cuántas de estas almas, abandonando las riquezas y los honores, sirvieron de ejemplo y edificación al mundo, y produjeron maravillosos frutos de salud y gracia! Así, pues, sucedió con Nicolás que no cesaba de suspirar con el ardor de un corazón puro y generoso por el feliz momento de su entrada en la Orden de Ermitaños de San Agustín, que era la que le merecía todas sus preferencias. «¿Cuándo podré yo, decía él, según la sencilla traducción de los biógrafos, cuando podré yo ocultarme alejado del mundo? ¿Cuándo se elevarán mis súplicas sobre las silenciosas bóvedas del claustro, donde tan fácil es el recogimiento? ¿Cuándo, pues, junto á la lámpara del santuario podré yo consumirme día y noche en ese templo, donde la Hostia silenciosa se ofrece de continuo al Eterno Padre?» (1).

Tal era la voz é incesante llamamiento de Dios, que Nicolás sentía resonar en el fondo de su corazón, y cuya importancia conocía él mejor que ningún otro. Sabía que del acierto

(1) Giorgi, pág. 22.

en la elección de estado dependía la salvación, y deseaba cuanto antes abrazarse con Aquel hacia el cual se sentía arrastrado con tan irresistible violencia. En adelante, amar al Señor con toda su alma y con todas sus fuerzas, juntando á tan perfecto amor el amor del prójimo, sería la ley suprema de su admirable vida.

Sin embargo, á pesar del atractivo irresistible que le llama hacia el claustro de los hijos de San Agustín, á pesar de su decidida resolución de dedicarse sola y exclusivamente al divino servicio, Nicolás duda por algún tiempo, temiendo todavía engañarse y experimentando en su alma las angustias de una terrible y dolorosa lucha.

La Providencia, empero, que le ha llenado de tantas gracias, va por fin á ayudarle á romper sus ligaduras, y, llenando su corazón de santas inspiraciones, va á abrirle las puertas del claustro bendito, por el que ha tanto tiempo que suspira.



CAPITULO III

La Orden de Ermitaños de San Agustín.—San Agustín en Milán.—Su vuelta á Tagaste.—Fundación del primer monasterio.—Los Ermitaños de San Agustín en Italia y Francia.—El P. Lanfranco de Sétala, Prior general.

Antes de que nuestro Santo haya trapasado los umbrales del monasterio que ha de edificar con sus virtudes, vamos á exponer brevemente la historia de la Venerable Orden fundada por el ilustre Obispo de Hipona, desde el tiempo de sus luchas y combates en presencia de los nuevos caminos que se abrían á su vista, hasta el perfecto establecimiento de la vida religiosa enseñada en su Regla, en la que iba á lanzarse en pos de tantos santos de todas las edades, sexos y jerarquías.

La Orden de Ermitaños contaba en Francia, á fines del siglo XVIII, ciento trece monasterios principales, á los cuales cupo la misma suerte reservada por la Revolución á

las demás casas religiosas. Todos ellos fueron suprimidos, siendo sus bienes confiscados, robados ó entregados á las llamas, á la vez que sus moradores eran desterrados ó condenados á muerte (1). La historia de esta Orden que Benedicto IX, León X, Alejandro VII, y muchos otros Soberanos Pontífices, han colmado de elogios y de privilegios, puede ser dividida en dos partes. La primera, comenzando en su fundación el año 391, termina en 1245; la segunda tiene su origen durante el Pontificado de Alejandro IV, y continúa hasta nuestros días.

La simplicidad y austeridad que Agustín, todavía catecúmeno, había admirado en Milán, le decidieron á abrazar el mismo género de vida. El mismo nos refiere así la resolución que con sus compañeros había tomado: «Algunos de mis compañeros y yo, dice en el libro VI de sus *Confesiones*, conversábamos familiarmente acerca de las miserias y agitaciones de la vida humana, y, pareciéndonos insoportables, habíamos casi acordado el proyecto de retirarnos del trato con los hombres, para vivir en paz lejos del mundo. Para la ejecución, pues, de este plan habíamos

(1) Cuadro de las abadías y monasterios de hombres que existían en Francia en la época del Edicto de 1763, por M. Peigné Delacourt. Arras, 1875. A. Planque, editor.

resuelto poner en común todo lo que cada uno poseía, y hacer así un solo fondo total de todos nuestros recursos particulares: de modo que, gracias á la sinceridad de nuestra amistad, no hubiese allí más *mío* ni *tuyo*, sino que el caudal entero llegase á ser á la vez propiedad de cada uno y de todos igualmente. Pensábamos ser unos diez á vivir de esta manera, y habíamos determinado que cada año fuesen nombrados dos de entre nosotros, como procuradores ó encargados de la administración temporal de los asuntos. Mas cuando se indagó si las mujeres consentirían en ello, pues que varios de nosotros estaban ya casados, y yo por entonces deseaba serlo, disipóse al instante este proyecto, y se nos fué como de las manos. Sin embargo, yo había cobrado aversión á la vida que llevaba en el siglo, y había llegado á ser para mí una pesada carga desde que no me sentía ya dominado por el ardor de las pasiones » (1).

Más afortunado debía estar Agustín en su proyecto á su vuelta al Africa. La idea de abandonar el mundo había llegado á ser cada día más fuerte en su corazón, y el recuerdo de los cánticos sagrados que los monjes del Oriente habían introducido en la Iglesia de Milán le hacía derramar abundantes lágrimas.

(1) San Agustín, *Confesiones*, lib. vi. 2. *ibid.*

mas. «¡Cuántas lágrimas, dice, he derramado oyendo vuestros himnos y cánticos! ¡Qué dulce emoción experimentaba mi alma á los suaves acentos de vuestra Iglesia! Mientras mis oídos escuchaban enajenados vuestros acordes, vuestra verdad se derramaba en mi corazón, y se escapaban de él piadosos y ardientes suspiros, y brotaban las lágrimas en abundancia, siendo todo esto el encanto más grande de mi vida.»

De vuelta á Tagaste, Agustín llegó al colmo de sus deseos poniendo en ejecución su intento de servir á Dios, que había formado en la época de su conversión. Despojóse en primer lugar de los bienes que había heredado de su padre, y distribuyó en seguida su producto entre los pobres, sin reservarse cosa alguna, á fin de quedar más independiente para abrazar el libre servicio de Dios (1).

Fundó entonces un monasterio donde pudiese emprender, en compañía de Alipio, Evodio, Adeoato, Posidio y otros servidores de Dios, un género de vida humilde y modesta; y más tarde, habiendo sido ordenado de sacerdote, fundó otro semejante en Hipona. Posidio, amigo particular de San Agustín, refiere así la fundación de este mo-

(1) San Agustín, *Confesiones*, lib. xi.

nasterio: «Habiendo sido hecho Presbítero (San Agustín), estableció al momento en su iglesia un monasterio, y comenzó á vivir en compañía de servidores de Dios, siguiendo las reglas y preceptos establecidos en tiempo de los Apóstoles. El punto más importante de esta congregación consistía en no tener nada propio: todo era común á todos, y debía darse á cada uno según sus necesidades. El mismo San Agustín había practicado esto antes que ningún otro á su venida de Ultramar para su patria». (1)

Séanos permitido citar aquí las palabras de Benoit al hablar de la institución de este monasterio. «Agustín hacía las veces de un padre para con sus compañeros, sobre todo para con aquellos que habían abrazado con él esta santa esclavitud. El los guardaba como á hijos, que había engendrado en Jesucristo; él alimentaba sus almas con el más solícito cuidado, los enervorizaba con las Sagradas Escrituras, los excitaba á la piedad y los hacía suficientemente fuertes para mantenerse un día por sí mismos en el retiro sin el auxilio de su brazo» (2). Imposible nos sería citar los nombres de todos los grandes hombres sa-

(1) San Posidio, Vita Sancti Patris nostri August., cap. v.

(2) Prólogo de la Regla de los Benedictinos, capítulo v.

lidos de los monasterios fundados por Agustín, cuando el mismo San Posidio, que los conocía perfectamente, y que nos ha transmitido los esclarecidos méritos de aquéllos en la Iglesia, ha puesto buen cuidado en ocultarnos sus nombres.

«Yo he conocido, dice, diez de estos hombres santos y venerables, tan insignes por la pureza de sus costumbres como por lo vasto de su sabiduría, que el bienaventurado Agustín concedió á diferentes iglesias que se los demandaban, algunas de las cuales eran muy principales. Los obispos procedentes de este plantel de Santos multiplicaron las iglesias del Señor y fundaron en rededor de éstas otros monasterios, que dieron igualmente á otras iglesias muchos de sus individuos para ser elevados al sacerdocio, á medida que se redoblaba el celo por la palabra de Dios. Así fué cómo la doctrina saludable de la fe, la esperanza y la caridad de la Iglesia Católica se difundió por muchos y en muchos, no solamente por todos los puntos del Africa, sino también más allá de los mares.» (1).

Como los miembros de esta Orden naciente vivían en celdas independientes y alejados de las ciudades, se comenzaron á llamar *Ermitaños*; nombre que, en recuerdo de su pri-

(1) San Posidio, cap. x.

mera fundación, han conservado siempre los Agustinos. Propagáronse éstos rápidamente por el Africa, de tal modo, que hacia el año 430, cuando los vándalos invadieron las provincias proconsulares, la Orden, que apenas contaba cuarenta años de existencia, pudo envanecerse, al ver cerca de tres mil de sus miembros condenados á muerte en odio á la divinidad de Jesucristo (1). Muchos de ellos, que pudieron evadirse, pasaron á Cerdeña, Italia y Francia.

Como ya fuese célebre por toda la Iglesia el nombre de San Agustín, á causa de las grandes controversias sostenidas contra los herejes por este Doctor incomparable, ninguna dificultad encontraron sus discípulos para establecerse en Europa y llevar á efecto numerosas fundaciones, de suerte que pudo evitar la Orden el peligro de total extinción que le amenazaba.

No exigiendo todavía los cánones de la Iglesia el que todos los conventos tuviesen absoluta dependencia de un Superior sólo, bastaba que cada monasterio ó abadía tuviese un Abad ó un Prior. Modo de gobierno que duró muchos siglos, pues que hasta el año de 1050 no comenzaron los Ermitaños

(1) Lanteri. Postrema sæcula sex religionis augustinianæ. In prólogo. Tolentini, 1858.

Agustinos á derogar esta costumbre, tan general entonces. San Guillermo de Aquitania, San Juan Bueno y muchos otros religiosos, insignes por su ciencia y su piedad, reunieron un cierto número de monasterios bajo un mismo Superior, dando así origen á lo que hoy día llamamos una Provincia.

El año 1215, el cuarto Concilio Euménico de Letrán reconoció la Orden fundada por San Agustín (1), y treinta años más tarde, habiéndose aparecido el gran Doctor de Hipona al Papa Alejandro IV, invítóle á reunir, bajo la autoridad de un General, los miembros dispersos de la gran familia agustiniana (2). Al momento este gran Pontífice hizo reunir en Roma, en la iglesia de Santa María del Pópulo, á todos los Superiores de los monasterios, bajo la presidencia del Cardenal Ricardo de San Angel, con el fin de proceder á la elección del primer General de la Or-

(1) Hoc unum certum est, quod illa sancta propago Sancti Augustini non omnino extincta fuit; sed in aliquibus bonis fratribus in quadam sancta simplicitate viventibus perduravit usque ad annum 1215, quando celebratum fuit Concilium Lateranense.

... In eodem etiam Concilio, quia ibi de Ordinibus singulis tractabatur, Ordo fratrum Eremitarum S. Augustini registratus et adnotatus fuit... ut habetur ex registro Pontificum Romanorum. El Beato Jordan de Sajonia, lib. III, cap. II.

(2) Lanteri. Postrema sæcula sex.

den, mereciendo entre todos ser elegido el bienaventurado Lanfranco de Setala, originario de una de las más nobles familias de Milán, y Superior de la provincia de Mantua; elección que fué ratificada por el mismo Sumo Pontífice. El empadronamiento que entonces se hizo demostró que había en Europa cerca de tres mil conventos y unos treinta mil religiosos. Desde esta época, los Capítulos generales se han seguido sin interrupción hasta nuestros días. Los Ermitaños de San Agustín hacen su profesión con votos solemnes, y forman parte de las cuatro Órdenes Mendicantes reconocidas y aprobadas por la Iglesia.



CAPÍTULO IV

San Nicolás, novicio.—Primeras luchas.—El Padre Regnault.—Primeros pasos de San Nicolás para entrar en la Orden de San Agustín.—Recibe el hábito religioso en la iglesia de San Salvador.—Alcanza la perfección en su nuevo estado.

En todos los estados de la vida humana se encuentran horas de dolorosa crisis, de la que sale el hombre, ó subyugado por el amor y acrisolado en la virtud, ó vencido por el espíritu del mal y encadenado al vicio. Acogióse Nicolás á la presencia del Señor, y esperando al pie de los altares y en el silencio y secreto de la oración el término de esta íntima lucha, recibió las luces de que había necesidad para esclarecer sus caminos y fortificar su corazón tan delicado y sensible. Dios pretendía de él el sacrificio de todo aquello que le era más amado en el mundo, siendo como era el único hijo de una noble familia destinado, según las reglas humanas, á perpetuar el nombre y aumentar la gloria de la misma. El combate podía ser rudo; mas el

Cielo había de reportar la victoria; y esta gracia iluminativa, solicitada por Nicolás, comunicóse fuerte, dura y persuasiva á su alma. Acostumbrado á confiar á su director sus luchas íntimas y á tomar en todo su consejo, el joven aspirante acercóse á someter á aquél su resolución y su proyecto, con el firme propósito de no hacer otra cosa que seguir su dictamen. Después de haber el director reflexionado seriamente, pidiendo á Dios sus luces: «Apruebo, le dijo, tu resolución, y estoy en la seguridad de que, si perseveras fiel á la gracia de Dios, llegarás á ser un gran santo» (1). Palabras fueron éstas que hicieron estremecer de gozo el corazón de Nicolás, el cual vivió del recuerdo de esta profecía, hasta el momento en que el Señor se dignó dar entero cumplimiento á sus deseos. Este momento dichoso debía llegar muy pronto.

Cierto día, el Prior del convento de San Angel, el P. Regnault, sujeto esclarecido por su ciencia y su piedad, predicaba acerca de aquellas palabras de San Juan: *No améis al mundo, porque él pasa, y con él su concupiscencia* (2). El religioso, que hablaba en una

¶ (1) *Mihi placet, quia eris vir bonus, et bonus eris.* Bolland, tom. III, pág. 646, nota H. *Placet mihi, quia eris homo sanctus.* Proceso. Giorgi, página 22.

(2) San Juan, *Epist.* I, cap. II, vers. 15.

plaza pública, tronó con suma vehemencia contra la vanidad de espíritu y contra los abusos é ilusiones del mundo. Fueron sus palabras atentamente escuchadas por nuestro Santo, y, cayendo sobre su alma la divina semilla, produjo en ella el ciento por uno. Parecióle que á sólo él se enderezaba aquel discurso, y, no dudando un momento de que aquélla era la voz de Dios que hablaba á su corazón, determinóse á no dilatar un solo instante más el responder á ella; y sintiendo una alegría inexplicable y una dulcísima paz dentro de su alma, lleno de un valor todo celestial, corrió á arrojarle á los pies del P. Prior, suplicándole con lágrimas la gracia de entrar como religioso en su monasterio. «¡Ah, padre mío! — le dijo; — recibidme entre vuestros alumnos; libradme de los engaños del demonio y del mundo; dignaos darme el hábito de San Agustín» (1).

Mucho tiempo hacía que el P. Regnault conocía las aspiraciones de Nicolás á la vida del claustro, y bien sabía él que tenía á sus pies un alma pura y privilegiada; mas, siendo hombre prudente, no quiso darle en modo alguno respuesta decisiva antes de poner á prueba su vocación. A pesar de las reitera-

(1) Giorgi, cap. II, pág. 22. Frigerio, cap. IV, pág. 26.

das instancias del joven aspirante, despidiólo diciendo: «Vete, hijo mío, y pide á tus padres el consentimiento; de lo contrario, no puedo recibirte dentro de la Orden» (1).

Salió Nicolás de allí un poco inquieto, y, corriendo hasta la casa paterna, apenas hubo entrado en ella, arrojóse á los pies de sus padres, suplicándoles le permitiesen entregarse para siempre á Jesucristo. «¡Oh, padre mío!— le dijo:— yo no necesito más para ser feliz que vuestro consentimiento á mis deseos. Yo querría ser ermitaño de San Agustín. El P. Regnault acaba de decirme que vuestra voluntad debe aprobar mi resolución, pues no puede él recibirme sin vuestro consentimiento» (2). Después de un momento de silencio, añadió Nicolás con más apretadas instancias: «He dado cuenta á mi director de mi proyecto; lo ha consultado con Dios mejor que yo, y ha aprobado por fin mi resolución. Dignaos, pues, bendecirme, ¡oh padre mío!; y vos también, ¡oh mi buena madre!; no me apartaré de vuestra presencia hasta haber obtenido lo que pretendo». Acordándose, sin duda, de las pala-

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. I, cap. II. San Antoni. Brevia.

(2) Con humildes súplicas, interrumpidas por ardientes suspiros, pide á sus padres le consientan este sacrificio, que había de ser grato al Señor. Giorgi, cap. II, pág. 23.

bras de San Nicolás de Mira en el santuario de Bari, conmovido Compañón hasta derramar lágrimas: «Vete en paz, hijo mío— exclamó:— dile al P. Regnault que ya te he dado mi consentimiento» (1).

Nicolás, en el colmo de su alegría, abrazó tiernamente á estos generosos cristianos y se alejó presuroso á llevar al monasterio la feliz noticia. Convocó entonces á Capítulo el Prior á los religiosos de San Angel, los cuales todos, con voz unánime, dieron gracias á Dios, que se dignaba enriquecer la Orden con un tesoro tan precioso (2). Ellos eran, por cierto, muy felices; pero el piadoso aspirante lo era todavía más. Arrodillado éste en presencia de los religiosos, les dió llorando las gracias por el inmenso favor que querían otorgarle, y, vuelto inmediatamente á casa de sus padres, pidióles perdón humildemente por los disgustos que pudiese haberles causado, rogándoles pidiesen á Dios por él.

A pesar de sus pocos años, prevenido Nicolás por la gracia, ajustóse en su nueva vida á un plan muy fijo y constante de conducta. El sabía que los hombres son los que santifican á los claustros, no los claustros los que

(1) Beato Jordán de Sajonia. Giorgi.

(2) Bendiciendo al Señor que la enriquecía con un tesoro tan grande. Giorgi, cap. II, pág. 23.

santifican á los hombres; pues que, para ser justo á los ojos del Señor, no basta llevar el hábito religioso; es necesario también practicar las virtudes propias de ese estado de perfección. Preparóse, pues, con un fervor angelical á la ceremonia de la toma de hábito, redoblando sus oraciones, sus ayunos y penitencias, y exclamando incesantemente: «¿Qué he hecho yo, Dios mío, para merecer un tan gran favor?»

No sabemos á punto fijo en qué año fué Nicolás admitido en el noviciado, si bien todo mueve á creer que fué hacia el año 1261 (1). Sea de ello lo que fuere, tan pronto como cundió la noticia de que el joven Guaruti iba á tomar el hábito religioso en la iglesia de los PP. Agustinos, un tropel inmenso de gente se agolpó en ella, ansiosos de presenciar la piadosa ceremonia, pues ya de antemano el postulante era por todos mirado como un santo.

Llegó, pues, el día señalado, y accediendo el P. Prior á los deseos de numerosos peregrinos venidos á San Angel, decidió que la

(1) Los Bolandos, Torelli, Pedro de Breñaña, Herrera y muchos otros autores creen que San Nicolás había ya pasado de la edad de quince años cuando tomó el hábito religioso en el convento de San Angel in Pontano. Giorgi y Mercuri, que Nicolás apenas tenía entonces diez años; pero la opinión de éstos no es probable.

toma de hábito tuviese efecto en la iglesia colegial de San Salvador, pues la capilla del convento era demasiado pequeña para contener á toda la gente. A pesar de las medidas adoptadas para impedir la confusión, era tan compacta la muchedumbre en el sagrado templo cuando el P. Regnault quiso penetrar en él con su nuevo hijo, que le fué imposible abrirse paso para llegar al altar. Burlando entonces la previsión de la muchedumbre, apiñada en el coro y en todos los ámbitos del santuario, hizo señas el Prior á San Nicolás para que se dirigiese hacia el púlpito y trepase por su escalera; y allí, sobre el púlpito, á la vista de sus compatriotas, vistió este niño de bendición el hábito blanco de los ermitaños de San Agustín; este hábito de la Santísima Virgen, que ellos llevan hace ya tantos siglos, y que es á la vez tan severo y tan gracioso. Día fué éste lleno de regocijo para Nicolás, y Dios se lo colmó de gracias las más preciosas y singulares (1). Hermoso é inocente como un ángel, reflejábese en su semblante la alegría celestial que llenaba su alma. Juntas sus manos, inclinados sus ojos hacia la tierra, de rodillas delante del P. Regnault, el novicio

(1) Hic fuit indutus Sanctus Nicolaus de Sancto Angelo qui vocatur de Tolentino. Inscriptio, supra pulpit. in ecclesia Sancti Angeli.

excitaba la admiración de todos los asistentes. Recogido y enajenado en solo Dios, él tomaba en aquellos momentos resoluciones heroicas que debía guardar fielmente hasta la muerte. «Tú eres desde ahora un religioso, se decía; tú debes mudar de vida y llegar á ser un perfecto imitador de Jesucristo.» ¡Ah! ¿Qué mudanzas podía, pues, meditar este joven que hubiera podido servir de modelo á tantos religiosos ancianos en la virtud? ¿No era el elegido y privilegiado del Señor? Así era en verdad; pero la virtud tiene sus grados, que conoce perfectamente el corazón fiel y amante; y Nicolás quería subirlos todos, á fin de estar más cerca de Dios, cuyas adorables perfecciones había él comprendido. Concluída la ceremonia, y conducido el novicio á la soledad de la celda que le estaba destinada, hincóse de rodillas, besó la tierra é imploró las bendiciones del Cielo sobre su entrada y su perseverancia en el monasterio.

No fueron dificultosos para este santo joven los primeros pasos de la vida religiosa: el Señor parecía caminar á su lado y conducirlo con toda celeridad. Queriendo proceder con todo acierto por los caminos de la perfección, ajustóse desde luego á ciertas reglas de conducta, que no abandonó jamás, poniendo en primer rango á la obediencia, aun en

las cosas más pequeñas (1). Todas las austeridades de la Orden vinieron á ser para él como un regalo. Siéndole todas ellas insuficientes, demandaba sin cesar permiso al maestro de novicios para aplicarse penitencias particulares, evitando, sin embargo, cuidadosamente aquellas singularidades afectadas que no tienden las más de las veces más que á captarse la estimación de los hombres; aquellas vanas exterioridades que, no regulando más que lo que se ve con los ojos, no tocan al corazón ni sirven más que para engañar con una falsa apariencia de santidad.

A la vez que era extremadamente limpio en su vestido, tenía Nicolás una conversación cariñosa y agradable, exenta de toda afectación como de excesivo abandono, sin ser obstáculo su discreción para mostrarse constante como un amigo y como un excelente hermano. Reflejábase en su rostro una paz inalterable, imagen de la pureza de su alma y de la paz de su espíritu, que nada era capaz de conturbar. Fino y cortés por naturaleza, él respetaba las reglas de la buena educación, sin afectar, sin embargo, ser esclavo de ellas con esa atención escrupulosa del mundo que tan penosas y difíciles hace con frecuencia nuestras relaciones con los de-

(1) In omnibus fuit obediens.

más hombres. San Nicolás entendía ya por entonces la santidad á la manera de San Francisco de Sales; sabía él que la tristeza sombría y escrupulosa, lejos de ser necesaria á la verdadera piedad, la destruye con frecuencia en el alma, sobre la cual hace pesar un yugo insoportable á las fuerzas humanas. «Es necesario, dice el profeta, servir á Dios con alegría y santa libertad». Y, á la verdad, habiendo sido criado el corazón para gozar de los espacios infinitos del Cielo, debe comenzar en la Tierra á dirigir sus aspiraciones hacia aquella bienaventurada mansión, de donde irradia la luz de la vida y de la eterna felicidad.

Elegía Nicolás para sí los oficios más bajos y humildes de la comunidad, y, cuanto más penosos eran éstos, con tanta mayor alegría se aplicaba á desempeñarlos. Jamás se oyó de sus labios la más pequeña palabra de murmuración; jamás se vió en él un gesto de impaciencia ó de inquietud; jamás se notó en él la más pequeña señal de mal humor. Por el contrario, su gran bondad, su admirable dulzura, su perfecta modestia le hacían amado y querido de todo el mundo; tan cierto es que la virtud tiene el don de ganar los corazones y conducirlos á Dios.



CAPITULO V

Primeros años de San Nicolás en el claustro.—Oración continua de San Nicolás.—Es admitido á hacer la profesión religiosa.—Es enviado á San Ginés.—Sus progresos en los estudios.—Se le encomienda la distribución de las limosnas.—«Dad á los pobres cuanto queráis».

El religioso, como todo verdadero cristiano, se conoce en el amor á la oración. Ella es el pan cotidiano del alma y la que, comunicándole la savia vivificante de la gracia, lo eleva de grado en grado hasta la más perfecta unión con Jesucristo. Un alma de oración, dice el santo rey David, es como un árbol plantado junto á la corriente de las aguas, el cual dará fruto á su debido tiempo: todas sus obras son agradables á los ojos de Dios y atraen sobre él las bendiciones del Altísimo. Acostumbrado á vivir en continua comunicación con Dios, ninguna dificultad ni trabajo le costó ahora el trepar hasta la cima de la contemplación más encumbrada; al contrario,

más hombres. San Nicolás entendía ya por entonces la santidad á la manera de San Francisco de Sales; sabía él que la tristeza sombría y escrupulosa, lejos de ser necesaria á la verdadera piedad, la destruye con frecuencia en el alma, sobre la cual hace pesar un yugo insoportable á las fuerzas humanas. «Es necesario, dice el profeta, servir á Dios con alegría y santa libertad». Y, á la verdad, habiendo sido criado el corazón para gozar de los espacios infinitos del Cielo, debe comenzar en la Tierra á dirigir sus aspiraciones hacia aquella bienaventurada mansión, de donde irradia la luz de la vida y de la eterna felicidad.

Elegía Nicolás para sí los oficios más bajos y humildes de la comunidad, y, cuanto más penosos eran éstos, con tanta mayor alegría se aplicaba á desempeñarlos. Jamás se oyó de sus labios la más pequeña palabra de murmuración; jamás se vió en él un gesto de impaciencia ó de inquietud; jamás se notó en él la más pequeña señal de mal humor. Por el contrario, su gran bondad, su admirable dulzura, su perfecta modestia le hacían amado y querido de todo el mundo; tan cierto es que la virtud tiene el don de ganar los corazones y conducirlos á Dios.



CAPITULO V

Primeros años de San Nicolás en el claustro.—Oración continua de San Nicolás.—Es admitido á hacer la profesión religiosa.—Es enviado á San Ginés.—Sus progresos en los estudios.—Se le encomienda la distribución de las limosnas.—«Dad á los pobres cuanto queráis».

El religioso, como todo verdadero cristiano, se conoce en el amor á la oración. Ella es el pan cotidiano del alma y la que, comunicándole la savia vivificante de la gracia, lo eleva de grado en grado hasta la más perfecta unión con Jesucristo. Un alma de oración, dice el santo rey David, es como un árbol plantado junto á la corriente de las aguas, el cual dará fruto á su debido tiempo: todas sus obras son agradables á los ojos de Dios y atraen sobre él las bendiciones del Altísimo. Acostumbrado á vivir en continua comunicación con Dios, ninguna dificultad ni trabajo le costó ahora el trepar hasta la cima de la contemplación más encumbrada; al contrario,

tanto más fáciles se le hicieron estos progresos, cuanto que se hallaba ya favorecido por la sublime vocación que, colocándolo en el arca santa, lo ponía al abrigo del mundo y de sus máximas engañosas (1).

Así de día como de noche, deslizábanse para él las horas demasiado rápidas en el santo ejercicio de la oración. No contentándose su fervor con las largas meditaciones impuestas por la regla á los religiosos, dedicaba además en el silencio de la celda á esta piadosa práctica todo el tiempo de que podía disponer, caminando así derecho hacia Dios por las sendas trazadas en las tradiciones de la Iglesia romana y los ejemplos de los santos de su Orden. Sus prácticas más favoritas eran las que el pueblo italiano había recibido de los apóstoles y había siempre conservado con filial respeto. Con las cuatro ó cinco horas de oración diaria que cada día practicaba, estando todavía en el siglo, San Nicolás se habituó de tal suerte á la oración, que llegó á ejercer un imperio casi absoluto sobre sus sentidos y facultades interiores, y á meditar sin distraerse sobre los puntos á que le movía la gracia; de modo que mayor era la violencia que tenía que hacerse para dis-

(1) Quasi semper orabat. Proceso. Giorgi, capítulo xi, pág. 98.

traerse de las cosas de Dios, que la que nosotros necesitamos para conseguir un perfecto recogimiento (1). De esta suerte llegó Nicolás á la unión de la vida contemplativa, llevado de un doble impulso: el de su naturaleza, levantada por las más grandes y nobles aspiraciones hacia lo bueno y lo verdadero; y el de la gracia, que, multiplicándose hasta lo infinito, prestaba á su alma suficientes fuerzas sobrenaturales y amor suficiente, que le hacían perderse y abismarse totalmente en la divinidad.

¡Cuán entregado, pues, á su Dios y Señor se hallaba Nicolás! Mas ¿qué vale el don que á Dios hacemos de nuestra pobre humanidad en comparación de los tesoros infinitos con que Dios, dándose y prodigándose á Sí mismo, enriquece al alma que sin reserva se ha entregado á su paternal providencia? Embebido en este pensamiento, y hablando poco más ó menos el mismo lenguaje de su bienaventurado Padre, este joven privilegiado hubiera querido ser mucho más, para más ofrecer á Dios: hubiera deseado aumentar la intensidad y prolongar la dureza de sus padecimientos íntimos, que ya le atormentaban, á

(1) Orationi erat assiduus: post completorium usque ad galli cantum; post matutinum usque mane... et post nonam usque ad vesperam. Proceso.

fin de ofrecer á la Justicia divina, ultrajada por los pecados de los hombres, una víctima menos indigna de la adorable víctima del Calvario. Nicolás experimentaba ya en sí las torturas de la caridad, verdadero martirio de las almas grandes, y la pasión vehemente de su alma hacia su Criador era tal, que ella hubiera sido suficiente á llevarlo al sepulcro si el Cielo no lo hubiera sostenido. Su anhelo, como el de San Pablo, era el de ver pronto la disolución de su cuerpo, para unirse para siempre con Cristo. Su espíritu de oración lo mantenía en un recogimiento tal, que el maestro de novicios no se cansaba de recomendar á los hermanos de hábito de Nicolás siguiesen un modelo tan perfecto de la vida religiosa é imitasen las virtudes de aquel que tenía todo su estudio en seguir los ejemplos de los santos de la Orden, sus predecesores en el claustro, que habían ilustrado con una vida toda llena de combates, de méritos y de victorias (1).

Entre tanto, el tiempo de noviciado había ido deslizándose rápidamente; y con unánime aprobación y general alegría de todos fué Nicolás admitido á la profesión solemne.

(1) *Cæteros quoque sodales in ipso virtutum stadio multo longe anteivit. Breviario. Giorgi, cap. II, pág. 25.*

Siendo ésta desde hacía largo tiempo la única ambición y ensueño de su alma, preparóse á ella con un fervor y una alegría inexplicables. ¡Qué fuente para él de favores y gracias espirituales! ¡Qué felicidad tan colmada! ¡Entregarse por fin al Señor! ¡Poner entre sí y el mundo la barrera infranqueable, aunque voluntaria, de los tres votos! ¡Ligarse para siempre al Bien inmutable, rompiendo todos los frágiles lazos que lo alejaban de El! Aguardó con impaciencia la hora bendita de esta unión con Dios, y, cuando ésta sonó, hallábase ya presto. Vistióse, pues, el hábito negro; tendióse sobre las losas del santuario, y, temblando de emoción y de alegría, pronunció la fórmula de sus votos (1). ¡Todo estaba consumado! El mundo no debía desde entonces tener parte en un corazón que acababa de concertar con Dios aquella unión sublime que debe perpetuarse en los eternos desposorios del Cordero con el alma virginal. Fué tan viva la piedad de San Nicolás durante la ceremonia, tan profundo su recogimiento, y sus lágrimas tan abundantes, que conmovieron á sus conciudadanos en tropel allí reuni-

(1) El día de la profesión religiosa, el novicio agustino se quita el hábito blanco, símbolo de la inocencia, y recibe la cogulla negra de mangas largas, para significar que está definitivamente muerto al mundo.

dos; y muchos de ellos obtuvieron señalados beneficios, primer destello divino de la santidad del nuevo profeso (1). Mas el principalmente favorecido fué aquel que acababa de entregarse á Jesucristo tan generosamente. El guardó de su profesión religiosa un tan puro y vivo recuerdo, que ni aun los insignes favores que le fueron dispensados durante el resto de su existencia fueron bastantes á impedir que llamase á este día el más feliz de su vida.

San Nicolás había puesto la mano al arado de una vez para siempre, y jamás ya volvió sus ojos para mirar atrás. Durante todo el curso de su vida, sembrada de numerosas y acerbas pruebas, imposible será sorprender en él un solo instante de duda ni arrepentimiento. Puesto bajo el yugo de las reglas impuestas por San Agustín á sus religiosos, volvió otra vez á reanudar los estudios, que había interrumpido durante su noviciado, confirmándolo una y otra vez los sucesos, á los ojos de sus maestros, como un sujeto de grande esperanza para la Iglesia. Cuando muchos no encuentran en la filosofía más que una ciencia árida y meramente especulativa, él,

(1) Chezzi, Vita del protettore di San Thiesa, San Nicola da Tolentino. Padova, 1729, cap. II, pág. 8.

por el contrario, se servía de las verdades del orden natural como de escalones para elevarse á las más sublimes verdades sobrenaturales. Sostenida su razón por la luz de la fe, hacíale encontrar tales bellezas en la meditación de los principios de las ciencias, que el estudio venía á ser para su alma una verdadera oración (1). Así es como el joven profeso, tan distinguido por su rara modestia y por su acendrada piedad como por su talento, llegó á ser un modelo perfecto de estudiantes. Era tal el resplandor que despedían sus virtudes, que sus superiores, por un celo y delicadeza encantadores, resolvieron hacer que predicase la santidad por medio del buen ejemplo, á cuyo efecto comenzaron á cambiarlo de residencia, á fin de que su vida edificase á los religiosos y dejase en cada convento de la Orden el recuerdo de su observancia y sus virtudes. Motivo por el cual, en solos once años, fué San Nicolás enviado sucesivamente á San Ginés, á Macerata, á Osimo, á Cingoli, á Recanati, á Valmamente, á San Elpidio, á Fermo, y el año 1275 á Tolentino (2).

En San Ginés, que fué la primera residen-[®]

(1) Mercuri, Della vita e miracoli del gran Taumaturgo San Nicola da Tolentino. Roma, 1878, capítulo IV, pág. 37.

(2) Torelli, tom. IV,

cia del joven profeso después de su noviciado, hallábase por entonces el célebre teólogo Ruperto, marqués de Giberti, y el Provincial de las Marcas, al ver los rápidos progresos de Nicolás, había decidido confiar su cuidado y educación á este ilustre profesor (1). Alejóse, pues, Nicolás de su querido convento de San Angel, testigo de las primeras gracias de su infancia religiosa, á pesar de las instancias, ruegos y lamentos de la Comunidad, y emprendió su camino á pie, sin ocuparse en nada durante el viaje, sino en rezar ó en leer, ayunando, sin consideración á su fatiga, como si no hubiera salido de su monasterio (2). La Comunidad de San Ginés, que conocía por la fama al nuevo huésped, aguardábalo con una grande impaciencia, sobre todo los estudiantes, ansiosos de conocer á su futuro compañero de fatigas. ¡Aguardaban la llegada de un amigo, de un hermano! El mundo no puede comprender lo que significa ese amor tierno, cariñoso y desinteresado de aquellos que, habiéndolo abandonado todo, encuentran una nueva y verdadera familia á la sombra del claustro, bajo las miradas de Jesús y de su divina Madre, Reina de la caridad.

(1) Giorgi, cap. II, et XXI. Mercuri, cap. IV.

(2) Zacconi, pág. 66. Forti, lib. I, cap. X, página 88; cap. XIII, pág. 121.

Tan pronto como la campana del monasterio hubo anunciado la feliz llegada del santo viajero, los más jóvenes entre los religiosos corrieron apresuradamente á la portería, deseando cada uno ser el primero á darle la bienvenida y el ósculo fraternal. Abriéronse delante de él los brazos y los corazones, con una ternura y cordialidad que le conmovió y llenó su alma de reconocimiento. Abrazó tiernamente á sus hermanos, y, arrodillado ante el Superior, ofrecióle su filial sumisión y rendimiento, á la vez que lo reconoció como maestro absoluto de su vida y de su conducta (1).

Testigos de estas admirables disposiciones, los nuevos compañeros de Nicolás se acomodaron inmediatamente á aquel que ya les daba tan bellos ejemplos, y que tan perfecto aparecía á la vista de todos. El nuevo profesor, por su parte, encontraba en esta Comunidad todo lo que puede apetecer un religioso y un estudiante de buena voluntad para progresar así en la virtud como en las ciencias: confesores ilustrados, excelentes directores de espíritu, profesores piadosos, hu-

(1) Habiendo llegado al lugar de su destino, se presentó al P. Prior, rogándole con demostraciones de verdadera humildad que quisiese recibirlo por su siervo y súbdito. Forti, cap. VIII, pág. 76.

mildes y sabios. Tan rápidos fueron sus progresos en los estudios, que no tardó en ocupar en su clase uno de los más aventajados puestos. Sin embargo, si tenemos en cuenta las muchas horas consagradas cada día por Nicolás á la oración, á la meditación y á otros ejercicios de piedad, sólo en una gracia particular del Cielo podremos hallar la razón de estos sucesos extraordinarios; sucesos que jamás lograron enorgullecerle, no oyéndosele jamás una palabra que pudiese redundar en alabanza propia ó causar molestia alguna á sus hermanos. Que respondiese á alguna pregunta, que argumentase en las aulas, jamás salió de sus labios una frase imprudente. En el calor de la discusión, él sabía permanecer tan tranquilo como si ningún interés tuviese en las cuestiones (1). Esta entera posesión de su alma, que no se desmintió jamás, hizo muchas veces que, á pesar de sus pocos años, se le nombrase árbitro de las diferencias, hallando siempre su caridad maneras desconocidas á la prudencia humana para reconci-

(1) Ninguna de aquellas bajas pasiones que con frecuencia ciegan el corazón de los jóvenes tuvo entrada jamás en su ánimo.

Estudiaba, porque era su deber, y porque quería ser lo más provechoso que le fuese posible á su prójimo. Y así, con mucho aplauso y aprovechamiento iba adelantando en el estudio de la literatura sagrada y de la divinidad. Mercuri, cap. iv, pág. 37.

liar y suavizar los espíritus más apasionados (1).

Muy pronto Nicolás fué conocido, amado y venerado de toda la población de San Ginés. Encargado por el Prior de distribuir á los pobres las limosnas de que podía disponer el convento, encontraba en este empleo numerosas ocasiones de hablar de Dios y de atraer hacia El las almas. Tan pronto como se supo que él era el que tenía el cuidado de la limosna, vió cada día aumentar el número de pobres á la puerta del convento. La afabilidad, generosidad, bondad y afectuoso cariño del joven religioso hizole muy pronto aparecer ante todos como el verdadero padre de los necesitados. Comenzando por dar á los primeros que se presentaban la parte propia de los alimentos que se le habían servido en el refectorio, él se contentaba con un poco de pan seco (2). Distribuía á los otros pobres la cantidad de víveres que había el Prior fijado para las limosnas del monasterio; mas nunca tenía suficientes, ni aun añadiendo los fragmentos recogidos en la mesa de los religiosos. Desconsolado entonces, al verse en la imposibilidad de dar más limos-

(1) Giorgi, cap. viii, pág. 77.

(2) Giorgi, Forti. Frigerio. Zacconi, Ghezi. Bollandos.

nas, íbase en busca del procurador del convento y le suplicaba, con más vivas instancias de las que pudieran emplear los mismos hambrientos, se dignase darle un poco de pan y de potaje.

Algunas veces dejábase convencer el procurador y cedía á las instancias del Santo; mas otras, por el contrario, reprendíale su demasiada largueza y le decía que su caridad resultaba harto comprometida para el convento, que no podía hacer tanto; mas no logró aquél nunca verse libre de las piadosas importunidades de Nicolás, ni corregir en éste un defecto que tenía su origen en una extrema bondad de corazón. Para ciertas naturalezas es la bondad, en efecto, una necesidad imperiosa, á que no les es posible resistir, siendo como una de las más hermosas manifestaciones del amor, sin el cual nos es imposible la vida. Es de creer que esta escena debió reproducirse con frecuencia entre Nicolás y el procurador del monasterio; pues viendo éste que nada conseguía, y que Nicolás se hacía sordo á sus reflexiones, quiso emplear una mayor autoridad que la suya y se fué en busca del Prior, á quien dió cuenta de todo lo que pasaba. Al siguiente día, mucho antes de la hora ordinaria de la distribución de las limosnas, salió el Prior á uno de los corredores que rodeaban el claustro y púso-

se á pasear, esperando la llegada de nuestro Santo. Apareció éste por fin, pudiendo apenas moverse, agobiado por el peso de un gran delantal lleno de pan y con los ojos bajos, según su costumbre.

—Fray Nicolás, le dijo el Padre: ¿qué lleva ahí que tanto le cuesta?

Bajándose entonces la capilla á la presencia de su Superior, el joven religioso contestó sonriendo y abriendo el delantal:

—Son rosas, muy reverendo Padre.

Hallábanse entonces en pleno mes de Diciembre, y Nicolás presentaba una buena cantidad de rosas de una belleza y frescura incomparable. Ante semejante prodigio, profundamente conmovido el Prior, quedó por un instante sin poder articular palabra, y añadió por fin dulcemente:

—Vaya, pues, hermano mío, coja y dé á los pobres todo lo que quiera.

Bajando el Santo humildemente la cabeza y volviendo á doblar el delantal con sus rosas, encaminóse hacia la portería, seguido del Prior. ¡Oh sorpresa divina! Cuando él toma las rosas para entregarlas á los pobres que alargan sus manos, éstas se hallan convertidas en pedazos de pan, de que tenían ellos necesidad para nutrirse (1). Concluída

(1) Hilarem datorem Nicolaum sic Deus dilexit

la distribución, Nicolás volvió á tomar el camino de su celda, sin pararse á reflexionar que había sido elegido por Dios para realizar una acción tan extraordinaria. Quería de este modo huir las alabanzas y admiración de los hombres y dar las gracias en la soledad de su fervorosa oración á Aquel que acababa de colmarlo de las maravillosas y divinas finezas de su amor.

ut illum objurgari non permiserit, quod Conventui necessarias facultates nimirum pauperibus largiendo consumeret. Cum siquidem mappulam panibus ad egenos plenam deferret, Priori occurrenti ac exploranti purpureis et fragrantibus rosis media hyeme eandem refertam ostendit, data sibi ob id in posterum libertate cuncta ad libitum distribuendi. Inscriptio relata concorditer ab Historicis. Che l'avea mutato in rose lo avrebbe cangiato nuovamente in pane... e così avvenne di fatto. Giorgi, cap. ix, pág. 81.



CAPÍTULO VI

San Nicolás modelo de perfección religiosa.—San Nicolás cura á un niño de doce años de una dolorosa enfermedad.—Va á Macerata.—Dos paredes lo saludan milagrosamente.—Mándanle los superiores que se prepare á recibir las Ordenes.—San Nicolás es ordenado de presbítero.

Fácil es comprender cuánto llamaría este prodigio de las rosas la atención de los pueblos hacia el humilde religioso, que caminaba á pasos agigantados por los caminos de una eminente perfección. Al reflexionar cuál pudiera ser el secreto de una santidad tan extraordinaria, llegábase á dudar si Nicolás era un ángel revestido de forma humana, ó si Dios sostenía sus fuerzas por medio de un milagro continuado (1). Sólo la persuasión de que el Espíritu Santo era el que lo inspiraba, podía decidir á los superiores á permitirle

(1) San Nicolás amó tanto el ayuno y la abstinencia, que jamás se alimentó de carne, conten-

la distribución, Nicolás volvió á tomar el camino de su celda, sin pararse á reflexionar que había sido elegido por Dios para realizar una acción tan extraordinaria. Quería de este modo huir las alabanzas y admiración de los hombres y dar las gracias en la soledad de su fervorosa oración á Aquel que acababa de colmarlo de las maravillosas y divinas finezas de su amor.

ut illum objurgari non permiserit, quod Conventui necessarias facultates nimirum pauperibus largiendo consumeret. Cum siquidem mappulam panibus ad egenos plenam deferret, Priori occurrenti ac exploranti purpureis et fragrantibus rosis media hyeme eandem refertam ostendit, data sibi ob id in posterum libertate cuncta ad libitum distribuendi. Inscriptio relata concorditer ab Historicis. Che l'avea mutato in rose lo avrebbe cangiato nuovamente in pane... e così avvenne di fatto. Giorgi, cap. ix, pág. 81.



CAPÍTULO VI

San Nicolás modelo de perfección religiosa.—San Nicolás cura á un niño de doce años de una dolorosa enfermedad.—Va á Macerata.—Dos paredes lo saludan milagrosamente.—Mándanle los superiores que se prepare á recibir las Ordenes.—San Nicolás es ordenado de presbítero.

Fácil es comprender cuánto llamaría este prodigio de las rosas la atención de los pueblos hacia el humilde religioso, que caminaba á pasos agigantados por los caminos de una eminente perfección. Al reflexionar cuál pudiera ser el secreto de una santidad tan extraordinaria, llegábase á dudar si Nicolás era un ángel revestido de forma humana, ó si Dios sostenía sus fuerzas por medio de un milagro continuado (1). Sólo la persuasión de que el Espíritu Santo era el que lo inspiraba, podía decidir á los superiores á permitirle

(1) San Nicolás amó tanto el ayuno y la abstinencia, que jamás se alimentó de carne, conten-

tan excesivas mortificaciones. Apenas parecía comer, beber y dormir, con gran asombro de sus hermanos que, observándolo cada vez más atentamente, llegaron muy pronto á considerarlo como un gran santo, como un hombre extraordinario, al cual no era posible juzgar según las reglas de la prudencia humana, y cuya conducta hubiera sido temerario el vituperar, siendo en él tan patente la intervención divina.

Un hecho, acaecido por el mismo tiempo que el prodigio de las rosas, dió un nuevo realce á la santidad de Nicolás y atrajo igualmente sobre él la atención de los religiosos y de toda la población de San Ginés. Un día que él hablaba con uno de sus primos, Gentil de Guidiani, ante la puerta del convento, presentóse ante él un niño de doce años, llamado Monaldo Aldrudi, que padecía dolores intolerables de cabeza, suplicándole le encomendase á Dios. El Santo, mirándolo bondadosamente, impúsole las manos con estas simples palabras:

«¡Ea, hijo mío! El buen Dios te ha curado».

En efecto, instantáneamente, y por un simple contacto, el niño había sido enteramente

tándose sólo con pan y agua para extenuar su cuerpo. *Inscripción* sobre la puerta del antiguo refectorio de Tolentino.

librado de sus dolores y de la enfermedad que los causaba (1). En cuanto al trato exterior de Nicolás, no era obstáculo ni dificultad alguna sus continuadas penitencias para que él se mostrase siempre benévolo y afable, dispuesto á servir á todos. Aunque él huía del mundo y amaba la pobreza, no habría jamás consentido en llevar un hábito sucio y roto; si bien él siempre deseaba que su túnica de tela vasta y grosera fuera de una extrema pobreza. Su respeto hacia los superiores, en los cuales sabía él ver la imagen del mismo Dios, se manifestaba invariable en todas las ocasiones con una delicadeza verdaderamente afectuosa. El consideraba en ellos, dice un autor antiguo (2), la persona, para respetarla; las órdenes, para cumplirlas; los consejos, para seguirlos; los deseos, para ejecutarlos. Su deferencia respecto á ellos era tal, que, teniendo costumbre de llevar siempre puesta la capucha ó capilla, se la quitaba é inclinaba respetuosamente su cabeza, no solamente en su presencia, sino también delante

(1) Después fué el Santo trasladado á la tierra de San Ginés, donde obró el siguiente milagro. Un día estaba el Santo discurrendo con Gentil Guidiano, etc. Ghezzi, cap. vi, pág. 70.

(2) Storia della vita, canonizzazione, sangue, panellini, e prodigii di S. Niccola de Tolentino. Autor anónimo. Nápoles, 1768. Stamperio Simoniana, cap. xxvii, pág. 117.

de cualquiera que le transmita sus órdenes (1). Aunque estuviere postrado en el lecho por la enfermedad, siendo costumbre de los eremitanos de San Agustín acostarse con el hábito, él practicaba igualmente esto, inclinando su frente descubierta en señal de respeto y veneración para aquellos que representaban para él la autoridad de Dios (2).

Su obediencia era tan pronta como respetuosa y sobrenatural. Apenas recibía la orden de quien podía mandarle, cuando la cumplía con admirable prontitud, sin inquietarse por el modo más ó menos absoluto con que se le transmitía: ninguna razón, ningún obstáculo era entonces capaz de arredrarle (3). Podemos, en comprobación de esto, citar un hecho digno de memoria. Tres años hacía que estaba Nicolás en San Ginés (4), cuando el Provincial escribió al Prior de este monasterio dándole orden de que lo enviase á Macerata (5). El Santo recibió la noticia sin manifestar por ello sorpresa, disgusto ni dificultad

(1) Giorgi, cap. xiii, pág. 117.

(2) Giorgi. *Pasión*.

(3) *Erat obediens priori et fratribus*. Proceso.

(4) Colucci. *Antichità Picene*, tom. xxiii.

(5) *Post factam professionem gloriosus Nicolaus superiorum jussu aliquot Marchinæ Anconitanæ monasteria incoluit, ac nominatim monasterium S. Ginesi, Maceratense, etc. Torelli. *Sæcula augustiniana ad annum Christi, 1305*, núm. 19.*

alguna. Contentóse con bajar la cabeza en señal de sumisión, y, poniéndose de rodillas, pidió la bendición del Superior, preparándose á partir inmediatamente. Mas, enterados de esta orden los superiores, hacen lo que en otro tiempo los fieles de Mileto cuando el Apóstol San Pablo quiso dejarlos, agolpáronse al lado del viajero y le suplicaron aplazase su partida y no negase este consuelo á su fraternal cariño. A tan apremiantes instancias respóndeles él sonriendo: «Mis superiores me mandan que os deje: ¿cómo puedo yo escucharos y permanecer aquí?» Y los exhortó á que se resignasen alegremente á la separación.

Nicolás, al obrar de esta suerte, resistiendo á sus hermanos, tenía un doble motivo de fe y de sentimiento natural, de humildad y de obediencia. Sabía él que el pueblo de San Ginés acababa de elevar al P. Provincial una instancia suplicándole diese una contraorden á lo dispuesto y le hiciese permanecer (1). A pesar de su prontitud y de sus precauciones, no pudo el Santo llevar enteramente secreta

(1) En uno de aquellos plazos que se le concedieron en San Ginés, se puso en movimiento aquella Universidad por el disgusto común que causaba su partida. Se apercibió el santo joven... y quiso partir con tanta sollicitud. Anónimo, cap. xxvii, págs. 70, 71. M. SS. San Antonino. Giorgi, capítulo xiii, pág. 118.

la novedad de su partida; y el reconocimiento de la muchedumbre tuvo tiempo para proporcionarle uno de esos triunfos populares tan conmovedores por su sencillez. Habiéndose esparcido en breves instantes por todo San Ginés el rumor de su viaje, tan pronto como salió Nicolás del convento, sin más equipo ni preparativo que su breviario, viéronse acudir en tropel á su encuentro todos los pobres á quienes había distribuído tan abundantes limosnas, todos los desgraciados á quienes había consolado y socorrido, llorando y dirigiéndole mil tiernos adiós en esa lengua italiana en que los términos afectuosos tienen un encanto particular. Clamaban todos ellos y decían que perdían á un padre, á un protector y á un amigo; mientras que el humilde religioso, apartándolos de sí dulcemente, continuaba su marcha, no comprendiendo aquella ovación espontánea de todo un pueblo en obsequio suyo. Hasta las criaturas mismas inanimadas parecieron participar en aquel momento del sentimiento de aquella muchedumbre reconocida: cerca de San Ginés se ven todavía dos paredes en el camino, las cuales cuentan que se inclinaron al paso de San Nicolás, saludándole milagrosamente á su marcha para Macerata. El piadoso peregrino que visita en nuestros días estos lugares benditos, puede arrodillarse delante de estas ruinas y

rezar, como lo hacen todos los habitantes de los alrededores, el *Padre Nuestro* y el *Ave Maria* de San Nicolás de Tolentino (1).

Después de un penoso viaje llegó nuestro perfecto obediente á su nueva residencia extenuado de fatiga, pero todo radiante de celestial modestia y eminentes virtudes, que empezaban ya también á derramar por allí sus divinos perfumes. Ningún documento auténtico existe hoy que pueda precisarnos de una manera exacta cuánto tiempo residió San Nicolás en Macerata. Sin embargo, el P. Juan Forti Oratoriano asegura, después de haber estudiado todas las Memorias y recogido todas las tradiciones relativas á esta época de la vida del bienaventurado, que permaneció aquí dos años y que obró multitud de prodigios (2).

Había ya llegado entonces el siervo de Dios á la edad en que la vida del religioso va tomando un carácter especial y determinado; en que la virtud y los talentos comienzan ya á manifestarse más ostensiblemente en armonía con la divina misión que ha de recibirse en las sagradas Ordenes y en el sa-

(1) Los pormenores de este hecho milagroso han sido proporcionados al autor por el R. P. Nicolás Ferranti, sacristán de la Basílica de San Nicolás en Tolentino.

(2) Forti, lib. I, cap. X, pág. 90.

cerdocio. Para un religioso llamado á tan augusto ministerio, el tiempo más precioso y más fecundo es el de la preparación inmediata para el presbiterado. Retirado por muchos años en una modesta celda, él siembra en el trabajo, la meditación, la oración y el silencio lo que ha de recoger más tarde para sí y para las almas que deberá salvar. Tal es la vida del Dios hecho hombre, pasando treinta años de su vida en la obscuridad é inutilidad aparente de Nazaret. Largo tiempo se necesita para que el grano, arrojado y depositado en el seno de la tierra, germine allí y madure hasta llegar á dar frutos de que se alimenta el hombre.

Nada hay, pues, más cierto y verdadero que la necesidad de esta formación que la Iglesia, siempre sabia, exige de sus religiosos y de sus sacerdotes, al hacerles pasar por los noviciados ó por los seminarios. ¿Cómo podría santificar á otros el que primero no se hubiera santificado á sí mismo? ¿El que no hubiese de antemano estudiado en el Crucifijo los deberes y los peligros de la vida? ¿El que no hubiese aprendido por la experiencia y, sujetándose al freno de una regla, á vencerse, á obedecer y á reportar, á despecho de la naturaleza y del mundo, las generosas victorias que han formado á los santos? Esta era precisamente la verdadera perfección á que

aspiraba y que ambicionaba Nicolás, estimándola sobre todas las ciencias, y tomando por regla de conducta aquella máxima de su Padre San Agustín: « Aquellos que han aprendido con Jesucristo á ser mansos y humildes de corazón, adelantan más en el conocimiento de Dios por la oración y la meditación que por el estudio y la lectura ».

El iba á buscar, en primer lugar, en la oración el ardor y la luz, que hacen del hombre, siguiendo la bella expresión del Salvador, una lámpara ardiente y luminosa; aquel divino ardor que inflama el corazón de que llega á posesionarse; el fuego devorador de la caridad que la consume para con Dios y para con el prójimo; aquella lumbrera celeste que ilumina, como dice San Juan, á todo hombre que viene á este mundo, y le muestra el camino que debe seguir para imitar á Jesucristo y conseguir el fin de su inmortal destino. Acercábase el momento en que esta brillante y esplendorosa lámpara iba por fin á dar todo su resplandor, brillando á los ojos de todos aquellos que la rodeaban y cifraban en ella tan legítimas esperanzas. Nicolás hallábase ya en perfecta sazón para el sacerdocio. Resolvieron, pues, los superiores trasladarlo de Macerata, enviándolo á la villa episcopal de Osimo, á fin de que recibiese el subdiaconado y el diaconado de manos de San Bienve-

nido, obispo á la sazón de esta ciudad (1). Se ha dicho, con razón, que los amigos de Dios se comprenden muy pronto mutuamente; así que, apenas hubo visto San Bienvenido á Nicolás, conoció el gran tesoro que el Cielo le enviaba, no teniendo dificultad ninguna en admitirlo inmediatamente á la ordenación. Como todos los que se acercaban al santo joven, el pontífice de Osimo se sintió lleno de admiración por sus virtudes, y fundó sobre él grandes esperanzas. Dificiles y revueltos eran los tiempos por que pasaba entonces la humanidad, y solamente las Ordenes monásticas parecían capaces de reparar los desórdenes causados por la guerra civil, el cisma y la indiferencia. Nunca más necesarias las Ordenes religiosas que en estos momentos de trastornos sociales y espantosas crisis. Sólo en el silencio y la soledad de los claustros, en la práctica austera del deber y de las reglas religiosas, es donde se encuentra la única santidad capaz de curar á los pueblos é infundirles, con la palabra y con el ejemplo, el suficiente vigor moral que les inspira las nobles y generosas disposiciones para la paz y para el bien. Mas para eso son necesarios en los monasterios naturalidades bien templadas, como la de San Nicolás; almas gran-

(1) Anónimo, cap. VII, pág. 22.

des y generosas, brillando como faros tranquilos y luminosos en medio de los mares embravecidos, anunciando al mundo todo la variedad de las empresas y grandezas de la Tierra, y la necesidad de fijar la mirada en el Cielo y en Dios, único Maestro y único Salvador de las naciones. Mas el joven religioso, sin preocuparse de las esperanzas que sobre él se fundaban y de los admirables desig-nios de la Providencia en obsequio suyo, tan pronto como hubo llegado á Osimo encerróse en el silencio y el apartamiento de su celda, á fin de prepararse para el sacerdocio.

Es necesario haber deseado ardientemente la unción sacerdotal con el fervor de la juventud, para llegar á comprender lo que debió ser la preparación de un santo para el sacerdocio. Como las almas privilegiadas, á que Dios concede desde la infancia la gracia de conocer el fin real y el sentido serio de la vida, Nicolás había conocido desde muy temprano que la santa comunión no es la última palabra en las relaciones del Infinito con su criatura, y que el cristiano, llamado como Aarón á una vocación superior, podía desear todavía más en la adoración y temor de la fe. ¡Consagrar la Hostia con las palabras mismas de Jesucristo, hacer venir al mismo Dios como una víctima sobre el altar y á las propias manos del sacerdote! ¡Qué señales de amor

nos ha dado el Señor! Pero, también, ¡qué santidad es la que exige de aquellos que deben llevar la carga de un tan tremendo ministerio!

Dominada su alma de estos graves pensamientos, Nicolás redobló sus oraciones, sus mortificaciones y sus ayunos, y, encerrándose todavía más en la soledad y el silencio, sepultado en el abismo de su nada y en la consideración de los defectos que en sí veía, lloraba sin cesar y reconocíase indigno de subir hasta el altar santo y de recibir el sacerdocio. Emocionado y temblando á medida que se acercaba el gran día, sentíase asaltado de amargos temores y vivas aprensiones. Los justos conocen perfectamente esas horas misteriosas en que Dios los atrae fuertemente hacia Sí, haciéndoles conocer al mismo tiempo su profunda miseria; horas de terror, es verdad, mas también de dulces lágrimas y de consolaciones inefables; luchas de pesares, de confianza y de amor, que el Señor tanto se complace de ver en sus santos. Tal vez estas horas y estas luchas nos dejarían del todo incapaces y desarmados, si no viniese entonces la obediencia á empujarnos hacia adelante y á devolvernos el valor y la paz. Tal era lo que sucedía por Nicolás en estos días de humilde sobresalto; una orden de su superior, mostrándole el tabernáculo como el puerto segu-

ro adonde debía refugiarse, le hizo adelantar-se hacia él (1). A la voz de aquel á quien miraba como el intérprete de la voluntad divina, el hijo de Agustín no pensó más que en obedecer y en pedir al Espíritu Santo las gracias que pudiesen ayudarle á ser menos indigno de su vocación inefable. Volvióse, pues, á Cingoli y recibió el sacramento del Orden en la iglesia colegial de Santa María de manos de San Bienvenido. Este acontecimiento, memorable para San Nicolás, para la Orden de Ermitaños y para la Iglesia católica, pasó desapercibido en medio de los tumultos sociales y de las graves preocupaciones de aquel siglo. Sin embargo, él debía tener una inmensa influencia sobre la vida de nuestro Santo, sobre su familia monástica y sobre diversos sucesos que pertenecen á la historia del Cristianismo.

(1) Mercuri, cap. v, pág. 51. Giorgi.





CAPÍTULO VII

San Nicolás sacerdote.—Fervor de San Nicolás en el altar.—Su preparación para celebrar los Santos Misterios.—«¡Qué gran Santo!»—Obra San Nicolás muchas maravillas.

Apenas fué revestido de la dignidad de sacerdote, lanzóse Nicolás con nuevos aumentos de fervor y generosidad por las sendas de la perfección, trepando con mayor firmeza y rapidez por los grados de una consumada santidad. Subiendo cada mañana sobre el Tabor eucarístico, que es al mismo tiempo el Calvario, recibía diariamente sobre su alma la asistencia de su Dios, no viviendo más que para El, para su gloria y para la salud de las almas. ¿Qué existencia, en efecto, más moralizadora y santificante que aquella que se desliza entre la comunión de la mañana y la esperanza de la que habrá de recibirse al siguiente día?

¿No es esto pasar en breves momentos de Jesús á Jesús, del infinito al infinito? Mas ¿no es esto también contraer una tremenda

responsabilidad, que obliga al sacerdote á tener los sentimientos de un Dios á quien representa? Nuestro Santo, esclarecido por sus largas y fervientes contemplaciones, estaba tan persuadido de la perfecta pureza y perfección exigida por el sacrificio del altar, que no celebraba sino temblando y dominado de un humildísimo fervor.

Habiendo sido algunas veces arrebatado en éxtasis y elevado en los aires durante la Misa, suplicó no le obligasen á celebrarla públicamente (1). El hubiera querido decirlo siempre solo en una capilla retirada, á fin de poder entregarse por entero á sus amorosos é íntimos coloquios con su Salvador; de tal modo, que fué necesaria una orden terminante de sus superiores para decidirlo á consagrar en la iglesia de su convento. Era, pues, Nicolás un verdadero sacerdote según el orden de Melquisedec, y apreciaba este inmenso favor como un don todo divino, que nunca podría agradecer á Dios suficientemente. Así lo confesaba con frecuencia, entre inefables transportes de alegría. Si alguna vez se le invitaba á hablar sobre la dignidad del sacerdote, hubiérase creído, al oírlo, que se hallaba ya gozando su alma de las dulzuras ce-

(1) Al celebrar veíasele con frecuencia elevado de la tierra. Giorgi. *Compendio Tolentino*. Guido Guidoni, editor, 1831, pág. 28.

lestiales y de la presencia del Señor; tan abrasadas eran las palabras que brotaban de sus labios, y tan indecible el entusiasmo que se retrataba en sus venerables facciones. No conocía Nicolás la distracción ó frialdad en la comunión, no acercándose jamás á ella como á un acto común ó á una cosa ordinaria, que pudiera hacer por costumbre; antes bien, se preparaba largamente y con extremo cuidado, comenzando la víspera, desde la caída de la tarde, después de rezar Completas, á recogerse más profundamente, para pensar en la comunión del siguiente día.

Siguiendo aquella máxima de su glorioso Padre San Agustín, que la oración es la medida del amor, dedicaba á su Dios todos los sentimientos de ternura y de piedad de su alma mucho antes de celebrar los divinos misterios, esforzándose con el sentido sobrenatural propio de los santos por hacerse semejante á la Hostia que él debía inmolar. Azotábase á este efecto tan cruelmente, que la sangre brotaba y corría en abundancia por sus hábitos, por las paredes y por el suelo de su celda, dejando allí las huellas que su humildad religiosa no tenía á veces tiempo para borrar, y que se echaban de ver al otro día (1).

(1) Solía comenzar á prepararse para el santo

Por este medio, Nicolás triunfaba del sueño; mas no paraba en sólo eso. Terminada la flagelación, rodeábase un cinto de hierro, cuyas puntas penetraban en las llagas abiertas por las disciplinas, al que acompañaba un cilicio, que lo atormentaba con extremos y continuados dolores (1). «Es menester, decía entonces, que yo expie mis pecados y los de mis prójimos antes de acercarme al altar, para renovar allí el sacrificio del Calvario» (2).

Todavía no era esto bastante. Después de haber maltratado de tal modo su cuerpo, extenuado por sus continuados ayunos y casi convertido en un cuerpo trasparente, ¡tan flaco y demacrado se encontraba!, comenzaba Nicolás una larga oración que duraba hasta la media noche. Cuando sus piernas se negaban á sostenerle, apoyaba sus codos sobre una piedra de mármol que se hallaba á la altura de su ventana, siendo éste el único alivio que quería proporcionarse; de tal modo, que si alguna vez sus ojos, fatigados por las continuas vigiliias, llegaban á cerrársele

sacrificio de la Misa hacia la puesta del sol, disciplinándose cruelmente hasta derramar abundante sangre de sus venas. *Giorgi*, cap. III, pág. 31.

(1) *Nudos artus aspero cilicio vestiens, quod ferreo cingulo adstringebat. Breviario.*

(2) *Pro multis sibi confitentibus orabat, jejunabat, celebrabat et lacrymas effundebat, ut a tenebris peccatorum liberarentur. Proceso.*

reclamando un poco de sueño, buscaba en la disciplina la fuerza necesaria para resistir á lo que él llamaba pereza (1). Tenía lugar esto delante de una imagen que representaba al Salvador depositado muerto en los brazos de su Madre, imagen que se llama en Italia Nuestra Señora de la Piedad, y de la cual no se separó él nunca al hacer su preparación para el sacrificio de la Misa. Uniéndose á Nuestro Señor en el huerto de las Olivas, lloraba, sollozaba y confesaba sus pecados y los de todos los hombres, pidiendo perdón á Dios con las demostraciones del más acendrado amor.

Cuando sonaba á media noche la campana del convento, volvía Nicolás al coro para rezar los Maitines con sus hermanos y continuar allí sus fervorosas comunicaciones con su Dios; y, volviendo después á la celda, tomaba un pequeño descanso, acostado sobre dos tablas, ó sobre el pavimento, apoyando su cabeza sobre una piedra (2). Muy frecuen-

(1) *Duos habebat lapides marmoreos ad quorum unum genuflectebat; alterum ad quem lassus extensa brachia saltem frigore castigaret. Proceso.*

(2) Dormía algunas veces sobre un jergón de paja, con frecuencia sobre desnudas tablas, y con muchísima frecuencia en la dura tierra. Anónimo, cap. xxxiii, pág. 90. *Parvo palearum saccone pro lecto contentus, mantellum pro esportorio et pro capitali lapidem quandoque tenebat. Proceso.*

temente, los primeros resplandores del día lo sorprendían abismado de nuevo en la contemplación (1). Entre las tres y las cuatro de la mañana hallábase ya siempre levantado, comenzando su preparación por una nueva y sangrienta flagelación, que convertía el sacrificio que iba á ofrecer en una fiel y viva imagen del de Jesucristo sobre el Calvario. Nuevo Moisés bajando del monte Horeb, Nicolás parecía un ángel en el altar. Aparecía allí tan lleno de majestad, de devoción y de santo embelesamiento, que los pueblos se agolpaban por asistir á su Misa, y volvíanse de ella exclamando llenos de admiración: «¡Oh qué gran Santo!» (2). Sus oraciones de acción de gracias eran tan fervorosas, que, levantado su pecho por profundos y ahogados sollozos, varias veces se quedó extasiado y permaneció privado de todo sentimiento durante todo el día.

Tanta piedad y fervor debían hacer una dulce violencia en el corazón de Dios, que desde entonces parece no pudo negar nada á su fiel servidor, á quien, por el contrario, se complacía en colmar de obsequios y atenciones de su ternura omnipotente. Cierta día,

(1) *Integras sæpe noctes pervigil ducebat. Proceso*

(2) *Giorgi. Compendio, pág. 28. Anónimo, página 26.*

el ayudante á la Misa de Nicolás llenó, por equivocación, las dos vinajeras de agua; mas el Santo, sumido en sus pensamientos y abstraído en Dios, no se enteró de ello, y por tanto no puso más que agua en su cáliz. Este sacrificio debía ser nulo faltando en él, como faltaba, la materia necesaria para su validez, lo cual hubiera sido para el celebrante, de haberlo sabido, causa de profunda amargura y pesadumbre. Mas el Señor no quiso ver á su siervo en tal amargura. Nicolás no conoció el error de su ayudante, ni después de la consagración; mas, al consumir las sagradas especies, encontró en el vino consagrado un sabor tan exquisito y delicioso, que preguntó en seguida de donde habían podido sacarlo. Entonces fué cuando el ayudante se aperció de lo que había hecho, por inadvertencia, y conoció el milagro con que el Santo había sido favorecido (1).

Una señora de la villa de Urbisaglia había perdido completamente la vista á consecuencia de una gravísima erisipela. Todos los recursos del arte habían resultado inútiles, y, hallándose ya completamente abandonada de los médicos por incurable, resolvió ir á buscar á Nicolás para pedirle la curación de su dolencia. Persuadida de que, después de

(1) M. SS. Anónimo, cap. ix, pág. 26.

la Misa, las oraciones de Nicolás debían ser más fácilmente escuchadas, hizose conducir á la iglesia donde él debía celebrar, y asistió con gran fervor al santo sacrificio. Cuando el religioso hubo terminado la santa Misa, colocóse aquélla en el camino por donde él debía volver á la sacristía, y le suplicó se detuviese un momento á darle la bendición, haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz. Movidó por la fe y la resignación de la pobre ciega, Nicolás, aproximándose á ella, hizo lo que le suplicaba, diciendo: *¡Que el buen Dios, en su misericordia, os cure, hija mía!* En el mismo instante, los ojos apagados y cerrados después de tanto tiempo, se abrieron á la luz del día. La piadosa cristiana, por su parte, vió recompensada su confianza y pudo ya contemplar al Santo, de quien Dios se había servido para devolverle la deseada vista (1).

(1) *Proceso. Ghezi*, cap. xiii, pág. 42.

CAPÍTULO VIII

San Nicolás protector de las almas del Purgatorio.— Ruega San Nicolás por un primo suyo y lo preserva del fuego eterno.— El Hermano Peregrino de Osimo.— Las almas del Purgatorio se aparecen á San Nicolás durante el Santo Sacrificio.— La piadosa Unión del Sufragio.— Las almas del Purgatorio ponen en huida al ejército de Juan de Médicis.

Los soberanos Pontífices han otorgado á San Nicolás de Tolentino dos títulos tan gloriosos para él como consoladores para nosotros: el de protector de la Iglesia y el de protector de las almas del Purgatorio; y, en verdad que el Taumaturgo cuya vida y virtudes referimos, los tiene bien merecidos; por tanto, debemos invocarlo con la más entera confianza, sea en favor de la Iglesia nuestra Madre, sea en favor de las almas de los fieles difuntos detenidas en el fuego de la expiación (1). No es verdadero cristiano aquel

(1) *Verbi Dei sanguine predicamus sanctam esse constructam Ecclesiam: et sanguine Sancti Nicolai*

que no procura consolar á los seres queridos que Dios le ha arrebatado, y á los cuales retiene en el Purgatorio por un efecto de su justicia infinita. No hay persona sobre la Tierra que no haya amado bastante á sus semejantes, para compartir gustoso sus penas cuando penetran en este lugar de tormentos. Nadie hay entre los fieles que no procure aumentar el número de los elegidos y procurar con ello á nuestro Señor un aumento de gloria.

Para llegar á conseguirlo, la Iglesia nos ofrece riquezas sin cuento: la limosna, las indulgencias, la oración, las buenas obras, las penitencias, las comuniones; pero, ante todo y sobre todo, el adorable sacrificio del Altar. Como si esto no fuese todavía bastante, ella ha querido elegir un Santo especial que se pudiese invocar especialmente por las almas del Purgatorio; un Santo al cual pudiese confiar cada uno, ya la sangre sacratísima del Salvador, ya el pobre mérito de sus propias obras, con la esperanza de que él las aplicará según la voluntad conocida por Dios á aque-

narramus esse protectam. Alexander VII. Instrumentum fidei continens emanationes sanguinis divi Nicolai Tolentinatis.

Ad suffragia animabus in purgatorio igne dentis... sub invocatione S. Nicolai, Leo XIII, Breve sub die xvii Maii MDCCCLXXXIV.

llos que sufren en las llamas de la expiación; y este Santo, verdaderamente limosnero y protector del Purgatorio, es nuestro glorioso ermitaño de San Agustín, San Nicolás de Tolentino. Dos hechos milagrosos, acaecidos durante su vida, justifican plenamente esta elección de la Iglesia y la devoción de los pueblos. Vamos á referirlos para edificación del lector.

Tenía Nicolás dos primos, uno de los cuales se llamaba Gentil de Guidiani. Este, que llevaba una vida culpable, fué muerto por un su rival en el castillo de Aperana, y el siervo de Dios tuvo de ello noticia estando en Recanati, adonde había vuelto algún tiempo después de su ordenación (1). Traspasado Nicolás de profunda pena al pensar en la conducta criminal del difunto, cayó de rodillas y, derramando abundantes lágrimas, exclamó: «¡Ay, cuánto temo que el desgraciado se haya perdido para siempre!» Luego, no contentándose con estériles lamentos, aumentó sus penitencias, ya tan duras, y sus tan largas y multiplicadas oraciones; ofreció por el difunto el santo sacrificio del altar, y no cesó desde entonces, ni de día ni de noche, de rogar amorosamente á Dios Nuestro Señor tuviese

(1) Cum in civitate Recanatensi degeret. Petrus de Monte Rubiano, cap. II, núm. 18.



SAN NICOLÁS

PIDIENDO Á LA SANTÍSIMA VIRGEN
POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

piedad de aquella alma pecadora, y le diese á entender si era salva ó condenada por toda la eternidad (1).

Por espacio de dos semanas, Nicolás no cesó de solicitar esta doble gracia con sus lágrimas, con sus plegarias y con sus sangrientas mortificaciones. Mas he aquí que á los quince días, á la hora de media noche (2), en el momento en que se levantaba para atizar la lámpara que ardía delante del Tabernáculo, oyó de repente una voz que decía: «Hermano mío, hermano mío (3), da gracias al Señor Jesús. El ha mirado con ojos de misericordia tus oraciones y tus lágrimas: yo debía de estar condenado, pero me han salvado tus oraciones».

Temiendo el Santo una ilusión del demonio, que con frecuencia se transforma en ángel de luz, respondió: «¿Por qué me tientes, enemigo de todo bien? Mi hermano ha muerto, y á Dios sólo le pertenece el salvarlo ó el condenarlo. — No tengas duda ninguna, hermano mío, replicó entonces la aparición:

(1) Hacia las más rígidas penitencias y ofrecía por su alma el santo sacrificio de la Misa. Anónimo, cap. xvii, pág. 46.

(2) Levantábase de la oración por la noche para encender la lámpara que ardía delante del Santísimo Sacramento. Frigerio, cap. xiii, pág. 55.

(3) En Italia se dice generalmente *fratello cugino*, que significa *primo hermano*.

yo soy con toda verdad tu primo Gentil. A tus oraciones debo yo el haber sido preservado del Infierno por Nuestro Señor Jesucristo». Y á continuación añadió el alma estas notables palabras, que manifiestan la elevada santidad del piadoso ermitaño de San Agustín: «Tus obras ¡oh Nicolás! son tan agradables á Dios, que El te concederá todo lo que le pidieres en la vida presente, y además de esto serás glorioso en esta vida, que es la mía en el Paraíso» (1). Y desapareció la visión, dejando en el alma del Santo favorecido con ella una de esas alegrías inefables que hacen olvidar todos los sufrimientos, consuelan todas las amarguras y hacen al alma capaz de los más grandes sacrificios.

Tal era, pues, la ternura y amor de Dios para con su siervo, que por sus oraciones cerró las puertas del abismo eterno á un pecador tan culpable, otorgándole, por un secreto resorte de la predestinación, gracias extraordinarias que en un solo instante, en el postrer momento de la existencia hacen del más grande pecador un justo llamado al Reino

(1) *Confortare igitur et esto robustus in operibus penitentiae quae coepisti; sic enim Deo et Salvatore nostro grata sunt opera tua, quod quidquid ab eo petieris impetrabis in vita praesenti dum vixeris, et in ista in qua ego sum, vir gloriosus eris.* Petrus de Monte Rubiano, cap. ii, núm. 18.

divino; justo que, tan pronto haya pasado el tiempo de su purificación y prueba en el Purgatorio, tomará asiento entre los elegidos por un efecto de la Misericordia infinita.

El otro prodigio debió suceder, según San Antonino, arzobispo de Florencia, en una ermita del convento de Valmanente, cerca de Pésaro. En él se ve, no menos que en el pasado, el amor del Señor para con su servidor, y el poder del servidor en el corazón de su Señor para inclinar la justicia divina en favor de las almas del Purgatorio.

Había sido Nicolás designado para cantar una semana entera la Misa conventual, como es costumbre en los monasterios agustinianos, debiendo comenzar su cometido el domingo. La noche, pues, del sábado, mientras el bienaventurado ermitaño dormía, fué despertado por una voz triste y suplicante que lo llamaba. «Hermano Nicolás, decía: hombre de Dios, mírame».

El Santo, lleno de admiración, esforzóse por ver quién le hablaba de aquel modo; mas, no viendo á nadie, preguntó á la aparición quién era. «Yo soy, respondió la misma voz, el alma de Fray Peregrino de Osimo, uno de vuestros amigos durante la vida, y ahora atormentado en las llamas. Dios, por su misericordia, me ha condenado á penas temporales, aunque yo, por mis pecados, había me-

recido las eternas. Yo, pues, te suplico humildísimamente celebres hoy por mí la santa Misa, á fin de que yo me vea libre de este fuego. — Oh, hermano mío, replicó Nicolás: que el Salvador, cuya sangre nos ha redimido, venga en tu ayuda. En cuanto á mí, estoy designado para cantar la Misa conventual, y en este día del Domingo no me es permitido cambiar el Oficio, ni puedo, por tanto, cantar la Misa de Difuntos. — Venid, pues, conmigo, continuó la aparición; venid, ¡oh venerable Padre!, y vos veréis si debéis condescender con mi petición, y si os es posible negaros á consolar á una muchedumbre de desgraciados que me han suplicado implore vuestra misericordia.» Y el alma condujo al siervo de Dios á otra parte de la ermita, donde, mostrándole la hermosa explanada de Pésaro, y en esta explanada una multitud innumerable de almas, volvió á decirle: «Tened piedad de estos infortunados, que aguardan vuestros socorros: si vos os dignáis celebrar la Misa por nosotros, casi todos seremos libertados de nuestros dolorosos tormentos».

Vuelto en sí Nicolás, hallóse vivamente impresionado por esta visión, y, profundamente movido á piedad, dejó correr sus lágrimas en abundancia y se abismó en una ferviente oración en favor de los desgraciados que acababa de ver. Tan pronto como

llegó el día, fué en busca de su Prior y, prosternándose ante él, le contó la aparición, sólo en cuanto aquello que le pareció necesario, sin que sufriese su humildad, suplicándole le permitiese celebrar el santo sacrificio de los Difuntos durante la semana entera.

Consintió éste en la justa demanda de Nicolás, y reemplazó al siervo de Dios por otro religioso que celebrase la Misa conventual. Durante siete días renovó San Nicolás el sacrificio del Calvario, y atrajo sobre el altar la Víctima divina, á fin de obtener la libertad de tantas afligidas almas, añadiendo á su ardiente súplica abundantes lágrimas y mortificaciones de todo género, tales como podían ser inspiradas por su generosidad heroica y compasiva ternura.

Aparecióse de nuevo á Nicolás el último día el hermano Peregrino, al fin de la Misa ó durante la misma Misa, según varios autores, y, dándole gracias por su caridad y eficacia, mostróle cerca de él á la mayor parte de aquellos por quienes había rogado, anunciándole que la Justicia divina les acababa de abrir las puertas del Cielo. Y todas aquellas almas, libertadas por los méritos y oraciones de su bienhechor, se elevaron delante de él hacia la Patria celestial, repitiendo aquellas palabras del salmo: *¡Hemos sido libradas de los que nos afligian, y nuestros enemigos han*

sido confundidos! «Oh hombre inefable, exclama á este propósito San Antonino; hombre inefable que ha llevado siempre una vida tan santa, y cuyos méritos han comenzado á hacerse conocer en su más tierna juventud hasta en el Purgatorio!» (1).

De este prodigio tomó origen el Septenario de San Nicolás, y á él se debe el que la Cristiandad otorgase á Nicolás el título glorioso de Protector de este lugar de expiación y de tormentos. El fué la causa de la institución en Tolentino de la Pía Unión del Sufragio, que existe hoy todavía en la mayor parte de los monasterios de la Orden Agustiniana. Los Piores generales, que tienen la facultad de conceder las indulgencias del altar privilegiado en alguna de sus iglesias, eligen siempre para eso los altares dedicados al gran Taumaturgo de Tolentino (2).

Terminaremos este capítulo refiriendo otro prodigio obtenido por el glorioso Nicolás. Por este prodigio manifestó el Señor cuán agradable le sea y cuán poderosa sobre su corazón la devoción por las almas del Purgatorio, colocada bajo el patronato de su siervo.

Hacia el año 1555, escribe el P. Benincasa en su *Vida de San Nicolás*, se construyó

(1) San Antonino. *Chron.*, tercera parte, tom. III.

(2) Véase el apéndice núm. 1, al fin de este volumen.

en honor del Apóstol de Tolentino una magnífica y suntuosa capilla en Leco, plaza fuerte situada no lejos del lago de Corne, y acordóse un decreto por los habitantes de esta villa para elevar la fiesta del glorioso Santo al rango de las fiestas más solemnes. He aquí la razón de eso: Habiendo puesto sitio Juan de Médicis, general de los venecianos, á la plaza de Leco, la tuvo largo tiempo encerrada por su ejército, sin poder hacerse dueño de ella; mas el cansancio, el hambre y el aislamiento redujeron á los defensores de la fortaleza á un tal estado de debilidad y desaliento, que, enterado de ello el enemigo, resolvió tentar un asalto general. Á semejante noticia, comprendiendo los sitiados que estaban completamente perdidos, entregáronse á la más profunda tristeza. En tan extremada situación quisieron, sin embargo, invocar á San Nicolás, del cual eran particularmente devotos, y, en la mañana misma del día en que debía realizarse el asalto decisivo, todos los sacerdotes de la ciudad aplicaron la Misa en sufragio de las almas del Purgatorio, uniéndose á ellos el pueblo entero con gran confianza. «El Santo, decían ellos, que en otra ocasión ha librado por su Septenario de Misas á una muchedumbre de difuntos, él se servirá de tantas Misas para salvarnos del peligro y para concedernos la victoria y la salud».

Dios manifestó que estos sentimientos le eran agradables, y que su siervo glorioso le había rogado por la villa puesta en tamaño peligro. En el momento de comenzar el asalto divisó Juan de Médicis, con profunda sorpresa, sobre las murallas de la ciudad sitiada un ejército muy numeroso de gente vestida de blanco. Como él preguntase con inquietud qué significaba aquel espectáculo extraordinario, y de dónde venían aquellos ejércitos extranjeros, oyó voces misteriosas que, respondiendo á su pensamiento, decían: «A causa de las Misas que los habitantes de Leco han hecho celebrar esta mañana, las almas libertadas del Purgatorio por estas oraciones han sido enviadas por Dios para defenderlos».

Vivamente amedrentado el General, hizo al instante cesar todos los preparativos del combate, y se alejó tan precipitadamente, que parecía que su ejército se retiraba huyendo (1). Este maravilloso acontecimiento probó á los sitiados la eficacia de los sacrificios y oraciones por las almas del Purgatorio cuando uno las ofrece con fe y confianza por la intercesión de su poderoso y caritativo abogado San Nicolás de Tolentino. ®

(1) Pía Unión Primaria, por el P. Nicolás Mercuri. Roma, 1886, cap. II, pág. 21.



CAPÍTULO IX

San Nicolás maestro de novicios.—San Nicolás es enviado á San Elpidio.—Es nombrado maestro de novicios.—Los novicios se sienten arrastrados á imitar las virtudes de su maestro.—El convento de San Elpidio llega á ser un modelo de perfección.—San Nicolás va á la ciudad de Termo.—La santa casa de Loreto.—«En Tolentino será tu muerte.»

La renuncia de la propia voluntad, la alegría en los trabajos, el fervor de la oración, los transportes de amor divino, tienen un precio inestimable en la historia de los Santos; mas todo esto adquiere un nuevo mérito y alcanza el doble objeto de la redención cuando se consagra á la santificación del prójimo y se junta á un ardiente celo por la salud de las almas. Como San Agustín, su ilustre Padre, Nicolás estaba lleno de caridad y de misericordia para con los hombres; y durante su vida heroica y mortificada, cuyas principales acciones nos hemos propuesto esbozar,

él juntaba á la práctica de una perfecta obediencia la de la más tierna bondad y del más completo sacrificio para con el prójimo: virtudes frecuentemente raras, aun en los más austeros penitentes.

Haciéndole pasar por las diferentes casas de la Orden sus superiores, habían conseguido conocerlo más á fondo, al mismo tiempo que apreciarlo y amarlo más cada día; viendo además comprobado que la opinión general acerca de la eminente santidad de este religioso era en realidad muy inferior á su verdadero mérito. A pesar, pues, de su juventud y de su humilde temor á los puestos importantes, no vacilaron en encargarle la cura de almas; motivo por el cual lo llamaron al monasterio de San Elpidio para desempeñar allí el cargo de maestro de novicios (1); cargo en verdad importantísimo, como que él es el que ha de formar el corazón de los nuevos religiosos y de imbuir en ellos aquel espíritu y sólidas virtudes de que depende siempre el fervor, la paz y la prosperidad de los claustros. Juzgaba el Provincial, no sin razón, que las gracias sobrenaturales que guiaban á Nicolás en su vida espiritual serían para él una fuente abundante de luces é inspiraciones con

(1) Et S. Elpidii ubi magister novitiorum fuit. Torelli, ad annum Christi, 1305, núm. 19.

que pudiese dirigir á los novicios, conociéndolos y dándoles la formación necesaria para hacer de ellos verdaderos religiosos.

Después de su entrada en la Orden de San Agustín, Nicolás había tomado por su cuenta el anonadarse delante de todo el mundo, de vivir oculto y de conservarse siempre en la condición de un humilde discípulo y servidor de sus hermanos, ilusionándose con la dulce esperanza de pasar así su vida, únicamente ocupado en la salud de su alma (1). Fué, pues, para él tan inesperada como penosa la elección de los Superiores; mas aceptó en silencio la pesada carga que le había sido impuesta, sin formarse ilusión alguna sobre las obligaciones múltiples, difíciles y delicadas á que dicho cargo le sujetaba. Consideróse desde entonces como obligado ante Dios á darle algún día cuenta de las almas confiadas á su cuidado, esforzándose, por tanto, en animar y dirigir á los inocentes, así como en sostener á aquellos que tal vez vacilaban al recuerdo de su vida pasada y de los honores y placeres que tan generosamente habían abandonado y sacrificado. Viéronse por este tiempo gran número de corazones afligidos que, deseosos de unirse á las almas elegidas que poblaban los claustros, venían á refugiarse á

(1) Erat obediens Priori et Fratibus. *Proceso.*

ellos, donde podían olvidar las borrascas del mundo y encontrar la paz y la salud.

Nicolás, por la rectitud de su juicio, por la eminencia de su virtud, por su grande mortificación, por las luces divinas de que estaba dotado, era en verdad un hombre, según Dios, digno de este noble empleo y de este doble cargo. La Comunidad de San Elpidio era numerosa y ferviente. El primer cuidado del nuevo maestro de novicios fué el constituirse en modelo de todos los religiosos, y el predicar más con los ejemplos que con las palabras (1), aplicándose á arrancar enteramente á sus alumnos del mundo que ya habían abandonado, y á formarlos en la vida interior. Su ardiente caridad, el encanto fascinador de sus discursos, la humilde simplicidad de su vida, su amor á los trabajos y su continua unión con Dios atrajeron al punto la atención de los novicios y los decidieron á imitar las virtudes de su santo maestro, familiarizándose con el ejercicio de la oración.

Por esta época renacía el espíritu de fervor en todos los monasterios de la Orden, como animados por el soplo de la santidad. Gubio, Verona, Amándula, Avigliana, Montereal, Todi, Plasencia, Pésaro, Rieti, Ve-

(1) In omnibus continue primus erat. *Proceso.* San Antonino. Beato Jordán.

roli, Mantua, Tolosa, Sena y casi todos los claustros agustinianos contaban dentro de sus muros con religiosos que son hoy día venerados en las altares al lado de San Nicolás; mas en poco tiempo el noviciado de San Elpidio llegó á ser el modelo de todos, bajo la suave influencia de aquel que lo dirigía.

Por desgracia, destruídos los archivos de los conventos por las guerras civiles y las revoluciones, no nos queda detalle alguno sobre el año en que Nicolás fué maestro de novicios. Lo que sabemos es, que no había aún transcurrido un año desde su llegada á San Elpidio cuando recibió nueva orden de partir y abandonar aquella familia monástica, que lo veneraba como á un tierno padre.

Sobre la cumbre de una colina que domina al mar Adriático se levanta la pequeña villa de Termo, donde los agustinos poseían una pequeña capilla con un convento en que se reunían cierto número de estudiantes. Los religiosos celebraban el Oficio divino y administraban los Sacramentos, catequizando y predicando á los pueblos que en los días festivos acudían al bendito santuario. A predicar igualmente la palabra divina, dice el Padre Tombeur, fué enviado Nicolás á esta villa, donde vinieron á consolarle dos célebres

visiones, manifestándole la inefable ternura del Señor para con él (1).

La primera tuvo por objeto la santa casa de Loreto. El relato de esto ha sido registrado en los anales de Termo, y extraído de allí por el P. Octavio Falconi, oratoriano, para los cardenales Juan Bautista Pallotti y Dece Azzolini, los cuales hicieron pintar un cuadro en recuerdo de este acontecimiento, y lo colocaron en la iglesia nacional de las Marcas, en Roma; iglesia que lleva el nombre de San Salvador *in Lauro*. La provincia de las Marcas es allí representada bajo la imagen de una mujer arrodillada, que está invitando á la Santa Casa á que se pare y repose sobre sus brazos. He aquí lo que refiere á este propósito una crónica antigua: «Cuando San Nicolás se hallaba en la ciudad de Fermo, solía ir varias veces cada día á asomarse á una ventana del convento, desde donde se gozaba de una vista deliciosa sobre las playas del mar Adriático, sintiéndose atraído hacia este lugar por una fuerza irresistible. Allí permanecía Nicolás, inmóvil, embargado por una subitánea emoción, é, iluminándose su rostro, caía por fin de rodillas y oraba largas horas en un dulce éxtasis. Su Prior, que desde cier-

(1) Vida de San Nicolás de Tolentino, con anotaciones.

to lugar oculto lo contemplaba abandonado á todo el fervor de su ardiente piedad, le preguntó un día sonriendo: *Hermano Nicolás, ¿qué hacéis ahí? ¿Estáis acaso haciendo oración por los peces?*— *No, padre mío, no*, respondió el Santo con una exaltación celestial; y, mostrándole la mar y las costas de Dalmacia, añadió: *Yo aguardo de hacia ese lado un gran tesoro.*

Alejóse en silencio el Prior, preguntándose y discurrendo de qué tesoro podría hablar San Nicolás; y como conocía el espíritu profético de este religioso, y sabía que continuamente se hallaba abismado en Dios y favorecido de comunicaciones sobrenaturales, no dudó que se trataba de algún insigne beneficio del Cielo. Algunos años más tarde, en 1294, era transportada por los ángeles la Santa Casa de Nazaret á la villa de Loreto, vecina á Fermo, y la visión del célebre fraile agustino tuvo su explicación natural (1).

Dios trataba familiarmente á su siervo y se complacía en comunicarle con una inefable ternura los secretos de su Providencia, velando sobre él con una especial atención y no permitiendo que fuese engañado ni retrocediese en el camino de la santidad, como lo de-

(1) Pantheon Augustinianum. Gianizi. Istoria della S. Casa di Loreto, pág. 17. Rossi, editor, 1845.

muestra la segunda visión que coronó uno de los más serios combates que hubo de sostener Nicolás para permanecer fiel á su vocación. He aquí el hecho, tal como lo refieren todos los historiadores.

«La austeridad prodigiosa del santo ermitaño lo había convertido en un objeto de compasión para todo el mundo: su cuerpo debilitado, su rostro macilento, sus ojos hundidos y sus labios pálidos le daban la apariencia de un viejo, cuando la juventud debiera haberse aún reflejado en el color de su semblante. Era evidentemente que él se iba consumiendo de día en día. Movido por las importunaciones de un primo suyo, abad del monasterio benedictino de Santa María de Giacomo, llamado hoy Santa María *in Giorgio*, situado cerca de Fermo, decidióse el siervo de Dios á ir á visitarle. Sabía ya el abad benedictino que los monasterios de la Orden agustiniana se hallaban por esta época en la más grande penuria, motivo por el que, al contemplar la extrema pobreza y el aspecto doliente y miserable del Santo, sensiblemente emocionado el abad, aunque más por el cuerpo que por el alma de Nicolás, dice San Antonino, hablóle de esta suerte: «¿Para qué, hermano mío, sufrir una tal miseria y una tan grande indigencia? ¿Es acaso condición actual de vuestra Orden que os sometáis á tan

duras necesidades? ¿Cómo os ha de ser posible cumplir todas las obligaciones de vuestro estado? Ahora tienes buena ocasión de poner remedio á tus sufrimientos, y de compadecerte de tu edad, todavía nada avanzada. Créeme, vente aquí, y compartiremos la abundancia de este monasterio: unido á ti por los lazos del parentesco, yo no puedo ver tu juventud en semejante estado (1).

Comprendiendo en seguida el santo religioso que aquello no era más que una asechancia de Satanás, no respondió nada; sino que, entrando en la iglesia del monasterio, recurrió á sus armas ordinarias, la plegaria y la oración. «Señor, exclamó, dirigid mis caminos en vuestra presencia, y como guía seguro conducid mis pasos por vuestros senderos.» Apenas había acabado Nicolás de hacer esta oración, tomada del Profeta Rey, cuando el divino Maestro vino en su socorro de una manera maravillosa. Unos veinte jóvenes, dice el Beato Jordán de Sajonia, se aparecieron á Nicolás, llevando vestidos blancos y todos radiantes de luz deslumbradora, los cuales, divididos en dos coros, cantaban, acompañándose con una celestial armonía: «En Tolentino, en Tolentino, en Tolentino será tu muerte. Persevera en la vocación á

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. III, cap. XII.

que has sido llamado. En esto estará tu salud» (1).

Comprendió al momento nuestro Santo que ángeles del Cielo y no hombres eran los que veía, y que estos mensajeros del Altísimo le advertían, como él confesó más tarde á algunas personas, que él moriría en Tolentino. Su resolución, pues, fué desde entonces inquebrantable. En vano su primo empleó las caricias, las más inoportunas sollicitaciones, las amenazas y el terror para hacerle renunciar á la austeridad de su vida y traerlo á una existencia más ancha y descansada: nada pudo llegar á conseguir, y no tuvo más remedio que ceder ante la firmeza de Nicolás, que al poco rato partía tranquilamente para su convento.

En el mismo día mostró el Señor cuán agradables le habían sido la energía, la obediencia y la humilde pobreza de su siervo, disponiendo que el Provincial, que nada sabía de la visión, le enviase la orden de trasladarse á Tolentino, manifestándole la realidad del favor que le había sido concedido. Pronto iba el Santo á entrar definitivamente en el camino que el Señor hacía tiempo le había preparado. Hallábase ya Nicolás en sa-

(1) Pedro de Monterrubiano, cap. XIV, XV. San Antonino. Beato Jordán de Sajonia, *ibid.*

zón para el ministerio. El campo del padre de familias se abría en su presencia, é íbalo él á cultivar y hacer fructífero, atendidas las virtudes de su edad y el íntimo fervor de su alma, llegando á ser así el modelo perfecto de los verdaderos apóstoles. El divino Maestro se disponía á concederle ahora más que nunca la triple fuerza que robustece las almas, para cumplir las disposiciones del Cielo: la fuerza de la oración, la de la palabra y la de los milagros. Vamos á ver, pues, ahora cómo Nicolás llena los deseos del Señor y cumple sus adorables y misteriosos decretos.



CAPÍTULO X

San Nicolás predicador.— Situación moral y religiosa de Italia en el siglo XIII.—San Nicolás recibe la obediencia para el convento de Tolentino. Sus primeras predicaciones.—Conversión de un caballero.—Popularidad de Nicolás.—El milagro de la Porta Montana.—Cura el Santo á su confesor de una enfermedad dolorosa.—Poder de la señal de la cruz.

Levantándose más y más hacia Dios por una santidad siempre creciente, el sacerdote ó el religioso, mediante el celo, el amor y la caridad, debe derramar una saludable y bienhechora influencia, así sobre los individuos como sobre los pueblos; influencia de preservación y de regeneración: pues él es la sal de la Tierra y la antorcha colocada sobre la montaña. El ministro sagrado, ha dicho un escritor de este siglo, es un árbol que Dios ha hecho florecer y lo ha dado á los hombres á fin de que les anuncie con la palabra y con

zón para el ministerio. El campo del padre de familias se abría en su presencia, é íbalo él á cultivar y hacer fructífero, atendidas las virtudes de su edad y el íntimo fervor de su alma, llegando á ser así el modelo perfecto de los verdaderos apóstoles. El divino Maestro se disponía á concederle ahora más que nunca la triple fuerza que robustece las almas, para cumplir las disposiciones del Cielo: la fuerza de la oración, la de la palabra y la de los milagros. Vamos á ver, pues, ahora cómo Nicolás llena los deseos del Señor y cumple sus adorables y misteriosos decretos.



CAPÍTULO X

San Nicolás predicador.— Situación moral y religiosa de Italia en el siglo XIII.—San Nicolás recibe la obediencia para el convento de Tolentino. Sus primeras predicaciones.—Conversión de un caballero.—Popularidad de Nicolás.—El milagro de la Porta Montana.—Cura el Santo á su confesor de una enfermedad dolorosa.—Poder de la señal de la cruz.

Levantándose más y más hacia Dios por una santidad siempre creciente, el sacerdote ó el religioso, mediante el celo, el amor y la caridad, debe derramar una saludable y bienhechora influencia, así sobre los individuos como sobre los pueblos; influencia de preservación y de regeneración: pues él es la sal de la Tierra y la antorcha colocada sobre la montaña. El ministro sagrado, ha dicho un escritor de este siglo, es un árbol que Dios ha hecho florecer y lo ha dado á los hombres á fin de que les anuncie con la palabra y con

el ejemplo la abnegación pedida por el Salvador, ayudándoles á reportar sobre sí mismos las victorias que comienzan y perfeccionan la conversión. La misma prodigalidad con que se entrega á los otros debe servirle para santificarse más á sí propio y para santificar á aquellos que reciben sus bendiciones y participar de su poder sobrenatural. Mas este poder del sacerdote y del religioso no producirá sus frutos de salud y de renovación sino á proporción del fuego sagrado que inflame su alma y de las virtudes que practique para llegar él mismo á la perfección heroica que pide el sacerdocio divino de que se halla revestido.

En verdad que en la Italia del siglo XIII había una apremiante é imperiosa necesidad de esta acción moral y civilizadora del clero para no caer por completo en las tinieblas y horrores de la barbarie. Las herejías de los Beguinos y de los Flagelantes habían pervertido los pueblos, mezclando con una habilidad satánica las prácticas exteriores de la piedad con los actos de la más extraña corrupción. Numerosos cristianos se habían dejado seducir y se adherían á esta perniciosa doctrina, que tranquilizaba su conciencia, permitiéndoles satisfacer plenamente sus pasiones.

Por otra parte, las dos facciones de Güel-

fos y Gibelinos mantenían la guerra civil y sembraban por doquiera la división, el odio y las pasiones, pisoteando los más sagrados y legítimos derechos. Fraccionábanse las familias, armábase el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, y no era cosa rara el ver una ciudad de Italia dividida en dos campos opuestos, alternativamente vencedores y cubierta de sangre y de ruinas por sus propios hijos. Las sucesivas expediciones militares y los ejércitos, pasando como un huracán sobre los países conquistados ó devastados, habían dejado en pos de sí una corrupción y relajamiento de costumbres difíciles de describir. El Evangelio había caído con la cruz de los templos, y la penitencia y la Eucaristía habían sido olvidadas, á medida que los incendios devastaban los templos y consumían los tabernáculos: imposible parecía conservar en tan espantoso caos la centella de la fe y el germen de la pureza que salvan la inteligencia y preservan el corazón, permitiéndole entrever á través de la borrasca el honor, la dignidad y la razón, que parecían perdidos para siempre.

Mas ¡oh, cuán admirables son los secretos de Dios! Cuando todo parecía acabado para las sociedades, El hace parecer en el mundo grandes y nobles figuras, como la del Santo cuya vida referimos, á quienes, colmando de

una santidad extraordinaria y de una virtud sobrehumana, presenta á la faz de los pueblos como el faro luminoso que les señala el camino de la salud, conduciéndolos hacia el progreso y la práctica del Cristianismo.

La empresa, pues, de San Nicolás era difícil, rodeada de obstáculos, y desde luego imposible á solas las fuerzas humanas. El, armado solamente de la caridad de Cristo, debía agrupar en torno de sí los miembros dispersos de las familias, los corazones llagados y pervertidos y las almas extraviadas, restableciendo por todas partes la paz y la fraternidad. Ahí es donde verdaderamente resalta el poder del sacerdote que sabe comprender su misión y poner en Dios su confianza para ejercer su inefable ministerio! El Señor había en verdad elegido y preparado á Nicolás para hacer de él un apóstol de Tolentino, según lo habían cantado los ángeles en la visión acaecida en la iglesia de Santa María de Giacomo. El debía, pues, trasladarse á esta villa, y, derramando el bien á manos llenas, permanecer aquí hasta su último suspiro.

Acababa nuestro Santo de oír estas palabras del Cielo, cuando, entrando por la tarde en el monasterio, después de la lucha sostenida con su pariente, encontróse con una carta del Superior, dándole la obediencia para

el convento de Tolentino (1). ¿No es ésta una nueva y bien evidente prueba de que Dios se sirve con frecuencia de los superiores y constituidos en dignidad para dirigir á los inferiores según sus intentos y conducirlos por el camino de la salud y de la perfección? El religioso que daba á Nicolás la orden de partir ignoraba la visión referida y acababa de ser, sin saberlo, el instrumento de la divina voluntad, la voz misma del Cielo. Como en todas las demás ocasiones, este perfecto obediente inclinóse ante la voluntad manifiesta del Altísimo, y, tranquilo y sosegado, se apresuró á poner por obra la orden recibida, dirigiéndose hacia su nuevo destino, como si se tratase de un punto ordinario é indiferente de la regla (2). Hizo su viaje á pie, como lo había hecho siempre, acompañado de un hermano lego, y no llevando por todo bagaje más que su bastón, su breviario y sus instrumentos de penitencia.

La mayor parte de los historiadores, conformándose con el proceso de canonización, colocan este viaje del Santo y su llegada á Tolentino en el año 1275, el undécimo de su vida religiosa y el trigésimo de su edad. Ha-

(1) Nicolai de Tombeur. Véase el apéndice número II, al fin de este volumen.

(2) Ut verus obediens concitus illuc perrexit. San Antonino.

llábase, pues, en el apogeo de la santidad y del talento, y capaz más que nunca de las grandes cosas que de él esperaban sus hermanos y superiores.

El pueblo de Tolentino no se equivocó. Cuando él vió la figura pálida y demacrada del nuevo religioso, su dulce y afable sonrisa, su aire modesto, humilde y recogido, creyó ver un bienhechor bajado del Cielo y exclamó en voz unánime: «¡Es un santo! ¡Qué rostro tan angelical el suyo!» (1). Las obras que siguieron á la llegada de Nicolás no desmintieron esta primera impresión, producida por la vista de nuestro bienaventurado; quien al momento se puso á evangelizar al pueblo, entregándose todo entero á las obras de celo, para las que había sido llamado á esta villa, y que parecían constituir la más dulce de las ocupaciones para su corazón de apóstol. Había recibido de la Naturaleza raras disposiciones para la predicación: espíritu penetrante, juicio sólido, claridad en la concepción de las ideas, y facilidad y elocuencia en el uso de la palabra. Sin embargo, cualesquiera que hubieran sido sus talentos naturales y su maravillosa aptitud para los trabajos apostólicos, no hubiera jamás llegado á curar las lla-

(1) *Faciem habebat angelicam. Proceso. Cum esset decoro vultu. Breviario.*

gas espirituales é inveteradas de la sociedad, á no haber sido marcado con el sello de una gracia extraordinaria y la ayuda poderosa del Cielo.

Cuando este admirable Santo subía al púlpito, la sola vista de su rostro angelical y austero cautivaba al auditorio, dominándolo de tal suerte, que todos permanecían profundamente recogidos, silenciosos y como pendientes de sus labios. Su palabra sencilla y sublime caía entonces en las almas, semejante á un profundo suspiro sobre las amarguras y miserias de la humanidad, cuyo abismo sin fondo había él medido removiendo los corazones y las entrañas.

Dejando la vana ostentación de los predicadores de su época, Nicolás se aplicaba con preferencia á la explicación familiar de los artículos de la fe, acomodándose á la capacidad de todos, exponiéndolas tan claramente y con un método tan hábil y original que, al escucharle, se creía estar oyendo verdades hasta entonces casi desconocidas. El poder de su elocuencia era tal, que se podía dar por moralmente segura la conversión de un pecador desde el momento en que se le pudiese reducir á escuchar al siervo de Dios; así como segura podía juzgarse la vuelta de los desgraciados herejes á la verdadera fe; siéndoles imposible resistir á sus acentos de fue-

go, que les hacían acudir en tropel á renunciar á su vida licenciosa y falsas creencias.

Dotado de tales condiciones, y de tan maravillosa influencia, unos cuantos días solamente bastaban á nuestro Santo para transformar todo un país y volverlo á la práctica de la vida cristiana. He aquí cómo se explica San Antonino, hablando de la predicación de este glorioso apóstol, y de sus efectos sobre los pueblos: «Su conversación con todos, sanos ó enfermos, no versaba más que sobre las cosas celestiales. Predicaba la divina palabra con una admirable dulzura; y las palabras que brotaban de sus labios eran como llamas ardientes. Obligado por orden de sus superiores á entregarse al ministerio apostólico, no se cuidaba de manifestar su doctrina ó su talento, sino solamente de glorificar á Jesucristo crucificado. En su auditorio no se veían más que lágrimas, no se oían más que suspiros, abominando todos altamente su pasada vida» (1).

El amor á Dios, á la Iglesia y á las almas, y el odio á la maldad, eran las únicas pasiones de esta grande alma. Olvidado de sí mismo, despreciando la gloria del mundo y buscando tan sólo la de Dios, Nicolás no se inquietaba por los juicios de los hombres. Ni

(1) San Antonino. *Breviario*.

las calumnias, ni las injurias, ni las amenazas, eran capaces de intimidarlo ni detenerlo: cumplía su deber sin temor de ningún género, y flagelaba públicamente el vicio y la herejía. Hablando siempre por Dios y de Dios, á él no le intimidaban ni el mundo ni el Infierno.

Mas nada, en verdad, tienen de extraño los sucesos maravillosos y los resultados inesperados de la predicación del Santo, si se tiene en cuenta la preparación con que se acercaba á este santo ministerio con sus mortificaciones excesivas, sus ayunos, sus prolongadas oraciones, el martirio de su vida y la gracia especialísima que había recibido del Altísimo. No predicaba con tanto gusto la palabra divina, dice el proceso de su canonización, sino para librar las almas de las tinieblas del pecado, para destruir los escándalos y para llevar la alegría á todos los corazones, infundiendo en ellos el verdadero germen de la salud (1). Todo esto hacía que Nicolás gozase en Tolentino de un prestigio maravilloso; pues sus prodigiosas acciones parecían burlar todas las astucias y todas las violencias del demonio, que no podía contemplar con indiferen-

(1) Loquebatur libenter verbum Dei ut peccatorum tenebris liberarentur... removebat scandala. *Proceso*.

cia las victorias del Santo (1). Nada dejó por mover este enemigo de todo bien, á fin de estorbar un tan provechoso ministerio; mas ignoraba de qué fuerzas sobrenaturales se hallaba favorecido Nicolás, y cuánto podía obtener del corazón de Dios y de las almas pecadoras con su admirable dulzura y sus virtudes incomparables.

He aquí un ejemplo: Érase cierto noble oficial, llamado Juan, que llevaba públicamente una vida relajada y escandalosa. Había intentado varias veces el siervo de Cristo volverlo á buen camino, mas sin poderlo conseguir: el desgraciado odiaba á Nicolás y lo perseguía de mil maneras. Con frecuencia, dice el proceso de su canonización, Juan interrumpía groseramente la predicación del Santo; en seguida de lo cual, movido por los remordimientos, iba á buscarlo y le pedía perdón, que siempre Nicolás le concedía con una bondad extrema (2). Mas, pasado todo esto, volvía otra vez á caer en sus perversas costumbres y á perseguir de nuevo á su bienhe-

(1) Habebatur pro sancto viro in magna devotione et reverentia... credebatur de eo sicut de aliquo sancto de Paradiso. *Proceso.*

(2) Pluries impedivit prædicationem ejus et nunquam vidit eum de hoc turbari, et quando ibat ad eum ad petendam veniam de dicto tædio, inveniebat eum multum benignum in parcendo sibi et sociis. *Proceso.*

chor con imputaciones injuriosas. Un día que éste debía de predicar en una explanada cerca de la ciudad, convínose este desgraciado pecador con otros varios jóvenes, compañeros en sus liviandades, á provocar un alboroto durante el sermón. Comenzó el Santo á predicar á la hora convenida, y al momento esta chusma insensata, colocándose cerca de las mujeres, comenzó á cruzar sus espadas y á lanzar gritos y carcajadas descompuestas, que, mezcladas á las exclamaciones de terror de los asistentes, alborotaron grandemente á la piadosa asamblea.

Acordóse entonces Nicolás de aquellas palabras de su Padre San Agustín: «Si se os provoca á cólera, procurad vencer por la dulzura», y, dirigiendo una mirada de compasión y de dulce piedad á sus interruptores, continuó tranquilamente su sermón. El auditorio había tenido un movimiento de terror y de angustia, que bien pronto se cambió en admiración, mientras que los imprudentes jóvenes, asombrados de la invencible paciencia del fraile agustino, á vergonzáronse de su conducta y callaron sobrecogidos de respeto. Cayéronse las armas de sus manos, y, mezclados con el pueblo, escucharon silenciosos. Apenas había terminado su discurso, acercáronse á Nicolás, llorando á lágrima viva, todos estos libertinos, y, arrojados á sus pies, exclamaron:

maron: «Perdónanos ¡oh santo Padre! nosotros queremos ser de Dios». Grande fué la alegría del Santo ante el sincero arrepentimiento de sus perseguidores, á quienes, tendiendo los brazos con una sonrisa inefable, demostróles toda la ternura de un buen pastor para con la oveja hallada y reconciliada de nuevo con el Cielo (1).

Mucho fué el ruido que hizo esta inesperada conversión; pues el joven oficial, instigador de esta impía tentativa, era persona muy conocida, ya por su nobleza, ya también por los desórdenes de su vida, públicamente escandalosa (2).

Mientras el pueblo admiraba y bendecía la virtud de su predicador, otros jóvenes, tal vez antiguos amigos de los convertidos, se sublevaron también contra el Santo, colmándolo de reproches, de injurias y de maldiciones. Obrando de esta suerte, lo que ellos pretendían era resistir á la gracia que los perseguía y arraigarse más y más en sus perversas costumbres, á fin de que ni la elocuencia ni la santidad de Nicolás fuese capaz de triunfar de ellos (3). Querían, pues, fatigarlo y forzar-

(1) Anónimo, primera parte, cap. xxviii, página 35.

(2) El poderoso militar D. Juan, nacido de cierto noble. *Proceso*.

(3) Giorgi, cap. xvi, págs. 143, 144.

lo á que los dejase dormir tranquilamente en sus vicios. Mas el heroico siervo de Dios no era hombre que se diese fácilmente por vencido. No siéndole posible llegarse á ellos ni dirigirles la palabra, sufrió tranquilamente sus injurias, dirigiéndoles una mirada llena de mansedumbre y de ternura. Mirada que, como en otro tiempo la del divino Maestro sobre Pedro, tuvo un efecto tan rápido como eficaz y santificante, que, penetrando el corazón de aquellos jóvenes impíos, los condujo arrepentidos á los pies de su víctima, quien los oyó en confesión é hizo de ellos verdaderos y fervorosos cristianos.

Desde este día la influencia y prestigio de Nicolás crecen inmensamente en Tolentino y sus cercanías, comenzando aquí la época más maravillosa de su existencia. Conocidas ya y de todos admiradas sus virtudes, labran á Nicolás, en presencia del pueblo, una aureola luminosa de santidad y de poder sobrenatural: las poblaciones todas lo aclaman amigo de Dios y poderoso taumaturgo, y, corriendo en pos de él, reclaman sus oraciones é intercesión ante el Altísimo. Su sola presencia constituía una garantía suficiente de la protección del Cielo. ®

Esta creencia y convicción que tienen de su santidad inspira á todos la más entera confianza. Las parroquias reclaman á porfía su

ministerio, y el servidor de Cristo, siempre dispuesto á sacrificarse, acude solícito á todas partes, siempre que sus deberes de religioso se lo permiten. No teniendo en cuenta para nada ni las fatigas ni las dificultades, y sacrificándolo todo por la salud de las almas, hasta los encantos mismos de la soledad, de la oración y del estudio, parte veloz adondequiera que puede hacer un beneficio ó traer una alma al camino de salvación. No contento con recibir á los pecadores que á él acuden en tropel, él mismo va á buscarlos, y, conmoviéndolos con sus oraciones y con sus lágrimas, los convierte y obliga, por decirlo así, á recibir el perdón de su benéfica mano. De esta común creencia en la santidad extraordinaria de Nicolás nacía la confianza en él que animaba á todos los corazones; confianza que fué cada día aumentándose por diferentes sucesos milagrosos, de los que nosotros recordaremos algunos.

Hallándose un día el Santo en Treja, llamado hoy Montechío, y habiendo salido de la ciudad por la puerta Montana, así llamada porque conduce á las montañas, encontróse con una mujer que tenía en sus brazos el cadáver de su hijo, que acababa de ahogarse. Deshecha en lágrimas esta madre infortunada, parecía imposible hallase consuelo en la desgracia que la afligía. Movidó á compasión

Nicolás, acércase á ella, y, trazando la señal de la cruz sobre el niño, devuélvelo á la vida y hace que se suceda en un instante la más extremada alegría á la más amarga tristeza. Tal es la tradición que se ha conservado hasta nuestros días; y aun existe un fresco sobre la puerta Montana y una inscripción grabada en piedra que recuerda este gran prodigio del Taumaturgo de Tolentino (1).

El P. Juan de Montechío, confesor del Santo, fué asimismo curado por él de una hernia dolorosísima, de que padecía hacía largo tiempo. El año 1299 este religioso, de edad de cuarenta años, confesaba este mal á su penitente. «No dudéis, le dijo éste, que el Señor concederá su ayuda á aquellos que desean servirle.» Después, tocando la parte enferma, hizo la señal de la cruz, diciendo al Padre: «Ya os podéis marchar». Retiróse el dicho religioso y se acostó, hallándose al otro día completamente curado. Veintiséis años después confesaba, ante los legados apostólicos, que no había más vuelto á resentirse después de esta milagrosa curación (2).

(1)

Ad ambitum
Portæ hujus Montanæ
Divus Nicolaus Tolentino
Purum præfocatum
Ad vitam revocavit
Ave præsidium et decus
Catholicæ Ecclesiæ.

(2) *Proceso*, fol. 29, pág. 2.

Habíase Nicolás familiarizado tanto con los milagros, y estaba tan seguro del poder de su bendición, que no rehusaba jamás el darla y curar con ella á cuantos á él acudían enfermos ó achacosos. Una mujer, llamada Blanda, hija del maestro Scambio, de Tolentino, sufría desde hacía quince años violentos dolores de cabeza. Privada de la vista y del oído por la fuerza de la enfermedad, no podía ya dedicarse á trabajo alguno, habiendo, por tanto, quedado reducida á una completa inutilidad. Vino un día en busca del Santo, y con grandes instancias le suplicaba se dignase tocarle la cabeza, viendo al instante premiada su confianza por haber desaparecido completamente los dolores, en virtud de la cruz trazada por el siervo de Dios sobre la frente de la enferma (1).

Sucedió con otra mujer de Tolentino, llamada Genantesa, que, habiendo desobedecido á su marido, arrojóse éste sobre ella en un momento de violenta cólera y la golpeó tan cruelmente con la hebilla de su cinto, que le hizo en el pecho una profunda y larga herida, la cual, mal curada, vino pronto á convertirse en un cáncer, absolutamente incurable y extremadamente doloroso. Vino, pues, esta desgraciada á encontrar al bienaventu-

(1) Frigerio, cap. xxii, pág. 103.

rado, y, haciendo éste sobre la llaga la señal de la cruz, le volvió la salud, diciéndole: «Que te cure Aquel que devolvió el pecho á la bienaventurada Agueda. Sólo te suplico que no publiques este beneficio, sino que alabes por ello interiormente al único Médico del mundo, Nuestro Señor Jesucristo».

Hallándose cortando leña en el campo cierto individuo llamado Tomás, se dió por descuido un golpe en el pie, que le partió totalmente un nervio, juzgándose imposible su curación. Hízose llevar delante del Santo y le suplicó humildemente se dignase rezar algunas oraciones para conseguir la curación de la parte enferma. Mientras desliaban las vendas que envolvían el pie, rezó el siervo de Dios el *Pater noster* é hizo la señal de la cruz sobre la herida, diciendo: «Vete en paz, hijo mío: por grave que sea tu herida, Nuestro Señor Jesucristo te ayudará y premiará tu buena fe».

De vuelta á su casa el enfermo, que nada había sentido, hizo le quitasen de nuevo el vendaje en presencia del médico, el cual, sorprendido en extremo de no ver allí rastro alguno de mal, preguntó al herido cómo se había curado. Lleno entonces éste de alegría, exclamó: «¡Oh Nicolás, hombre de Dios, cuán grande es el poder de tus méritos, pues has podido librarme de tan grave herida!» Y,

levantándose al punto, corrió al monasterio á dar las gracias al Santo y á contar en presencia de los religiosos el milagro de que había sido objeto. Mas su bienhechor, despreciando la vanagloria y las alabanzas, llenóse de rubor y, todo entristecido, dijo al regocijado Tomás: «No son seguramente mis méritos los que os han dado la salud, sino solamente la virtud divina. Yo, por mi parte, os advertí que jamás hablaseis de esto, mientras tanto que yo viviese sobre la Tierra» (1).

En 1302, un joven de veintiséis años, llamado Mercadante, hijo de Juan Adambi de Tolentino, fué atacado de una fiebre tan violenta, que le hacía delirar. Al cabo de veinte días, habiendo llegado á noticia de Nicolás el estado grave del enfermo, fué á hacerle una visita. Apenas llegó á la estancia del moribundo, suplicóle llorando la madre de éste, Fiordalisia, rogase por su hijo. «Padre Nicolás, le dijo, Dios os ha enviado á consolarme: mi hijo es perdido si Dios no viene en su ayuda. Por caridad, rogad al Señor que le cure, y, ya que habéis venido, haced sobre él la señal de la cruz.» Adelantóse el Santo bondadosamente hacia la cama del enfermo y lo bendijo en nombre de Dios. Al momento se oyó gritar al joven: «¡Ya estoy curado!» Y

(1) Frigerio, cap. xxii, pág. 102.

levantóse de la cama, libre de toda fiebre y en perfecta salud (1).

El año 1304 tuvo lugar en Tolentino otra curación parecida en el hijo de uno de sus habitantes, llamado Juan. Este joven, que se llamaba Puccio, veíase consumir por unas tercianas que lo abrasaban, y que no había manera de hacer desaparecer: cuanto más bebía y más remedios se le prodigaban, mayores eran la sed y el fuego interior que le consumían. Después de quince días de indeseables sufrimientos, propúsole su padre que se dejase conducir á la presencia del P. Nicolás, á fin de reclamar sus oraciones. Convino en ello el paciente y fué conducido por los suyos hasta el cuarto del Santo, que á la sazón se hallaba también enfermo. Habiendo llegado á la humilde celda: «Padre Nicolás, dijo Juan, rogad por mi hijo, al cual una gran fiebre lo devora con sed inextinguible.—Idos, idos ahora mismo, dijo el Santo, y que el Señor os acompañe». Y como padre é hijo permaneciesen inmóviles y suplicantes: «Idos, replicó el Santo, idos con la bendición del buen Dios, y no permanezcáis más aquí». Llenos éstos de confusión y de tristeza, volviéronse para retirarse; pero aun no habían abandonado la celda, cuando la fiebre de

(1) *Proceso*, fol. 79, pág. 2.

Puccio había desaparecido y su sed devoradora se había apagado, como el uno y el otro atestiguaron después en el proceso de canonización (1).

Verdaderamente que es grande el poder de Nicolás sobre el corazón de Dios, que no sabe negar nada á las súplicas de su siervo. Así se comprende fuese tan grande la confianza de tantos como acudían al humilde religioso en demanda de auxilios y de salud, por medio de la señal de la cruz trazada sobre ellos por la mano de un santo.

(1) *Proceso*, fol. 85, pág. 1.



CAPÍTULO XI

Cielo de San Nicolás por la salud de las almas.—San Nicolás en el tribunal de la penitencia.—Introduce la paz en una familia.—Ugolino Monaldo.—Fiordalisia conservada milagrosamente en la vida.

El gran Santo, cuya admirable vida estamos refiriendo, no había recibido solamente del Cielo la misión de aliviar las enfermedades humanas de los que á él llegaban y de devolver la salud corporal á los enfermos, sino que, ante todo y sobre todo, procuraba curar las almas, mucho más preciosas á sus ojos. No perdonaba medio alguno para tratarlos, instruirlos, alzarlos de la culpa y reconciliarlos con Dios. Rogaba sin cesar, y ayunaba y hacía otras penitencias por la salud de los pecadores. Dirigíales desde la cátedra de la Verdad los llamamientos más tiernos y las amenazas más capaces de hacerles volver sobre sí mismos, persiguiéndolos con su profunda y dulcísima mirada y atrayéndolos con su tierna compasión. En el tribunal de la penitencia era donde principalmente los aguar-

Puccio había desaparecido y su sed devoradora se había apagado, como el uno y el otro atestiguaron después en el proceso de canonización (1).

Verdaderamente que es grande el poder de Nicolás sobre el corazón de Dios, que no sabe negar nada á las súplicas de su siervo. Así se comprende fuese tan grande la confianza de tantos como acudían al humilde religioso en demanda de auxilios y de salud, por medio de la señal de la cruz trazada sobre ellos por la mano de un santo.

(1) *Proceso*, fol. 85, pág. 1.



CAPÍTULO XI

Cielo de San Nicolás por la salud de las almas.—San Nicolás en el tribunal de la penitencia.—Introduce la paz en una familia.—Ugolino Monaldo.—Fiordalisia conservada milagrosamente en la vida.

El gran Santo, cuya admirable vida estamos refiriendo, no había recibido solamente del Cielo la misión de aliviar las enfermedades humanas de los que á él llegaban y de devolver la salud corporal á los enfermos, sino que, ante todo y sobre todo, procuraba curar las almas, mucho más preciosas á sus ojos. No perdonaba medio alguno para tratarlos, instruirlos, alzarlos de la culpa y reconciliarlos con Dios. Rogaba sin cesar, y ayunaba y hacía otras penitencias por la salud de los pecadores. Dirigiales desde la cátedra de la Verdad los llamamientos más tiernos y las amenazas más capaces de hacerles volver sobre sí mismos, persiguiéndolos con su profunda y dulcísima mirada y atrayéndolos con su tierna compasión. En el tribunal de la penitencia era donde principalmente los aguar-

daba, prodigándoles los tesoros de su caridad heroica. Siendo como es la confesión sincera condición necesaria para volver á Dios, San Nicolás se hallaba siempre dispuesto á oír y absolver á los pobres pecadores, y cualquiera que fuese su ocupación, y por muy fatigado que se encontrara, todo lo dejaba por administrarles el sacramento de la penitencia. En este tribunal sagrado es donde puede decirse que se manifestaba en todo su esplendor el celo heroico de este digno hijo de San Agustín.

« Cuando él escuchaba las confesiones, dice el proceso de canonización, parecía un ángel » (1), teniendo el corazón en el Cielo, invocando el auxilio de la gracia, y la mano sobre los pecadores para bendecirlos, guiarlos y conducirlos hacia las altas regiones de la virtud, que Dios llena con sus resplandores. Hubiera él deseado ver á todos los cristianos acercarse con frecuencia á este sacramento, que restablece la paz, la gracia y el amor entre el alma pecadora y su Criador soberano. Imposible, pues, sería el pintar la diligencia y anhelo con que los fieles concurrían á su confesonario, y cuán felices se juzgaban de poder depositar en el corazón del santo

(1) Videbatur quidam angelus in confessionibus audiendis. *Proceso.*

religioso el peso enojoso de sus iniquidades. Comprendían ellos muy bien que sus consejos venían de lo alto, que la vida nueva cuyo camino les señalaba era la de la salvación, y que su palabra bendecida tenía poder y eficacia para romper las ligaduras que los habían retenido hasta entonces en los caminos de la maldad.

Nicolás recibía á todos con una dulzura y una benevolencia á toda prueba (1), así á los ricos como á los pobres, á los nobles como á los plebeyos, á los sabios como á los ignorantes; él á nadie despedía, dando, por el contrario, á cada uno todo el tiempo que éste deseaba para entenderse perfectamente. Tenía para los niños la ternura de un padre, aplicándose á enseñar él mismo á los más pequeños y á los más pobres los rudimentos de la doctrina cristiana, y, luego que los tenía bien preparados, los oía en confesión y los admitía á la sagrada Mesa.

Mostrándose accesible á todos, él mismo se adelantaba á aquellos que vacilaban en venir á encontrarle, y escuchaba con inalterable benevolencia las relaciones más humillantes y á veces más fastidiosas de sus penitentes: su generosa piedad y su caridad sin límites

(1) Et confitentes confortabat humiliter et benigne. *Proceso.*

hacíanle sentir vivamente las desgracias y flaquezas de los hombres. Derramaba abundantes lágrimas al oír el relato de ciertos pecados y ver la amargura de los que los confesaban, esforzándose por reanimar su corazón abatido, curar las heridas de la culpa y sondar su gravedad é importancia con una delicadeza y una paciencia admirables (1). Ofrecía á Dios en seguida estas almas curadas ya y purificadas, y regocijábese de haber trabajado por sólo la gloria de su Maestro y de haberle conquistado corazones alejados de El hasta entonces. Así es como Nicolás entendía la misión del sacerdote sobre la tierra, y nada ni nadie era capaz de hacerle retroceder en el heroico ejercicio de este sagrado ministerio. Era el verdadero Samaritano, siempre dispuesto á derramar el aceite y el vino sobre las llagas del pobre pecador y del desgraciado extranjero que encontraba en su camino.

Viósele algunas veces, aun siendo víctima de ardiente fiebre, abandonar su lecho y acudir á la iglesia, tan pronto como él juzgaba que lo esperaban en el confesonario (2). Cuan-

(1) *Compatiebatur multum in defectibus et infirmitatibus eorum et offerendo se velle penitentiam portare pro eis. Proceso.*

(2) Mas informado de que el buen Padre padecía una violenta calentura... cuando he aquí que

do alguna vez le hacían notar sus hermanos que su salud pedía mas cuidado: « Mi vida no vale nada, respondía él sonriendo; y si yo succumbo por la salud de un alma, yo doy una cosa de ningún valor por otra que ha costado la sangre de Jesucristo ».

La actividad de nuestro Santo tenía algo de prodigiosa. A fin de poder consagrar más tiempo á oír confesiones, levantábase entre dos y media á tres de la mañana, comenzando el día por una ruda disciplina, seguida de algunas horas de meditación y de la celebración de la santa Misa, después de la cual se dirigía al tribunal de la penitencia. Todos los sábados, todas las vísperas de fiesta y casi todos los días de la Cuaresma permanecía en el confesonario, desde la mañana hasta la noche, sin tomar alimento alguno (1). Grupos de gente se sucedían unos á otros sin interrupción ante su confesonario, y Nicolás permanecía allí sereno, inmóvil y recogido, recibiendo á todo el mundo, sin dejar entrever la menor fatiga ni la más pequeña impaciencia, pronunciando sobre cada uno las palabras del perdón, de la resurrección y de la vida.

Su caridad le hacía ingenioso para alentar

ve venir al santísimo ministro. Giorgi, cap. v, página 55.

(1) Giorgi, *ibid.*

y consolar á los desgraciados que venían á confesarle las faltas más graves y los crímenes más enormes. No les imponía más que ligeras penitencias, dice el proceso, reservándose á veces el rezar él mismo las oraciones que los pecadores perezosos ó poco sinceros encontraban demasiado largas ó penosas. Considerándose como una víctima encargada de expiar los pecados de los otros, especialmente de aquellos que se llamaban sus hermanos y sus hijos en Jesucristo, oraba sin cesar por ellos, ayunaba, celebraba la santa Misa y mezclaba su sangre con sus lágrimas á fin de obtener el arrepentimiento y conversión de los mismos, y poder así satisfacer á la Justicia divina, ultrajada por tantas iniquidades (1). ¡Qué imitación tan perfecta del Redentor divino! ¿Qué tiene, pues, de extraño, después de todo esto, el que nadie pudiese resistir á Nicolás y el que se juzgasen como una excepción los pecadores que no hubiesen respondido á su llamamiento y exhortaciones?

Insistimos sobre este punto, porque es menester hacer notar que por el tiempo en que nuestro Santo ejercía de este modo el minis-

(1) *Imponebat parvas penitentias... pro multis sibi confitentibus orabat, celebrabat et lacrymas effundebat ut a tenebris peccatorum liberarentur.*
Proceso.

terio, es decir, á fines del siglo XIII y principios del XIV, estaban los sacramentos casi totalmente abandonados; ni hombres ni mujeres se acercaban al tribunal de la penitencia, ni recibían la sagrada Eucaristía. Mas con el siervo de Dios parecieron renacer los días de la antigua piedad; todas las ruinas morales causadas por las guerras y las herejías fueron gloriosa y sólidamente reparadas. Estas ruinas, sin embargo, eran grandes: las guerras, ya lo hemos dicho, habían engendrado una profunda corrupción en todas las clases sociales; las leyes sagradas del matrimonio eran pisoteadas; la mujer misma daba ejemplos de una licencia desenfadada y de unas costumbres perversas. Mas, como dice un escritor, el Santo colocó bajo el yugo del matrimonio y volvió á encerrar en el santuario, santificado de antemano, del hogar doméstico á todas las Dalilas de la ignominia. Las más perversas almas marchaban á su voz hacia el camino de la virtud, y aun los más públicos y escandalosos pecadores, siéndoles imposible resistir á su celo, á sus oraciones y á sus ayunos, se veían subyugados por la fuerza de su alma, por su pureza inviolable y por su invencible valor (1). Tales eran las victorias alcanzadas cada día por la eminente santidad

(1) Giorgi, cap. v, pág. 49.

de Nicolás, cuya vida entera estaba consagrada á practicar el bien, á devolver la paz á las familias, á apaciguar las discordias y á poner en acción todos los medios posibles para hacer cesar los odios y atajar todo género de pleitos. De este modo merecía ya entonces Nicolás el bello y glorioso título de *Angel de la pax*, con que le llama el Breviario, y con que le distinguen también el Beato Jordán de Sajonia y San Antonino, que no dudan de proclamarlo, el uno *la pax de los enemistados*, y el otro *la pax de los desunidos* (1).

El hecho que vamos á referir, escogido entre otros muchos, lo probará de una manera brillante. Una joven de diez y seis años, llamada Juana, habíase casado con un habitante de Tolentino, Angel de Paul, el cual, á poco tiempo de casados, había concebido un odio violento y sin motivo ninguno contra su esposa. Sin que ella diese el menor fundamento á semejante modo de tratarla, colmábala Juan de injurias y atropellos, de suerte que la pobre mujer pasaba sus días llorando sin consuelo en la mayor tristeza. Como ella rogase humildemente al Señor se dignase concederle la fuerza y valor necesarios para soportar este

(1) San Antonino. *In vita*. Breviario. Beato Jordán de Sajonia. *In Vitae Fratrum*.

martirio, ó ablandar el corazón de su consorte, Dios, dejándose vencer por estas súplicas, hizo que Nicolás llegase á entender la disensión que había entre los dos esposos y el odio injusto que emponzoñaba el corazón de Angel de Paul. Hizo el Santo que viniesen á su presencia, y supo dirigir reproches tan elocuentes y tan bien merecidos al culpable, que allí mismo pidió éste perdón á Juana y le prometió, llorando, tratarla en adelante con el cariño y las consideraciones debidas á una mujer digna de respeto. Jamás esta joven tuvo ya nada que sentir con su marido, y en la declaración jurídica que hizo para la canonización añadió estas sencillas palabras: «Después de nuestra entrevista con el P. Nicolás, no ha habido jamás entre nosotros la menor discordia». Esta entrevista tuvo lugar en 1303, y Angel no había muerto hasta 1325 (1).

El verdadero espíritu apostólico obliga al sacerdote á ocuparse en consolar sin excepción á todos aquellos que sufren y tienen necesidad de sus socorros. Sabiendo, pues, nuestro Santo cuántos ladrones y criminales públicos se encuentran ordinariamente abandonados en sus prisiones, difíciles, por tanto, de convertir, esforzóse siempre con un celo

(1) Post dictum F. Nicolai inter nos nulla discordia fuit. *Proceso*.

particular y una caridad extrema por levantar á estas pobres almas del abismo de la maldad donde se hallaban sepultadas. Recorría uno por uno los calabozos, como un padre que se desvela por sus hijos y comparte con ellos las penas y las amarguras; escuchaba sus lamentos con una extrema paciencia, y juntando, cuanto le era posible, la limosna y los auxilios corporales á los consejos y exhortaciones, y hablaba, en fin, á los carceleros, procurando inspirarles sentimientos de humanidad y compasión, de los cuales su corazón se hallaba lleno.

Desde entonces, pues, empezaba á reinar el espíritu de la paz en los lugares donde sólo reinaba antes la confusión y el desorden, resaltando de esta suerte los efectos de la bondad y de la virtud sobre las almas perversas, que parecían antes incapaces de dolor ni sentimiento alguno santificantes. Nicolás les hablaba de Dios y los confesaba; y, como viese en ellos una seria conversión, trataba por todos los medios imaginables de obtener su rescate y libertad. Estos cuidados heroicos por los pobres cautivos debieron ser muy admirados y conocidos de todos; pues el proceso de canonización llama á nuestro Santo *el más grande consolador de los afligidos y de los cautivos* (1).

(1) *Mæstis erat lætitia... captivis remedium,*

Los enfermos y miserables, como ya lo hemos dicho, eran también para Nicolás objeto de un especial cuidado, ocupándose, sobre todo, en aquellos que, próximos á la muerte, iban pronto á comparecer delante de Dios. Sabía él mejor que nadie cuán grave, difícil, solemne y decisivo para la eternidad era este momento supremo; pues que, según las palabras del historiador anónimo de Nicolás, el instante de la muerte es el campo de la última y más importante batalla. Si tan lleno de celo y de piedad se mostraba este apóstol tratándose de los sufrimientos corporales, ¿cuál sería su abnegación y sacrificio tratándose de las almas y de su salvación eterna?

Siguiendo la piadosa y laudable costumbre de Italia, jamás abandonaba al enfermo en los momentos de la agonía. Allí, junto al lecho del dolor, escribe el Beato Jordán de Sajonia, velaba noches enteras, rogando por el moribundo y confortándolo con palabras llenas de esperanza y de dulzura; pareciendo á los ojos de aquellos á quienes asistía como un habitante de las moradas eternas bajado á su lecho fúnebre para ayudarles en el último paso de su vida y conducirlos al Cielo (1).

tribulatorum et infirmorum maximus consolator.
Proceso.

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vitæ Fratrum.*

Ante su semblante pálido y angelical, iluminado con los resplandores de la caridad divina, el moribundo sentíase consolado y lleno de confianza. La despedida le era menos sensible, la separación menos amarga, sabiendo que exhalaba el último suspiro entre los brazos y sobre el corazón de un Santo, de un amigo de Dios, de un abogado poderoso ante el Soberano Juez.

Nicolás era llamado á todas partes donde había un enfermo en peligro. A él se recurría para asegurar la salud eterna de los moribundos y con la esperanza de obtener la curación corporal, como sucedía con frecuencia; siendo así que, aun cuando el Santo se hallase también enfermo, lejos de preocuparse por su enfermedad, aun se alegraba de sus dolores. Cuando sus achaques le obligaban á renunciar á sus ansiadas visitas á los moribundos, affligíase profundamente pensando en ellos, y como excelente padre los recomendaba á Dios muy especialmente.

Un día en que se encontraba imposibilitado de salir del convento á causa de sus enfermedades, como uno de sus penitentes le ofreciese un pollo: «Anda, hijo mío, le dijo, lleva ese pollo á cualquier pobre enfermo que lo necesite más que yo» (1).

(1) Dum ipsa portavit ipsi Nicolao unum polas-

Otro día en que el Santo se hallaba acostado, víctima de una ardiente calentura, vinieron á decirle que un hombre de Tolentino, llamado Ugolino, hijo de Conrado Monaldo, acababa de ser atacado de apoplejía; que de la cabeza á los pies había quedado paráltico del lado derecho, y que tenía el ojo completamente ciego. Ningún remedio había capaz de consolar al paciente, que á cada instante reclamaba los auxilios del siervo de Dios, el cual, á pesar de su debilidad y de sus propios dolores, levantóse al punto y arrastróse trabajosamente hasta la casa del enfermo. «Sabe, hijo mío, le dijo al entrar, que esta enfermedad es una visita del Señor. Porque te ama, por eso te ha herido; no para matarte, sino para santificarte. ¡Ánimate, pues! El, como tan misericordioso, te curará». Tocando entonces Nicolás el costado enfermo hizo la señal de la cruz, y al momento los miembros parálticos volviéronse flexibles y llenos de vida, los ojos recobraron su primera fuerza, y Ugolino, dice el proceso, *anduvo libremente y pudo ir sin dificultad á donde quiso* (1).

Terminaremos este capítulo añadiendo, pa-

trum, noluit accipere, sed dixit ei: Vade filia, porta aliquo infirmo pauperi qui indigeat plusquam ego. Proceso.

(1) *Proceso*, fol. 108, pág. 2.

ra consuelo de las madres, que tanto durante su vida, como después de su muerte, el Taumaturgo de Tolentino fué especialmente invocado por las mujeres á quienes Dios parece complacerse en negar la alegría de la maternidad, así como por aquellas que se encuentran en los dolores del alumbramiento, escuchando él siempre las oraciones que se le dirigen á este fin en tan dolorosas circunstancias. El proceso de canonización refiere milagros obrados por el Santo antes de su glorioso tránsito, y nosotros referiremos en otro capítulo los que se relacionan con la familia Apillaterra, con la cual tuvo él estrechas relaciones. Contentémonos por ahora con referir el hecho siguiente, sucedido en vida de Nicolás, y que es bastante notable para excitar la devoción de las mujeres verdaderamente piadosas.

El día de la Ascensión del año 1305, una joven llamada Fiordalisia, que hacía ocho días padecía los dolores del parto y se hallaba reducida al último extremo de la vida, pidió ser confesada por la última vez con el Santo, su padre espiritual, deseando entregar su alma á los ojos de este poderoso amigo de Dios. Después de haberla absuelto y animado, Nicolás, alejándose, arrodillóse en fervorosa oración, pidiendo al Señor que, por su misericordia infinita, se dignase premiar la

confianza de la piadosa cristiana. Habiendo prolongado por dos horas su oración, otorgóle el Señor el milagro pedido, conservando felizmente la vida á Fiordalisia. Así Dios se doblegaba á los deseos de su siervo, pareciendo como que se gloriaba en favorecerle con el don de milagros, para compensar de este modo sus heroicas virtudes y hacer su misión cada vez más admirable y divina á la vista de los pueblos.



CAPÍTULO XII

San Nicolás verdadero ermitaño de San Agustín.—Confiéresele el oficio de limosnero.—Fuente milagrosa.—Doble maravilla.—Berardo Apillaterra.—Humildad del Santo.—Predicción realizada.—Ternura de Nicolás para con la familia Apillaterra.—Varios milagros.—¿Por qué viene usted á mí? ¿No sabe usted que yo soy un gran pecador?—«Es necesario que yo vaya á Visperas.»

Nicolás de Tolentino, tan compasivo y tan bueno para todos los que reclamaban su intercesión cerca de Dios, no estaba menos lleno de ternura y de caridad para aquellos que una misma vocación había hecho sus hermanos, hijos como él del gran Patriarca Agustín, mostrándose constante y heroicamente dulce, generoso y dispuesto á sacrificarse en obsequio de aquellos religiosos que vivían con él en el monasterio. El era, dice el Beato Alberto de Sajonia, un espejo de caridad fraterna. Su amor hacia los otros religiosos, dice San Antonino, le hacía considerar como mucho lo poco que él tenía, y como una escasez la

abundancia de los otros (1). Conforme con la regla de su glorioso Padre, él no buscaba jamás lo que pudiese redundar en su provecho propio, sino lo que pudiese dar gloria á Jesucristo; no antepone las cosas propias á las comunes, sino las comunes á las propias (2).

Severo para sí mismo, quería que los otros estuviesen siempre bien atendidos y provistos de toda la ropa que se juzgaba necesaria. Cuando era, pues, llamado á servir á sus hermanos, lo hacía con una alegría y una amabilidad extrema; no buscando jamás el ser reemplazado en el cargo, sino procurando hacer todos los esfuerzos posibles para serles agradable y satisfacer sus necesidades, proveyéndoles de ropa y alimentos (3).

Tenía Nicolás horror á la carne, y no la probó jamás; pero quería que los religiosos tomasen todo lo que les proporcionaba la caridad de los bienhechores del monasterio, multiplicando los cuidados y demostraciones de ternura para aquellos á quienes la predi-

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vita Fratrum*. San Antonino. *In vita*.

(2) Charitas enim de qua scriptum est quod non querit que sua sunt, sic intelligitur, quia communia propriis, non propria communibus antepone. S. P. Augustinus, in Regula, cap. VIII, núm. 3.

(3) Licet ipse F. Nicolaus esset magnæ abstinentiæ, gaudebat quando Prior consolabat fratres dando eis... pluries rogavit Priorem... et commendabat fratres qui tam laborabat. *Proceso*.

cación, las confesiones ó cualesquiera otras obras de caridad fatigaban demasiado. Alegrábase de servirlos y de verlos estimados de los superiores, no conociendo límite su caridad fraterna. Así, cuando el prior del convento, viendo que la popularidad de Nicolás crecía más y más, le confió el oficio de limosnero, aceptólo éste con alegría y miró como una gracia el ir á pedir á los fieles el pan necesario para sus hermanos. Era esto á fines del siglo XIII, y las Ordenes religiosas, á consecuencia de las guerras civiles y de los desórdenes de que ya hicimos mención, se encontraban reducidas á una extrema pobreza. Cuando nuestro Santo volvía de sus pesadas y fatigosas demandas, no se quejaba de su cansancio, sino que, con un semblante radiante de alegría, íbase á enseñar á los religiosos el pan que había recogido y á invitarlos á dar gracias á Dios, diciendo: «Tomad, comed y pedid á Dios por los que nos han hecho esta caridad. Apenas tenían algunos pan para sí mismos, y han querido, sin embargo, hacer limosna á los siervos de Cristo» (1).

Los historiadores de Nicolás han conser-

(1) Tomad, comed y rogad por los que nos han hecho la limosna, entre los cuales hay algunos que tienen poco pan para sí mismos. Anónimo, capítulo XVIII, pág. 49. *Proceso*.

vado algunos acontecimientos tiernos y milagrosos de esta caridad del bienaventurado hijo de Agustín para con los religiosos de su Orden. He aquí uno, en comprobación de esto. Hallábase el convento de Tolentino completamente falto de agua, lo cual era un grave obstáculo y una fuente de dificultades, así para el cocinero como para los demás hermanos legos encargados de la limpieza de la casa. Ofrecióse Nicolás á buscar el dinero necesario para hacer abrir un pozo, y, lleno de confianza en la Providencia, interesó en su proyecto á generosos cristianos, cuyas abundantes limosnas le permitiesen dar principio á la obra. Mandóse buscar un maestro peritísimo en la materia, llamado Juan Genovés, que indicase el lugar donde podría hallarse agua. Un sábado del mes de Mayo de 1302 vino el dicho maestro con sus obreros; mas, después de haber cavado y practicado reconocimientos por diversos puntos sin poder conseguir agua, acabó por persuadirse de que era imposible, y que debía, por tanto, renunciarse á toda tentativa.

Mientras que Juan Genovés deliberaba con sus obreros, que también participaban de su desconfianza, vino á pasar por allí el Santo, dirigiéndose á la iglesia. Al ver la tristeza tratada en los semblantes de todos, detúvose allí y dirigió á Dios la siguiente oración, lle-

na de fe: «Padre mío, que estás en los Cielos, ¡oh Criador mío!, concededme la gracia de una señal por la que sea hallada agua en este lugar elegido para abrir un pozo, á fin de que las limosnas dadas para este objeto no sean perdidas» (1).

Oyó el Señor, como siempre, la súplica de su humilde y confiado Siervo, y concedióle inmediatamente más de lo que él había pedido; pues, tomando el Santo una caña y clavándola en el lugar en que se deseaba brotase la fuente, vióse saltar un agua clara y limpia, que parecía salir de la misma caña. Esta fuente milagrosa sigue todavía manando en Tolentino, después de seis siglos (2). Los albañiles, admirados de esta maravilla, pusieron en seguida á cavar alrededor del agua, con objeto de hacer un gran depósito; mas tan imprudente fué su entusiasmo, que levantaron al mismo tiempo gran cantidad de tierra que sostenía los cimientos de la pared principal de la iglesia. Estando en esta faena oyóse de repente un crujido, inclinóse la pared, y toda la capilla pareció á punto de ve-

(1) Pater mi de cælis, Creator mi, fac in gratiam et signum ut aqua inveniatur in loco isto designato pro puteo faciendo, ne elemossyna data ad hoc opus perdatur. *Proceso.*

(2) Statim apparuit in capite arundinis... aqua exurgens sicut vena aquæ, et puteus ibi factus est et est valde bonus. *Proceso.*

nirse á tierra. Los obreros, espantados, huyeron en todas direcciones; mas Nicolás arrojóse llorando, y exclamó con una fe viva y confiada: «Señor mío Jesucristo, ayudadme. Que no se derrumbe esta iglesia, pues de otro modo todos seremos destruídos y vituperados» (1). Tuvo todavía esta plegaria una eficacia tan pronta como maravillosa. La pared inclinada permaneció inmóvil en los aires, y dió á los albañiles todo el tiempo necesario para colocar en ella vigas y puntales, á fin de preservar la iglesia y el claustro y de poder repararlos inmediatamente (2).

En memoria de este hecho prodigioso, grabaron alrededor del pozo la inscripción siguiente: «Esta fuente sobresale por un doble milagro. El agua saludable, que ninguna diligencia pudo encontrar, brotó por las oraciones y lágrimas de San Nicolás. Por su oración igualmente, la pared del templo, que comenzaba á caerse á causa de la excavación del pozo, permaneció inmóvil» (3).

(1) Domine Jesucriste, adjuva me ne ista ecclesia destruatúr, etenim essemus omnes destructi et vituperati. *Proceso.*

(2) Et dicto Nicolao orante... ruina Ecclesie cessavit. *Proceso.*

(3) Fons hic duplici fulget miraculo: Quæ nulla arte inveniri poterat, unda salubris Pii Nicolai lachrymis ac orationibus effluxit; Stetit, eodem orante, templi paries, Qui in effodiendo puteo jam ruere cæperat.

La gran caridad de nuestro Santo no se limitó á su monasterio ni á sus hermanos en religión; extendióse también á los pobres que habitaban en Tolentino, y á quienes su cargo de limosnero le permitía consolar más fácilmente. Las desgracias de los tiempos habían completamente arruinado á muchas familias nobles, y muy profundas miserias se ocultaban en el silencio, no pudiendo aquéllas decidirse á tender la mano y descubrir su indigencia. Muy pronto conoció Nicolás á estos pobres vergonzantes, y respetando este justificado pudor, que con frecuencia es el del honor y el de un nombre glorioso en otro tiempo, les hacía llegarse en secreto, según los deseos de los mismos, á recibir los socorros que recogía de la generosidad de los ricos. Estos, que conocían la caridad sin límites del religioso agustino, no se atrevían á negarle cosa alguna y depositaban en sus manos cuantiosas limosnas. Haciendo éstas tanto más generosamente, cuanto que Nicolás sabía agradecer con favores señalados los socorros que ellos concedían á sus pobres, como si él hubiera sido constituido banquero de Dios (1).

(1) *Ad pauperes et miserabiles accedebat etiam si non vocatus, et monebat divites ad præbendum eleemosynas pauperibus, maxime illis qui ostiantim petere verebantur.*

El reconocimiento de los ricos, harto felices en conseguir del Santo gracias milagrosas, fué el origen de las relaciones íntimas y todas según Dios, de que vamos á hablar ahora. Así fué cómo, por el doble motivo de la limosna y del agradecimiento, establecióse entre Nicolás de Tolentino y Berardo Apillaterra una de esas amistades santas que el Cielo bendice y que se conservan hasta la muerte en toda su fuerza é intimidad. Complácese, en verdad, nuestro corazón al ver á un hombre de mundo descubriendo á un religioso con la más respetuosa confianza todas sus penas domésticas, y á éste consolarlo como á verdadero amigo, poniendo á Dios de por medio en sus afecciones recíprocas.

Padre desgraciado Berardo, no conseguía sacar adelante á uno siquiera de sus niños, los cuales todos morían casi inmediatamente después de haber nacido, causando esto en él, como es natural, una profunda pena. Cuando su primogénito vino al mundo, parecía ya privado de la vida; mas, habiendo creído percibirse que removía un poco los labios, se le administró inmediatamente el santo bautismo. Después de haber recibido este sacramento de regeneración, el niño quedó sin movimiento. Visto esto por su madre Margarita, entregóse á la más profunda amargura, y exclamó inconsolable: «¡Oh qué desgraciada

soy! Mi hijo no se habrá salvado, pues que no ha sido seguramente regenerado por el sacramento» (1). Dispúsose en seguida que se enterrase el cadáver, al cual sus padres pensaban depositar en una fosa abierta en la casa, por creerlo indigno de ser colocado entre los cuerpos de los fieles bautizados. Mas, habiéndolo oído Nicolás, mandó, sin perder tiempo, un mensajero á su madre diciéndole que debía enterrar á su hijo en la iglesia; lo cual observó Margarita puntualmente.

No tardó mucho el Santo en venir á consolar á estos desgraciados padres, sobre todo á la madre, que no cesaba de llorar: «Sabe, le dijo, que esta noche se me ha aparecido tu hijo, apretándose contra mí y no queriendo dejarse tocar por el demonio. Consuélate, pues, y que jamás te turben los juicios de Dios. Más vale haber engendrado un niño para el Cielo, que para este miserable mundo» (2). Y acto seguido, como si su cariño á sus amigos le hubiera llevado demasiado lejos, añadió, dirigiéndose siempre á Margarita: «Todas estas cosas de la gracia divina, que tú ves en mí por la voluntad del Señor,

(1) Beato Jordán de Sajonia, *Vitæ Fratrum*.

(2) Scias, quod in hac nocte apparuit anima filii tui in manibus meis et illa anima videbatur se stringere ad me, non permittendo se tangi a diabolo. *Proceso*.

no seas tan audaz que vayas á referirlas absolutamente á nadie, mientras yo viva» (1).

Sin embargo, la pobre madre no se había consolado por completo de sus angustias y dolores. Dios, que sin duda quería probarla, por un secreto de su Providencia, en aquello en que más ella temía, no permitió fuese más feliz en sus otros hijos. Tanta fué su pena en la muerte de su primogénito, que cayó en una languidez y en una tristeza mortales, que cada día había ido aumentando, por la circunstancia de que los otros niños que había tenido en siete años habían también muerto antes de nacer, ó no habían vivido más que lo necesario para recibir el bautismo. Cierta día, transida de amargura, tomó ocasión de sus temores para venir á hablar al santo religioso, que tan compasivo se mostraba para con ella. «Llevo otro niño en mi seno, le dijo, el cual muy pronto deberé dar á luz, y mi aflicción no tiene límites al considerar que seré herida con la misma desgracia».

Nicolás, después de haberla consolado lo mejor que pudo con palabras de esperanza y de resignación, prometióle rogar por ella, como en efecto lo hizo por algunos días; pasados los cuales, vino á encontrarla, dicién-

(1) Mandavit mulieri, ut nemini diceret visionem donec vixerit. *Proceso*.

do: «Ten confianza ¡oh Margarita! en el Señor; no dudes, pues, y calma tu amargura. Pronto tendrás una hija que vivirá largos años, y que me traerá frecuentemente algún alimento de tu parte. Por la confianza que en Dios tengo creo que, en lo sucesivo, todos tus hijos y tus hijas nacerán en perfecta salud» (1). La predicción tuvo el más exacto cumplimiento. Esta madre tan desgraciada tuvo en lo sucesivo varios otros hijos, que vivieron todos y la consolaron de las primeras amarguras de su corazón maternal. A partir de esta fecha, Nicolás pareció haber sido constituido protector especial y ángel guardián de los hijos cuyo feliz nacimiento había anunciado, y en favor de los cuales hizo muchos milagros, que deben mover á las madres de familia á invocarle en sus aflicciones con ilimitada confianza.

La primer hija de Berardo y de Margarita fué llamada Berardesca. En el decurso de esta historia la veremos llevar frecuentemente al Santo, hallándose enfermo, harina de maíz desleída en agua.

Su hermana Francisca, siendo todavía niña, fué acometida de un tumor grandísimo en la

(1) Non dubites quia tu facies unam filiam quæ vivet magno tempore et ipsa portabit mihi ad comedendum ex parte tua; post hæc... sic factum fuit quod prædixit dictus Nicolaus. *Proceso.*

garganta, de modo que los médicos quisieron hacerle una peligrosa operación. Nicolás, que se encontraba enfermo en cama, súpolo por inspiración del Cielo, y, llamando á su celda á dos religiosos, les dijo: «Os pido que vayáis á hacer una visita á Doña Margarita, que tantos servicios me ha prestado y presta. La enfermedad de su hija le causa un gran dolor; consoladla, pues, de mi parte». Obedecieron los religiosos y volvieron después á dar al Santo cuenta de su misión de caridad. ¡Oh desgracia! La pobre madre les había parecido inconsolable, y la niña estaba á punto de sufrir la operación. «Volved, hermanos míos, les replicó Nicolás, volved y decid á Margarita que, si yo pudiese, yo iría sin falta á visitarla; pero que me es imposible dar un paso. Que venga aquí ella misma y que traiga á su hija, que no permitiré yo que sea tocada por el hierro».

Apenas esta desolada madre tuvo noticia del deseo del Bienaventurado, poniendo á Francisca sobre los brazos de su criada Esperia, se apresuró á correr al monasterio con su preciosa carga. Llegado que hubo á la presencia del protector de su familia, exclamó Margarita con sencilla confianza: «Yo espero que por vuestro valimiento será sana mi hija. — Callad, exclamó Nicolás, siempre humilde; no tengáis el atrevimiento de decir

tales cosas de mí». Pensando después en la niña enferma, y mirándola bondadosamente, añadió, con cierta mezcla sencilla y graciosa de poder sobrenatural y olvido de sí mismo: «No tengáis más enojo: tened confianza en Dios y en San Blas. Vuestra hija sanará sin médicos y sin instrumentos cortantes. Llevadla con tres ofrendas á la iglesia de este Santo: él es mucho mejor médico que todos los de la tierra». Obedeció Margarita inmediatamente, y llevó su niña á la iglesia de San Blas, con las ofrendas pres critas por nuestro Santo: un cirio, un huevo y un denario. A su vuelta al monasterio hizo el Taumaturgo de Tolentino la señal de la cruz sobre Francisca, y añadió: «Volveos ahora mismo á vuestra casa, y no temáis más por vuestra hija; con la ayuda de Dios y de San Blas alcanzará la salud». Esto tenía lugar al caer la tarde. Al otro día por la mañana levantóse la niña completamente curada, y sin señal ninguna de haber tenido tumor (1).

(1) *Eatis, fratres mei ad visitandam Dominam Margaritam, quæ tantum mihi servivit et servit et stat in tanto dolore pro infirmitate filie suæ, et confortetis eam... Redite ad eam et dicatis ex parte mea, quod si possem venire ad eam, libenter venirem, sed bene scit, quod non possum ambulare, ita sum infirmus; veniat ipsa ad me et portet dictam. Ceccam filiam suam et ne faciat eam tangere cum ferro aliquot... mane sequenti fuit totaliter libera. Proceso.*

Entre los otros hijos que tuvieron todavía los piadosos Berardo y Margarita, hubo uno que llamaron Nicoluccio, ó sea Nicolásito, en memoria de su bienhechor. Este hijo, prometido por el Santo, cayó gravemente enfermo el año 1303. Al cabo de nueve días, minado por ardiente calentura, perdió el habla y quedóse privado del sentido. Tres días permaneció en este estado, haciéndose general la creencia de que no podría tardar á morir. Súpolo el Santo, y partió al momento á visitar al enfermo. «Nicolásito», exclamó varias veces, mirándolo con extrema ternura. Y como el niño no respondiese, añadió: «Vosotros véis que vuestro hijo está casi sin vida, y todos vosotros pensáis que ya está muerto. Yo quiero, sin embargo, que si él llega á sanar, como lo espero, con la ayuda de Dios y la de San Antonio, llevéis cada año á la iglesia de este santo Patrón de Tolentino una cantidad de grano igual al peso de vuestro niño. Vosotros ofreceréis, además, este hijo á San Agustín y á su Orden, para que vista el hábito de los ermitaños». Prometieron los padres cumplir las órdenes de Nicolás, y, acercándose éste al enfermo, hizo sobre él la señal de la cruz. Al punto mismo abrió Nicolásito los ojos y comenzó á hablar, pidiendo algo de beber. Había desaparecido la fiebre, é inmediatamente se levantó curado por com-

pleto. «Ya véis, les dijo entonces el santo religioso con una modestia encantadora, ya véis cómo Dios ha escuchado vuestras oraciones. ¡Comprended, por aquí, qué confianza tan grande debéis tener en los santos!» (1).

Hay que notar que, á fin de que no se le atribuyese la gloria de los milagros obrados por su intercesión, el humilde religioso discurría mil medios ingeniosos, esforzándose en atribuírselos á cualquiera otro santo. De esta manera obraba siempre, tanto en público como con sus más íntimos amigos, el que vivía abismado continuamente en Dios y olvidado de sí mismo. Considerábase á sí mismo como un gusano de la tierra, diciendo de lo íntimo de su corazón á los que acudían á él, como á Santiago Salvastri, por ejemplo, que le traía á su joven hija para que la curase: «¿Por qué acudís á mí? ¿No sabéis que yo soy un pecador?» Mas no dejó por eso de hacer el prodigio que se le pedía.

Berardo Apillaterra no había todavía agotado los beneficios con que tan pródigo se mostraba para con él su santo amigo; él debía

(1) Tribus diebus non fuit locutus et credebatur ab omnibus, quod deberet mori... videte quod iste puer quasi mortuus, et pro mortuo habetur? Volo quod si liberabitur... vide, domina, quam cito filium tuum liberavit B. Antonius, propterea habeatis fidem in sanctis. *Proceso.*

aún recibir varias otras pruebas de este afecto tan santo y tan verdadero, que se complacía en hacer y recibir favores. De suerte que éste fué uno de los principales testigos que depusieron en el proceso; testigo segurísimo, que había seguido muy de cerca á Nicolás durante la permanencia de éste en Tolentino, y que había sido muy particularmente bendecido por el Santo, ya en su familia, ya en su propia persona. Véase á un mismo tiempo en el ejemplo siguiente la fidelidad del santo religioso en seguir los preceptos de su Regla y en colocar la práctica de la obediencia por encima de todos sus milagros.

Hallándose atacado Berardo desde hacía ya unos días por una tenaz calentura, fué visitado por su bienaventurado amigo, que, poniéndole la mano sobre la cabeza, lo alivió instantáneamente. Mas, apenas Nicolás hubo retirado su brazo, reprodujosele la fiebre con nueva violencia, lo que hizo que el enfermo suplicase á su compasivo amigo volviese á tocarle la frente. Accedió éste con gran sencillez, dirigiéndole al mismo tiempo palabras de consuelo. Oyéronse en este mismo instante las campanas del convento que daban el primer toque para las Vísperas, á cuyo sonido, retirando dulcemente la mano el obediente religioso, dispúsose á partir. Sintiendo entonces Berardo que volvía otra vez á re-

producírsele la calentura, rogó á su amigo se dignase permanecer en su presencia y continuar aliviándole; pero sólo consiguió una negativa. «Tengo que ir á Vísperas, dijo afectuosamente el Santo: yo no puedo permanecer más tiempo contigo. Ten confianza en Dios y ruégale que te alivie.» Alejóse Nicolás para ser, según su costumbre, el primero en el coro; pues, para él, la gran virtud del religioso consistía en la regularidad. Mas el Señor, bendiciendo esta obediencia y exactitud, permitió por el momento se retirase de Berardo la calentura, para no volver más á molestarle (7).

De modo que, por todas partes por donde pasaba el siervo de Dios, dejaba estampadas las huellas de su caridad y del poder divino, que por sus manos obraba continuamente los más admirables milagros: tanto abundan los prodigios de todo género en su santa vida, que sería imposible hacer aquí mención de todos ellos. Tenemos, por otra parte, que referir minuciosamente cómo trataba á su propia carne el que era todo compasión y dulzura para el prójimo, y de qué suerte fué pro-

(7) Oportet me redire ad vespas; non possum stare semper tecum, conforta te et roga Deum quod juvet te... eo que postmodum recedente statim febris dimisit eum et non habuit plus. *Proceso.*

bado por las tentaciones y el espíritu maligno. Dios lo permitió así, á fin de glorificar á su fiel siervo y dar al mundo, en su persona, un tipo acabado y perfecto de la más encumbrada santidad.

CAPITULO XIII

Penitencias extraordinarias de San Nicolás.—Heroísmo de San Nicolás.—Pasa muchos días sin alimento.—La cama demasiado cómoda.—Disciplinas.—Cilicios.—Luchas interiores.—San Nicolás es confortado con una aparición de Nuestro Señor Jesucristo.

Ann cuando Nicolás de Tolentino consagróse durante su vida al ministerio apostólico, obrando en él acciones maravillosas, es menester no olvidar que él permaneció siempre simple religioso, conocido y admirado solamente en la Marca de Ancona y en los conventos de Padres Agustinos, á los cuales parece que estuvo únicamente reservado el beneficio de gozar de sus ejemplos y de sus milagros. Su renombre fué en su mayor parte posterior á su muerte, sin que sepamos llegase durante su vida á ser conocido de las naciones europeas. Mas el Señor se dignó, en su omnipotencia y misericordia infinitas, sacar al humilde religioso de la obscuridad y del silencio: hizo gloriosas las reliquias del Bienaventurado; atrajo muchedumbre de gentes á su sepulcro, é inspiró á los Soberanos

Pontífices le otorgasen los supremos homenajes reservados por la Iglesia á los elegidos y á los santos, llegando la hora de su glorificación en el tiempo prefijado por la Divina Providencia.

La constancia de Nicolás en la práctica heroica de las más eminentes virtudes no era más que el fruto natural de su amor apasionado por Dios. Queriendo demostrar á su divino Maestro que no era religioso y sacerdote sino para mejor servirle y procurar en todo su mayor gloria, procuró sin cesar imitarlo en su obra redentora por sus dolores voluntarios y por el más entero sacrificio de su ser. Religioso y ermitaño de San Agustín, él estaba por su profesión consagrado á la penitencia; mas excedió con mucho á lo que pedían sus obligaciones, ansioso de lanzarse por la senda de la más acabada perfección, castigando su cuerpo con rigurosa crueldad, tanto por reducirlo á servidumbre como para expiar, decía él, sus pecados y los ajenos. Entregóse de tal modo á esta mortificación exterior, que los mismos historiadores de su vida se muestran espantados y confundidos ante el relato que de ellas nos hacen; no temiendo calificar sus abstinencias de sobrehumanas, inimitables é increíbles (1).

(1) Inenarrabili, inimitabili, incredibili. Gior-

Tan heroicas y extraordinarias penitencias hacen que la pálida y grave figura del Taumaturgo se destaque particularísimamente en la Orden de San Agustín. Parece esta Orden, á primera vista, fácil y suave en su observancia; mas, á pesar de la dulzura aparente de su Regla, ella ha dado á la Iglesia numerosos santos, tan austeros, que han merecido ser envidiados por las Ordenes más austeras y rigurosas. Esta verdad ha inspirado al Beato Jordán de Sajonia las siguientes reflexiones, tan justas y tan verdaderas: «Si alguno en nuestros días quisiese imitar al bienaventurado P. San Agustín y á sus primeros frailes en la comida, en la bebida y en las otras obras de supererogación, podría muy bien hacerlo, observando solamente tres cosas: las reglas de la discreción, la voluntad de los superiores y la edificación de los hermanos, á quienes es necesario no escandalizar. No es, pues, menester pasar á otra Orden más austera para llevar una vida más perfecta, como ha venido á algunos en pensamiento por una sugestión diabólica» (1).

Continúa el autor condenando por el ejemplo de San Nicolás á esos espíritus versátiles

gi, cap. xv, pág. 136. Vixit incredibili abstinencia. Breviarium. Croiset, ad diem 10 Septembris.

(1) Beato Jordán de Sajonia. Vitæ Fratrum, libro iv.

y tornadizos, á esos religiosos ligeros y relajados que buscan en otra parte lo que tienen en la mano y no saben mantenerse con resolución en el camino por donde han prometido marchar; persuadiéndose falsamente, por excusar su cobardía, de que tomando otro rumbo su salvación les será más fácil y sus luchas menos frecuentes y violentas, al mismo tiempo que tocarán más pronto las cumbres de la gloria, dejando de ser terrenos é imperfectos. A éstos les será muy útil leer y meditar la vida del Taumaturgo de Tolentino, para comprender bien todo lo que le fué dado observar dentro de su misma Orden y de su misma Regla, y á qué grado tan extraordinario de santidad supo elevarse.

Como ya hicimos notar, el amor á la mortificación manifestóse en Nicolás desde sus primeros años, y fué cada vez creciendo en él hasta el fin de su vida. Tan cierto es, dice la Escritura, que la senda que elige el joven es la que anda en los años de su vejez. Cosa extraña: esta sed de sufrimientos se acrecentó en él, como más tarde en Santa Teresa y en otros santos, por sus pensamientos y deseos del martirio. Cuando él supo que la Iglesia griega se había separado de la latina, rompiendo la unión solemnemente jurada en el concilio de Lyon, concibió el pensamiento de pasar al Oriente, con objeto de predicar á los

cismáticos la sumisión, esperando alcanzar en medio de ellos la palma de una muerte gloriosa por la defensa de la verdad. Mas, no habiéndole permitido la obediencia poner en práctica estos heroicos deseos, resolvió hacerse él mismo sufrir por Dios, reemplazándolos por rigurosas y voluntarias penitencias los suplicios que los hombres le pudieran imponer (1).

Desde la edad de quince años prohibióse en absoluto el uso de la carne, y por espacio de cuarenta y cinco, como él aseguró á la hija de Margarita Apillaterra, se conservó exactamente fiel á su resolución (2). Los treinta últimos años de su vida, dice el Breviario, se abstuvo además de huevos, de leche, de pescado, de frutas y de todo manjar apañado con manteca (3). Sólo aceptaba una pequeña cantidad de potaje el domingo, el martes y el jueves, y, aun creyéndolo demasiado bueno, se iba á la cocina antes de la hora de comer y ponía agua fría en su plato (4). El lunes,

(1) Giorgi, cap. vii, pág. 67. Giuseppe Renat, lib. i, cap. i. Lippici, núm. 41.

(2) Mater tua vult facere me perdere animam. Sunt quadraginta quinque anni quod non comedi de carnibus. Absit, quod modo comedam. *Proceso*.

(3) Annos triginta a carnium esu et ovis, lacte, piscibus, atque etiam pomis abstinuit, pane dumtaxat et aqua vitam tolerans. *Breviarium*.

(4) Abjecto brodio ponebat aquam frigidam in coquina. *Proceso*.

miércoles, viernes y sábado de cada semana no tomaba más que, una sola vez al día, pan y agua. El viernes, á fin de honrar la Pasión de N. S. Jesucristo, se hacía servir hiel mezclada con vinagre (1). Su ayuno del sábado tenía por objeto honrar á la Santísima Virgen María.

La vida, pues, de Nicolás de Tolentino era verdaderamente un milagro, que, llenando de asombro á los que le rodeaban, hacía se preguntasen á sí mismos cómo era posible se sostuviese tomando tan poco alimento, concediéndose tan poco sueño y entregándose á tan acerbas penitencias. Fué esto en tal extremo, escribó conformándose con el proceso Pedro de Bretaña (2), que sucedía pasarse varios días sin tomar alimento alguno, para imitar el ayuno de N. S. Jesucristo en el Desierto; y su cama, que jamás consintió se la cambiasen por otra, se componía de dos tablas, sobre las cuales, durante sus enfermedades, ponía un saco lleno de paja. Allí reposaba cubierto con su manto y apoyando la cabeza sobre una piedra; mas, encontrando esta cama demasiado cómoda y dulce, llegó, con frecuencia, á tenderse sobre el suelo de

(1) Gustando pura hiel mezclada con vinagre, Giorgi, cap. xv, pág. 134.

(2) Pedro de Bretaña, pág. 87.

su celda durante las horas que se permitía de sueño, no interrumpiendo, sino á más no poder, sus oraciones y disciplinas nocturnas. Tenía, igualmente, en su celda dos pedazos de mármol, sobre uno de los cuales se arrodillaba, sirviendo el otro de apoyo cuando se hallaba muy fatigado; apoyo que venía á serle una nueva mortificación á causa de la sensación vivísima de frío, en sus desnudos brazos, durante las largas noches de invierno.

Las disciplinas de Nicolás, como ya hemos visto, eran prolongadas y frecuentes; sus golpes caían sobre sus espaldas como el granizo, viéndose con frecuencia las paredes de su celda salpicadas de la sangre, que no siempre su humildad había alcanzado á borrar por completo. Esta sangre, que en tanta abundancia derramaba, producíale una sed ardiente, que jamás él satisfacía por completo, siendo así que no bebía más que tres copas de agua cada día; siendo necesario, para hacerle aceptar un poco de vino, una orden expresa de su prior (1). Su disciplina se componía de cadenas de hierro, que muchas veces descarnaban sus huesos, abriendo de nuevo, con los azotes de la noche, las llagas hechas por los de la mañana, de modo tal que los religiosos

(1) Erat contentus tribus parvis scyphis inter vinum et aquam. *Proceso*.

encargados de enterrar su cadáver no pudieron contener las lágrimas y suspiros de compasión y de admiración; viéndose en la necesidad de depositarlo en la tumba con el cilicio que rodeaba sus lomos, sin que les fuese posible arrancar más que el enorme círculo de hierro que lo cubría por encima, cuyas abundantes agujas, que habían también penetrado profundamente en su acardenalado cuerpo, tuvieron que dejar allá, en la imposibilidad de extraerlas (1). Llevó, pues, el Santo á la tumba el cilicio que él mismo se había fabricado, como un vestido de gloria y de honor, como el trofeo inmortal de su valor heroico (2). Es que la verdadera caridad tiene siempre hambre y sed de inmolación y de sacrificio; y, cuanto más Nicolás sufría por Dios, más él quería y deseaba sufrir.

No es, por otra parte, difícil de adivinar la razón de estas penitencias extraordinarias, sobre lo cual el proceso de canonización se expresa en estos términos: «Amante como era de la virtud de la castidad, y queriendo evitar las malas tentaciones, Nicolás crucifi-

(1) Nudus artus aspero cilicio vestiens quod ferreo cilicio adstringebat. *Breviarium*. Quando fuit lavatum corpus vidit (Berardus) spatulas ipsius multum percussas et decoriatis. *Proceso*.

(2) Y entraban tanto estos cilicios en sus carnes, que más bien parecía formaban parte de su mismo cuerpo. Giorgi, cap. xv, pág. 140.

có su misma carne, castigó su cuerpo con ayunos, vigiliias, oraciones y duros tormentos, y conservóse en una vida justa, pura y casta. El, dice la Bula de canonización, fué modesto, puro y casto (1). He ahí por qué el Breviario le llama hombre virgen elegido por Dios, haciendo de él en el himno de la fiesta este admirable elogio. «El fué esposo de la Iglesia, á la que estrecha entre sus brazos» (2).

Jamás salió de sus labios una palabra ociosa, vana ó inútil; la mortificación y la modestia resplandecían en sus pasos, en sus miradas y en sus movimientos, y cuando atravesaba las calles con la cabeza inclinada, los ojos bajos y la frente tan cubierta con su capucha que no se le veía la parte superior del rostro, obligaba á exclamar á aquellos que lo encontraban, como ya hemos dicho: ¡Oh, ved qué aspecto tan angelical tiene el P. Nicolás! (3) Podía, en efecto, decirse con razón que el monje agustino tenía un aspecto y una hermosura celestiales. De cuerpo notablemente proporcionado, la costumbre de la contem-

(1) Bula de Canonización.

(2) *Virgo a Deo electus, Sponsus est Ecclesiae quam stringit inter brachia.*

(3) Crónica del P. Jacobo Filippo de Bergamo. Venecia, 1553, pág. 295. ¡Oh, mirad qué cara de angel tiene el P. Nicolás! Giorgi, cap. xiv, página 126.

plación había dado mayor realce á las líneas y facciones de su rostro, al cual su extrema flaqueza y palidez prestaba como un reflejo angelical, que hacía pensar en Nuestro Señor Jesucristo, el más hermoso entre los hijos de los hombres.

La naturaleza se siente sobrecogida de espanto ante la pintura de este martirio voluntario, y el más grande terror se apoderaría del alma si ésta no reflexionase que los sufrimientos de los santos son de un precio inestimable, y que la sobreabundancia de sus méritos es la fuente de donde se deriva la salud de sus hermanos, ya vivos y pecadores, ya difuntos y libertados de las llamas expiadoras del Purgatorio. Mas no se crea, sin embargo, que esta vida de dolores voluntarios fuese fácil al siervo de Dios. ¡Oh, no! El tuvo, por el contrario, que sostener largas y terribles luchas, luchas que en él son sumamente interesantes y dignas de admiración. El espíritu del mal atrevióse á *atacarle* y á maltratarle directamente, á fin de apartarlo de su camino y hacerle vacilar en sus generosas resoluciones. He aquí lo que á este propósito nos cuentan sus historiadores (1).

«El demonio, dice el Beato Jordán de Sa-

(5) Beato Jordán de Sajonia. *Vita Fratrum*. Anónimo, cap. xxxii, pág. 64.

jonía, después de haber vencido á nuestros primeros padres por el vicio de la gula, y de haberse atrevido á tentar de la misma suerte á Nuestro Señor Jesucristo, multiplicó sus asaltos para vencer á San Nicolás, infundiendo en su espíritu pensamientos como éste: «¿No ves tú cómo tus hermanos se alimentan? ¿Por qué no prestas más atención á las enfermedades que te afligen, especialmente á esos dolores que te atormentan en las articulaciones de tus miembros, á las convulsiones de tu estómago, á tus dolores de cabeza y á la debilidad de tu vista, causados todos por los rigores de tu extremada abstinencia?» Violentísimas y sobremanera extraordinarias debieron ser las tentaciones suscitadas por Satanás contra el hijo de San Agustín, é importante fué, sin duda, el papel por ellas desempeñado en su vida; pues que el autor anónimo de su historia, deteniéndose largamente en describirlas, no teme expresar en los siguientes términos las sugerencias diabólicas de que se veía atormentado el heroico religioso.

»Nicolás, la Regla te manda que domes tu carne con ayunos y con abstinencias en la comida y en la bebida; en eso se complace Dios grandemente. Pero ¡con cuánta prudencia ha mandado todo esto tu Padre San Agustín, acomodándolo á las fuerzas y salud de

cada uno! Siguiendo esta admirable Regla, tú no deberías hacer ayuno alguno; tu cuerpo se halla demasiado consumido y debilitado; tú no tienes suficiente fuerza para observarla. ¿Cómo puedes tú ilusionarte hasta el punto de creer que vas por los caminos del Señor obrando como el más vigoroso y haciendo cosas que exceden á las fuerzas de los más sanos y robustos? Tú te engañas á ti mismo ¡oh Nicolás! Aun cuando no hubiese en ti otra falta, ésta sólo bastaría para hacerte desagradable á tu Soberano Maestro. No sigas, pues, estos engaños de tu imaginación. Reflexiona un poco; sabes tú muy bien, y todos lo aseguran, que tus sufrimientos se deben atribuir á las continuas oraciones, así como á tus ayunos y disciplinas, que te debilitan y trastornan la cabeza... ¿Quién es el autor é inspirador de todo esto?... ¿Dios ó tu capricho?... Tan lejos estás de seguir en tus penitencias la voluntad divina, que precisamente ellas son las que sin remedio han de condenarte. ¿Qué excusa podrás alegar cuando te hayas convertido en asesino de ti mismo?... ¡En qué profunda ilusión estás, oh Nicolás!... El deseo de singularizarse es peligroso, y ha sido siempre condenado por los maestros de la vida espiritual; tú eres demasiado terco y caprichoso en tus oraciones, en tus ayunos, en tus ciliadas, en tus disciplinas; en todo quieres tú

hacerte singular, sin tener en cuenta los peligros á que con eso expones tu alma. ¿Y no es acaso todo esto temeridad y presunción?... ¡Ah, cuánto te engañas en tu manera de obrar!» (1).

Hallóse Nicolás con todo esto profundamente conmovido, sintiendo en su alma los dolores y angustias de una verdadera agonía. ¿Se había él realmente engañado? ¿Sería inútil todo cuanto hasta entonces había hecho? ¿No había acertado Nicolás á dar pruebas de sincero amor á su Maestro crucificado? ¿Era digno de su misericordia ó de su odio? Conoció el generoso siervo de Cristo el peso é importancia de esta duda; peso tan doloroso y abrumador para un corazón abrasado de las más puras y ardientes llamas de amor hacia Jesús. La más triste noche se apoderaba de su alma, cayendo su corazón en el más completo abandono y desaliento, semejante al del Salvador en la cruz, cuando decía: «Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado?» Pensó entonces el Bienaventurado, dicen los historiadores, que, á causa de sus defectos, ni sus abstinencias ni sus ayunos habían sido aceptados por la divina Justicia, habiendo sido reprobado por Dios; y, recurriendo á la oración y á las lágrimas, «¡oh Dios mío!, decía,

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vitæ Fratrum*, libro iv, cap. x. Anónimo, *ibid.*

venid en mi ayuda, Vos que sois el protector y defensor de mi alma: ella se perderá, seguramente, si Vos ¡oh Señor! no le prestáis vuestra ayuda» (1).

¿Cuánto tiempo duró este doloroso estado? No lo sabemos; pero sabida cosa es que á veces estas pruebas son tan largas como penosas para aquellos á quienes el Buen Maestro quiere hacer más perfectos y más semejantes á Sí. Sin embargo, dice el Beato Jordán, Nuestro Señor Jesucristo, Príncipe lleno de una divina compasión para su soldado generoso, no queriendo que éste combatiese hasta la muerte y pereciese en el campo de batalla, se le apareció consolándolo y confortándolo con inefable ternura. «Depón, hijo mío, le dijo, depón tu tristeza y alégrate. Tus obras me son agradables». A estas palabras sintióse el Santo inundado de alegría y pronunció las palabras aquéllas del salmo: «Me he alegrado en las cosas que me han sido dichas» (2).

Asegurado Nicolás de ser agradable á Dios, lanzóse con nuevo valor por el camino de la mortificación y del sacrificio, y rechazó con un ardor todavía más heroico las tentaciones que el demonio no cesó de multiplicar en torno de él, á medida que lo veía avanzar en la santidad y aproximarse al término feliz de la bienaventuranza eterna.

(1) (2) Beato Jordán de Sajonia, *ibid.*



CAPÍTULO XIV

De la mortificación de Nicolás durante sus enfermedades.—Opónense los religiosos á las penitencias y privaciones de San Nicolás.—Cae enfermo y quiere permanecer fiel á su régimen habitual.—Mándale el P. Provincial que coma carne.—«¿Quiere, por ventura, tu madre que yo pierda mi alma?»—Curación milagrosa.—Rasgo de delicadeza divina.—Origen del panecillo bendito de San Nicolás.—Perdices resucitadas.

La vida del hombre sobre la tierra, ha dicho Job inspirado por el Espíritu Santo, es una guerra continuada. Si algún principio hay claro é incontestable en la religión, es éste. Fácilmente puede comprenderse que la vida interior supone un combate que no promete ventaja alguna, á menos de conseguirla á fuerza de luchas, abnegación y sacrificios. ¿No nos dice San Agustín que la vida del justo no es un triunfo, sino una batalla? ¿No nos ha repetido el Apóstol, después del Sabio, que todo el que quiera vivir santamente en Jesucristo padecerá persecución? Los santos, pues, son hombres débiles, sujetos á tentaciones é

inclinados al mal, sintiendo con frecuencia grandísimas dificultades para la práctica de la virtud. Entre ellos los hay que se han distinguido por su más asombrosa vida, ya ejerciendo la autoridad, ya entregándose á la penitencia, ya dedicados al ministerio apostólico. Estos son aquellos precisamente cuyo corazón ha abrigado más grandes pasiones, pero que han sabido vencerlas más generosamente y servirse de ellas para elevarse á un grado más heroico de virtud y de perfección, mereciendo, por consiguiente, más preciosas recompensas.

Después de la práctica de la caridad, que los unía á Dios y los hacía semejantes á Jesucristo, las tentaciones han sido el crisol en el que, purificados los santos, se han elevado á una eminente santidad. Así vemos algunos de ellos que han pasado diez, quince y aun veinte años de su vida en continuos temores y amarguras y que han salido de sus terribles luchas con el mundo, con el demonio y consigo mismos, más fuertes, más puros y más admirables.

Sucede con frecuencia, como vamos á ver ahora en la vida de Nicolás, que el demonio se sirve de los parientes, de los amigos y de los hermanos para intimidar al alma en el camino de la perfección, acometiéndole con una tentación tan peligrosa como disimulada y su-

til, la cual se presenta bajo la apariencia de compasión y de amistoso interés. Los santos sufren entonces doblemente y se elevan hasta el heroísmo en su resistencia, esperando llenos de confianza la mirada misericordiosa de Jesucristo, que en su día y hora determinada ha de venir á traer á su alma la paz, la calma y la serenidad, aplacando la tormenta y haciendo cesar la tentación, que sólo habrá servido para hacer á estos amigos de su corazón más heroicos en la fe, en la mortificación y en todas las demás virtudes.

Será, pues, para nosotros de grandísimo interés el seguir al Taumaturgo de Tolentino en la lucha que hubo de sostener contra sus hermanos de religión. Estos, dejándose llevar de un sentimiento de tierna compasión hacia él, quisieron en un principio oponerse á sus extremadas penitencias y á sus continuas privaciones. Sin duda que esta tentación fué para Nicolás más difícil de vencer que todas las del demonio. Tratábase, en efecto, para Nicolás de cumplir con la obediencia, de respetar la regla y de no escandalizar á nadie, sin abandonar, sin embargo, el camino en el que el mismo Dios lo empeñaba y sostenía por una protección visible y milagrosa de su divina bondad.

Las mortificaciones excesivas del Santo le ocasionaban con frecuencia graves enferme-

dades. Tendido entonces sobre su dura y pobre cama, continuaba, sin embargo, firme en negarse á todo alivio y en permanecer fiel á su régimen habitual de pan y agua, á pesar de la fiebre que lo devoraba. De cuando en cuando disminuían sus fuerzas tan sensiblemente, que, temiendo por su vida, reuníanse los religiosos á su alrededor y le suplicaban moderase un poco su extraordinaria penitencia. Muchas veces unió el Prior sus súplicas á las de los religiosos, mas no le fué posible vencer la resistencia de Nicolás. Discurrieron sus amigos algún medio para engañarlo, mas nada pudieron conseguir.

Una vez, entre otras, enterado Berardo Apillaterra del peligro en que se encontraba su bienaventurado amigo, vino á visitarlo en compañía de un médico, y le dijo con la más tierna compasión: «Padre Nicolás: he aquí un médico: es necesario obedecerle y comer carne; os es absolutamente necesaria para recobrar vuestras fuerzas». Y añadió á estas palabras todas las razones que le parecieron capaces de persuadir y convencer al enfermo. «¡ Ah, qué simple eres!, replicó cariñosamente Nicolás; pues ¿no ves que, si Dios quiere curarme, la misma virtud puede poner en el pan y en las hierbas que en la carne?» (1).

(1) Non credis tu quod Deus habeat tantam vir-

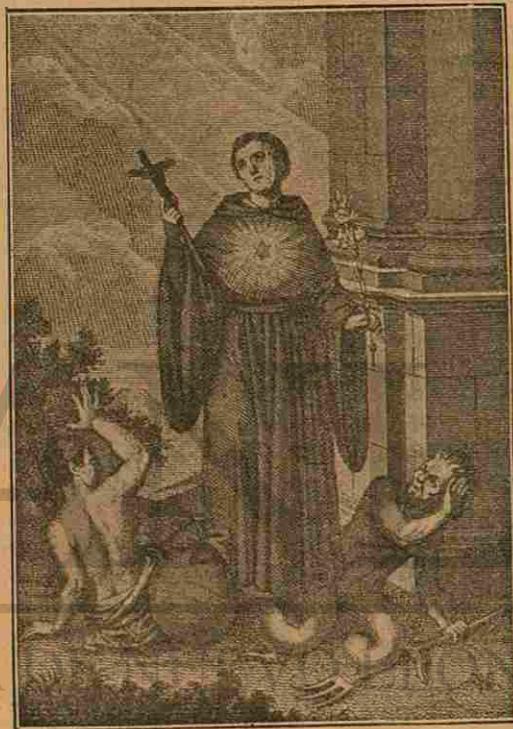
Y como Berardo insistiese, Nicolás, después de haberle repetido algunas veces la misma respuesta, añadió, para librarse de sus importunaciones y demostrarle que no aceptaría ni remedios ni médico: «Mi médico es Jesucristo. ¡En Jesucristo está mi esperanza!... Os suplico que no me volváis á hablar de tal cosa» (1).

Y, á la verdad, el Cielo parecía aprobar, con sus milagros y apariciones, esta confianza, que, sin eso, hubiera debido ser juzgada por audaz y presuntuosa. En otra ocasión análoga, no pudiendo Berardo conseguir nada de su amigo, se fué secretamente á Treja, donde se hallaba el Provincial, y obtuvo de éste una orden mandando á Nicolás, en virtud de santa obediencia, que comiese carne. No había Berardo confiado su secreto á persona alguna; así, que no pudo menos de comoverse profundamente cuando, entrando en el cuarto del Santo, oyó que éste le decía sonriendo: «En verdad, Berardo, lo menos crees tú que vas á darme una sorpresa enseñándome la carta del P. Provincial.... Quiero, pues, obedecer: vete á buscarme algo de carne» (2). Todo lleno de gozo Apillaterra, vol-

tutem in pane, foliis, et aliis sicut in carnibus, qui me liberet sine commestione carniū. *Proceso.*

(1) Permittas, fili, quia Deus sanabit. *Proceso.*

(2) Tu credidisti facere magnum factum de lit-



SAN NICOLÁS

(Tomado de un grabado del siglo XVII.)

vióse á su casa y mandó á Margarita que le preparase una perdiz, la que fué él inmediatamente á ofrecer al enfermo, diciéndole: «He aquí, Padre queridísimo, he aquí la carne que he podido prepararle; ya está lista: comedla y mejoraréis inmediatamente, como yo espero».

Aceptó Nicolás un pequeño bocado, y, habiéndolo llevado á su boca, dijo á su amigo: «Ahora que ya he obedecido á la orden del P. Provincial, vete y lleva lo restante á alguno de mis enfermos» (1). Así es como él sabía encontrar siempre algún ingenioso ardid con que desarmar á aquellos que querían aliviarle, permaneciendo siempre fiel á su vida de penitencia y de mortificación. La única satisfacción que le concedió á Berardo fué permitirle, en los tres últimos años de su vida, que Margarita le hiciese cocer en agua pura un poco de harina. Llamóse á este manjar tan simple *la farineta del P. Nicolás* (2). Berardesca, como para cumplir la profecía del Santo, fué, con frecuencia, la encargada de llevarla al convento de Agustinos de Tolentino.

teris, quas detulisti a P. Provinciali, quod comedam carnes. Ego volo obedire; invenies mihi de carnibus. *Proceso.*

(1) Obedivi litteris, o Berarde... et fecit eam portare quibusdam fratribus infirmis, *Proceso.*

(2) La farineta del P. Nicolás.

Mas sucedió, en cierta ocasión, que su madre, guiada por un sentimiento de piedad filial y de respetuosa compasión, mezcló con la *polenta* (1) de Nicolás algún otro condimento, aunque con la precaución de no advertírselo á su hija. El enfermo, con su discernimiento profético, conoció al momento lo que Margarita había hecho. Apenas, pues, Berardesca hubo puesto los pies en su celda, cuando exclamó el Santo: «¿Quiere, por ventura, tu madre que yo pierda mi alma?... Cuarenta y cinco años hace que no he probado la carne. ¡Dios me guarde, pues, de comerla hoy!...» Y mandó á la conmovida niña que llevase aquel alimento á algún otro enfermo del monasterio (2).

En otra ocasión, día de Jueves Santo, hubo de ausentarse el P. Prior de Tolentino, pasando, por tanto, su autoridad al P. Vicario. Este, pues, viendo á Nicolás muy fatigado, aprovechóse de las circunstancias para suplicarle que aumentase un poco su ordinario alimento. Mas él, después de haberlo escuchado, se puso á la vez á rogar al P. Vicario le dejase hacer sus mortificaciones, y estuvo tan elocuente, que, dándose aquél por vencido, permitió al siervo de Dios que obra-

(1) Sopa hecha de harina de maíz.

(2) *Proceso.*

se conforme á las inspiraciones del Cielo (1).

El P. General de la Orden, Francisco de Monterrubiano, tuvo ocasión de conocer por sí mismo que la conducta de su hijo en San Agustín era toda ajustada á la voluntad de Dios, y que la humildad y mortificación de que daba tantas pruebas eran sumamente agradables al Cielo. Yendo con dirección á Bélgica, pasó por Tolentino y detúvose allí un momento, en ocasión en que Nicolás, abatido y debilitado por una enfermedad, luchaba contra sus hermanos y contra el médico, por no aceptar el comer carne, confiándose únicamente á Nuestro Señor, y no á los remedios humanos (2). El Prior, P. Angel de San Víctor, había unido sus instancias á las de los otros religiosos, y no había obtenido más que esta respuesta, digna del Santo: «¿Por qué, Padre mío, por qué ese empeño de afligirme? ¿No sabéis que, si este miserable cuerpo gusta una sola vez manjares prohibidos, inmediatamente se le antojarán otros? Os ruego que me dispenséis. Más vale poner un freno á esta carne, que aflojarle las rien-

(1) Anónimo, cap. xxxii, pág. 86, 87.

(2) Ut quid, Prior mi, molestus esse cupis? An ignoras quod corpus hoc, quod ad escam, quam semel gustavit delectandam, etc. *Proceso*. Pedro de Monte Rubiano, cap. iii. Anónimo, cap. xxxii, página 86.

das; no vaya á precipitar mi alma en el abismo del pecado para su condenación».

No atreviéndose el P. Angel á tomar sobre sí el oponerse á la resolución del enfermo, y conociendo el peligro inminente á que la fiebre le había reducido, fuése á buscar al Padre General y, explicándole el estado de Nicolás, le suplicó le mandase someterse á las prescripciones del médico. Dirigióse al momento el P. Francisco de Monterrubiano á la celda del religioso, y después de haberle citado gran número de ejemplos, en los cuales los inferiores, mandados por los superiores, les habían obedecido, le mandó, en virtud de santa obediencia, que comiese carne y se sometiese á lo que se le prescribiese para su curación. El bienaventurado enfermo no se negó á ello, y, aunque con gran repugnancia, hizo llamar al P. Prior para decirle que consentía en lo que se pretendía de él, y que iba á obedecer al P. General: «Yo he prometido obediencia á mi Salvador, añadí, á la Santísima Virgen y al bienaventurado P. San Agustín, y yo deseo guardar esta resolución hasta la muerte» (1).

Se le preparó con grande alegría la carne [®]

(1) Hoc est enim quod promissi: hoc Salvatori meo suæque Sanctissimæ Genitrice et Beato Augustino obtuli: hoc est quod usque ad mortem servare concupivi. Petrus de Monte Rubiano, cap. iii.

prescrita por el médico. El siervo de Dios, colocado en este tiempo entre la gula y la violación de sus votos, hallábase combatido por dos sentimientos opuestos, sin saber á qué resolverse. Tomando por fin decisión, aceptó un pequeño pedazo de carne, lo gustó y dió por ello las gracias, diciendo al Prior: «He ahí que yo he obedecido; no me queráis, pues, atormentar más sobre el vicio de la gula» (1). El divino Maestro, que tenía atenciones tan delicadas para este hijo de su corazón, quiso demostrar entonces que aprobaba su conducta y bendecía su constancia, curándolo pronta y radicalmente, sin más remedio ni más alimento que el ordinario de pan y agua. Este celestial y poderoso Médico tenía secretos llenos de amor para sostener milagrosamente las fuerzas de aquel que de tal modo se sacrificaba y privaba de todo por agradarle. Sobre la puerta del antiguo refectorio de Tolentino colocaron la siguiente inscripción, que aun se lee en nuestros días: «Por sus ayunos y abstinencias, el divino P. Nicolás ha alimentado de tal suerte su alma con virtudes, que jamás comió carne, ni cosas alimenticias, ni nada que fuese agradable al gusto, contentándose solamente con pan y agua. Mas la divina ele-

(1) *Ecce parui: me amplius de gulæ vitio molestare nolite. Petrus de Monte Rubiano, ibid.*

mencia, compadecida de la debilidad del bienaventurado viejo, varió muchas veces en este lugar el agua en vino». Sucedió, en efecto, con frecuencia que Nuestro Señor cambió el agua de la pequeña copa, en que se guardaba para bebida de su heroico siervo, en vino dulcísimo y celeste.

He aquí lo que refiere, á propósito de estos milagros de la delicadeza divina, el historiador Pedro de Breñaña (1): «Habiendo sido convidado un eclesiástico de Urbisaglia por el Prior de Tolentino á comer en el monasterio, pidió como una gracia que lo colocasen en la mesa junto á Nicolás, cuyo espíritu de abstinencia y mortificación había oído muchas veces alabar y admirar. Durante la comida, cuando el bienaventurado, que no comía más que pan, quiso tomar agua, deseó el dicho sacerdote tener el honor de servírsela en su misma taza; mas notó con sorpresa que aquella agua se había cambiado en vino, y el Santo le dijo dulcemente: «Me habéis engañado». Lleno de admiración el eclesiástico, supo, sin embargo, guardar silencio, formando la resolución de asegurarse con una segunda experiencia de este cambio milagroso. Habiendo, pues, otro día pedido y obtenido el favor de venir otra vez á comer al mismo

(1) Pedro de Breñaña, pág. 89.

lado, tomó las más minuciosas precauciones para enterarse bien de la verdad. Presentó de nuevo el agua á Nicolás, y la vió otra vez cambiarse en vino. Convencido de la seguridad del hecho, quiso al instante revelar y publicar el milagro; mas el humilde religioso le suplicó tan encarecida y modestamente que guardase silencio, que consintió el sacerdote en ello, y no volvió á hablar del milagro hasta después de la muerte del Santo. Este sacerdote, testigo afortunado del prodigio, lo atestiguó después en las informaciones que se hicieron por la Sede Apostólica con objeto de conocer todos los milagros del Taumaturgo de Tolentino » (1).

Vamos á referir otro hecho maravilloso, que dió origen á la bendición de los panecillos de San Nicolás, tierna costumbre y piadosa tradición perpetuada en la Orden de San Agustín. El Beato Jordán de Sajonia lo refiere así: « Un cuarto domingo de Cuaresma, hallándose el siervo de Dios tan gravemente enfermo que se desesperaba de su vida, creyéronse los que le rodeaban en la necesidad de emplear para con él los remedios humanos: Nicolás, por su parte, encomendóse á Nuestro Señor, á la Virgen María y á San

(1) *Proceso*. Depositio D. Conradi in ordine testium CLXXIII.

Agustín, suplicándoles le ayudasen. Apoderóse entonces de él un suave sueño, y he aquí que se le aparece la Madre de Dios, teniendo á su lado al gran Doctor de Hipona. Levantando entonces su vista el enfermo hacia esta visión, exclamó lleno de ternura: « ¿Quién sois Vos ¡oh Señora tan hermosa! para venir á mí, que no soy más que polvo y ceniza?— Yo soy, respondió Ella, la Virgen María, Madre de tu Salvador. Acabas de llamarme para que venga en tu socorro con Agustín, que está aquí, á mi lado. Aquí, pues, nos tienes: hemos venido á darte un consejo para que recobres la salud ». Y, señalándole con el dedo una casa de la plaza vecina, añadió la Reina del Cielo: « Envía á alguno á esa mujer que, en nombre de mi Hijo, le di un pan fresco para ti. Cuando lo hayas recibido, empápalo en agua y tómatelo: él te devolverá el beneficio de la salud » (1).

Despertó en seguida el Santo, y, sin hablar una palabra de la visión, suplicó al que le servía fuese á pedir un pan, en el nombre de Jesucristo, á la mujer designada por la Santísima Virgen. Luego que lo hubo recibido mandó empaparlo en agua, y, gustando una pequeña parte, al instante mismo abandonó

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vita Fratrum*. San Antonino, cap. XLIX, núm. 20.

la cama y se levantó completamente bueno (1). «¡Oh Santísima Virgen, añade el Beato Jordán, indicándole Vos este remedio le habéis dado un verdadero consejo!»

Tal fué el origen admirable de los panecillos de San Nicolás. La Madre de Dios misma fué su Autora, la Iglesia ha reconocido su autenticidad, y un número casi infinito de milagros ha demostrado su origen divino. Según una tradición, conservada en la Orden de San Agustín, San Nicolás mismo comenzó á bendecir los panecillos, sirviéndose de la fórmula común. Más adelante veremos los milagros que Dios ha obrado por su medio. Mas, antes de terminar este capítulo, queremos relatar un último y maravilloso rasgo de San Nicolás, relativo á su constancia en guardar su resolución de ayuno y abstinencia perpetua. Como ya hemos podido notar, los favores de Dios, lejos de hacer variar al bienaventurado su género de vida, no hacían otra cosa que afianzarlo más en él. Los manjares delicados llegaron á causarle tal horror, que respondía al Hermano Agustín, cuando éste se los presentaba: «Vete y lleva eso á quien está más enfermo que yo».

(1) Absque intermedio aliquo, sanitatis plenissima recepto beneficio exsurrexit. Petrus de Monte Rubiano, Beato Jordán de Sajonia, San Antonino.

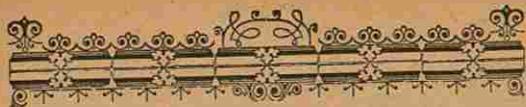
A pesar de estas negativas persistentes, los religiosos de Tolentino continuaron atormentando dulcemente á su santo Hermano, y llegaron sobre esto á realizarse con frecuencia graciosos prodigios, como el que hemos indicado, y del cual vamos á hacer el relato. La debilidad de Nicolás, juntándose á su edad, le había conducido hasta las puertas del sepulcro, causándole cada día las más graves enfermedades. No sabiendo ya qué hacer el Prior para aliviar y salvar al bienaventurado, resolvió tentar de una vez el último recurso, mostrándose más firme que nunca para dar y sostener la orden formal de hacer al enfermo comer carne; y esto en virtud de santa obediencia. Había entonces en el convento dos perdices, regalo de un bienhechor del convento, las que, cociendo inmediatamente, se las presentaron á Nicolás (1).

Dió éste las gracias á su Superior con todo su corazón, y tal vez con esa alegría íntima y secreta de los santos, que saben que Dios ha de sostenerlos siempre en los momentos difíciles. Bajó la cabeza en señal de sumisión y de reconocimiento, y, tomando un pequeño bocado de carne, la llevó á sus labios. Mas entonces, como si una voz divina lo hubiese

(1) Cum duæ perdices mortuæ fuissent præsentatæ divo Nicolao ut comederet. *Proceso.*

llamado para comunicarle inefables inspiraciones, levantó de repente al cielo sus ojos y su mano derecha, é hizo después la señal de la cruz sobre las perdices cocidas, y ya divididas en varios trozos. Al momento las graciosas aves, cobrando de nuevo el plumaje y volviendo á la vida, salieron en rápido vuelo por el claustro, cantando su libertad, alcanzada milagrosamente (1). Este insigne prodigio fué certificado por Mons. Berard, obispo de Camerino. Todavía se conserva en Tolentino, juntamente con el brazo del Santo, con su cayado y con varias otras reliquias de que hablaremos, el plato en que fueron presentadas las perdices á Nicolás. Todavía existe también la ventana por donde éstas se fueron volando, adornada hoy con un cuadro al fresco, representando el milagro, el cual explica el por qué se coloca comunmente un pájaro al pie de las imágenes del Taumaturgo agustino.

(1) In plura frustra dissectas fuisse, ac deinde per crucis signum novis plumis instructas avolasse. Beato Jordán de Sajonia.



CAPÍTULO XV

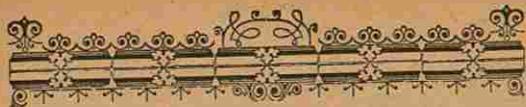
San Nicolás en sus luchas con el demonio.—Oración continua de Nicolás.—Rabia del demonio.—Primera batalla.—El demonio penetra en la celda del Santo bajo la forma de un pájaro negro.—Nuevas persecuciones.—Brillante victoria.

Es de notar en la vida de San Nicolás que el demonio procuró siempre perseguirle y aterrorizarle con extraordinario encarnizamiento, como si tuviese razones particulares para aborrecerlo y temerlo. Dios lo permitía sin duda á fin de poner de manifiesto la virtud de nuestro Santo, y hacer brillar á los ojos de todos su constancia heroica y su admirable paciencia.

El piadoso ermitaño era, con preferencia á todo, un hombre de oración. Sabemos, por las palabras aquéllas del Salvador: «Vigilad y orad para que no entréis en tentación», que la oración es la fuente de toda fuerza sobrenatural y el arma de toda espiritual victoria. De aquí que Satanás dirigiese todos sus ataques contra las oraciones continuadas y contra las rigurosas penitencias de nuestro San-

llamado para comunicarle inefables inspiraciones, levantó de repente al cielo sus ojos y su mano derecha, é hizo después la señal de la cruz sobre las perdices cocidas, y ya divididas en varios trozos. Al momento las graciosas aves, cobrando de nuevo el plumaje y volviendo á la vida, salieron en rápido vuelo por el claustro, cantando su libertad, alcanzada milagrosamente (1). Este insigne prodigio fué certificado por Mons. Berard, obispo de Camerino. Todavía se conserva en Tolentino, juntamente con el brazo del Santo, con su cayado y con varias otras reliquias de que hablaremos, el plato en que fueron presentadas las perdices á Nicolás. Todavía existe también la ventana por donde éstas se fueron volando, adornada hoy con un cuadro al fresco, representando el milagro, el cual explica el por qué se coloca comunmente un pájaro al pie de las imágenes del Taumaturgo agustino.

(1) In plura frustra dissectas fuisse, ac deinde per crucis signum novis plumis instructas avolasse. Beato Jordán de Sajonia.



CAPÍTULO XV

San Nicolás en sus luchas con el demonio.—Oración continua de Nicolás.—Rabia del demonio.—Primera batalla.—El demonio penetra en la celda del Santo bajo la forma de un pájaro negro.—Nuevas persecuciones.—Brillante victoria.

Es de notar en la vida de San Nicolás que el demonio procuró siempre perseguirle y aterrorizarle con extraordinario encarnizamiento, como si tuviese razones particulares para aborrecerlo y temerlo. Dios lo permitía sin duda á fin de poner de manifiesto la virtud de nuestro Santo, y hacer brillar á los ojos de todos su constancia heroica y su admirable paciencia.

El piadoso ermitaño era, con preferencia á todo, un hombre de oración. Sabemos, por las palabras aquéllas del Salvador: «Vigilad y orad para que no entréis en tentación», que la oración es la fuente de toda fuerza sobrenatural y el arma de toda espiritual victoria. De aquí que Satanás dirigiese todos sus ataques contra las oraciones continuadas y contra las rigurosas penitencias de nuestro San-

to. No le tentó de manera extraordinaria sobre la humildad, la pobreza y demás virtudes que son el ornamento del verdadero religioso; mas procuró á todo trance impedirle que orase y se mortificara. Todas las historias acerca de Nicolás están acordes en decir que el fervor con que él hacía la oración fué la principal causa de sus combates exteriores con el demonio. Este enemigo encarnizado de todo bien, parece que había jurado vencerlo en esto á todo trance, sabiendo que, si le hacía perder el sentimiento de la presencia de Dios, llegaría á hacerle retroceder de la penitencia, debilitaría su fuerza sobrenatural y haría fuesen menos numerosos é importantes los milagros y conversiones que de las tales oraciones se segufan.

Ya vimos adelante qué derrota sufrió Satanás en lo tocante á las abstinencias y mortificaciones del Santo. Vamos á hacer ver ahora que no estuvo más feliz en lo concerniente á la oración. Nicolás de Tolentino, dice el Breviario, tenía un celo increíble por la oración; él oraba sin cesar, por el día, por la noche y á todas horas. Si alguno le visitaba, había de encontrarle invariablemente, ó prosternado en contemplación, ú ocupado en leer la Sagrada Escritura. No puede decirse cuánto empleaba en orar cada día y cada noche: era tan asiduo á este santo ejercicio, dice el

proceso de canonización, que á él se entregaba desde Completas hasta el canto del gallo, y desde Maitines hasta el otro día. Después de la Misa, á no ser que tuviese que oír confesiones, volvía á comenzarla hasta Tercia, y después de Nona hasta Vísperas, como no estuviese ocupado en alguna obediencia (1).

De modo que, según las expresiones mismas del proceso, Nicolás empleaba en la más ferviente oración, exceptuando tres horas al día, todo el tiempo que le dejaban libre los deberes de la obediencia y de la caridad. Y sucedió más de una vez que aun estas tres horas fueron señaladas con visiones y éxtasis del Bienaventurado. Gracias eran éstas muy frecuentes en Nicolás, de las cuales dejamos ya referidas las que su humildad nos ha permitido conocer, ó que ciertas circunstancias, independientes de su voluntad, han hecho públicas. Lo que sabemos es que los éxtasis del Santo no le impedían rezar cada día arrodillado en tierra las horas canónicas, los salmos graduales, los salmos penitenciales con

(1) *Orationi erat assiduus: post completorium usque ad galli cantum; post matutinum usque mane; post missam, nisi confessionibus occupatus, usque ad tertiam; et post nonam, nisi obedientiis intentus, usque ad vesperam... Integras sæpe noctes pervigil ducebat... in quo solebat orationi vacare. Proceso. Breviarium.*

las letanías de los Santos, el Oficio de la cruz y el de difuntos, añadiendo á todas estas oraciones un gran número de *Avemarias* en honor de la Bienaventurada Madre de Dios, á la que saludaba arrodillado todos los días, y hacía la cual profesaba una devoción especialísima, un amor tierno y sencillo, como el de un niño á su cariñosa madre (1). Desde los primeros años de su vida religiosa había Nicolás colocado en su celda una imagen de la Piedad. Llábase así en Italia á la Virgen de los Dolores, teniendo sobre sus rodillas á su Hijo bajado de la cruz. Prodigaba Nicolás á esta santa imagen los más afectuosos testimonios de filial veneración, y en su presencia pasaba largas horas, rezando parte de las muchas devociones que se había impuesto y derramando abundantes lágrimas de amor y de compasión. Ya veremos cómo María le recompensó esta tierna piedad para con Ella, y con qué rabia perseguía el demonio á este siervo fiel de la Reina del Cielo.

Cada viernes se dirigía Nicolás á la sacristía, donde se conservaba una reliquia de

(1) Dicebat Canticum Graduum, Crucis et Mortuorum officia, Psalmos Penitentiales cum Lytaniis et multas Salutationes angelicas B. Virginis Mariæ genuflectendo... quasisemper orabat... orandi, vero studium in eo incredibili. *Proceso. Brevario.*

la verdadera Cruz, que había él hecho engastar en un Crucifijo de plata, y allí permanecía largas horas en oración (1). El amor intensísimo que sentía por el Salvador en su Pasión Sagrada, le hacía también venerar con una singular piedad las imágenes de Jesús crucificado. Una de éstas, entre otras, colocada ante la puerta de la antigua sacristía de Tolentino, recibía todos los días los homenajes del piadoso ermitaño, que la amaba particularmente, y la saludaba con un respeto y una veneración extraordinarios. Esta, sin duda, fué la causa por qué el demonio atacó á Nicolás por este respecto y se esforzó en alejarlo de esta bendita imagen, como luego veremos.

Tolentino fué el principal campo de batalla donde el Infierno puso en juego todas sus astucias y toda su rabia para vencer á nuestro Santo, sin poder jamás conseguirlo. Los ataques de Satanás fueron aquí más frecuentes y más violentos que en otras partes. Su ruindad y su odio mostráronse aquí con mucha mayor audacia, sobre todo en los tres últimos años de su vida. Todos los medios le

(1) Crucem argenteam bonarum personarum hujus Castri eleemosynis factam me laborante, ubi Lignum veridicum SS. Crucis me vidente interpositum est. Beato Jordán de Sajonia. *Vita Fratrum*, lib. II, cap. 13.

parecían buenos al enemigo del género humano, y todos los empleaba contra el hijo de Agustín, que no cesaba de despreciarlo y de tratarlo como él se merecía. Estos combates dan á la fisonomía de nuestro bienaventurado ermitaño el más extraño carácter, pero no el menos digno de nuestra admiración.

Había en cierta ocasión preparado Nicolás dos pedazos de tela para remendar su hábito. Mientras él rezaba el Oficio de difuntos, el ladrón infernal robóle uno, que el Santo buscó en seguida por todas partes, sin poder encontrarlo. Acostumbrado como estaba hacía mucho tiempo á estas audacias diabólicas, exclamó, dirigiéndose al Cielo: «Dios mío, ¿quién ha podido jugar así conmigo, sino aquel que no es digno ni de ser nombrado?» A estas palabras de desprecio contestó Satanás al punto: «Sí, yo he sido: yo te he engañado, y te engañaré más aún. Yo inventaré otra manera de atacarte, pues que hasta ahora, por los medios empleados, no te he podido vencer.—¿Quién eres tú, preguntó Nicolás.—Yo soy Belial, enviado para destruir tu santidad: no he de concederte un momento de reposo, pues que no haces tú otra cosa que atormentarnos». Empleando entonces, como Nuestro Señor, las palabras mismas de la Escritura, exclamó el Santo, rebajando por desprecio á su terrible adversario de su natura-

leza angélica é igualándolo á los hombres perversos, que se hacen sus esclavos: «Si mi Dios viene en mi ayuda, yo no temeré todo lo que *el hombre* pueda hacer contra mí» (1).

Sin embargo, el ángel réprobo debía retener estas palabras y hacer pagar muy caro á su enemigo el poco caso que de él hacía. No le faltarán en adelante ocasiones de molestarle ó atormentarle: él multiplicará de tal modo sus ataques, y hasta sus golpes, que, sin una especial protección de la providencia, Nicolás hubiera perdido la vida. El Hermano Juanito, testigo de todas las luchas sostenidas por el heroico fraile de Tolentino, depuso, bajo fe de juramento, en el proceso de canonización que eran imposibles de enumerar los golpes recibidos por el Santo de mano del demonio; ni podían asimismo contarse las atroces persecuciones de este monstruo infernal, á fin de conseguir distraerlo é impedirle la oración.

Una noche del mes de Agosto de 1304 oraba Nicolás en su cuarto, en compañía del Hermano Juanito, á la sazón de unos catorce años, cuando, poco antes de Maitines, abrió

(1) Cum gaydam unius suæ tunicæ alteri, vellet consuere, quærens et requirens et invenire non valens, dicebat: Sancte Deus... Diabolus respondit dicens: illusi et illudam... Et dictus Nicolaus respondit: quis es tu? Ego sum Belial, etc. *Proceso*,

el demonio de repente la puerta haciendo un espantoso ruido, y vino á colocarse al lado de los dos religiosos, en figura de un enorme pájaro negro, con el plumaje erizado y mirada formidable. Habiendo empezado á temblar de miedo el joven compañero del Bienaventurado, éste, por ver de animarlo, díjole con infame ternura: «Ven aquí, Juanito, ponte junto á mí y no temas á esta bestia. Dios, con toda seguridad, vendrá en nuestra ayuda».

En el mismo instante, irritado el demonio con este lenguaje, arrojóse con ímpetu sobre la lámpara que colgaba de un rincón del cuarto, suspendida por un gancho de hierro, y, apagándola de un aletazo, arrojóla en tierra y la quebró en mil pedazos. El pobre Hermano Juanito estaba medio muerto de miedo; mas el Santo volvió otra vez á consolarlo, diciendo: «Anda... llama al Hermano Buenaventura, que vive en esta celda inmediata: vete con él, á ver si encontráis una luz, y traédmela». Obedecieron los dos religiosos, y, descendiendo al piso bajo del convento, buscaron la luz que se les había encargado; mas, así el fuego de la cocina como la lámpara de la sacristía, se hallaban completamente apagados, sin duda por el mismo Satanás. Después de varias diligencias inútiles, los pobres Hermanos, llenos de disgusto y de tristeza, decidieron subir otra vez al cuarto de Nicolas, á fin de hacerle sa-

bedor de la inutilidad de sus pesquisas; mas ¡oh milagro! ¡Cuál no sería su admiración al ver en manos del Santo la lámpara entera por completo, llena de aceite y arrojando viva luz á su derredor! (1). Un hecho casi igual se encuentra consignado en el proceso, el cual nos refiere como sigue el P. Ambrosio Frigerio:

Hallándose una noche el siervo de Dios arrodillado ante el altar, adorando con fervoroso corazón al Santísimo Sacramento, vió al demonio que se le acercaba, y que agarrando la lámpara, fija en el muro por una fuerte cadena, derramó su contenido sobre los hábitos del Santo y, arrojándola al punto, la hizo mil pedazos. Levantóse Nicolás para ir á cambiarse de hábitos; mas para esto le era necesario pedirlos prestados á sus hermanos. Se puso, pues, á recoger todos los pedazos del vaso que estaban tirados por tierra, y, dirigiéndose á Nuestro Señor, le dijo con dulce melancolía: «No consintáis una tal indignidad en vuestra presencia; no toleréis tan grande audacia en un enemigo que se atreve á hacer tan indignos ultrajes». Al momento, por

(1) Venias ad me, et sedeas hic, et non timeas de isto, qui vadit per istam cellam, quia Deus iuvabit nos. Voca Fratrem Bonaventuram... Inven-runt illam speram in manibus Fratris Nicolai integram, plenam oleo, et illuminatam sicut prius.
Proceso.

un insigne milagro, los pedazos que el Santo tenfa en su mano se reunieron, y la lámpara volvió á encontrarse toda entera con su aceite y su luz resplandeciente, que alumbró nuevamente la iglesia (1).

¿No manifestaba con esto á su siervo el divino Salvador que El se hallaba presente en el divino tabernáculo, y que con su tierna y poderosa protección velaba sobre él y lo preservaba de la rabia y de las asechanzas del Infierno? Cerca del lugar, donde está aún hoy día colocada la lámpara del Santísimo, se lee la inscripción siguiente destinada á perpetuar la memoria de este hecho prodigioso: «San Nicolás restituyó á su forma primitiva la lámpara quebrada por el espíritu maligno, y, habiendo sido apagada, Nicolás, orando, volvió sin fuego á encenderla» (2).

El Hermano Juanito, que parece haber sido el compañero privilegiado del Taumaturgo de Tolentino, á causa sin duda de su inocencia y docilidad, fué todavía testigo de un tercer milagro análogo á los precedentes. Trátase esta vez de una imagen de Jesús crucificado, colocada sobre la puerta de la sacristía, y ante la cual hemos dicho que acostumbraba á orar

(1) Frigerio, cap. xv, pág. 65.

(2) Lampadam a torvo spiritu extractam in formam restituit integram atque extinctam sine igne pius Nicolaus orans accendit.

el Santo. Un sábado en que se hallaba orando delante de este cuadro, hacia la hora de Tercia, vino el demonio á romper delante de él la lámpara colocada sobre la imagen, y derramó todo el aceite de la misma sobre su hábito. El Hermano Juanito, que ya probablemente se iba acostumbrando á las artimañas de Satanás, corrió en busca de otro vestido, á fin de que se mudase de ropa el siervo de Dios; mas quedóse profundamente admirado á su vuelta, al ver á éste recoger tranquilamente los fragmentos del vaso roto, que se reunieron y juntaron otra vez en sus manos. Pronto la lámpara reconstituída se encontró llena de aceite y encendida, de tal modo, que pudo volver á colocarla en su lugar y continuar sus oraciones como si nada hubiera pasado. Cuando éstas hubieron terminado, aproximóse Juanito, mas fué para presenciar otro objeto de admiración: la túnica de Nicolás se hallaba limpia y sin señal ninguna del aceite derramado por el demonio (1).

Era, pues, evidente que este enemigo infernal había perdido su trabajo; sin embargo, no desistió él de sus persecuciones y violencias al acecho de su víctima, cuya dulzura, continua oración y poder sobrenatural parecían exasperar y redoblar su furor. Tan pron-

(1) Frigerio, cap. xv, pág. 65.

to como el siervo de Dios se recogía para orar, acudía á acometerle con todo género de tentaciones, ó bien con imaginaciones extravagantes, ó bien agobiándole de una fatiga extraordinaria, pasando por fin á las amenazas y á los golpes.

Había una noche bajado Nicolás al oratorio, situado cerca de la iglesia del convento, con la intención de pasar allí parte de la noche delante del tabernáculo; y apenas había comenzado sus amorosos coloquios con su Dios, cuando el demonio, que conocía su piadosa costumbre, se puso á rugir de una manera espantosa, imitando los aullidos de los animales salvajes. El Santo, abismado en la contemplación del Santísimo Sacramento, no se preocupó lo más mínimo de este alboroto infernal, y continuó su oración como si el más profundo silencio reinase á su alrededor. Una tropa de espíritus malvados apareció entonces á sus ojos, prorrumpiendo en desaforados clamores y alaridos y removiendo con tan inaudita violencia las tejas del techo del oratorio, que parecía á punto de desplomarse. El valeroso adversario de Satanás, firme y constante en la misma posición, parecía que, ó no oía nada, ó pretendía burlarse del Infierno. Ante esta actitud impasible del Santo entró el monstruo infernal en espantosa cólera, y, tomando un palo, golpeó al heroico re-

ligioso con tal fuerza, que se lo rompió en el cuerpo. Este palo, partido en dos, se conserva todavía en Tolentino en un rico estuche de plata (1). Levantóse entonces el Santo lleno de cardenales, y llevó por mucho tiempo señales visibles de los golpes de su verdugo.

No fué ésta la sola vez en que Nicolás fué herido por el demonio, pues asegura San Antonino que el espíritu infernal lo golpeaba frecuentemente; y el Hermano Juanito ha atestiguado en el proceso, como ya hemos dicho, que son imposibles de referir todas las violencias, las asechanzas y las luchas que tuvo que sostener nuestro Santo contra el demonio durante los tres últimos años de su vida. Antes de esto, en casi todos los conventos donde había vivido había sido el glorioso agustino atormentado por Satanás; pero, sobre todo, al acercarse el fin de su existencia, parece que el Infierno desplegó todas sus astucias y todas las crueldades por arrancar al Santo un alma tan pura y tan magnánima. En este tiempo fué cuando Belial acudió á los insultos y á los golpes.

Cierto día, por ejemplo, azotólo el demonio

(1) Super oratorii tectus stans, voces diversarum ferarum formabat... tectum revolvere videbatur. A ille ludibria illa et terri culamenta nihili pendens, majori animi contentione precibus incumbebat. *Proceso.*

tan cruelmente, que lo dejó cubierto de gravísimas heridas. Su confidente Juanito conmovióse profundamente al verle tendido en medio de su celda sin fuerzas y aun casi sin vida. Preguntóle la causa de su mal, y respondió simplemente el Santo: «El diablo ha hecho esto; mas, por los méritos de la Virgen María, espero que no me ha de vencer» (1).

Otra vez sucedió que, como tuviese Nicolás la costumbre de adelantarse á la hora de Maitines, que se decían á media noche, salió de su celda para el coro. Mas, habiendo encontrado cerrada la puerta, decidió entrar en el refectorio, con objeto de orar allí ante la imagen de Jesús crucificado. Sucedió, pues, que, viniendo por detrás el demonio, descargó sobre el Santo tan terrible golpe que, pegando con la cabeza en el umbral de la puerta, cayó en tierra casi sin conocimiento. Cuando ya Nicolás pudo respirar y removerse, pronunció amorosamente el nombre de Jesucristo, y se levantó decidido á entrar, por encima de todo, á hacer oración en el lugar dicho.

(1) *Frater Joannutius... invenit Nicolaum murmurantem cum patientia et dicentem: Fili mi, juvame quia multum sum verberatus a diabolo; tamen non vincet me cum gratia Beatæ Mariæ et ipse Joannutius vidit tumefacciones magnas, in facie, spatulis ac brachiis dicti Nicolai... Ipse Nicolaus hoc occultabat quantum poterat. Joannutius in Proc. in ordine testium ccxxi.*

Entonces el enemigo, en un ímpetu de rabia imposible de describir, arrojólo segunda vez contra el suelo y azotólo terriblemente. Forzado por fin á retirarse el siervo de Dios, quebrantado y sin fuerzas, probó de apoyarse en un ángulo de la pared; mas los monstruos infernales lo persiguieron y maltrataron de tal suerte, que le rompieron un pie. De resultas de esto tuvo necesidad ya toda su vida el Santo de un palo para poder andar (1).

Nicolás, en esta ocasión, hallábase ya casi moribundo. Sin embargo, los espíritus infernales no se daban todavía por satisfechos, y querían, por esta vez, ir más allá, hasta acabar con su víctima. Tomaron, pues, al Santo en sus brazos y comenzaron, como por juego, á arrojárselo los unos á los otros, á través del espacio, por entre las columnas del claustro. Tal fué el ruido causado por los demonios, y tales los gritos de alegría en que prorrumpieron, que despertaron llenos de sobresalto los religiosos, acudiendo inmediatamente al lugar del suceso, donde encontraron al soldado valeroso de Jesucristo tendido en tierra, todo ensangrentado, acardenalado y medio difunto. Tomáronlo en sus brazos, y lo condujeron [®]

(1) *In limine ostii refectorii a Beliali impingitur et ad terram prostratus et iterum verberatus a diabolo. Proceso.*

respetuosamente á su pobre lecho. Mas ¡oh cosa admirable! Habiendo esta dulce víctima de Satanás invocado el nombre de Jesucristo, apareciósele Nuestro Señor al momento y se entretuvo en conversar con él. ¿Qué pasó allí? El Santo no ha revelado jamás el secreto de esta divina visita; pero se le vió confortado é, instantáneamente repuesto, levantarse y apoyado en su bastón, á pesar de no estar aún curada la herida del pie, volverse al coro para rezar Maitines y dar gracias á Aquel que por él había hecho un nuevo é inefable milagro.

Para conservar la memoria de este maravilloso suceso, grabaron los religiosos sobre la puerta del refectorio la siguiente inscripción, que todavía allí se lee: «Esta puerta fué ilustrada por un importante combate de Nicolás. Golpeado cruellísimamente durante la noche por el enemigo del género humano, fué arrojado en tierra exánime y con un pie roto. Mas, ayudado por los Padres y habiendo invocado el nombre de Cristo, fué curado» (1).

(1) Porta hæc gravissimo Nicolai certamine insignita, ubi ab humani generis hoste nocturnis horis acerrime impulsus, claudo pede humi exanimis procubuit. At Christi nomine invocato, a Patribus adjutus surrexit.



CAPÍTULO XVI

La estrella de la oración.—El oratorio de Tolentino.—La estrella presagio de santidad.—Precede ésta á Nicolás hasta el altar.—Cree San Nicolás cercano su último día.—«Yo duerno, mas mi corazón vela.»

El amor ardiente de San Nicolás hacia Dios le impelía sin cesar hacia la soledad y el silencio, á fin de recogerse y de comunicar á solas y sin testigos con su divino Maestro. Su alma tenía hambre y sed de lo infinito y de los bienes eternos, sin que nada en la tierra fuese capaz de aplacarlas ni satisfacerlas. Sentía profundamente el vacío y la vanidad de todo lo de este mundo y la nada de todo lo que no es Dios, siendo Nuestro Señor Jesucristo el solo y único objeto de sus amores. La oración, pues, era una verdadera necesidad para su alma, sin que bastasen á satisfacerle la soledad y el silencio de su celda. Apenas llegaba por primera vez á un convento, buscaba inmediatamente un lugar solitario, que fuese á propósito para el recogimiento y la contemplación. ®

Eso es lo que hizo en 1275, cuando sus superiores lo enviaron á Tolentino. Tan pronto como hubo conocido el monasterio, eligió y adoptó un cuarto contiguo á la iglesia con una pequeña ventana, que se abría sobre el tabernáculo. Separado, pues, de la celda del Santo sólo por una grande habitación que servía entonces de sacristía, y que fué después convertida en sala capitular, este cuarto vino á convertirse en oratorio del siervo de Dios, que, con sólo dar unos cuantos pasos, podía trasladarse allí. A él se retiraba furtivamente, ocultándose con ciertas precauciones que podríamos llamar de piadosa astucia, haciéndolo así cuantas veces sus ocupaciones se lo permitían. A solas entonces con su Dios, entregábase Nicolás á las expansiones de la más fervorosa y ardiente ternura. Como ya lo hemos visto, él ansiaba sobre todo pasar las noches delante del Santísimo Sacramento en íntimos y amorosos coloquios con la Sagrada Hostia, donde se encerraba su amantísimo Señor y Maestro. Con muchísima frecuencia le sorprendían los rayos del sol arrodillado todavía junto á la ventanilla, y abismado en la contemplación de las bellezas inefables de su Amado (1).

Hacía ya muchos años que Nicolás fre-

(1) *Integrans sæpe noctes pervigil ducebat.*

cuentaba este lugar, gustando en él las verdaderas delicias celestiales, cuando el Señor le concedió un favor extraordinario, en el cual el Beato Jordán de Sajonia, Pedro de Monterubiano, el Breviario, los Bolandistas y todos los historiadores del Santo se detienen con una particular complacencia. Así como en la antigua ley hizo Dios ver en ensueños á José doce estrellas, que le presagiaban su futura grandeza, de la misma suerte hizo aparecer á los ojos de nuestro Taumaturgo una estrella maravillosa, como prenda bendita de nuevas gracias que le preparaba y del tierno amor que él abrigaba en su tan pura y santa alma.

He aquí el hecho. Una noche, después de haber orado largo tiempo en su celda ante la imagen de la Piedad y ante la reliquia de la Vera-Cruz, hallándose el siervo de Dios en un apacible adormecimiento, vió en sueños una estrella brillantísima y de una grandeza extraordinaria, que avanzaba rapidísimamente desde el Castillo de San Angel *in Pontano*, donde Nicolás había nacido, hasta el altar situado detrás del oratorio, en donde él tenía la costumbre de celebrar cada día el sacrificio de la Misa y pasar largas horas en oración. Este astro maravilloso se sostenía á poca distancia del suelo, á la altura de un hombre, y parecía atraer á los pueblos de

todos los países y hablar todas las lenguas: por fin, como llegado ya al término de su milagrosa carrera, se detenía delante del altar; renovándose este prodigio muchas noches, como para dar al Santo una prueba cierta de la realidad de la visión. Apoderóse de su alma, en medio de esto, un cierto miedo, no sabiendo qué pudiese significar aquella estrella maravillosa. Al efecto franqueóse confidencialmente acerca de todo lo que había visto con uno de los religiosos, persona de muy buen juicio y de gran sabiduría, el cual, después de haber escuchado atentamente esta confidencia, respondió á Nicolás estas palabras, que pueden considerarse como proféticas:

«Padre, esa estrella es presagio de vuestra santidad. No dudo lo más mínimo que vuestro cuerpo ha de ser algún día colocado en el lugar donde este astro parece acabar su carrera; y que, entre los numerosos milagros que allí han de obrarse, uno será el ver acudir á vuestro sepulcro y honrar vuestro nombre á pueblos que no os habrán antes conocido». Espantado el siervo de Dios al oír este discurso, capaz, en verdad, de conmover su profunda humildad, retiróse de allí, diciendo: «No tengas de mí tal opinión, Hermano. Yo jamás he sido más que un siervo inútil de Cristo. Mas el Señor me dará á conocer la

significación de esta estrella, que tú no has conocido» (1).

Pocos días después de sucedido esto, entrando Nicolás, según costumbre, en el oratorio, vió de nuevo la misteriosa estrella, que avanzaba muy lentamente y le precedía hasta el altar, del modo como la había visto en sueños. Desde este momento siguió apareciéndosele delante de sí cada vez que se dirigía á orar. Bien pronto comprendió entonces el Santo que la explicación que le habían dado acerca del ensueño era realmente la expresión de la verdad y de los intentos del Cielo (2). Sin embargo, temiendo todavía ser engañado, y á fin de asegurarse positivamente del prodigio, volvió á entrar en el oratorio, hizo una profunda salutación, oró breves instantes y atravesó la estancia contigua en toda su longitud. Desde que él se fué alejando del altar, la estrella que le había precedido se le hizo invisible; mas, apenas se acercó de nuevo, se le volvió otra vez á aparecer. La misma experiencia fué renovada muchas veces por el humilde religioso, siendo siempre idéntico el resultado. En adelante pudo ya quedar completamente persuadido y cierto del favor celestial que le había sido concedido; tanto más, cuanto que este tan insigne

(1) Pedro de Monterubiano.

(2) Bolandos, tom. III, pág. 652, núm. 30.

prodigio duró muchos años. He aquí por qué sin duda San Nicolás, acordándose de las palabras del religioso arriba dicho, y no queriendo oponerse á la voluntad de Dios, pidió en su última enfermedad que lo enterrasen debajo del lugar donde se le mostraba la estrella, siendo su voluntad el que jamás, por ninguna razón ni en tiempo alguno, fuese alejado de allí su sagrado cadáver.

¡Oh verdad de Cristo!, exclama Pedro de Monterubiano: Tú que jamás engañas, Tú que ves lo que ocultan las tinieblas con la luz de tu admirable claridad, Tú has enviado esta estrella y la has hecho preceder á este hombre venerable, como señal insigne de su santidad, atrayendo hacia él, aun después de muerto, pueblos numerosos y de diversas razas... (1). En efecto, durante muchos años, en el día del aniversario de la fiesta del Santo, mientras que inmensa muchedumbre de gente de todos los países se agolpaba alrededor de su tumba para honrar sus restos gloriosos y obtener numerosos milagros de curaciones, aparecía la estrella, siempre inmóvil y radiante, sobre los despojos mortales de Nicolás (2). ¿No quería Dios manifestar con esto

(1) Pedro de Monterubiano, cap. iv.

(2) Et multis sane annis continuis ipsa die obitus ejus... stella illa videbatur. Pedro de Monterubiano, cap. iv.

que su bienaventurado siervo gozaba en el Cielo de la magnífica y eterna recompensa merecida por sus heroicas virtudes, y que él gozaba todavía el poder de socorrer á aquellos que recurrían á su intercesión, como lo había tenido durante su vida?

Este astro bendito fué cantado por el gran poeta Juan Mantuano. Pedro de Uzeda, pensando en la estrella maravillosa y en las perdiciones resucitadas, ha hecho estos graciosos versos:

Aves al Cielo yo he dado,
Y el Cielo me ha vuelto estrellas,
Para que, brillando en mí ellas,
Me hagan de Dios templo amado (1).

El Papa Eugenio IV, movido de este favor sobrenatural concedido por el Cielo á este insigne Taumaturgo, mandó que sus estatuas é imágenes llevasen la estrella milagrosa colocada sobre el pecho. Parece de este modo que dicha estrella brilla todavía con purísimos resplandores sobre la Orden que tuvo la dicha de poseer y dar á la Iglesia al ilustre Nicolás de Tolentino. En cuanto á este bendito hijo de San Agustín, desde el día en que estuvo cierto de la verdad de esta visión,

(1) Juan Bautista Mantuano, lib. iii.

Do volueres celo: cœlum mihi sidera redit,
Ut nitidus stellis sim domus apta Dei.

Petrus de Uzeda.

juzgó que esta gracia maravillosa era una advertencia del Cielo, que le daba prisa á prepararse para la muerte, anunciándole que el término de su peregrinación no estaba ya lejos. Creyó, pues, poderse alegrar de dejar ya, por fin, este valle de lágrimas, donde todo parecía tan pequeño é imperfecto á su alma, ávida de la belleza infinita, y comenzó á prepararse para ver muy pronto cara á cara á aquel Dios á quien sólo conocía bajo el espeso velo y sombra de la fe y de sus inefables misterios.

¡Ay! El amor ardiente de su corazón lo engañaba por esta vez y le hacía tomar sus deseos por celestes realidades: el Señor, empero, había decidido dejarlo todavía embalsamar la tierra con el perfume de sus admirables virtudes, y únicamente le había concedido la estrella para excitarlo á crecer más y más en el fervor y en la práctica de la perpetua unión con Cristo. A los dulces ardores de este astro bendito, el alma de Nicolás abrióse toda entera á la acción divina y llegó á entregarse de tal suerte á la oración y contemplación de las cosas celestiales, que nada de aquí abajo podía interrumpir ni perturbar su íntima unión con Nuestro Señor; de suerte que se le podían aplicar estas profundas palabras de los *Cantares*: «Yo duermo, pero mi corazón vela».

CAPÍTULO XVII

Los conciertos angélicos.—San Nicolás se prepara á la muerte.—Melodías celestes.—Nina de Tolentino.—Síntomas de la muerte.—Aparición divina.—«Tres días después de mi Natividad pasarás de este mundo al Reino de los Cielos.»—«Alégrate; tu oración ha sido escuchada.»—La noticia de la enfermedad de San Nicolás se extiende por la villa de Tolentino.—Emoción general.—Nuevos milagros.

Aproximábase ya, por fin, la hora de la unión perfecta y definitiva, de la unión sin sombras ni límites, y el heroico hijo de Agustín iba á gustar la alegría y dulzura de la muerte de los santos en el Sagrado Corazón de Jesús, iba á ver á Dios cara á cara y á abismarse en El para siempre. Esta esperanza lo llenaba de un inefable consuelo; consuelo supremo y misterioso, que el Señor reserva para aquellos que le han servido con valor sobre la Tierra, en el dolor y en la penitencia, á costa de mil sacrificios y penosas tentaciones. Abandonar la Tierra como se abandona un lugar de destierro; subir rápidamente á una patria tan apetecida; tocar ya al término de los deseos más ardientes del alma; sentir que

juzgó que esta gracia maravillosa era una advertencia del Cielo, que le daba prisa á prepararse para la muerte, anunciándole que el término de su peregrinación no estaba ya lejos. Creyó, pues, poderse alegrar de dejar ya, por fin, este valle de lágrimas, donde todo parecía tan pequeño é imperfecto á su alma, ávida de la belleza infinita, y comenzó á prepararse para ver muy pronto cara á cara á aquel Dios á quien sólo conocía bajo el espeso velo y sombra de la fe y de sus inefables misterios.

¡Ay! El amor ardiente de su corazón lo engañaba por esta vez y le hacía tomar sus deseos por celestes realidades: el Señor, empero, había decidido dejarlo todavía embalsamar la tierra con el perfume de sus admirables virtudes, y únicamente le había concedido la estrella para excitarlo á crecer más y más en el fervor y en la práctica de la perpetua unión con Cristo. A los dulces ardores de este astro bendito, el alma de Nicolás abrióse toda entera á la acción divina y llegó á entregarse de tal suerte á la oración y contemplación de las cosas celestiales, que nada de aquí abajo podía interrumpir ni perturbar su íntima unión con Nuestro Señor; de suerte que se le podían aplicar estas profundas palabras de los *Cantares*: «Yo duermo, pero mi corazón vela».

CAPÍTULO XVII

Los conciertos angélicos.—San Nicolás se prepara á la muerte.—Melodías celestes.—Nina de Tolentino.—Síntomas de la muerte.—Aparición divina.—«Tres días después de mi Natividad pasarás de este mundo al Reino de los Cielos.»—«Alégrate; tu oración ha sido escuchada.»—La noticia de la enfermedad de San Nicolás se extiende por la villa de Tolentino.—Emoción general.—Nuevos milagros.

Aproximábase ya, por fin, la hora de la unión perfecta y definitiva, de la unión sin sombras ni límites, y el heroico hijo de Agustín iba á gustar la alegría y dulzura de la muerte de los santos en el Sagrado Corazón de Jesús, iba á ver á Dios cara á cara y á abismarse en El para siempre. Esta esperanza lo llenaba de un inefable consuelo; consuelo supremo y misterioso, que el Señor reserva para aquellos que le han servido con valor sobre la Tierra, en el dolor y en la penitencia, á costa de mil sacrificios y penosas tentaciones. Abandonar la Tierra como se abandona un lugar de destierro; subir rápidamente á una patria tan apetecida; tocar ya al término de los deseos más ardientes del alma; sentir que

el soplo de que se halla animada va, en fin á romper la barrera que separa el tiempo de la eternidad, ¡qué suprema embriaguez! ¡qué alegría inefable! ¡qué magnífica recompensa para el corazón amoroso de un Santo...! Elévase éste dulcemente hacia los espacios infinitos; van poco á poco cayendo las ligaduras que lo aprisionaban; un rayo de luz divina comienza á brillar á su vista; déjase oír entonces la voz del enamorado Esposo, y, mientras estremécese el alma al percibir esta voz inefable, ábrele Aquél de par en par las mansiones de la paz y de la bienaventuranza. El Cielo es suyo para siempre.

Por la época á que llegamos en la vida de Nicolás, nuestro Bienaventurado estaba probando todo esto. El era feliz viendo la muerte aproximarse; y, como nada lo esclavizaba á la Tierra, sentíase fatigado de la vida y redoblaba sus deseos del Cielo, saludando á la enfermedad como la mensajera celeste que le abriría las puertas de la Gloria. Desde que fué maltratado y azotado por el demonio, quedó el heroico soldado de Cristo enfermo y cojo. Apenas podía arrastrarse apoyado sobre un bastón, y, agravándose de día en día sus dolores, llegó á hacerse el mal tan violento y tan continuo, que, á pesar de su valor é indomable energía, se vió obligado á guardar cama.

Era en los primeros meses del año 1305

cuando Nicolás sintió claramente en sus miembros los primeros síntomas y anuncios de la muerte. Una fiebre ardiente consumía continuamente sus fuerzas, causada y sostenida por sus mortificaciones y largas oraciones, á las que no quería renunciar, ambicionando tan sólo el ser fiel á su vocación hasta su último suspiro, á fin de que las postrimerías de su vida correspondiesen á sus principios. De modo, que resultaba poco menos que imposible á los religiosos de Tolentino el hacer que su santo hermano aceptase el más ligero refrigerio, ya en cuanto á la alimentación, ya en cuanto á la cama ó á cualquiera otro cuidado corporal. Mas como el Señor es infinitamente bueno, dice el Beato Jordán de Sajonia, recompensó la fidelidad de su siervo, no solamente con el don de milagros, sino también concediéndole, en sus últimos días, cierta especie de certeza sobre la gloria de que había de ser coronado. Durante los seis meses que precedieron á su bienaventurada muerte, Nicolás, cada noche, antes de Maitines, oía melodías angélicas; debiéndose advertir que tales cánticos de los espíritus celestiales los percibía Nicolás, no meramente en espíritu, sino con sus propios oídos corporales (1).

(1) Ipse per sex menses ante obitum omni nocte

Tal es lo que la historia nos refiere también acerca de otros santos, como San Francisco de Asís y San Bernardo, á los cuales descendían los espíritus angélicos para alegrarlos y consolarlos con la armonía de sus himnos. Tenía esto lugar, siempre á una misma hora, durante el silencio de la noche, y continuaron embriagando su alma de inefables melodías hasta su último suspiro. Como la estrella de la oración no brillaba más que raramente, pues el Santo no podía dirigirse con frecuencia al altar del Santísimo Sacramento, parece que, como por una admirable delicadeza, digna del corazón de Dios, quiso el Cielo reemplazarla por estos conciertos angélicos, presagio de los cánticos de la eterna Patria, y prenda bendita de las recompensas que aguardaban al valiente soldado de Jesucristo.

Oyendo estas suaves armonías, transportado Nicolás de una dulce embriaguez, exclamaba con frecuencia: «Deseo verme libre de este mundo, para estar con Cristo» (1). No se engañaba en ello: estos himnos del otro mundo le anunciaban la llegada del Esposo

ante matutinalē horam etiam corporalibus auri-
bus canticum, angelorum suavissimum audivit.
Beato Jordán de Sajonia, lib. II, cap. XIII.

(1) Ex quo (cántico angélico) delectabiliter
provocatus dicebat, cupio dissolvi et esse cum
Christo. Beato Jordán de Sajonia, ibid.



SAN NICOLÁS

DELEITÁNDOSE CON LA MÚSICA DE LOS ÁNGELES

(Tomado de una tabla de Gagliarai que se conserva
en la iglesia de San Agustín de Roma.)

Celestial y su próxima unión, por toda la eternidad, con su Dios y su Criador. Verdadero serafín de la Tierra, él veía crecer sus alas con rapidez. Semejante al águila que, inclinándose sobre el borde de su nido, abarca con segura mirada los espacios luminosos en que habrá de cernerse muy en breve, Nicolás contemplaba también el Cielo con ardientes deseos é inefables emociones, hablando á cuantos le rodeaban con acentos de alegría y de impaciencia, que les arrebatában y les hacían pensar que la muerte se hallaba ya cercana. Estos acordes maravillosos, que duraron hasta el último suspiro de Nicolás, se habían dejado oír por la primera vez en el mes de Marzo de 1305. Cierta número de historiadores añade que estas melodías del Paraíso arrobaban al Santo, y que estos arrobamientos aligeraban el peso de su cuerpo y lo levantaban repetidas veces sobre su pobre cama (1).

Pero, ¡cosa más maravillosa todavía, y que demuestra cuál era la fuerza de alma y de carácter del hijo de Agustín! Todavía continuaba ocupándose tranquilamente en las obras y en las personas confiadas á su dirección, á pesar de sus éxtasis, de sus continuos dolores y de su extrema debilidad. He aquí un ejemplo.

(1) Giorgi, cap. xvii, pág. 154.

Una joven de veinticinco años, llamada Nina, esposa de Joncarello de Tolentino, se confesaba habitualmente con Nicolás. Habiendo llegado á caer en una falta grave, completamente secreta, fuese á la iglesia de los Ermitaños el día del Jueves Santo de 1305 con objeto de recibir la absolución, pero firmemente resuelta á no confesar su pecado. Después de haber aguardado algún tiempo al santo confesor, que ordinariamente se sentaba en el confesonario á aquella misma hora, fué á suplicar al Hermano Simón que preguntase á Nicolás si podría venir á oírle en confesión. «Si queréis que llame á otro Padre, respondió el portero, lo haré con mucho gusto; pero llamar al P. Nicolás no hay que pensar en ello, pues se halla en cama gravemente enfermo. Harto sabéis que, cuando él puede bajar, no hay necesidad de que se le llame para sentarse en el confesonario».

Apenas había el Hermano pronunciado estas palabras, cuando vió con grandísimo estupor al P. Nicolás, que con mucho trabajo, y apoyado en su bastón, se encaminaba hacia la penitente. Dios acababa de hacerle conocer espiritualmente el estado en que ésta se encontraba, y su ardiente caridad había triunfado una vez más de la fiebre y de la debilidad ocasionada por la dolencia.

Nina permanecía inmóvil y atónita delan-

te del Santo, el cual, aproximándose á ella, le dijo, de manera que no pudiese ser oído de otro: «¡Tú tienes vergüenza de confesar el pecado cometido! Desecha todo temor: he aquí lo que has hecho!...»; y le dijo en pocas palabras el pecado que tanto la confundía y que había estado tentada á callar, sacrílegamente, en el tribunal de la penitencia. La pobre pecadora, sobrecogida de confusión, de estupor y de remordimientos, cayó de rodillas y se confesó con abundantes lágrimas y con un verdadero dolor de su pecado. Al levantarse de los pies de Nicolás, no pudo menos de decirle, como ella misma certificó después en el proceso de canonización: «¡Ah, Padre mío! ¡Nadie, sino Dios, podía conocer mi pecado!» (1).

A fines de Agosto de este mismo año pareció que el Santo recobraba nuevas fuerzas, dando algunas esperanzas de poder aún prolongar su lánguida vida. Su rostro, blanco como la nieve, y semejante á una lámpara de alabastro, iluminado por una llama interior, se había algún tanto reanimado: mas, el 1.º de Septiembre, un acceso de fiebre, que disimuló en sus principios, le obligó otra vez

(1) Tu verecundaris confiteri peccatum tuum quod fecisti: noli verecundari quia tu fecisti hoc et hoc... Dixit Nina: hoc peccatum non poterat scire nisi solus Deus. *Proceso.*

á hacer cama al tercer día. Tendióse, pues, en su pobre lecho, para no levantarse jamás, y su debilidad llegó á ser tal en breves instantes, que consultados los médicos, contra el parecer del enfermo, declararon que su pulso apenas latía, hallándose, por tanto, en los últimos momentos. Advertido Nicolás sobrenaturalmente de la proximidad de su muerte, previno inmediatamente sobre ello á los religiosos, diciéndoles, con grandísima alegría, en el momento en que pensaban ellos anunciarle la gravedad de su mal: «Alegraos, hermanos míos: ya estoy á las puertas. Yo os suplico que toméis la imagen de la Piedad, á quien tanto amo, y la pongáis aquí, delante de mis ojos» (1). Nicolás, al hacer esta petición, tenía en ello una intención particular. Desde que la divina Señora fué colocada en su presencia, comenzó á rogarle, con la santa y encantadora confianza de los santos y amigos de Dios, que saben han de ser escuchadas favorablemente sus peticiones. Suplicábale, pues, á la Santísima Virgen se sirviese visitarlo en el lecho de su agonía y hacersele visible, en compañía de Nuestro Señor Jesucristo y de San Agustín su Padre (2). Duran

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. II, cap. XIII.

(2) Et rogavit Virginem Mariam, et Beatum P. Augustinum, ut apparitiones Christi, et ipsorum consolationem reciperet. *Proceso.*

te dos días no cesó de rogar á la Reina del Cielo, con las más apremiantes y amorosas instancias, esforzándose con grandísimo fervor é ilimitada confianza por apresurar el feliz momento de la gracia que imploraba y contaba ya como segura. Alegrábase ya en secreto, de antemano, de esta visión consoladora, sabiendo que una Madre como María no rehusaría nada, en la hora de la muerte, á un hijo tan amante, á un devoto servidor.

El día 5 de Septiembre, estando Nicolás pidiendo este favor en oración fervorosa, he aquí que el divino Salvador, la Santísima Virgen y el Patriarca de su Orden se aparecen cerca de su lecho, haciéndose visibles á sus ojos (1). ¡Qué inmensa é inexplicable alegría para el venerable agonizante! Dulces lágrimas corren de su demacrado rostro; brotan de su corazón los más tiernos afectos de reconocimiento, y queda abismado en un arrobamiento sobrenatural. Sin embargo, vuelto en sí, y á fin de mostrar por qué razón deseaba tanto esta celestial visita, pide candorosamente á la Madre de Dios que le dé á conocer si, como él espera, abandonará esta tierra miserable dentro de seis días; á lo cual oye Nicolás la

(1) Tertia vero die post devotas orationes apparuit Christus cum Beata Maria, sicut ipse Frater Nicolaus petiit. *Proceso.*

siguiente respuesta de los labios de María: «Lléname de alegría, hijo mío: tres días después de mi Natividad pasarás de este mundo al Reino de los Cielos. Recibe, pues, los sacramentos de la Iglesia y apresúrate á prepararte» (1). A estas palabras vióse el alma del Santo inundada de la más pura alegría, como que tenía la seguridad de morir muy en breve y de encontrarse cara á cara con Jesucristo. Su misma Madre se lo había asegurado: Ella lo presentaría ante su Juez. Mas esta consoladora seguridad no era aún bastante para el bienaventurado moribundo, que ante la inefable y maternal ternura de la Virgen atrevióse á pedir á su corazón tan buena obra, gracia todavía más rara y singular. «Madre querida, le dijo con la sencillez de un niño: bien sabéis cuánto he tenido que pelear contra los demonios durante mi vida: yo os suplico que los alejéis de mí á la hora de mi muerte» (2).

No respondió la Virgen por esta vez, sino que desapareció con Nuestro Señor y San Agustín. ¿Iba, pues, á encontrarse Nicolás con sus crueles enemigos? ¿Iban otra vez á

(1) Tertia die post Nativitatem meam de hoc mundo transibis ad regnum caelorum, sacramentis igitur ecclesiae receptis, te preparare festina. *Proceso.*

(2) Et tunc dictus Nicolaus ab ea petiit, quod in hora mortis suae nullus occurrat inimicus, cum quo sic pugnaverat vivus. *Proceso.*

renovarse sus terribles y dolorosos combates con Satanás? Su filial confianza resistió tranquilamente esta prueba, y en nada se abatió por el silencio de la Virgen. Abandonóse, por el contrario, enteramente á Ella, y contempló con mucho mayor amor que antes la imagen de la Piedad, que nunca abandonaba. Por fin, el 7 de Septiembre, el heroico siervo de María fué plenamente confortado y recompensado por la voz de un ángel, que pronunció distintamente á su oído las siguientes palabras: «Alégrate, Nicolás: tu petición ha sido escuchada...» (1). Entonces, dice con su sencillo lenguaje el autor anónimo ya citado, los dragones que se agitaban ya por venir á rodear á este modelo de santidad, fueron contenidos por la virtud del Altísimo, recibiendo la más rigurosa prohibición de poner los pies en su celda, que debía ser en adelante el vestíbulo y la antesala del Paraíso para el venerable agonizante (2).

Durante este tiempo extendióse por toda la ciudad la triste noticia de la grave situación de Nicolás, y, presa de la más viva inquietud los habitantes de Tolentino, invadieron las cercanías y puertas del monasterio pidiendo noticias con gran desolación y llanto, sin poder

(1) Angeli audivit vocem dicentem: Exaudita est oratio tua. *Proceso*.

(2) Anónimo, cap. xxxv, pág. 95.

dar fe á la triste verdad que les amenazaba.

Los enfermos, sobre todo, hallábanse sumidos en la más grande amargura; pues, al perder á Nicolás, perdían en él á su médico y consolador; á aquel que en el nombre de Dios les devolvía la esperanza, la salud y la vida. «Hallándose el Santo enfermo, escribe el Beato Jordán de Sajonia, fué visitado por un gran número de personas, y sobre su lecho de dolores tuvo ocasión de obrar multitud de milagros, imitando á su Padre San Agustín, que, estando él mismo enfermo, curó, sin embargo, á un enfermo» (1). Este mismo escritor cita muchos de estos prodigios realizados durante las últimas y preciosas horas de la vida del Taumaturgo de Tolentino. Permítasenos citar algunos de ellos.

Hacia quince días que Blanda de Tolentino se sentía atacada de tan violentos dolores de cabeza, que á veces la dejaban ciega y sorda. Habiendo venido á buscar al ilustre moribundo sobre su lecho de agonía, suplicóle se dignase tocar con su bendita mano la parte dolorosa, asiento de la enfermedad. Extendió Nicolás su mano sobre la frente de la pobre enferma, y, trazando sobre ella la señal de la cruz, al momento desaparecieron para siempre los dolores (2).

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. II, cap. XIII.

(2) Frigerio, cap. XXII, pág. 105.

Acababa de morir un religioso de la Orden de San Agustín, dejando en el mundo una hermana que lo amaba tiernamente, y que por su parte quedaba inconsolable. Tanto y tan continuo fué lo que lloró esta hermana, que se le declaró en los ojos una grave inflamación, formándosele en la cara tres tumores que la privaron de la vista. En estas condiciones fué presentada al Taumaturgo. Cuando éste conoció la causa de aquella ceguera, movióse profundamente á compasión; pues él sabía que la muerte del P. Tomás era también una prueba para los hijos de San Agustín, que consideraban una verdadera pérdida el verse privados de este venerable religioso.

Volviéndose, pues, con ternura hacia esta hermana afligida, y mezclando sus lágrimas á las de ella, le dijo, haciéndole la señal de la cruz: «Que mi Dios y Señor Jesucristo tenga piedad de tu tristeza; que El te vuelva la vista, á fin de que puedas ver el camino del Cielo ahora y por todo el resto de tu existencia». Grandemente consolada la pobre ciega con las palabras del Santo, salióse de la celda llena de confianza y entró en la iglesia del monasterio con objeto de dar gracias á Dios. Al instante mismo parecióle que una nueva y súbita claridad abría sus ojos, y exclamó dirigiéndose á los que la acompañaban: «Mirad, mirad si en mis ojos se ve alguna señal de en-

fermedad: estaba completamente ciega, y ahora veo». En efecto, los tumores habían desaparecido por completo, y ella pudo volver á su casa, sola y sin el menor vestigio de su enfermedad (1).

San Antonino cuenta que una penitente de Nicolás, Angela, esposa de Agapito de Tolentino y mujer de muy santa vida, vióse atacada de violentos dolores de cabeza á consecuencia de una maligna fluxión, viniendo por ello á quedarse completamente ciega é incapaz de gobernar su casa. Habiéndose hecho conducir al cuarto donde moría el siervo de Dios, y logrando hacerse camino por entre la muchedumbre de gente que rodeaba su lecho, postróse ante él sin decir nada. El glorioso Taumaturgo, sin esperar ni súplica ni explicación, hizo sobre sus ojos la señal de la cruz, y al punto la paciente, como después certificó en el proceso, vió, y mejor que jamás antes había visto (2).

Así es cómo Nicolás, con mano ya desfallecida, prodigaba todavía en nombre de Dios los beneficios y milagros á todos aquellos que recurrían á él; dejándoles entrever por ellos, desde el pobre lecho en que yacía, los primeros rayos de la gloria de que había de ser justamente coronado.

(1) Frigerio, cap. xxii, pág. 105.

(2) Proceso, fol. 219, p. 2. San Antonino, *in vita*.

CAPÍTULO XVIII

Muerte de San Nicolás.—Elige San Nicolás el lugar de su sepultura.—Recibe los últimos sacramentos de la Iglesia.—La reliquia de la Vera-Cruz.—Aparición celestial.—Pide permiso á sus Hermanos.—Entrega á Dios su grande alma.

Cuando el hombre toca á la última hora de su corta y frágil existencia, todo su ser se halla ordinariamente poseído por espesas tinieblas é indecibles angustias, que hacen infinitamente doloroso este combate supremo entre el alma y el cuerpo, la vida y la muerte. Mas Nicolás, llegado al término de su heroica vida, parecía, por el contrario, rodeado de una aureola luminosa y abismado en una atmósfera de paz y bienandanza; la muerte tenía para él encantos y delicias que no tiene para nadie; y si el Santo era dulce para la muerte, según el lenguaje de Bossuet, puede decirse igualmente que la muerte era para él dulce y consoladora. Las últimas horas que pasó en la Tierra ¿no se nos presentan como iluminadas de una claridad verdaderamente divina, primer destello de su futura gloria? ¿No demostró él acaso en este momento su-

premo la energía y presencia de espíritu propias de la verdadera santidad, que tiende entonces á no dejar perder la más pequeña parte de las gracias y de los méritos que puede adquirir y recibir, ordenando sus asuntos y haciendo sus preparativos de marcha con una discreción y una calma admirables? Nicolás, olvidando la próxima disolución de su cuerpo, no pensaba más que en su alma, que iba á volar hacia su Criador para unirse á El por toda la eternidad. Nada más edificante ni conmovedor que los pormenores que nos han transmitido los historiadores sobre los últimos instantes del Taumaturgo de Tolentino.

«Hallándose ya cercano al supremo trance, escribe el Beato Jordán de Sajonia, rogó á sus Hermanos le hiciesen la caridad de sepultar su cuerpo cerca del altar del oratorio, y de no apartarlo jamás de allí en el porvenir. Era conveniente, en verdad, colocar este santo despojo en aquel lugar, como perpetuo recuerdo de los méritos y de los milagros de Nicolás. Allí, en efecto, durante su oración se había elevado el espíritu de este hombre de Dios á las más sublimes contemplaciones, como lo había testificado la radiante y celestial estrella que por tanto tiempo había allí resplandecido» (1).

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. II, cap. XIII.

Después de haber pedido á su P. Prior le hiciese la caridad de oírle en confesión, el moribundo manifestó un ardiente y decidido deseo de recibir el Santo Viático, petición que hizo en los siguientes términos, que refiere exactamente Pedro de Monterubiano: «Yo os suplico humildemente, P. Prior, que me deis la absolución de todos mis pecados. Dignaos administrarme los Santos Sacramentos de la Iglesia. Concededme, sobre todo, que participe del Cuerpo del Señor. Cuando yo haya recibido el Santo Viático, ya no sentiré desfallecimiento al salir de este mundo para la Patria; y, si á causa de mis iniquidades, se presentase Belial, mi enemigo, delante de mí, confío tener la suficiente fuerza para resistirle» (1).

Dióle, pues, el Prior su bendición, con la viva pena y la tierna emoción de un padre que ve partir para siempre á su más amado hijo, y acto seguido, bajando á la capilla del monasterio, seguido de toda la comunidad, con candelas encendidas en las manos, tomó el Santísimo Sacramento y lo llevó al venerable moribundo. Cuando éste vió entrar á su Dios y Señor en su pobre celda, exclamó en un transporte de amor, con el rostro transfigurado y como iluminado por una luz celes-

(1) Pedro de Monterubiano, núm. 42.

te: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor». Recibido el adorable Sacramento de la Eucaristía, pidió se le administrase la unción del óleo santo de los enfermos, mientras se hallaba aún en pleno conocimiento; y, como valeroso atleta de Cristo, él mismo respondió á todas las oraciones del sacerdote que le administraba la Extremaunción.

Sin embargo, la enfermedad se agravaba, haciendo tan rápidos progresos, que bien pronto se vió no dejaba la menor esperanza de curación. Iban visiblemente faltándole las fuerzas, y todo hacía prever que esta vida admirable tocaba á su término. Era el 10 de Septiembre, tercer día Infraoctava de la Natividad de la Santísima Virgen, que había prometido á su fiel servidor abrirle en este mismo día las puertas de la Gloria. «Os ruego, dijo el Bienaventurado á su Prior, os ruego me hagáis la caridad de traerme la reliquia de la Vera Cruz. Ella será para mí, por su virtud, el báculo de soberano poder mediante el cual podré atravesar libremente el Jordán de este mundo, y llegar felizmente al Paraíso» (1).

Al momento fué satisfecha esta última petición; pues inmediatamente se fueron los religiosos en busca de la reliquia, la que lleva-

(1) Pedro de Monterubiano, núm. 43.

ron en solemne procesión á la celda del enfermo. Lágrimas de consuelo y de alegría inundaron entonces el rostro purísimo de Nicolás, que, sin poder contener los impulsos de su corazón, «Salve, ¡oh Cruz preciosa!, exclamó en los transportes de su amor; salve; yo te adoro ¡oh Cruz! que has sido digna de llevar sobre ti el precio del mundo. Aquel que ha sido clavado en este madero; Aquel que, en medio de los tormentos, ha concedido su misericordia al ladrón que se la suplícaba, el cual Señor me defiende en esta hora por vuestra virtud contra el espíritu maligno» (1).

Y, tomando la preciosa reliquia, cubrióla de los más tiernos ósculos, estrechándola contra su pecho con mil demostraciones de amor y de veneración. Por fin, después de haberla tenido largo rato en sus manos desfallecientes, hízola colocar enfrente de su cama, al lado de la imagen de la Santísima Virgen, á fin de verla constantemente ante sus ojos. Retiráronse entonces los religiosos, temiendo fatigar al augusto moribundo, y dejaron á su lado al hermano Juanito. Apenas se vió solo el siervo de Dios, comenzó su oración con más fervor y libertad. «En Vos he confiado, ¡oh Dios mío!, decía en voz alta; en Vos he

(1) Beato Jordán de Sajonia, lib. II, cap. XIII.

confiado desde que vine á este mundo, y Vos habéis sido mi protector desde el seno de mi madre. Señor, Vos habéis sido mi esperanza desde mi juventud. Yo publicaré vuestras grandezas, pues que Vos me habéis reanimado y no habéis consentido que mis enemigos se rían de mi ruina» (1).

Cuando estas vivas expansiones de ternura y confianza, superiores á sus fuerzas, lo fatigaban demasiado, poníase á orar en voz baja, y luego, de repente, como si le fuese imposible contener las llamas que abrasaban su corazón, repetía otra vez, y todavía más alto: «Yo seré agradable al Señor en la tierra de los vivientes. Yo tomaré el cáliz de la salud é invocaré el nombre de Dios. Vos habéis roto mis ligaduras. He ahí por qué os sacrificaré una hostia de alabanza» (2). Dichas estas palabras, Nicolás llamó á su enfermero y le dijo: «Hermano Juanito, cuando mi cuerpo debilitado no me permita ya el poder hablar, murmura tú frecuentemente á mis oídos estas palabras consoladoras: «Vos, ¡oh Señor!, habéis roto mis cadenas; yo os sacrificaré una hostia de alabanza» (3).

(1) Pedro de Monterubiano, núm. 49.

(2) Idem, id.

(3) Et Fratri Joannutio... dixit, quod semper dixerit ad aures suas: dirupisti, Domine, vincula mea. Tibi sacrificabo hostiam laudis. *Proceso.*

Prometióle el buen Hermano ser fiel á esta recomendación. Entonces, el rostro del augusto agonizante inundóse de una alegría celestial; su voz conmovida pareció tomar su timbre ordinario, y se le vió como entrar en animado coloquio con algún personaje invisible y presente. Oyéndole después entonar un cántico con voz tan fuerte que fué oído desde las celdas inmediatas, acercósele Juanito, todo conmovido, á preguntarle cuál era el motivo de aquella alegría tan súbita y extraordinaria; mas el Santo no le dió contestación alguna. Sin embargo, como esta alegría divina parecía ir en aumento, el fiel enfermero volvió á preguntar segunda vez cuál era la causa, é insistió más y más sobre lo mismo. «¡Oh Padre mío!, decidme: ¿de qué procede esa vuestra alegría?» Cediendo, en fin, á las importunaciones del Hermano, el afortunado moribundo descubrió su celeste secreto y respondió: «Aquí están, junto á mi cama, Nuestro Señor Jesucristo, entre su Madre Santísima y nuestro P. San Agustín, y me ha dicho: «Animo, siervo fiel: entra en la gloria de tu Señor...» (1).

(1) In cella dicti Nicolai vox gaudii audiebatur... Quid tibi gaudii et lætitiæ, Pater?... Post multa rogamina respondit: Deus et Dominus meus Jesus Christus qui suæ Matri et meo Patri Augustino inhærens, dixit mihi: Euge serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui. *Proceso.*

Advertidos al instante los religiosos del insigne y último favor concedido al moribundo, comprendieron que había ya sonado la hora de su partida, y acudieron presurosos á rodearle y presenciar sus últimos instantes. Al verles Nicolás cerca de sí, según San Antonino y Pedro de Monterubiano, les dirigió textualmente estas palabras: «Hermanos míos muy queridos: Bien que mi conciencia no me reprocha nada, no debo, sin embargo, creerme justificado. Si he ofendido á alguno de vosotros de una ó de otra manera, perdonadme por el amor de Dios; así mereceréis que el Señor os perdone á vosotros» (1).

Este fué el último *adiós* de este gran santo á sus hermanos, que con el corazón partido y los ojos llenos de lágrimas comenzaron las preces de los agonizantes alrededor de su lecho. Entonces él, haciendo un esfuerzo supremo, levantó hacia el cielo sus debilitadas manos, dirigió una larga mirada á la Vera Cruz y pronunció distintamente estas palabras de Jesucristo moribundo: «En tus manos, Dios mío, encomiendo mi espíritu» (2). É inclinán-

(1) Octava die ægritudinis suæ (id est decima septembris) humiliter veniam petiit offensarum. *Proceso.*

(2) Et dixit postea: In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. Junctis manibus, ad cælum oculis ante Crucem levatis, jucundo vultu et hilari spiritum Domino commendavit. *Proceso.*

do dulcemente la cabeza, voló su alma immaculada al seno de Aquel á quien tanto había amado y tan generosamente servido por espacio de sesenta años. Sucedió esto un sábado, 10 de Septiembre de 1305.

El Taumaturgo de Tolentino era de una talla más que regular; su frente larga; sus ojos llenos de fuego, pero un fuego templado por una extrema dulzura; su aspecto grave y modesto; respirando, en fin, toda su persona la afabilidad y simplicidad de los santos; virtudes que él tenía, no tanto por su natural cuanto por sus combates contra sí mismo, y que le rodeaban durante su vida de una aureola de paz y de dulzura que no se ve en la tierra, sino en la frente de los elegidos y de los santos.



CAPÍTULO XIX

Funerales de San Nicolás.—Consternación general en Tolentino.—Obsequios.—Los enfermos se hacen conducir á la iglesia de los Agustinos, para recobrar allí la salud.—La poseída de Trapani. Rabia del demonio.—Rescate milagroso.

Apenas el glorioso Taumaturgo de Tolentino había exhalado su alma en un supremo y último grado de amor, cuando su rostro se cubrió de una admirable hermosura. Sus labios, frescos y bermejos como los de una persona aún viviente, estaban entreabiertos con una dulce y celestial sonrisa; su carne, tan blanca como el alabastro, aparecía transparente, y dejaba percibir, á través de la piel, los huesos y nervios de su cuerpo, templo del Espíritu Santo: mientras que por toda su celda se difundía un perfume celestial y desconocido.

Apenas se cercioraron de la muerte de Nicolás, quisieron los religiosos que se retirasen todas las personas presentes, á fin de proceder con libertad al enterramiento de su hermano; pero habiendo suplicado Margarita

do dulcemente la cabeza, voló su alma immaculada al seno de Aquel á quien tanto había amado y tan generosamente servido por espacio de sesenta años. Sucedió esto un sábado, 10 de Septiembre de 1305.

El Taumaturgo de Tolentino era de una talla más que regular; su frente larga; sus ojos llenos de fuego, pero un fuego templado por una extrema dulzura; su aspecto grave y modesto; respirando, en fin, toda su persona la afabilidad y simplicidad de los santos; virtudes que él tenía, no tanto por su natural cuanto por sus combates contra sí mismo, y que le rodeaban durante su vida de una aureola de paz y de dulzura que no se ve en la tierra, sino en la frente de los elegidos y de los santos.



CAPÍTULO XIX

Funerales de San Nicolás.—Consternación general en Tolentino.—Obsequios.—Los enfermos se hacen conducir á la iglesia de los Agustinos, para recobrar allí la salud.—La poseída de Trapani. Rabia del demonio.—Rescate milagroso.

Apenas el glorioso Taumaturgo de Tolentino había exhalado su alma en un supremo y último grado de amor, cuando su rostro se cubrió de una admirable hermosura. Sus labios, frescos y bermejos como los de una persona aún viviente, estaban entreabiertos con una dulce y celestial sonrisa; su carne, tan blanca como el alabastro, aparecía transparente, y dejaba percibir, á través de la piel, los huesos y nervios de su cuerpo, templo del Espíritu Santo: mientras que por toda su celda se difundía un perfume celestial y desconocido.

Apenas se cercioraron de la muerte de Nicolás, quisieron los religiosos que se retirasen todas las personas presentes, á fin de proceder con libertad al enterramiento de su hermano; pero habiendo suplicado Margarita

Apillaterra (1) el favor de que le permitiesen, antes de retirarse, lavar los pies y las manos de su bienhechor, fuéla concedida esta gracia, y tuvo la dicha de rendir este último y piadoso tributo á Nicolás. Conservó ésta con todo esmero el agua que le había servido para dicho objeto, y la guardó durante veintiocho años, siempre tan limpia y tan fresca como á la hora en que la había empleado en tan santo objeto. Todos los biógrafos están conformes en que se verificaron gran número de milagros al solo contacto de esta agua bendecida (2).

Alrededor de la pobre y dura cama sobre la cual el heroico soldado Cristo parecía dormir un dulce y tranquilo sueño, reuniéronse todos los religiosos del convento con el fiel Juanito, Berardo Apillaterra y el médico Santiago Salvastri. Ninguno de ellos pudo contener las lágrimas de piedad y de admiración al ser descubierto el cuerpo angelical de nues-

(1) La celda de San Nicolás estaba en el piso bajo del convento, encontrándose fuera del claustro monástico. Esto explica la presencia de Margarita cerca de Nicolás en el momento de su muerte.

(2) Aqua lavaturæ manuum et pedum divi Nicolai, que post ipsius obitum reservata continue duravit et durat ita clara sine aliqua corruptione sicut hodie tracta fuisset de fonte, et quando aliqua personæ patiuntur in aliqua parte corporis, posita de dicta aqua super locum dolentem statim liberantur. *Proceso.*

tro Santo, y ver á qué estado tan miserable lo había él reducido por sus excesivas penitencias y mortificaciones, á las cuales se juntaban frecuentemente las graves heridas hechas por el demonio. Hallábase aquel cuerpo enflaquecido y despedazado, habiendo desaparecido por completo la piel de sus espaldas, y llagas más ó menos profundas entreabrían en varios lugares sus carnes aún cubiertas de sangre (1). Un piadoso temor se apoderó de los corazones ante el espectáculo de semejantes sufrimientos; y, sin embargo, las miradas se fijaban, sin poder remediarlo, sobre aquel precioso despojo de un santo, sobre aquel cuerpo acardenalado, como el del Salvador bajado de la Cruz; sobre aquellas heridas, que eran las del soldado que acaba de caer en el campo del combate, estrechando aún en sus manos la bandera de la patria, defendida por él hasta la efusión de la sangre, hasta la muerte misma. Esto es verdaderamente heroísmo, en toda su varonil hermosura. Cuando quisieron vestir al Santo los hábitos de su Religión, y por tanto fueron á arrancarle el cilicio, se apercibieron de que las puntas aceradas de este instrumento de penitencia habían enteramente penetrado en

(1) Vidit Berardus spatulas ipsius Nicolai multum percussas et decoriatas. *Proceso.*

la carne, siendo imposible arrancarlas (1). Cubrióse entonces con su túnica, dejándole aquel vestido de mortificación, y lo depositaron en un ataúd descubierto.

Mientras que los religiosos de Tolentino estaban ocupados en prestar á su hermano los últimos servicios, las campanas con lúgubre sonido anunciaban al pueblo que todo estaba consumado, y un nuevo santo había entrado en el cielo. A estos momentos de agitación siguióse en el pueblo una consternación general, no oyéndose por todas partes más que gritos y sollozos. Los habitantes de Tolentino habían perdido á su padre.

Nadie había en la ciudad que no sintiese profundamente al que acababa de desaparecer, y que no lo llorase como á un ser querido; pero los pobres sobre todo, que habían sido siempre el principal objeto de su desvelo, mostrábanse inconsolables, derramando abundantes lágrimas sobre su protector, su apoyo y su caritativo abogado. Llevóse después en procesión el sagrado cadáver hasta la capilla del monasterio, donde le cantaron todo el Oficio de difuntos, después de lo cual celebró uno de los religiosos el santo sacrificio de la Misa; mas estos cantos litúrgicos fueron con frecuencia interrumpidos por los sollozos

(1) Giorgi, cap. x, pág. 140.

de los asistentes y por las aclamaciones de la muchedumbre, que ya proclamaba en alta voz la santidad de su muerte, y su entrada en la gloria eterna. Costó muchísimo trabajo el poder contener á las turbas que invadían los alrededores del convento y se apiñaban en las calles vecinas, presentando éstas, en su continuo movimiento, el aspecto de un mar alborotado. Creyóse prudente rodear el túmulo de una balaustrada que pudiese contrarrestar los esfuerzos de los devotos; siendo así que todos ellos querían besar respetuosamente el cadáver angelical del Taumaturgo, ó á lo menos contemplar de cerca aquel rostro venerable, sellado con el signo de la eterna bienaventuranza. Cortáronse sus vestidos y colocáronse sobre las manos, sobre los pies y sobre la frente del bienaventurado objetos innumerables de piedad, los cuales se llevaban los fieles como preciosas reliquias. Imposible sería el poder figurarse el movimiento que se produjo alrededor de los restos del pobre y humilde religioso, sobre todo cuando se vieron enfermos de todas clases, ciegos, cojos, sordos y mudos recobrar la salud con sólo tocar aquéllos. Hízose imposible, por entonces, bajar el cadáver al lugar de su sepultura, pues los pueblos vecinos se juntaban á los habitantes de Tolentino, y de todas partes acudían á venerar los despojos del hombre

de Dios y obtener alguna nueva gracia por su intercesión. Cosa admirable: este cuerpo deshecho y acardenalado, expuesto largos días en la iglesia, no cesó de exhalar y derramar en derredor de sí un olor suave y todo celestial.

El doctor Santiago Salvastrì, que había estado presente á la muerte y al entierro de Nicolás, no cesaba de decir al Prior de los Agustinos: «Reverendo Padre, tributad todos los honores posibles á estos despojos; vuestro hermano era un gran santo...» Y alegaba en prueba de ello el siguiente milagro obrado dos años antes en favor de su hija, á quien el arte había ya declarado por desahuciada. «Habíamos venido, decía, los dos á su cuarto. Viónos él llegar, y, á pesar de que ya adivinaba lo que pretendíamos, preguntónos, sin embargo, quiénes éramos y cuál era nuestro objeto. — Hemos venido, le dije yo, con objeto de que obtuviérais de Dios la salud para ésta mi hija, abandonada y desesperada de los médicos.» Entonces, á estas palabras, herida su profunda humildad, exclamó Nicolás: «¿Cómo? ¿Por qué habéis venido aquí? ¿Hay en casa tantos buenos religiosos cuyas oraciones valen más que las mías, y á los cuales podáis haber recurrido! Yo soy un pecador que nada puede. Id, pues: invocad al Señor y El os librá...»

Aterrados y confusos nos disponíamos ya á partir, no pensando ya más en la curación pedida, cuando, volviéndose hacia nosotros el Santo, nos dijo en voz alta, dándonos su bendición: «Que Dios misericordioso venga en vuestra ayuda...» E inmediatamente la niña fué curada, cesando el flujo de sangre que la conducía al sepulcro. «Guardaos mucho, añadió entonces nuestro bienhechor, al despedirnos; guardaos mucho de publicar el beneficio que acabáis de recibir» (1).

Si el sentimiento fué unánime y profundo, si todos los corazones se vieron sumidos en el dolor á la muerte del glorioso Taumaturgo, es preciso reconocer que Satanás se alegró de ella, como lo demostró él mismo en el hecho siguiente, que refieren la mayor parte de los historiadores de Nicolás: Habiendo sido poseída del demonio una joven hija de Trapani, ciudad de Sicilia, condújola su padre á un religioso agustino, que gozaba gran reputación de santidad, á fin de que éste la exorcizase. Mas el enemigo de todo bien, no queriendo abandonar á su víctima, no cedía en lo más mínimo á las oraciones del sacerdote; antes, al contrario, vomitaba mil injurias contra él, llegando, por fin, á decirle un día: «No te temo en manera alguna. Para hacerme sa-

(1) *Proceso*. Anónimo. Giorgi.

lir de este cuerpo se necesita el P. Nicolás».

Habiendo preguntado el padre de la enferma quién era aquel religioso nombrado por Santanás, contestóle el exorcista que este piadoso ermitaño residía en Tolentino, que gozaba de una gran reputación de santidad y se le tenía por muy favorecido de Dios con el don de milagros. Deseoso de conseguir á cualquier precio la curación de su hija, este hombre desolado dejó inmediatamente su tierra y dirigióse inmediatamente á la Marca de Ancona; mas, apenas hubo llegado á Roma, supo que Nicolás había muerto por aquellos días. No se acobardó, sin embargo, por esta noticia, sino que, guardando en su corazón una ilimitada confianza, siguió su emprendido viaje hacia Tolentino. Apenas hubo entrado en esta ciudad, corrió á prosternarse ante el sepulcro, todavía abierto, donde dormía aquel á quien él buscaba. Cubriendo de besos y de lágrimas la mano del Taumaturgo, no dejó durante largas horas de recomendarle á su hija y de rogarle viniese en su ayuda. Tan filial confianza fué escuchada y satisfecha de una manera extraordinaria, pues en el momento en que el piadoso viajero, tocando por devoción los dedos del Santo, iba moviéndolos unos después de otros, admirado de encontrarlos tan flexibles, desprendióse por sí mismo el dedo pulgar, viniendo á quedarle en la mano, y cau-

sando á un tiempo gran temor y grande alegría en este afligido padre. Favorecido por un don tan precioso otorgado por el mismo Nicolás, el siciliano, seguro ya de la curación de su hija, volvióse apresuradamente hacia Trapani. A su llegada á ésta, la pobre poseída se hallaba en la iglesia de los Padres Agustinos para ser de nuevo exorcizada.

«He aquí, exclamó el afortunado viajero, he aquí el dedo de Nicolás. — ¡Ah, traidor Nicolás!, repuso entonces el demonio; yo no puedo estar aquí más tiempo». Y en el mismo instante, saliendo del cuerpo aquel monstruo infernal, alejóse de allí, dejando tranquila y libre á la joven poseída, la cual quedó tan agradecida al beneficio de su curación, que conservó hasta la muerte la más tierna devoción hacia su libertador celestial. El padre de aquélla, en el colmo de su alegría, quiso mostrar al pueblo conmovido el dedo que había traído de Tolentino, y referirle el milagro obrado en su favor; después de lo cual envió la preciosa reliquia á los religiosos de la Orden que residían en Trapani, los cuales la colocaron en su capilla con el profundo respeto debido á las cosas santas (1).

(1) Frigerio. *Rochus Pirrus*, tom. II. *Sicilia sacra notitia*. San Martin, *in vita S. Nic. Zaccari*, cap. xcvi. Ceppi, *Il sangue miracoloso di S. Nicola*. Roma, MDCCXIII, pág. 13.

Movidos por estos hechos maravillosos y de muchos otros que se multiplicaron alrededor del cuerpo de Nicolás, y deseando por otra parte satisfacer la devoción de los pueblos que se agolpaban en torno á su piadoso sepulcro, los ermitaños agustinos colocaron en una urna, este mismo año, los restos perfectamente conservados de su glorioso Hermano y los expusieron sobre el altar en que había brillado la estrella de la oración, dando así cumplimiento á la doble profecía del gran Obispo de Mira y de la estrella milagrosa.

Ahora que, á través de las vicisitudes del tiempo, hemos seguido á los mortales despojos del Taumaturgo hasta el altar á cuya sombra reposa, no nos resta más que dirigir una mirada atrás y penetrar más profundamente en la naturaleza de las virtudes practicadas por el Santo. De la misma manera que á la muerte de algún ser querido reúnen los parientes y los amigos en su morada y se refieren mutuamente las alegrías y los dolores de aquel á quien han perdido, así vamos nosotros á repasar la admirable vida y las heroicas virtudes de nuestro héroe, reanimando nuestra fe con el recuerdo de la gloria de que ya él se halla coronado y del poder de que goza actualmente en el Cielo, semejante al que gozara sobre la Tierra durante los días de su existencia



CAPÍTULO XX

Virtudes de San Nicolás.— Fe, esperanza, caridad. Obediencia.—Humildad.

No hay un solo hecho en la vida de San Nicolás que no lleve en sí un elogio, que no provoque la admiración, que no aparezca con algún particular encanto en el maravilloso panorama de su existencia y de su santidad; él fué, á pesar de todo, un simple monje, un humilde religioso. Alejado siempre de las luchas tan ardientes y peligrosas de la política acaecidas en su época, permaneció por espacio de treinta años oculto en su convento de Tolentino, multiplicando en rededor de sí los milagros, convirtiendo á los pecadores, y ante todo entregado por completo al amor de Dios, dando las más inequívocas pruebas del mismo en la exacta fidelidad á las reglas que había profesado y en la práctica de todas las virtudes, llevadas por él á un grado heroico. Su hermosa y venerable figura destácase con señalados caracteres en la Orden de San Agustín, resumiendo en sí cuanto la tradición nos ha conservado acerca de los antiguos

cenobitas de Francia é Italia, y dando perfecto realce á la idea de los pueblos sobre el verdadero monje, en el cual quieren éstos hallar, juntamente con la unción sacerdotal, el poder ante Dios que los protege, los conforta y los cura de sus enfermedades. Esta fisonomía particular de Nicolás aparece noble y majestuosa en el siglo XIII, el más glorioso de la Edad Media, y su recuerdo se conserva aún con veneración en la memoria de las naciones agradecidas, mientras que el de tan grandes y famosos personajes ha sido borrado por el tiempo y sepultado en eterno olvido.

Sus hermanos, sobre los que ejerciera una acción tan señalada, y los pueblos á quienes colmó de beneficios, han colocado á Nicolás al lado de los Luises de Gonzaga, de los Vicente Ferrer, de los Antonios de Padua, del mismo insigne San Benito, el monje de los tiempos bárbaros, el monje suscitado por Dios para la época borrascosa en que le tocó vivir, como el Taumaturgo de Tolentino fué el verdadero monje del siglo de la Caballería. Todos invocan, como á uno de los santos más insignes, al glorioso hijo de San Agustín, más amado y conocido á medida que se multiplican los templos levantados á su memoria, á medida que crecen sus milagros y vienen cada día á caer nuevas desgracias sobre el mundo culpable y pervertido.

Por desgracia, los cronistas de estos remotos tiempos no se ocupaban más que en recoger los hechos culminantes, más ó menos maravillosos, sin investigar las causas ni aducir pruebas, ni clasificar los sucesos con la precisión reclamada por la historia, lo que hace que sea hoy muy difícil escribir y recomponer la vida de San Nicolás. Todavía es posible, sin embargo, llegar á trazar exactamente el retrato físico y moral del Taumaturgo de Tolentino. Admirable, en verdad, resulta á nuestro espíritu un carácter que ni sabe doblegarse cuando se trata de reprender y condenar el mal, ni puede permanecer frío é indiferente ante el espectáculo de los dolores y sufrimientos de su prójimo. Imposible es, en efecto, no sentirse profundamente conmovido á la presencia de Nicolás, verdadero monje y perfecto religioso en un principio, apóstol infatigable después, elocuente predicador y poderoso Taumaturgo, ejemplo admirable de cuánto puede producir la santísima y hermosísima regla del gran Obispo de Hipona; pues hasé notado que siempre se entregaba con especial predilección á la práctica de las virtudes ordinarias y modestas, tales como la humildad, la paciencia, la mortificación y el amparo de los prójimos; mas entregóse á estas virtudes de una manera muy superior á la generalidad de los justos, es

decir, en un grado heroico y extraordinario.

Estas virtudes debieran, en efecto, ser el glorioso cortejo del alma cristiana que aspira á la santidad, entre las cuales las tres teologales deben, por su excelencia y su importancia, ocupar el primer puesto. El hijo de Agustín, en efecto, considerando la fe como la piedra angular sobre la cual debía levantar el edificio de su perfección, daba gracias á Dios todos los días de su vida por el beneficio de haberle hecho nacer en el seno de la Iglesia católica, no cesando de invitar á cuantos se hallaban á su rededor á unirse á él, para dar á Dios acción continua de gracias por tan singular beneficio (1).

La alta idea que Nicolás tenía formada de la fe le llevaba á derramarla con celo, por cuantos medios estaban á su alcance. De ahí las instrucciones doctrinales á que se dedicaba frecuentísimamente; de ahí su viva y profunda alegría cuando llegaba á saber que esta divina fe había hecho algún progreso, había alcanzado alguna nueva conquista (2).

De esta virtud fundamental nace siempre la esperanza; todo el que cree, espera. Esta esperanza en Dios, larga, firme, constante y sobrenatural, llenó siempre el corazón del

(1) Forti, lib. II, pág. 205.

(2) Forti, lib. II, pág. 206.

Santo cuya vida relatamos, de quien puede decirse que ha esperado con frecuencia contra toda esperanza. No imitando en nada á aquellas almas vulgares que, teniendo el Cielo por objeto de sus aspiraciones, poseen el triste privilegio de hacer esta virtud estrecha, raquítica y egoísta, Nicolás, á pesar de ser un simple religioso, lograba por su heroica confianza calmar las más arraigadas inquietudes y levantar los ánimos más abatidos. Estos resultados los conseguía el Santo sin confiar ni en sí mismo ni en los hombres, sino solamente en Dios infinito y omnipotente. Muchas veces en sus sermones anunció la protección del Cielo en un tono tan seguro y decisivo, que pudo creerse tenía razones ciertas y secretas para contar con ella, con el socorro providencial del Altísimo. Nuestro Santo, pues, tuvo siempre en Dios una confianza ilimitada, la cual jamás le resultó fallida. Mas, después de Dios, la gloriosa Virgen María era en quien él tenía depositada toda su esperanza; sin que debamos extrañarnos de ello, sabiendo qué razones tan poderosas tenía Nicolás para arrojarle en los brazos de esta omnipotente y divina Madre. ¿No hemos ya visto, durante el curso de su vida, que Ella fué su Abogada, su sostén y su consuelo? Refiérese que en cierta ocasión se le suplicó al santo religioso que se ocupase en un negocio

difícil, cuya solución favorable parecía moralmente imposible de conseguir. «Yo espero eso, dijo él simplemente, mediante la protección de la Virgen» (1). Habiendo sido otra vez azotado por Satanás, dijo el Santo al Hermano Juanito: «Este es el demonio; mas yo espero de la protección de María que no me vencerá» (2).

En fin, si el glorioso hijo de Agustín fué tan ardiente y firme en su fe, tan desinteresado é inquebrantable en su esperanza, ¿qué debería ser en su amor? La caridad para con Dios dominó por completo su alma, siendo la fuente de sus heroicas virtudes: caridad pura, activa, generosa y arrojada hasta el sacrificio; caridad real y verdadera, manifestada en el trabajo sin reposo, en la mortificación sin descanso, en el sacrificio á toda prueba y en todos los instantes. Constantemente resignado con la voluntad de Dios, á quien amaba tan apasionadamente, Nicolás llegó á conseguir una completa indiferencia para todo aquello que le venía de Dios. La enfermedad como la salud, la vida como la muerte, todo le era igual, con tal de que el Señor fuese obedecido y satisfecho. Refieren muchos au-

(1) Espero esto por la gracia de María Santísima. Giorgi, cap. xii, pág. 109.

(2) Tamen non vincet me cum gratia Beatæ Mariæ. *Proceso*, in ordine testium ccxxi.

tores que se veía constantemente retratada en su pálido semblante una serenidad inalterable, habiéndose notado que esta paz y alegría eran mayores á medida que crecían las amarguras.

Sin embargo, en los últimos años de su vida, el deseo de unirse á Dios llegó á hacerse tan violento, que no le era posible ni el ocultarlo ni el reprimirlo; de suerte que á cada paso exclamaba con San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo*: «Deseo morir y estar con Jesucristo» (1). Este amor ardiente por el divino Maestro manifestóse cada mañana en la Misa que celebraba Nicolás con la devoción más edificante, siempre después de haber recibido la absolución y haber sido, por tanto, purificado con la acusación de sus más pequeñas imperfecciones; acusación hecha con admirables muestras de contrición y de caridad sobrenatural.

Por lo que hace á la Virgen María, su única esperanza, el amor que el bienaventurado le profesaba era tierno, profundo y sinceramente filial. Ayunaba á pan y agua todos los sábados del año y todas las vigiliass de sus fiestas; rezaba todos los días su Oficio entero y se arrodillaba, cada vez que entraba ó salía

(1) Dicebat: Cupio dissolvi et esse cum Christ *Proceso*.

de su celda, ante la imagen de Nuestra Señora de los Dolores, imagen á quien se complacía en obsequiar, rezándole repetidas veces el *Ave María* (1). La existencia de Nicolás en sus últimos días parecía compendiarse en este doble amor: Dios y su Santa Madre. La vejez, al disminuir tal vez algunas de sus facultades, descubrió sensiblemente estos dos sentimientos de su alma, que se acrecentaron, como se acrecienta la llama cuando todos los combustibles se han consumido á su alrededor.

La caridad, llenando el corazón del Taumaturgo de Tolentino de la sola pasión de Dios, había hecho por lo mismo brotar en él la difícil y admirable virtud de la humildad, que, además de la completa renuncia de las ideas, de los intereses y de las glorias de este mundo, exige todavía, si ha de ser verdadera y sólida, la renuncia absoluta de la propia voluntad, el olvido y desprecio de sí mismo; en una palabra, la perfección cristiana.

Todavía joven, á pesar de su primera educación, el hijo de Agustín amó los oficios más bajos del convento: barrer, servir á la mesa, cuidar á los enfermos, haciendo con ellos los oficios más repugnantes para la naturaleza (2).

(1) Dicebat multas Salutationes angelicas... genuflectendo. *Proceso*.

(2) Mercuri, cap. iv.

Después de cumplir diligentemente todo lo que la obediencia le permitía, llamábase con la más profunda convicción siervo inútil, polvo y ceniza, como aconteció en una de las apariciones de la Santísima Virgen con que fué favorecido. «¡Ah! ¿Quién soy yo, divina Señora, dijo él á la Reina del Cielo, quién soy yo para que Vos vengáis á mí? Ya sabéis que yo no soy más que polvo y ceniza.» Esta profunda humildad de Nicolás fué con frecuencia recompensada con milagros y maravillosamente aprobada por el Señor, que favorecía sus designios y parecía obedecer á sus deseos de silencio y obscuridad.

Un sábado del año 1301, cuatro años, por consiguiente, antes de su muerte, encargósele al Santo el oficio de pedir de puerta en puerta limosna para la comunidad. Hallándose, pues, en casa de una señora llamada Alesia, que vivía cerca del monasterio, ofreció ésta generosamente un pan al Bienaventurado, á pesar de su pobreza, que era tan grande, que su marido Rinalducio no compraba nunca de una vez más que una pequeñísima cantidad de trigo. El santo mendicante recibió el pan con agradecimiento, y, besándolo, dijo simplemente: «Que Nuestro Señor Jesucristo conceda á esta casa la bendición y la gracia. Que Dios multiplique la harina que posees, pues que por tu amor, y á pesar de tu pobreza, me has

hecho esta limosna con tan generoso corazón».

Cuando esta señora quiso amasar un nuevo pan, encontróse con el arca llena hasta los bordes de una harina fresca y abundante. Apresuróse á dar gracias de tan señalado favor al Cielo y al Bienaventurado, á quien tanto poder había sido concedido; mas, habiéndole éste mandado que guardase el más absoluto silencio sobre este beneficio de Dios, creyóse en el deber de no referirlo á nadie. Llegado el tiempo de renovar la pequeña provisión, y asustado Rinalduccio, excelente padre de familia, de tener que hacer otra nueva compra, extrañóse grandemente cuando Aleja le respondió que, no habiendo sido extraordinario el consumo, todavía quedaba una gran cantidad de harina. Mas he aquí que, renovándose la cuestión en los días siguientes, y viendo que su mujer contaba siempre con la misma abundancia, quiso él saber lo que aquello significaba. Apremiada, pues, por su marido, Aleja consintió por fin en explicárselo, y, contándole el milagro, llevólo delante del arca, todavía llena, y le dijo: «Ya no hay necesidad de comprar más harina; el P. Nicolás ha bendecido esta casa, y ahí ves el arca todavía llena completamente». Transportado Rinalduccio de alegría, no fué, desgraciadamente, tan discreto como su mujer;

antes, por el contrario, en todas partes publicó el prodigio; ligereza que Dios castigó no continuando el milagro por más tiempo, y permitiendo se agotase la provisión. «¡Ah!, decía después á su mujer este hombre entristecido; si no hubiéramos dado publicidad al hecho, hubiéramos tenido pan para siempre» (1).

No consintiendo jamás Nicolás referir las cosas maravillosas que le sucedían, su grande humildad habíale hecho mirar como un deber el ocultarlas á los ojos de todos: para lograr que hablase, no se necesitaba menos que una orden del Superior. Habiendo suplicado diferentes veces Berardo Apillaterra á su santo amigo que le mostrase las heridas y llagas que el demonio le había hecho, no pudo conseguir más que la siguiente respuesta: «¡Ah, mi amigo Berardo, no hay por qué creer todo eso que os han contado!» (2). Sin embargo, no conformándose Apillaterra con estas palabras meramente evasivas, suplicó al P. Prior de Tolentino diera sobre ello una orden terminante al Bienaventurado, el cual, cediendo al fin, mostró á este ferviente cristiano la llaga de la pierna, tan grande y tan

(1) *Proceso*, fol. 81, pág. 2.

(2) No hay por qué dar crédito, Berardo mío, á todo lo que os cuenten. Giorgi, cap. x, pág. 95.

dolorosa, con este simple mandato: «Mírala, pues, y no cuentes á nadie lo que has visto» (1).

Sería necesario alargar indefinidamente esta vida tan hermosa, si hubiésemos de contar todos los sucesos culminantes relativos á las diferentes virtudes practicadas por el glorioso Taumaturgo de Tolentino. Terminaremos, pues, diciendo solamente que su existencia fué santa, heroica, perfecta y maravillosa, y que Nicolás partió de esta vida cargado de innumerables méritos y enriquecido de todas las virtudes cristianas y religiosas, las cuales solas pueden abrir á los elegidos las puertas de la eternidad bienaventurada y hacerlos dignos de poseer á Dios para siempre.

(1) Giorgi, cap. x, pág. 95.



CAPITULO XXI

El Taumaturgo (1).—Primeros favores de San Nicolás al pueblo de Tolentino.—Devuelve la salud á un hijo de Apillaterra.—Cura á una mujer del mal de piedra.—Aparece á Francisco Angeli.—Curación de Nancio de Camerino.—Castigo de Tomasina.—Primer aniversario de la muerte del Santo.—Nuevos milagros.—Aparece sobre su tumba la estrella de la oración.—Cuarenta y cinco milagros en una sola noche.—Varias resurrecciones.

Los primeros días que siguieron á la muerte de Nicolás, fueron días de duelo para la ciudad de Tolentino. Las lágrimas de este pueblo agradecido no procedían de una de esas emociones pasajeras, que el tiempo con tanta rapidez arrastra consigo: eran lágrimas llenas de la más íntima sinceridad y de la más profunda amargura. Estaba en la conciencia de todos cuán irreparable pérdida acababa de sobrevenir á la villa, al ver partirse para el Cielo á aquel que era su sostén, su amparo y poderoso abogado en la presencia de Dios. En

(1) Taumaturgo significa, *hacedor de milagros*

dolorosa, con este simple mandato: «Mírala, pues, y no cuentes á nadie lo que has visto» (1).

Sería necesario alargar indefinidamente esta vida tan hermosa, si hubiésemos de contar todos los sucesos culminantes relativos á las diferentes virtudes practicadas por el glorioso Taumaturgo de Tolentino. Terminaremos, pues, diciendo solamente que su existencia fué santa, heroica, perfecta y maravillosa, y que Nicolás partió de esta vida cargado de innumerables méritos y enriquecido de todas las virtudes cristianas y religiosas, las cuales solas pueden abrir á los elegidos las puertas de la eternidad bienaventurada y hacerlos dignos de poseer á Dios para siempre.

(1) Giorgi, cap. x, pág. 95.



CAPITULO XXI

El Taumaturgo (1).—Primeros favores de San Nicolás al pueblo de Tolentino.—Devuelve la salud á un hijo de Apillaterra.—Cura á una mujer del mal de piedra.—Aparécese á Francisco Angeli.—Curación de Nancio de Camerino.—Castigo de Tomasina.—Primer aniversario de la muerte del Santo.—Nuevos milagros.—Aparece sobre su tumba la estrella de la oración.—Cuarenta y cinco milagros en una sola noche.—Varias resurrecciones.

Los primeros días que siguieron á la muerte de Nicolás, fueron días de duelo para la ciudad de Tolentino. Las lágrimas de este pueblo agradecido no procedían de una de esas emociones pasajeras, que el tiempo con tanta rapidez arrastra consigo: eran lágrimas llenas de la más íntima sinceridad y de la más profunda amargura. Estaba en la conciencia de todos cuán irreparable pérdida acababa de sobrevenir á la villa, al ver partirse para el Cielo á aquel que era su sostén, su amparo y poderoso abogado en la presencia de Dios. En

(1) Taumaturgo significa, *hacedor de milagros*

medio del estupor universal y de la general amargura, nadie podía aplicarse al trabajo ni dedicarse á sus ocupaciones ordinarias. Agolpábase la plebe en la iglesia de PP. Agustinos, arrodillábanse piadosamente sobre el sepulcro, y suplicaban al Taumaturgo que no los olvidase en la Gloria. «¡El Santo ha muerto! ¡El Santo ha muerto!», era la voz de los niños que, llorosos, recorrían las calles de la villa, mientras que, en todas las casas donde gemían enfermos ó moribundos, se oía este doloroso lamento: «¡Ah, si Nicolás viviese todavía, pronto se verían curados!»

Mas el bienaventurado discípulo de Agustín, el heroico y fiel servidor de Cristo, habiendo ya traspuesto los umbrales de la eternidad bienaventurada, aprestábase á mostrar á los habitantes de Tolentino cuán agradables le eran sus obsequios y homenajes, derramando á manos llenas sobre aquéllos y sobre sus campos las bendiciones y gracias de que Dios lo había hecho depositario. Cuando se examina la lista de milagros formada en el proceso de canonización, conmuévase uno de pronto al ver al Santo distribuir sus primeros favores á los habitantes de esta ciudad, comenzando por una familia que lo había amado tiernamente, ayudándole y sirviéndole en todo el curso de su vida sobre la tierra.

En efecto, algunos días después de la muer-

te del Santo fué atacado de epilepsia el niño Tucio, hijo de Margarita Apillaterra. Como la gravedad avanzaba de una manera alarmante, la madre desolada, acordándose de su ordinario protector, exclamó con admirable confianza: «Yo quiero recurrir á nuestro bienhechor, el bienaventurado Nicolás» (1). Tomando luego al niño en sus brazos, fué inmediatamente á postrarse ante el venerado sepulcro, donde, rogando y gimiendo, ansiosa de obtener la curación, hizo colocar sobre el altar una imagen que había prometido, prenda anticipada de su reconocimiento. No se hizo esperar el socorro. Todavía estaba arrodillada Margarita cuando ya su hijo había recobrado la salud tan completamente, que nunca jamás volvió á resentirse de tan terrible enfermedad (2).

Una mujer de Tolentino, llamada Monaldesca, padecía de mal de piedra, hacía ya doce años. Falta de fuerza y de valor para resistir, había determinado poner fin á su existencia. Su hermana Aldisia buscaba en vano la manera de hacerla desistir de su culpable intento y persuadirla de que debía aceptar sus dolores con actos de fe y de resignación. Cierta día en que los dolores de la enferme-

(1) Volo recurrere ad B. Nicolaum. *Proceso*,

(2) *Proceso*, fol. 89, pág. 1.

dad eran casi intolerables, díjole Aldisia profundamente entristecida: «Encomiéndate á Nicolás; yo voy á la iglesia de los Agustinos á rogar por tu curación. Une tu intención á la mía, y seguramente que el Santo nos escuchará». Y, dejando á su hermana presa de terribles padecimientos, se fué á prosternar ante el sepulcro del Taumaturgo. «Yo te suplico, exclamó, ¡oh bienaventurado Nicolás!, que ruegues á N. S. Jesucristo libre á mi hermana de la enfermedad que la atormenta hace tantos años. Escúchame, pues, si esta curación puede contribuir á la salud de su alma». Acabada esta oración, sintióse consolada Aldisia y movida á dar gracias á su bienhechor con toda la efusión de su espíritu, como si acabase de entender haber sido ya escuchada su petición. Y, en efecto, volviendo al poco tiempo á su casa, encontró á la enferma completamente buena, la cual la aguardaba con impaciencia para enseñarle, como prueba de su curación, una piedra más grande que una haba (1).

La fama del poder y valimiento del Santo extendióse con esto por todos los pueblos vecinos, como lo comprueban numerosos milagros sucedidos por la misma época. He aquí uno entre otros muchos.

(1) *Proceso*, fol. 101, pág. 1.

Una mujer de Sanseverino, Francisca Angeli, estaba reducida á una completa inmovilidad, hacía dos años, á causa de una parálisis general que, agravándose poco á poco, la había dejado incapaz de hacer el menor movimiento. Sobre todo, los últimos nueve meses, viva imagen de Job en el muladar, no podía ya descender de su lecho para las necesidades indispensables de su cuerpo. Su marido, Andrés Angeli, hombre ignorante, cruel y supersticioso, no sólo la abandonaba, negándole los necesarios auxilios, sino que la colmaba además de injurias y reproches, atribuyendo la enfermedad de aquella desgraciada á sus faltas contra la fidelidad conyugal; faltas que, según él, le habían merecido aquel terrible castigo de Dios.

A mediados de Octubre de 1305, movida á compasión una amiga de esta pobre mujer, la aconsejó se encomendase, para obtener el alivio de su enfermedad, á un religioso agustino, que acababa de morir en olor de santidad en Tolentino. Obedeció la enferma con gran confianza, y prometió al Santo que iría en peregrinación á su sepulcro y le ofrecería cinco varas de tela fina para cubrir el altar bajo el cual reposaba el sagrado cuerpo. Hallándose dormida, apareciósele en sueños un personaje vestido de fraile agustino y la dijo: «¿Cómo te encuentras?— Me hallo

muy dolorida, respondió Francisca. Mas, decidme: ¿quién sois vos? — Yo soy Nicolás de Tolentino, replicó el aparecido. — ¡Oh, mi buen Santo!, exclamó entonces la enferma: si vos me concedéis la gracia que os pido, yo llevaré ó enviaré todos los años á vuestro sepulcro, además de lo que ya os tengo prometido, dos piernas de cera, como testigos de mi reconocimiento».

Aproximándose entonces el Bienaventurado á la suplicante, hizo la señal de la cruz sobre diferentes partes de su cuerpo, y la consoló con estas palabras, después de las cuales desapareció: «Ten confianza en Dios, que El te devolverá la salud, escuchando mis oraciones». Francisca despertó. Sus dolores habían completamente cesado, volviendo á recobrar sus miembros toda su agilidad y su primera fuerza. Un mes más tarde andaba á pie el camino que separa á Sanseverino de Tolentino, cargada con la tela y los exvotos que había prometido á su celestial bienhechor (1).

En la misma época, y casi el mismo día, queriendo el niño Nancio de Camerino saltar una tapia, cayóse hacia atrás con tan mala suerte, que una piedra que arrastró consigo en la caída le aplastó completamente la pierna izquierda, la cual quedó tan destrozada en toda la parte del muslo que, reducidos á pol-

(1) *Proceso*, fol. 201, pág. 2.

vo los huesos, salían en abundancia por la horrible abertura. El pobre niño quedó como muerto por espacio de dos días, y la llaga, mal curada, gangrenóse de modo que, llenándose de gusanos, exhalaba de sí un olor infecto. No le era posible ni comer, ni beber, ni aun hablar; mucho menos el hacer el movimiento más mínimo. El médico, perdida la esperanza de poder aliviarle, lo había abandonado, diciendo que sólo Dios era capaz, por medio de un milagro, de curar un mal tan terrible. No se esperaba, pues, más que el último suspiro de Nancio, cuando sus padres concibieron el pensamiento de ofrecerlo á Nicolás de Tolentino. Este no quiso retardar su socorro. No había pasado ni siquiera el tiempo que se necesita para pronunciar el nombre de Jesús, dice el autor anónimo, cuando ya el niño comenzó á hablar y pedir de beber, al mismo tiempo que los colores de la salud volvían otra vez á aparecer en su semblante moribundo. En breves instantes quedó completamente curado. Varios médicos testificaron con admiración no haber quedado vestigio alguno de la horrible llaga, y aquel mismo día Nancio, acompañado de sus padres, partió á pie desde Camerino á Tolentino, para colgar una pierna de cera sobre el sepulcro de su poderoso protector (1).

(1) *Proceso*, fol. 133, pág. 1

Multiplicándose los milagros de día en día, los religiosos agustinos depositarios del precioso cadáver tomaron la costumbre de tocar las campanas á cada prodigio que se efectuaba á su vista, á fin de que el pueblo de Tolentino pudiese ser testigo, y fuese así creyendo más y más la devoción y la confianza hacia el glorioso Nicolás. Como los milagros se sucediesen sin interrupción, no cesaban las campanas del monasterio de repetir su alegre llamamiento á todos los habitantes de las cercanías. Sucedió que una mujer, llamada Tomasina, hija de Francisco Adinolfi, tuvo el temerario pensamiento, al oír tan constante campaneó, de que todo aquel ruido no era más que un artificio de los religiosos, que pretendían de ese modo atraer ingeniosamente los fieles hacia su iglesia. Dios castigó inmediatamente este desfavorable juicio, haciendo quedase ciego su hijo Mucio, que ella entonces tenía en brazos. La ceguera instantánea del niño abrió los ojos de la madre, que, reconociendo el justo castigo de su falta, cayó de rodillas é imploró de Nicolás el perdón, así como la curación de su hijo, prometiendo al mismo tiempo ofrecer en el altar del Santo un cuerpo de cera que tuviese el peso del pequeño ciego. No en vano se dirigió Tomasina al bienaventurado ermitaño, y bien pronto conoció la bondad y ternura de su corazón;

pues aun no había transcurrido una hora y ya el niño abría de nuevo los ojos y sonreía á la luz del día. Reconocida la madre, dirigióse ella misma á colocar su exvoto cerca de las reliquias del bienhechor de su querido Mucio (1).

Estos insignes milagros, y otros muchos imposibles de enumerar aquí, vinieron á demostrar con qué paternal y poderosa protección acudía Nicolás á aquellos que se le ofrecían y lo invocaban con confianza, á la vez que hicieron su nombre más célebre y venerado. No se hablaba de otra cosa que de Nicolás, ni cesaban de tributar acciones de gracias al Señor, que tan visiblemente y tan pronto glorificaba á su amado Siervo: de tal modo, que el aniversario primero de su muerte conmovió todo el país de las Marcas y todas las provincias circunvecinas. El 10 de Septiembre de 1306 renováronse en Tolentino las maravillas de los antiguos tiempos, viéndose acudir los pueblos en tropel, ora á implorar el valimiento del Santo, ora á cumplir sus votos, ora á dar las más reconocidas gracias por las curaciones obtenidas. Sucedió entonces que, caminando hacia Tolentino dos mujeres de San Ginés, encontraron en el camino á la hija de un habitante de esta ciudad, llamada

(1) *Proceso*, fol. 160, pág. 1.

Juana, á la cual suplicaron les acompañase á visitar la iglesia donde reposaban las reliquias del Taumaturgo. «A Tolentino van los enfermos, y yo me encuentro buena», respondió inconsideradamente aquella mujer. Mas, apenas había pronunciado estas palabras, cuando se sintió acometida de un dolor de costado tan agudo, que se quedó parálitica. Severa fué la lección, y, comprendiéndolo así la mujer, unióse á las piadosas peregrinas, é hizose transportar al sepulcro del Santo, á pesar de sus acerbos sufrimientos. Allí, ofreciendo un cirio de su propia altura, suplicó con lágrimas al Santo le devolviese la salud, lo que consiguió, en efecto, dejando á Tolentino completamente curada, y volviendo sola á su casa (1).

Entre la muchedumbre de gente que se agolpaba á la iglesia de PP. Agustinos hallábase una mujer ciega de hacía nueve años, cuya enfermedad era conocida en toda la población. Después de haber oído Misa, permaneció en oración hasta la hora de tercia. En este momento los religiosos, que comenzaban á cantar el Oficio, la oyeron arrojar un grito tan fuerte, que, creyéndola enferma, se agolparon alrededor suyo. «Ya veo, exclamó ella simplemente; San Nicolás me ha devuelto la

(1) *Proceso*, fol. 14B, pág. 1.

vista.» El P. Leonardo Montefalco y otro religioso presentáronle entonces un libro, á fin de asegurarse del milagro, y la ciega leyó en él sin dificultad (1).

Otro hecho más prodigioso todavía vino á colmar por completo el piadoso entusiasmo de los fieles y á acrecentar de una manera indecible la popularidad del Santo de Tolentino; hecho único, por el que el Cielo pareció querer recompensar á la vez la santidad de su siervo y la confianza de las muchedumbres. En medio del profundo silencio que reinaba en la iglesia, la estrella brillante y maravillosa, que tantas veces había conducido á Nicolás al lugar donde se hallaba su sepulcro, aparecióse en todo su resplandor, brillando hermosa y pura sobre las turbas arrodilladas. Ella parecía decirles que su protector, siempre benéfico y poderoso, oía sus oraciones y estaba presto á satisfacerlas. La profecía hecha al Bienaventurado por uno de sus Hermanos en religión se realizaba enteramente. Un inmenso clamor retumbó á la vista de este nuevo milagro, y gritos de alegría y de bendición interrumpieron los cánticos y salmodía de los ermitaños de San Agustín, mientras la ciudad entera corría presurosa á ver el astro maravilloso. Gente de todos los paí-

(1) *Proceso*, fol. 27, pág. 1.

ses, que jamás había conocido á Nicolás, afuyó allí en grande número, atraída por una fuerza misteriosa. Cada año, por espacio de más de veinte, según cálculo de los bolandistas, la muchedumbre de fieles tuvo la dicha de contemplar la radiante estrella, brillando con luz esplendorosa sobre el arca sagrada donde reposaba el elegido del Señor (1).

El año 1310 fué asimismo célebre en la historia póstuma del glorioso Taumaturgo de Tolentino. La noche de Todos los Santos, llena la iglesia de fieles, sobre todo de ciegos, de estropeados, de posesos y enfermos de todas clases, retumbaba con mil exclamaciones y cánticos de agradecimiento. Cuarenta y cinco milagros habíanse operado en un mismo instante por la virtud del Santo, á los que pocos momentos más tarde siguió el número cuarenta y seis, consistente en otra curación maravillosa. En memoria de esta hora bendita hase colocado en el campanario de la iglesia la inscripción siguiente, que todavía se lee: «Mientras que en la noche de Todos los Santos velaban, cumpliendo sus vo-

(1) Et multis sane annis continuis ipso die obitus ejus quò homines innumeri e diversis locis ad reverendum corpus ejus obtinendæ sanitatis confluebant, non autem vel antea vel postea stella illa videbatur. Pedro de Monterubiano, cap. v, número 84.

tos, en la iglesia de San Nicolás un gran número de fieles atormentados de diversas dolencias, fué concedida la salud á los enfermos, siendo además reducida á la fe una mujer infiel; volteáronse solas las campanas en señal de alegría; cuarenta y cinco milagros fueron obrados en la misma noche por el divino Nicolás » (1).

A medida que la piedad popular iba en aumento, multiplicábanse también las pruebas del poder de San Nicolás, y venían á ser cada día más brillantes. No eran sólo las enfermedades y dolencias el objeto de su bondad: la misma muerte no podía resistirle, y numerosos casos de resurrección han sido comprobados en el proceso de canonización. En el mismo año de 1310, un habitante de la ciudad de Camerino, llamado Ansovino Atti, que se disponía á montar á caballo, espantó al animal por un movimiento de la fusta, el cual salió escapado, arrastrando impetuosamente las riendas y sembrando el terror por dondequiera que pasaba. Un pequeño niño, llamado igualmente Ansovino, á quien el espanto había derribado al suelo, fué atropella-

(1) Illa eadem nocte omnium sanctorum Beatus Nicolaus fecit quadraginta quinque miracula in ecclesia S. Augustini de Tolentino... In illa nocte campanæ præditæ Ecclesiæ pulsabantur ex se, et non tangebantur ab aliquo. *Proceso*, fol. 126, pág. 2.

do por el furioso animal, y de tal modo hollado por sus pies, que las señales de las herraduras quedaron impresas en su cuerpo. La muerte fué casi instantánea, siendo conducido el difunto á su casa con las entrañas descubiertas y su cuerpo acardenalado con horribles heridas. Este espantoso accidente sumió á los desgraciados padres en un horrible dolor. Andrea, su madre, que estaba inconsolable, se puso á rogar á San Nicolás con suspiros y lágrimas, pidiéndole con entera confianza la resurrección de su hijo, y prometiendo en cambio depositar sobre el sepulcro del Santo de Tolentino un grueso cirio y una imagen de cera. Una vez más se mostró el Taumaturgo generoso á las súplicas que se le dirigían, sin que el prodigio se dejase esperar largo tiempo. En efecto, Ansovino volvió otra vez á la vida, sin que en todo su cuerpo se viese la menor mancha de cardenales ni vestigio alguno de enfermedad. Al día siguiente corría y jugaba, como la víspera, con los muchachos de su tiempo (1).

En el año 1317 tuvieron lugar tres famosas resurrecciones. La víspera de San Juan Bautista cayóse en el canal de un molino un niño llamado Puccio, de edad de cuatro años y algunos meses, el cual fué arrastrado hacia

(1) *Proceso*, fol. 116, pág. 1.

la abertura que comunica con la rueda del molino, cesando éste de dar vueltas, impedido por el cuerpo del niño, que tapaba enteramente aquella abertura, y que, arrollado por el ímpetu de las aguas, expiró antes que persona alguna pudiera prestarle socorro. Una hora más tarde del funesto accidente acudía la madre, acongojada, al lugar desde donde se veía la víctima; mas, como las aguas se encontrasen grandemente alborotadas, nadie se atrevía á descender por el pequeño cadáver. Llegó Juana, después de mil esfuerzos, á colocar sobre el borde del canal el cadáver de su pobre hijo, muerto hacía largo tiempo y cubierto de horribles cardenales, y, arrodillada delante de aquel cuerpo inanimado de su Puccio, deshacíase en lágrimas de la más inconsolable amargura. De repente, llena de una admirable confianza, exclamó: «¡Ah, Nicolás!; Vos, que sois el Santo de los milagros, resucitadme á mi Puccio!; Cómo podré yo vivir sin él? Concededme la gracia que os pido. Yo os prometo ayunar cada año la víspera de vuestra fiesta, santificar vuestro día absteniéndome de todo trabajo, y llevar los vestidos de mi hijo á vuestro altar de Tolentino». Todavía no había concluído su oración, cuando, recobrando el niño la vida, abrió sus ojos y sonrió á su madre; la cual, en presencia de todos cuantos habían acudido llevados

del ruido del accidente, despojó á Puccio de sus vestidos, con el fin de ofrecerlos en el altar del Taumaturgo. Un doble milagro se había verificado: el pequeño cuerpo no presentaba la menor señal de sus heridas, ni de los golpes violentos de las olas que lo habían azotado largo tiempo (1).

La tercera resurrección que aquí vamos á citar es tan maravillosa, escriben los bolandistas, que no será fácil encontrar un milagro semejante: razón por la cual, añaden, vamos á contarlo, citando las mismas palabras del beato Jordán de Sajonia.

«No lejos de Padua, en el monte Rotondo, hoy llamado Monte Ortona, un hombre atravesaba solo un camino, siendo asaltado por sus enemigos, que habían jurado su ruina y lo aguardaban para quitarle la vida. No pudiendo escapar de sus manos, suplicóles el infeliz, por el amor de Dios y de San Nicolás, le hiciesen siquiera la gracia de pedir que viniera un sacerdote que lo oyese en confesión y lo absolviese antes de morir; mas los enemigos mostráronse inflexibles, quitándole al punto la vida, mientras que la víctima continuaba encomendándose á Dios y á San Nicolás de Tolentino. Tomando después el cadáver, arrojáronlo estos hombres crueles en un lago

(1) *Proceso*, fol. 110, pág. 2.

vecino que se alimentaba de una fuente de agua hirviendo, sumergiéndose inmediatamente en el fondo del lago y desapareciendo completamente. Siete días transcurrieron, al cabo de los cuales aparecióse Nicolás vestido de ermitaño de San Agustín, y, sacando al muerto del agua, vuelto á la vida, le hizo caminar por la orilla del lago y condújolo él mismo hasta Monte Rotondo. Cuando este hombre resucitado, hubo llegado á su morada, llamó á la puerta, que fué abierta inmediatamente. Su mujer y sus hijos llenáronse de admiración y de alegría al volver á ver vivo á aquel que ya creían muerto. Todo esto tenía lugar durante la noche. Desde el momento en que entró en casa el protegido del Santo de Tolentino, quiso acostarse, y encargó se llamase á un sacerdote. Sabía él que la vida no le había sido devuelta sino á fin de que pudiese prepararse, según sus deseos, para los juicios de Dios. Corrió, pues, el sacerdote á confesarle y administrarle el Viático y la Extremaunción, y, haciendo este hombre inmediatamente su testamento, puso en orden sus negocios, dijo *adiós* á su esposa, á sus hijos y á todos aquellos que estaban presentes, después de contarles minuciosamente cómo Nicolás lo había protegido, resucitado y conducido á su propio domicilio, y por fin murió de nuevo á las nueve de la mañana.

Inmediatamente después de esta muerte extraordinaria desapareció la carne del cadáver y quedaron los huesos blancos y calcinados, como los de una persona que fuese quemada viva. El beato Jordán de Sajonia asegura que en su tiempo se conservaban todavía en Monte Rotondo estos huesos desnudos y limpios, como prenda preciosa y recuerdo de un prodigio tan inefable» (1).

No siéndonos posible citar los innumerables milagros del Taumaturgo de Tolentino, nos hemos detenido en estas tres resurrecciones, cuya certeza es evidente y se halla suficientemente comprobada. Ellos nos darán una idea del poder celestial de Nicolás, que, al decir del historiador Lanteri en la obra intitulada *Postrema secula sex*, resucitó 107 muertos, sin hablar de todas las curaciones maravillosas que han hecho por todas partes conocer y bendecir su nombre.

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vite Fratrum*, libro II.



CAPÍTULO XXII

Situación de la Iglesia en el siglo XIV.—Publica el Papa Juan XXII la Bula *Pater luminum*.—Trescientos setenta y dos testigos.—Va á Aviñón el P. Tomás de Fabriano.—Luis de Baviera se hace coronar en Aix-la-Chapelle.—Elección de un Antipapa.—Beatificación de Nicolás.—Un cisma.—El Papa Eugenio IV obtiene la reconciliación por la intercesión de Nicolás.—Trescientos y un milagros.

Conmovidos los ermitaños de San Agustín por la grandeza y multitud de los milagros de su Taumaturgo tanto como por la heroica excelencia de sus virtudes, suplicaron á la Santa Sede se dignase instruir el proceso de la canonización de Nicolás y elevarlo al honor de los altares. Unieron sus instancias á las de la Orden muchos obispos, y todas las personas afectas á esta causa concibieron la esperanza de ver prontamente acabado este negocio á la gloria del Santo de Tolentino. Mas habiéndose agravado en gran manera las dificultades, cada día nuevas, que afligían por aquella época á los Sumos Pontífices, vinie-

Inmediatamente después de esta muerte extraordinaria desapareció la carne del cadáver y quedaron los huesos blancos y calcinados, como los de una persona que fuese quemada viva. El beato Jordán de Sajonia asegura que en su tiempo se conservaban todavía en Monte Rotondo estos huesos desnudos y limpios, como prenda preciosa y recuerdo de un prodigio tan inefable» (1).

No siéndonos posible citar los innumerables milagros del Taumaturgo de Tolentino, nos hemos detenido en estas tres resurrecciones, cuya certeza es evidente y se halla suficientemente comprobada. Ellos nos darán una idea del poder celestial de Nicolás, que, al decir del historiador Lanteri en la obra intitulada *Postrema secula sex*, resucitó 107 muertos, sin hablar de todas las curaciones maravillosas que han hecho por todas partes conocer y bendecir su nombre.

(1) Beato Jordán de Sajonia. *Vite Fratrum*, libro II.



CAPÍTULO XXII

Situación de la Iglesia en el siglo XIV.—Publica el Papa Juan XXII la Bula *Pater luminum*.—Trescientos setenta y dos testigos.—Va á Aviñón el P. Tomás de Fabriano.—Luis de Baviera se hace coronar en Aix-la-Chapelle.—Elección de un Antipapa.—Beatificación de Nicolás.—Un cisma.—El Papa Eugenio IV obtiene la reconciliación por la intercesión de Nicolás.—Trescientos y un milagros.

Conmovidos los ermitaños de San Agustín por la grandeza y multitud de los milagros de su Taumaturgo tanto como por la heroica excelencia de sus virtudes, suplicaron á la Santa Sede se dignase instruir el proceso de la canonización de Nicolás y elevarlo al honor de los altares. Unieron sus instancias á las de la Orden muchos obispos, y todas las personas afectas á esta causa concibieron la esperanza de ver prontamente acabado este negocio á la gloria del Santo de Tolentino. Mas habiéndose agravado en gran manera las dificultades, cada día nuevas, que afligían por aquella época á los Sumos Pontífices, vinie-

ron á dificultar estos piadosos proyectos y á hacer perder todas las esperanzas, no permitiendo la situación de la Iglesia fuesen inmediatamente satisfechos estos justos deseos. Había muerto Nicolás en tiempo de las desavenencias entre el rey de Francia Felipe el Hermoso con Bonifacio VIII; y aunque Benedicto XI, que sucedió á este último en la Silla de San Pedro, probó de restablecer la paz, modificando algunas disposiciones de su predecesor y reconciliándose personalmente con su poderoso enemigo; la guerra, no obstante, duraba todavía. Pretendía Felipe el Hermoso obtener á todo trance del Papa que deshonrase la memoria de Bonifacio VIII; mas, como sus pretensiones eran injustas é infundadas, rehusábalo enérgicamente Benedicto XI. Muerto este Sumo Pontífice, Bertrando de Goth, que le sucedió bajo el nombre de Clemente V, ocupóse exclusivamente durante su Pontificado en el cambio de su residencia, que colocó en Aviñón, en el Concilio de Viena y en el famoso proceso de los Templarios.

Veinte años nada más habían transecurrido después de la muerte de Nicolás, cuando el Papa Juan XXII publicó la bula *Pater luminum*, confiriendo la autoridad apostólica para el proceso de canonización al Obispo de Sinigaglia, al de Cesena y á Ugolino, Abad de

San Pedro de Perusa. Juntáronse en Macerata estos tres delegados el 3 de Julio de 1325, é hicieron llamar al Provincial Pedro Castellí, al Prior de Tolentino y al P. Simón de Montecchio, con tres cancilleres y muchos notarios que debían quedar al servicio del tribunal. Trescientos setenta y dos testigos fueron allí oídos (1), dando á sus declaraciones una grandísima autoridad la circunstancia de que la mayor parte de ellos habían tratado á Nicolás personalmente. Un poco más de un año duró esta información de Macerata; concluída la cual, comisionóse al P. Tomás Fabriano, ermitaño de San Agustín, que la llevase á Aviñón, con orden expresa de no entregarla sino en las manos mismas del Sumo Pontífice.

El 5 de Diciembre de 1326 fué recibido el P. Tomás en pleno Consistorio (2), donde, rompiendo el Papa los sellos en presencia de los Cardenales, después de haber visto los documentos, encargó á tres Príncipes de la Iglesia que los examinasen severamente. Eran

(1) *Proceso*. Giorgi, segunda parte, cap. III, página 223.

(2) *Quæ quidem omnia sub testimonio sigillorum dictorum Episcoporum...* per Fr. Thomam de Fabriano dicti Ordinis Sac. Theol. Professorem, die Veneris 5 Decembris A. D. MCCCXXVI. Sanctissimo Domino Nostro et Sac. Colleg. DD. Cardinalium in Consistorio præsantata fuerunt. *Proceso*.

éstos Vidal del Torno, Goncelino Cosa y Santiago Gaetani. Mas, cuando la Orden Agustiniense veía por fin comenzar la grande y tan deseada obra de la canonización de San Nicolás, nuevos obstáculos vinieron á interponerse, y Juan XXII vióse en la necesidad de interrumpir el proceso para poder atender á conservar su independencia amenazada y la integridad de la fe, combatidas entonces por muchos nuevos herejes.

Luis V de Baviera acababa de hacerse coronar emperador en Aix-la-Chapelle, mientras que los electores hacían consagrar en Colonia al hijo de Alberto I, Federico el Hermoso; con lo que estalló la guerra civil, tanto más cruel cuanto que ambos combatientes eran parientes próximos. Después de haberse derramado mucha sangre, resolviéronse á que fuese decidida la contienda por treinta campeones solamente; lo cual no fué más que el preludio de una batalla, en la que salió vencedor Luis de Baviera. Esta batalla, con algunas otras que siguieron, le constituyeron dueño absoluto del imperio.

Hábase conservado el Papa neutral entre las partes beligerantes, esperando que Luis, cuya falta de religión y perversas cualidades tenía bien conocidas, se vería obligado á ceder la corona á Federico, príncipe sabio y virtuoso. Después de la batalla de Muldorf

mandó al vencedor suspendiese el ejercicio de sus derechos para someterlos al juicio de la Santa Sede, que estaba quejosa de su conducta y se veía obligada á dirigirle algunas reprensiones por haber favorecido á los herejes y enemigos de la Iglesia romana. No habiendo Luis tenido en cuenta las advertencias y amonestaciones del Pontífice, éste declaró vacante el imperio, mientras que, furioso el Emperador, apelaba del *Papa mal instruido* al *Papa bien instruido*, y luego á un Concilio general, que lo excomulgó. Jurando entonces vengarse de la Santa Sede, este indigno príncipe marchó para la Italia, entró en Roma y, haciéndose coronar de nuevo, procedió á la elección de un Antipapa, Pedro de Cobier, teniendo la osadía de colocar Obispos de su elección en muchas iglesias, después de arrojar á los que las poseían legítimamente, y llegando su audacia hasta pronunciar una sentencia de muerte contra el sucesor de San Pedro y contra el rey de Nápoles, su amigo y defensor, condenando á los dos á ser quemados vivos.

El Pontífice Romano, abrumado de todo género de males y rodeado de peligros presentes y de dificultades sin número, suspendió forzosamente el proceso del Taumaturgo de Tolentino, pero proponiendo en su ánimo volver á tomarlo y proseguirlo tan pronto co-

mo le fuese posible, á fin de acabar esta obra, que miraba con interés. Así que, para significar cuán presente estaba en su pecho esta canonización, hizo voto el año 1330, en presencia de sus Cardenales, de colocar en los altares á Nicolás, tan proto como la persecución cesara y fuese vuelta la paz á la Iglesia; dando al mismo tiempo al hijo de Agustín el título de Beato (1). Esta primera decisión fué por todos acogida con gran regocijo, pues que con ella se proclamaba ya muy alto que los hechos extraordinarios registrados en Macerata revestían todos el carácter de milagrosos, derivándose también de ahí que el Papa podía, cuando lo creyese conveniente, inscribir á Nicolás en el número de los santos confesores. La Orden de San Agustín, sobre todo, y la diócesis de Tolentino, que deseaban hacía tiempo que fuese permitido el culto público de Nicolás, sintieron otra vez renacer todas sus esperanzas. Desde este mismo año celebróse solemnemente el 10 de Septiembre por la Orden Agustiniense el aniversario de la muerte de su glorioso hijo, y la Italia entera se unió á los ermitaños para festejar la beatificación del nuevo Bienaventurado, siendo desde entonces considerado en muchos pueblos el 10 de Septiembre co-

(1) Bolandos, tom. III, § II.

mo un día de bendición y de alegría pública (1).

Sin embargo, las persecuciones y alarmas que continuamente rodeaban á la Santa Sede enfriaron una vez más este movimiento de entusiasmo y de celo por la causa de Nicolás. Los que hasta entonces habían trabajado en ella llegaron á juzgar imposible y á abandonar poco á poco esta empresa, mientras pasaban aquellos aciagos tiempos, permaneciendo, sin embargo, fieles á la misma, y teniendo cuidado de anotar y relatar todo aquello que pudiese contribuir más tarde al buen éxito de la canonización; esto es, el acrecentamiento rápido del culto de Nicolás y los numerosos é insignes milagros que habían los fieles obtenido por su valimiento. Contábase ya por esta época seis resurrecciones y más de trescientos prodigios ciertos y comprobados, sin contar las gracias y favores de menos importancia, cuya relación y pruebas se recibía cada día de todas partes. *Nadie ha vivido desde el tiempo de los apóstoles, según el testimonio de Eugenio IV, que haya superado á Nicolás ni en el número ni en la magnitud de los milagros* (2).

(1) Herrera, Alfabeto Agustiniense, año 1307.

(2) *Neminem inde jam ab Apostolorum aeo visisse qui prodigiorum aut magnitudine aut multitudine Nicolaum superavit.* Eug. IV, apud Corn. Curt. in vita S. Nicolai.

El gran cisma de Occidente, que vino á desgarrar la Iglesia de Jesucristo durante medio siglo, contribuyó también mucho á retardar la canonización del hijo de Agustín; mas Dios, en sus impenetrables juicios, no hizo que se retardase su triunfo definitivo y completo sino para hacer que este triunfo fuese más glorioso y magnífico. Un acontecimiento importante, reuniendo la Iglesia griega á la Iglesia latina, iba á hacer progresar la causa del Taumaturgo, llevándola por fin á un resultado glorioso. Habiendo aumentado los turcos sus antiguas conquistas con nuevas victorias y con la toma de Tesalónica en 1431, el Emperador de Constantinopla temió con razón que el Imperio no viniese á ser presa de aquéllos, llegando de una vez á su fin. No pudiendo esperar socorros sino de parte de los latinos, deseó la unión de la Iglesia griega con la Iglesia de Roma, y, habiéndole hecho sobre esto una propuesta al Papa Eugenio IV, envióle éste sus legados que lo mantuviesen en sus buenos deseos y le hiciesen saber que pensaba convocar un Concilio en Ferrara para este objeto. Acudió Juan Paleólogo á esta asamblea el año 1438, en compañía del Patriarca de Constantinopla, veinte de los primeros dignatarios de la Iglesia cismática, y los embajadores de los soberanos de Trebisonda, de Moscovia, de Georgia, de Servia y

Valachia, siendo todos ellos recibidos en Ferrara con una magnificencia extraordinaria; mas, habiéndose trasladado el Concilio algunos meses más tarde á Florencia por causa de la peste, siguieron también á los Padres en esta segunda residencia. El Papa Eugenio, en persona, todo el Colegio de Cardenales y más de cincuenta Obispos representaban á la Iglesia latina.

Los más sabios teólogos de Oriente y Occidente examinaron juntos, por espacio de diez y ocho meses, las tradiciones de las dos Iglesias, llegando el 6 de Julio de 1439 á la conclusión de la paz de una manera solemne y gloriosísima para la Silla Apostólica de Roma. Así terminó el cisma de Focio, que tanto y por tantos siglos había afligido á la Iglesia católica.

El Papa Eugenio IV, que había obtenido esta grande y gloriosa reconciliación por los auxilios del Beato Nicolás, como él mismo lo aseguraba, tomó otra vez el camino para Roma, dispuesto á conceder á su protector los honores de la canonización (1), lo que inició al momento, formando al efecto una asamblea

(1) Sed et illud celeberrimum extitit ipsius Eugenii voto expetitur et sucesorum pontificum oraculo firmatum, quod ecclesia Romana S. Nicolai meritis summam præter spem tranquillitatem consecuta est. Officium. Canonizationis die 5 Junii.

que examinase el estado de la causa. Compañase aquélla de Juan, Cardenal-Obispo de Palestrina; de Juan, Cardenal-Presbítero del título de San Lorenzo en Lucina, y de Próspero, Cardenal del título de San Jorge en Velabro. Dichos tres Cardenales volvieron á tomar el proceso y dieron lectura del mismo en pleno Consistorio, ante el Soberano Pontífice, el Sagrado Colegio y todos los Obispos presentes en la Ciudad Eterna. Aunque para la canonización de un santo no se necesitan más que tres milagros, la Congregación aprobó entonces trescientos que Dios se dignó aumentar, obrando un nuevo prodigio en presencia del Papa y de los Cardenales. El abogado consistorial, que debía leer en alta voz el largo é importante proceso de canonización, era tartamudo de nacimiento; mas, apenas hubo abierto la boca para comenzar la lectura y glorificar á Nicolás, cuando soltóse su lengua y continuó, sin pararse y sin vacilar una sola vez, toda la lectura del proceso y de los trescientos milagros.

Lleno de entusiasmo Eugenio IV ante este prodigio, levantó la sesión, diciendo: «Yo apruebo trescientos un milagros»; y mandó registrar inmediatamente el último, á continuación de los otros. Estas palabras del sucesor de San Pedro fueron saludadas con aplausos y cánticos de reconocimiento por la au-

gusta asamblea, que veía en ellas el primer destello de la aurora del dichoso día en que Nicolás de Tolentino sería canonizado (1).

(1) Giorgi, segunda parte, cap. v, pág. 248. Centena terque illustra patrata fulgent thaumata, quæ lingua blæsa edisserit, soluta Divi munere. Himno del Oficio de la Canonización.



CAPÍTULO XXIII

Canonización de San Nicolás.—El Soberano Pontífice publica la bula de canonización.—Fijase para la canonización el día de la fiesta de Pentecostés, 5 de Junio de 1446.—Canonización.—Nuevos milagros.—Roma, Pavia, Venecia.—Agradecimiento de Nicolás para con el Papa Eugenio IV.

Mientras se dirigían al Soberano Pontífice tiernas súplicas pidiéndole apresurase el decretar para Nicolás los honores supremos de la canonización, la Orden á que había pertenecido organizaba colectas por todas partes con que atender á los enormes gastos del proceso. El General, P. Bartolomé de Venecia, había en 1397 ordenado á todos los Provinciales presentes al Capítulo de Munich le remitiesen para este objeto los fondos de que pudiesen disponer, tan pronto como regresasen á sus conventos (1). Los encargados de las colectas destinadas á esta santa empresa

(1) *Indicta est collecta pecuniarum pro expensis faciendis in Canonizatione Sancti Nicolai de Tolentino. Ex Comm. Ord. sub anno 1397.*

consagraronse á ella con tanto celo y actividad, que en poco tiempo pudieron disponer los agustinos de los fondos suficientes para el proceso y para los preparativos de la fiesta, cuyo esplendor admiró á los autores contemporáneos.

Por fin, el 1.º de Febrero de 1446 expidió el Soberano Pontífice la bula de canonización (1), tan largo tiempo esperada y tan vivamente apetecida, dando á conocer su intento de presidir él mismo la solemnidad en la iglesia de San Agustín de Roma. El P. Julián de Semelio, á la sazón General de la Orden, quiso dar las gracias á Eugenio IV por el honor que se dignaba dispensar á la familia monástica del gran Obispo de Hipona, ofreciéndole él mismo, en nombre de la Orden, un hermosísimo palio con las armas de la Santa Iglesia, de la Santa Sede, de los Ermitaños de San Agustín, de San Nicolás y de la ciudad de Roma.

Después de cuatro meses de preparativos, amaneció por fin el día tan deseado, día memorable y glorioso, día de bendiciones y de milagros. El día 5 de Junio de 1446, fiesta de Pentecostés, el cañón del castillo de San Angelo y las campanas de todas las iglesias sa-

(1) Véase el apéndice núm. 3, al fin de este volumen.

ludaron desde el alba la gran solemnidad que se preparaba. Según los autores contemporáneos, jamás se habían visto fiestas parecidas en la ciudad eterna. Hermosas colgaduras de oro y terciopelo y magníficas banderas, representando los principales milagros del Santo, adornaban todo el trayecto que debía recorrer el cortejo pontifical, desde la iglesia de San Agustín hasta la de San Celso (1).

Comenzaron las ceremonias por una procesión general, compuesta del clero secular y regular de Roma, de los curas y vicarios de la ciudad y de los canónigos de todas las basílicas menores y patriarcales. Hallábanse allí todos los Obispos residentes en Roma y todos los Cardenales, coronadas sus sienes de preciosísimas mitras, marchando en pos de todos el Soberano Pontífice, conducido en su silla gestatoria, teniendo una candela encendida en su mano izquierda, mientras que con la diestra bendecía á las turbas, que lo aclamaban con gritos de alegría y de entusiasmo. Sería difícil describir los transportes de alborozo que entonces, como ahora, causaba la presencia del sucesor de Pedro á las muchedumbres venidas de todos los paí-

(1) Por el amor á dicho Santo, fueron cubiertas y adornadas las calles con colgaduras de oro, terciopelo y lana, desde San Agustín hasta San Celso. Petronio. Cod. Vat.

ses á presenciar estas solemnidades y á tributar sus homenajes al héroe cristiano nuevamente elevado á los altares. La procesión desfiló lentamente por las calles de la ciudad, cantando las Letanías de los Santos y las demás oraciones prescritas, siendo detenida repentinamente al pasar el puente de San Angelo por una mayor oleada de gente que invadía la carrera. Sucedió entonces que, en medio de esta aglomeración de las turbas, un muchacho que marchaba á la orilla del río fué arrojado en el agua; la cual, con tal rapidez lo arrolló en su corriente, que, á pesar de las más activas y prontas diligencias, no pudo siquiera encontrarse su cadáver. Durante este tiempo, el padre del niño ahogado, que era trompeta en el cortejo pontifical, no se enteró lo más mínimo de la desgracia que acababa de sucederle, sino que continuó glorificando al Taumaturgo con la voz de su instrumento.

Llegado que hubieron á la iglesia de San Agustín, detúvose allí la procesión, y, descendiendo el Papa de su silla, después de las ceremonias de costumbre hizo cantar solemnemente el *Veni Creator*. Terminado el himno, el sucesor de Pedro, sentado en su trono y ceñida su frente con la tiara pontifical, declaró que, á honor de la Santa é Indivisible Trinidad, por la exaltación de la Fe católica

y aumento de la Religión cristiana, en virtud de la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Apóstoles Pedro y Pablo y de la suya propia, definía que el Bienaventurado Nicolás de Tolentino, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, era Santo y que lo inscribía en el Catálogo de los Santos, estableciendo que su piadosa memoria fuese honrada y venerada cada año por la Iglesia universal el día 10 de Septiembre.

La gran noticia fué al punto anunciada y saludada por todas las campanas de Roma y por el cañón de San Angelo, mientras que el Soberano Pontífice, en la oración que él mismo había compuesto para la Misa de este día memorable, reconocía deber á la protección de San Nicolás la paz y tranquilidad de la Iglesia (1).

La tarde de este día, en medio de las fiestas é iluminaciones, un hombre, llevando to-

(1) «Concede, quæsumus, omnipotens Deus ut Ecclesia tua, quæ ineffabili providentia Beati Nicolai Confessoris tui virtutum et miraculorum gloria coruscet, ipsius meritis et intercessione, eliminatis erroribus perpetua pace atque unitate lætetur.» Oratio in die festi ab Eugenio IV composita, Post ejus relationem in numerum Sanctorum celeberrimum maximumque illud miraculum extitit, quod Ecclesia Romana, jam per annos amplius quinquaginta schismatum dissidiis graviter afflicta, hujus beati viri meritis et intercessione, sublati erroribus, pacem præter spem summam consequuta est. Sixtus V in Bulla diei 17 Januarii MDLXXXV.

avía el uniforme de trompeta, llegaba á las orillas del Tíber, donde acababa de oír que había desaparecido su hijo aquella mañana. Habíase ya perdido toda esperanza de encontrarle, después de haber agotado todo género de diligencias, sumergiéndose algunos y volviéndose á sumergir sin lograr descubrir cosa alguna; y el sol, desapareciendo del horizonte, para dar lugar al crepúsculo, tan peligroso en Roma, iba á impedir nuevas tentativas. Sin embargo, algunas personas caritativas, movidas del dolor de aquel hombre, habiendo tentado un supremo y último esfuerzo, lograron sacar á la ribera el pequeño cadáver, ya hinchado. ¡Hacía más de diez horas que estaba en el fondo del agua!

El padre del niño, arrojándose sobre el frío cadáver, cubriéndolo de besos y de lágrimas, quejándose respetuosamente á San Nicolás de que hubiese permitido en un día tan memorable un tan triste suceso y una tan inmensa desgracia. «¡Ah, exclamaba; si vos me devolvéis el hijo, yo lo consagraré á Dios!» Y he aquí que, apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando el niño resucitado le miraba sonriendo y lo acariciaba tiernamente (1).

(1) Insigni miraculo hæc ipsa celebritas nobilitata fuit; puer enim tubicinis cujusdam filius, ab Ælio Ponte, prementibus turbis, in Tyberim de-

En esta misma solemnidad del 5 de Junio obró el Taumaturgo de Tolentino otra maravilla, no menos admirable y sorprendente. Hacía siete siglos que el cuerpo de San Agustín, Patriarca y fundador de los Ermitaños que llevan su nombre, reposaba en Pavía en la iglesia de su Orden. El día de la canonización de Nicolás, en el momento mismo en que el Pontífice pronunciaba su canonización, vieron al nuevo santo sobre los aires los habitantes de aquella ciudad, rodeado de resplandores y de gloria. Después de haber saludado la tumba bendita de su Padre, bajó Nicolás á tierra y, entrando en las prisiones, rompió las cadenas de los encarcelados á los cuales no se atrevió el gobernador á negar una libertad que el Cielo había querido concederles tan milagrosamente (1).

Mas si Roma y Pavía habían tenido su milagro, Venecia, patria de Eugenio IV, debía tener el suyo. Nicolás quiso también en esta

jectus, atque inde urinatorum opera exanimis vix demum extractus, patre pro eo S. Nicolao votum nuncupante, paulo post summa omnium admiratione revixit. Breviarium 5 Junii. Item omnes historici S. Nicolai.

(1) *Papiae anno 1446 die 5 Junii S. Nicolaus de Tolentino visibiliter omnibus apparuit, incarcerationis omnes liberabit. Hoc miraculum depictum cernitur supra portam civitatis. Elsius. Edit. Bruxelis, anno 1654.*

fiesta dar una prueba de agradecimiento al Sumo Pontífice que le había otorgado los honores de la canonización. Tan pronto como los agustinos de esta ciudad tuvieron noticia del triunfo de su santo Hermano, quisieron también celebrar solemnemente un acontecimiento tan consolador y glorioso para su Orden. Durante las fiestas que con tal objeto se celebraron, cayóse un muchacho en el gran canal de Murano, y tan pronta y completamente desapareció bajo las rápidas y profundas aguas, que nada pudo encontrarse, á pesar de las más minuciosas y perseverantes diligencias.

Derramaba abundantes lágrimas su desconsolada madre y suplicaba al nuevo Santo, cuyo maravilloso poder le era bien conocido, viniese en su socorro devolviéndole su hijo. Mas sucedió que, andando todavía errante por las orillas del canal, divisó á su hijo sobre las aguas, vivo é ileso, el cual, viniendo hacia ella con alegre rostro, le dijo: « Mi buena madre, he estado durante todo el día al lado de un religioso muy hermoso, que tenía los vestidos negros y muy brillantes, y me sonreía y consolaba con sus dulces caricias ». Conoció entonces la madre que su hijo había sido librado por el mismo San Nicolás, á la vez que los habitantes de Venecia, testigos de este milagro, ofrecieron al Santo una tierna

y particular devoción, que dura todavía en nuestros días (1).

En fin, á la muerte del Papa Eugenio IV, Nicolás quiso aún manifestarle de nuevo su reconocimiento. En el momento mismo en que expiraba el Pontífice en Roma, el retrato del Taumaturgo conservado en Tolentino derramaba abundantes lágrimas. Los testigos de este milagro, cuya causa ignoraban en un principio, abrigaron desde luego la convicción de que alguna gran desgracia debía de esperarse. Tres días más tarde, en efecto, llegaba la noticia de que el sucesor de Pedro, el Papa que había canonizado á Nicolás, había descendido á la tumba (2).

(1) Intra Murani grandioreni canalem... puerum quemdam absorbit, funditus in imas partes demersit, integraque totius diei mensura sub aquarum tegmine continuít... Pia mater ipsum Divo Nicolao glorioso commendavit... Vespere factó super aquarum decurrentibus undis... puer vivus atque ab omni prorsus lesione immunis ante omnium oculos oblatu8 emersit... dicens: O mater, totius hodiernæ lucis curriculo penes quemdam apprime pulcherrimum fratrem nigris indutum vestibus immoratus fui Scipio Jardinus, cap. xxx. Apud Bolland., tom. III, pág. 695. Anónimo, pág. 128.

(2) Hæc imago abunde sudavit in morte Eugenii Papæ IV. Inscriptio asservata in Ecclesia S. Nicolai Tolentinatis.



CAPÍTULO XXIV

San Nicolás, protector de la Iglesia.—Ordena el Papa al General de los Agustinos que proceda á abrir el sepulcro de San Nicolás.—Rumores alarmantes.—Un atentado.—El Prior de Tolentino esconde en un subterráneo el cuerpo de San Nicolás.—La sangre profética.—El Papa Alejandro VII declara á San Nicolás protector de la Iglesia universal.

Tan pronto como el glorioso Taumaturgo de Tolentino fué canonizado y ascendido al honor de los altares; tan pronto como por todas partes comenzó á ser bendecido su nombre y conocido su poder por los numerosos y esclarecidos milagros en su virtud obrados, echóse de ver con extrañeza que, contra la costumbre y práctica del culto católico, todavía no hubiese una sola reliquia del Santo expuesta á la veneración de los fieles de Roma ó de cualquiera otra parte. Habían corrido rumores extraños á propósito de un atentado cometido en las preciosas reliquias; mas estos rumores, ya antiguos, se habían desvanecido por sí mismos, y nadie se dignaba ya darles fe alguna. Numerosas y apremiantes

y particular devoción, que dura todavía en nuestros días (1).

En fin, á la muerte del Papa Eugenio IV, Nicolás quiso aún manifestarle de nuevo su reconocimiento. En el momento mismo en que expiraba el Pontífice en Roma, el retrato del Taumaturgo conservado en Tolentino derramaba abundantes lágrimas. Los testigos de este milagro, cuya causa ignoraban en un principio, abrigaron desde luego la convicción de que alguna gran desgracia debía de esperarse. Tres días más tarde, en efecto, llegaba la noticia de que el sucesor de Pedro, el Papa que había canonizado á Nicolás, había descendido á la tumba (2).

(1) Intra Murani grandioreni canalem... puerum quemdam absorbit, funditus in imas partes demersit, integraque totius diei mensura sub aquarum tegmine continuít... Pia mater ipsum Divo Nicolao glorioso commendavit... Vespere factó super aquarum decurrentibus undis... puer vivus atque ab omni prorsus lesione immunis ante omnium oculos oblatu8 emersit... dicens: O mater, totius hodiernæ lucis curriculo penes quemdam apprime pulcherrimum fratrem nigris indutum vestibus immoratus fui Scipio Jardinus, cap. xxx. Apud Bolland., tom. III, pág. 695. Anónimo, pág. 128.

(2) Hæc imago abunde sudavit in morte Eugenii Papæ IV. Inscriptio asservata in Ecclesia S. Nicolai Tolentinatis.



CAPÍTULO XXIV

San Nicolás, protector de la Iglesia.—Ordena el Papa al General de los Agustinos que proceda á abrir el sepulcro de San Nicolás.—Rumores alarmantes.—Un atentado.—El Prior de Tolentino esconde en un subterráneo el cuerpo de San Nicolás.—La sangre profética.—El Papa Alejandro VII declara á San Nicolás protector de la Iglesia universal.

Tan pronto como el glorioso Taumaturgo de Tolentino fué canonizado y ascendido al honor de los altares; tan pronto como por todas partes comenzó á ser bendecido su nombre y conocido su poder por los numerosos y esclarecidos milagros en su virtud obrados, echóse de ver con extrañeza que, contra la costumbre y práctica del culto católico, todavía no hubiese una sola reliquia del Santo expuesta á la veneración de los fieles de Roma ó de cualquiera otra parte. Habían corrido rumores extraños á propósito de un atentado cometido en las preciosas reliquias; mas estos rumores, ya antiguos, se habían desvanecido por sí mismos, y nadie se dignaba ya darles fe alguna. Numerosas y apremiantes

demandas de reliquias elevábanse sin cesar al General de la Orden, que no respondía á ellas, y parecía poco deseoso de extraer de su caja el cuerpo de Nicolás. ¿Por qué? Deseábase saber la causa secreta de esto, cuando, muerto Eugenio IV, Nicolás V, su digno sucesor, mandó llamar en 1450 al P. Julián Falciglia de Salem, General de los Agustinos, y le ordenó que, dirigiéndose al sepulcro del Santo en compañía de algunas personas dignas, procediese á la abertura de la preciosa caja. Dificultoso en extremo se le hizo al Padre un tal ordenamiento; mas, no atreviéndose á rehusar obedecer al Soberano Pontífice, partió para Tolentino, echando primero á volar la especie de que el cuerpo del Santo había sido arrebatado, no hallándose encerrados en el sepulcro más que los brazos. Esto era verdad. Habiendo sido abierta la caja por el General y Comisarios apostólicos el mismo día prefijado por el Papa, no hallaron en ella más que los dos brazos de Nicolás, pero cubiertos de carne y bañados en sangre fresca y encarnada (1).

Este suceso obligó á los ermitaños de San Agustín á divulgar todos los pormenores concernientes á las preciosas reliquias, tales como vamos á referirlos en este capítulo.

(1) Ceppi, cap. XIV, pág. 56.

Cuarenta años próximamente después de la muerte del Santo, ó sea el año 1345, un hermano lego de la Orden, llamado Teodoro, que habitaba en uno de los antiguos conventos de Alemania, como oyese hablar de las maravillas obradas en Tolentino, solicitó permiso para ir allá en peregrinación. Pareció bien á los superiores semejante demanda, y, autorizado por ellos, partió solo y dirigióse á pie hasta el sagrado sepulcro. Habiéndose presentado al Prior del monasterio de Tolentino, que lo era el P. Gauthier de Fermo, y habiéndole mostrado sus papeles y licencia, obtuvo de él amplia libertad para venerar las reliquias del Taumaturgo de su Orden. El piadoso peregrino tenía intención de no detenerse más que unos cuantos días ó semanas en el lugar de su peregrinación; pero tan vivos fueron los primeros transportes de su devoción á la vista de los milagros que se obraban todos los días ante sus mismos ojos, que solicitó del P. Gauthier el permiso para poder pasar el resto de su vida junto á la tumba del gran Nicolás. Habiendo accedido el buen Prior á sus piadosos deseos, acogiólo en el número de sus hijos y le confió el cargo de subsacristán, que le permitía velar por sí mismo sobre los preciosos despojos (1).

(1) Ceppi, cap. V, pág. 22.

Durante algún tiempo, el hermano Teodoro desempeñó su oficio con alegría y de una manera irreprochable; mas, apenas hubo pasado el primer fervor, comenzó á aburrirse y acordarse de las sombrías y salvajes florestas de Alemania. Este recuerdo continuo de la patria produjo en su espíritu y en su imaginación un efecto irresistible, é hizo renaciase en él el deseo de volverse. Combatió en un principio este sentimiento como una tentación; mas al poco tiempo cedió, acabando finalmente por sucumbir. No atreviéndose á confiar á nadie su proyecto, tomó la resolución de huir secretamente y regresar á Alemania, llevando consigo una parte de las reliquias de San Nicolás, que él creía poder fácilmente substraer á la vigilancia de los religiosos. Una noche del mes de Diciembre del año 1345 bajóse con este fin á la iglesia mucho antes de la hora de Maitines. Habiendo descubierto la preciosa caja, apartó la manga del hábito monástico que cubría al Santo y cortóle el brazo derecho á la altura del codo, de cuya herida brotó inmediatamente un chorro de sangre caliente aún y encarnada, que comenzó á derramarse por el pavimento del oratorio. Espantado Teodoro, dejó caer de su mano el fino y afilado cuchillo y huyó de allí, pensando abandonar su temeraria empresa; mas, apenas pasada la primera impresión, vol-

vió otra vez á recobrar su sangre fría, y, juzgando que este milagro no haría más que aumentar la fe y la devoción de sus compatriotas hacia Nicolás, volvió segunda vez y cortóle el brazo izquierdo, permaneciendo esta vez impassible ante la nueva sangre que de allí brotaba.

Con el fin de hacer desaparecer todas las señales de su crimen, el deegraciado Hermano volvió á cubrir el arca, y, cogiendo dos cubetas de agua, frotó con unos copos de algodón en rama la sangre que se había derramado por el pavimento, y envolviendo en los manteles del altar los brazos, que continuamente manaban sangre, tomó la huída hacia Alemania, cargado con su tesoro. Creía él haber encontrado el camino de su patria, y caminar en dirección á ella, persuadido de lo cual estuvo toda la noche andando sin parar. ¡Cuál no sería su admiración cuando, á los primeros resplandores de la aurora, se apercibió de que, después de haber andado tanto tiempo, encontrábase todavía dentro del claustro! Dios había castigado aquella maldad, permitiendo que corriese toda la noche alrededor del convento, creyendo, por una completa ilusión, reconocer en las dependencias cerradas del monasterio los campos de Tolentino (1). Sobrecogido por el terror y por el re-

(1) Magno ac nocturno itinere defatigatus,

mordimiento, Teodoro vió claramente en esto un justo y merecido castigo de Dios, y comenzó á reflexionar con estremecimiento qué podría sobrevenirle hallándose en el lugar mismo testigo de su crimen, y, viéndose todavía con aquel envoltorio ensangrentado en sus manos. Después de haber llorado amargamente, dirigióse á la celda del P. Prior, y refirióle sus intentos de volverse á su patria y de enriquecerla con alguna reliquia de Nicolás; añadiéndole también cómo, habiendo sucumbido á la tentación, había sido castigado por el Cielo y retenido dentro del claustro. Apenas hubo acabado su confesión el pobre Hermano, derramando abundantes lágrimas, presentó al Padre los brazos causa de tantas maravillas.

Profundamente conmovido éste, ordenó al culpable que levantase en su presencia los manteles que envolvían las reliquias; mas, ¡oh sorpresa!, los brazos allí presentes habían cesado de manar sangre, dejando brotar de sus venas, frescas como las de una persona viva, cierto licor blanco, que los contemporáneos han llamado maná. Un perfume celestial se esparcía al mismo tiempo por la celda del Prior, que, cayendo de rodillas, fué el pri-

dum procul a Tolentino se esse credit, arte divina deluditur, intra septa monasterii se cernit prehensum. Ex perantiqua lapide.

mero en suplicar á Nicolás que perdonase al culpable. Vuelto después hacia él, le dijo: «¿Veis este maná? Estas son las lágrimas con las que Nicolás demanda perdón para vos. También yo os perdono; mas os mando, en virtud de santa obediencia, que jamás soltéis una palabra sobre lo que acaba de suceder. Volved á tomar otra vez el oficio de subsacristán, y que nadie llegue á enterarse del atentado que habéis cometido» (1).

Como los hábitos del Hermano Teodoro estuviesen manchados de sangre, dióle el Prior unos nuevos, mandándole ocultar los ensangrentados, á fin de que todo quedase en el mayor secreto. Temiendo no hubiese alguna lengua indiscreta que descubriese alguna cosa, bajó inmediatamente á cerrar la puerta del oratorio, anunciando á los fieles que no se abriría la capilla durante el día, debiéndose hacer algunas reparaciones necesarias. Esto era la pura verdad; pues á pesar de todas las precauciones habidas, á pesar de las diligencias practicadas, no pudo hacerse que desapareciesen por completo las señales de la sangre. Fué necesario lavar todo el oratorio,®

(1) Seipsum accusans multo cum fletu veniam ab Antistite deprecatur, cui sacrum restituit thesaurum qui dum apperitur, Brachia ipsa cœlesti manna rorantia visa sunt. Breviar. in Com. S. Nicolai, lec. v, mense Dec. Ceppi, cap. ix, pág. 34.

y, á fin de que no se despertase sospecha alguna mandó el Prior al Hermano culpable que cambiase la colocación de los exvotos que colgaban de las paredes, con objeto de aparentar ante el público haberse obrado verdaderos cambios en este lugar venerable (1). El buen Padre, después de haber pasado todo el día en oración, venida que fué la noche, y cuando ya todos los religiosos reposaban en sus celdas, bajó á la capilla, abrió el sepulcro y depositó en él los brazos del Taumaturgo agustino. La vista de este precioso cuerpo mutilado, y del maná, que aun salía de sus abiertas heridas, conmovióle de tal manera que, no pudiendo contener las lágrimas, lloró largo tiempo sobre las reliquias, y, sellando por sí mismo la caja, retiróse, no sin inquietud, temeroso de algún nuevo robo. Algún tiempo después, habiéndose aumentado sus temores, que no le dejaban un momento de tranquilidad, aprovechóse de algunas reparaciones urgentes que había que hacer en el oratorio para hacer esconder el santo cuerpo en un subterráneo, cuyo secreto se reservó, guardándolo inviolablemente hasta su última hora. En este momento supremo hizo llamar cerca de sí á uno de los religiosos más discretos del convento, é indicándole el lugar preciso don-

(1) Ceppi, cap. x, pág. 37.

de se hallaban los sagrados despojos de Nicolás, hízole prometer que no descubriría á persona alguna lo que acababa de confiársele, á menos que no fuese sobre el lecho de la muerte. Quería con esto el Prior que el secreto pasase de uno á otro religioso, pero de manera que nunca hubiese más que uno solo que lo conociese (1).

Desgraciadamente, el tiempo y los acontecimientos hicieron olvidar el precioso secreto, el cual yace completamente ignorado hace algunos siglos. Los hijos de San Agustín, después de inútiles y minuciosas investigaciones, no conservan ya casi esperanza alguna de encontrar el cuerpo de su Taumaturgo. Así es cómo se ha cumplido forzosamente, y para siempre, el deseo manifestado por Nicolás, durante su vida, de reposar en el oratorio donde se complacía en dedicarse á la oración.

El éxito que alcanzan las obras de Dios, y los fines que vienen á coronarlas, tienen con frecuencia tanto más de sólidos y de grandes cuanto más humildes y difíciles han sido los principios y cuanto más contrarios á sus fines parecían. Así, cuando el Hermano Teodoro cometía, en la obscuridad de la noche, el atentado sacrílego, él secundaba, sin sospe-

(1) Ceppi, cap. xi, pág. 42.

charlo siquiera, los intereses del Cielo, que debía más tarde obrar numerosos prodigios y llamar á los pueblos á penitencia por medio de los brazos del Taumaturgo de Tolentino, nuevo profeta de las desgracias de la Iglesia y de la Cristiandad (1). En efecto, la Divina Providencia se ha dignado conceder á estos preciosos miembros de Nicolás la singular y admirable prerrogativa de derramar sangre á la aproximación de las calamidades públicas. Veintiséis derramamientos de sangre se han contado hasta nuestros días, seguidos todos ellos de espantosas catástrofes. Benedicto XIV, en su libro sobre la canonización de los Santos, llama á la sangre de Nicolás *una sangre profética* (2). Antes que él, Alejandro VII habíase conmovido de tal modo por el amor de Nicolás á la Iglesia, que lo declaró *Protector de la Iglesia universal*, añadiendo á su declaración las siguientes palabras: *Creemos firmemente que la Santa Iglesia Católica, formada por la sangre de Jesucristo, ha sido protegida por la sangre de San Nicolás* (3).

(1) Futura plorat sanguinis
Et damna mundi flectibus.
Himno del día de la Canonización.

(2) De Canonizatione Sanctorum, tom. iv, primera parte, lib. iv, cap. xiii, núm. 8.

(3) Verbi Dei sanguine predicamus sanctam esse constructam Ecclesiam, et sanguine S. Nico-

La primera vez que el glorioso hijo de Agustín profetizó por medio de sus brazos, encontrados solos en la caja, fué el año 1452, dos años solamente después de haber sido abierto por el P. Julián el sepulcro vacío. La carne ya seca que los cubría volvióse de repente fresca como la de una persona viva, el pulso comenzó á palpar de nuevo, y brotó en abundancia la sangre de las antiguas heridas. Preguntábase de nuevo qué significaba este extraño prodigio; mas, algunos meses después, Constantinopla, cayendo bajo la cimitarra de Mahomet II, dió la oportuna respuesta y derramó la luz sobre el fin y objeto de este suceso maravilloso. Esta catástrofe cayó, en efecto, como un rayo sobre la Cristiandad, pues los turcos, estableciéndose definitivamente en Europa, amenazaban á la Iglesia y á los Reyes, impotentes para resistir á aquel torrente devastador y formidable. Los dos hechos, la efusión de la sangre de Nicolás y la toma de la gran ciudad, estaban entre sí demasiado cercanos, para que pudiese prescindirse de ver en el primero un aviso profético del segundo (1).

Los ermitaños de San Agustín no se enga-

lai narramus esse protectam. *Instrumentum fidei continens emanationes sanguinis Divi Nicolai Tolentinatis.* Alex. VII.

(1) Ciaccon. Oldoini in vita Cardinalis Rutheni,

ñaron en esto. Así, cuando, en 1510, los brazos de San Nicolás comenzaron á manar sangre, el Prior de Tolentino fué inmediatamente á prevenir al Cardenal Gil Canisio, General en otro tiempo de la Orden, el cual se dirigió por sí mismo al Soberano Pontífice para anunciarle esta noticia. La fama de este prodigio, partiendo del Vaticano, esparcióse bien pronto por toda la Europa é hizo prever alguna grande y próxima calamidad. Así era, en efecto. Algunos meses más tarde veíase la Santa Iglesia de Cristo calumniada y despedazada por sus propios hijos, que hacían penetrar en su seno el desorden y la anarquía. El Cardenal-Obispo de Sabina había logrado formar un partido contra la Santa Sede, atrayendo hacia él á otros siete Cardenales, los cuales, todos reunidos en la villa de Pisa, citaron al Papa á que, como un criminal, compareciese ante su odioso é injusto tribunal. Habiéndolo rehusado el Soberano Pontífice, estos indignos Prelados hicieron un llamamiento al brazo secular, y obligaron al sucesor de Pedro á tomar personalmente las armas para defender sus derechos (1).

Siete años más tarde, en 1537, los brazos de Nicolás anunciaron, por una nueva efusión de sangre, la apostasía de uno de sus herma-

(1) Ceppi, Effusione terza, pág. 82.

nos de Religión. Este monje indigno y ambicioso iba á encender la guerra religiosa y arrastrar á naciones enteras lejos de la autoridad legítima de la Iglesia. La historia de Lutero, de Calvino, de Zuinglio y de Enrique VIII es demasiado conocida para que aquí la recordemos más que para nombrar al autor de todos estos males y desgracias.

El Taumaturgo de Tolentino, en su calidad de Protector de la Iglesia universal, debía proteger de una manera especialísima los intereses de la gran Roma, capital del mundo cristiano y asiento del Vicario de Jesucristo. Así, cuando el Condestable de Borbón, traidor á su Rey y á su patria, vino á poner sitio á la Ciudad Eterna, volvió otra vez á brotar en abundancia la sangre de sus brazos. Clemente VII, advertido por el General de la Orden, Gabriel Volta, vió en esto el anuncio de los trabajos y persecuciones que iban á caer sobre él, y se preparó de antemano al terrible asalto que el Infierno iba á librar contra la navecilla de Pedro (1). Entró, efectivamente, en Roma el Condestable, la cual entregó á un horroroso saqueo de dos meses, que no cesó sino porque, habiéndose convertido aquellos soldados en salteadores de caminos, arrastrados por sus excesos de todo

(1) Torelli, tom. VIII, anno 1527.

género, perecieron en gran número, víctimas de la peste y de otras enfermedades que por entonces affigieron á la desgraciada ciudad tan cruelmente probada. Las crueldades y disoluciones de este impío bando habían sido espantosas, y el Soberano Pontífice, prisionero en el castillo de San Angel, tuvo que presenciar desde lo alto de sus torreones las desgracias y miserias de los pobres, juntamente con la desesperación de las vírgenes y matronas, que extendían hacia él los brazos suplicantes, y reclamaban en vano su ayuda contra sus perseguidores, sus raptos y sus verdugos.

En 1610, una nueva efusión de sangre vino á anunciar la muerte de Enrique IV; efusión que se renovó otra vez al poco tiempo, profetizando las desgracias que por entonces affigieron á la Europa (1).

En 1614 reprodujose la misma maravilla. Como este año, y durante esta época, no tenían los agustinos motivo alguno para abrir el sepulcro, y por tanto para enterarse del prodigio, sucedió que su glorioso Hermano se lo anunció por sí mismo con un nuevo milagro. Oyéronse, en efecto, una noche ruidos extraordinarios en la iglesia, y, acudiendo presurosos á ella los religiosos, vieron las

(1) Ceppi, Efusión undécima, pág. 106.

gruesas cadenas que cerraban la caja agitándose y chocando entre sí de tal manera, que creyeron iban á romperse. Descubrieron, pues, las santas reliquias, y vieron que el brazo izquierdo de Nicolás sangraba abundantemente.

Desde 1679 el milagro tomó nueva forma, y las efusiones duraron meses enteros sucesivamente. La primera efusión, que comenzó el 3 de Agosto, no acabó hasta el 27 de Septiembre; la segunda tuvo lugar desde el 14 de Septiembre de 1698 hasta el 3 de Octubre; la tercera, desde el 29 de Mayo de 1699 hasta el 20 de Septiembre siguiente. El Papa Inocencio XII ordenó entonces ocho días de rogativas públicas, y concedió indulgencias plenarias á todos aquellos que visitaren la basílica de Tolentino (1).

La última efusión de sangre data de 1830. Ella precedió y anunció la espantosa revolución que se extendió por toda la Europa, y que dura todavía á la hora en que escribimos la vida y milagros de San Nicolás (2).

(1) Ceppi, Efusión veintidós, pág. 136.

(2) Giorgi, segunda parte, cap. xiv, pág. 340. ®





CAPÍTULO XXV

San Nicolás terror de los demonios.—Resurrección de un niño en Grenoble.—Cómo San Nicolás asiste á aquellos que le invocan.—Sor Filipucia.—Fray Rafael de Rimini.—Un *Te Deum*.—Una casa endemoniada en España.—Nuevos milagros.

Como ya lo hemos visto, Nicolás no ha cesado, después de su canonización, de dar pruebas singulares de su amor á la humanidad. Sus numerosos y admirables milagros han traído frecuentemente al mundo el amparo, la salud, la vida y hasta la misma resurrección, á la vez que han anunciado las desgracias de la Iglesia y de la Cristiandad, tomando todas las formas y adaptándose á todos los tiempos. Querriamos en este capítulo insistir sobre algunos de estos prodigios, demasiado notables para que sean pasados por alto, tales como la resurrección de un niño, tal vez la más maravillosa obrada por el Santo; dos rasgos de misericordiosa bondad para con dos condenados á muerte; en fin, algunos hechos concernientes al particu-

lar y extraordinario poder de Nicolás sobre los demonios, los cuales, así después de su muerte como durante su vida, temblaron siempre á su nombre y huyeron á su voz.

En Grenoble, ciudad de Francia, vivía un hidalgo, sumamente afligido de verse sin descendencia, el cual, á fin de obtenerla del Cielo, rogaba constantemente á San Nicolás, haciéndole la doble promesa de que, si escuchaba sus oraciones, daría el nombre de Nicolás á aquel hijo tan deseado, y cada año solemnizaría el día de su fiesta yendo á la iglesia con toda su familia y dando una comida á los pobres de la ciudad. Fué obtenido el niño, y sus piadosos padres mostráronse fieles á su promesa, dirigiéndose al sagrado templo con toda la familia en los dos primeros aniversarios de la muerte del Taumaturgo, y convocando á un convite, generosa y abundantemente servido, á todos los miserables y mendigos de la ciudad. Llegó el tercer aniversario de la fiesta del Santo, y en él sucedió el accidente que vamos á referir. Tenía el niño tres años, y fué dejado en casa por sus padres; mas fué el caso que, mal vigilado por los criados, aproximóse al fuego de la cocina y cayó, sin ser visto, en un gran caldero de agua hirviendo. Como ya se aperciesen de ello demasiado tarde, encontraron sus carnes deshechas y sus miembros separa-

dos unos de otros. Cuando su padre y su madre entraron en su morada y se enteraron de la espantosa desgracia que había sucedido á su hijo, tan terrible fué el dolor que se apoderó de ellos, que se creyó iba á morir su desventurada madre. El padre, aterrado por tan inesperado golpe, retiróse á un lugar apartado, y, postrándose ante la imagen de su celestial protector, le dijo con suspiros y lágrimas de su corazón, lleno de confianza: «Mejor hubiera sido ¡oh bendito San Nicolás! que no me hubierais concedido el hijo, si tan pronto y tan desgraciadamente había de perecer. Yo estoy, sin embargo, bien seguro de que, si vos queréis, me lo podéis resucitar».

Mientras que él lloraba y suplicaba de esta suerte, he aquí que un religioso agustino llama á la puerta del palacio, diciendo quiere hablar al dueño de la casa sobre un negocio importante. Rehusaron de pronto admitirle los criados, alegando el triste suceso y el dolor grandísimo de la familia; mas cedieron al fin á sus apremiantes instancias, é introdujéronlo á la presencia del hidalgo. «No desconfiéis de la divina misericordia, dijo al entrar el desconocido religioso: vos veréis aquí obras maravillosas.» Pidió seguidamente lo condujesen á ver el cadáver del pequeño Nicolás, el cual encontró colocado sobre una

mesa en un estado horrible. Aproximóse entonces, tocó los miembros en pedazos y acomodólos ordenadamente unos con otros; después de lo cual, volviéndose á la familia allí reunida, «arrodillaos, les dice, y rogad á Dios». Mientras que devota y silenciosa se eleva al Cielo la plegaria de todos los presentes, el misterioso ermitaño, que ha permanecido en pie, bendice al niño difunto y le manda, en el nombre de Dios, que vuelva inmediatamente á la vida. Y, en aquel mismo instante, aquel hijo tan deseado y tan llorado yérguese sobre sus pies, y, sin la más pequeña señal de quemadura alguna, corre á los brazos de sus amados padres. «Dad gracias á Dios, dice entonces simplemente el religioso, que no era otro que San Nicolás, dad gracias á Dios y bendecid á la divina Bondad.» Y, dicho esto, desapareció (1).

Cierto noble de Milán había sido acusado de conspiración contra el gobernador, y, como se negase á confesarse culpable, fué condenado á los tormentos entonces en uso. El

(1) *Puerique mutilum corpus aptatis suis cuique loco membris mensæ imposuit: deinde cum tota familia aliquamdiu Deum precatus surgit, et defunctum in Dei nomine ad vitam revocat. Nec mora revixit puer sanus et integer... Inde subito disprens totam familiam inspirato gaudio replevit.* Bolland., tom., III, pág. 195, núm. 197, 199.

desgraciado, después de haber negado por mucho tiempo el crimen de que se hallaba, en efecto, inocente, no teniendo ya fuerza para resistir más á los atroces dolores del suplicio de la cuerda, acabó por confesarse autor de aquella sublevación. Fué condenado; y, como no admitiese apelación la sentencia de los jueces, la ejecución debía verificarse dentro de las veinticuatro horas. En este momento supremo tuvo el hidalgo el piadoso y feliz pensamiento de encomendarse á San Nicolás de Tolentino, mientras que su desolada esposa rogaba también al mismo Bienaventurado, en cuya protección había puesto ella toda su confianza. Llegó la fatal hora, y el condenado, triste y abatido, fué llevado al lugar del suplicio, protestando siempre de su inocencia y demandando misericordia. Llegado al pie del cadalso, obróse en él un cambio subitáneo, y, subiendo alegre y sonriente los fatales escalones, ninguna resistencia opuso cuando el ejecutor quiso apoderarse de su persona. Tres golpes violentos descargó el verdugo, probando en vano cortar la cabeza de su víctima; mas ésta nada sufría. Habíasele aparecido Nicolás, que permanecía á su lado, amortizando ó descaminando cada golpe del hacha. A este maravilloso espectáculo estalló el clamoreo del pueblo pidiendo misericordia para el hidalgo, cuya perfecta ino-

cencia fué reconocida pocos días después (1).

Un milagro análogo al que acabamos de contar tuvo lugar en Perusa hacia el fin del siglo xv. Un pobre hombre, á quien se acusaba de asesinato, había sido igualmente condenado á muerte y conducido al patíbulo, á pesar de las más vivas protestas de su inocencia. Viéndose irremediamente perdido, suplicó igualmente á nuestro Taumaturgo viñiese en su ayuda y le asistiese en tan terrible momento. Después de haberse confesado y haber encomendado á Dios su alma, entregó el desgraciado su cabeza al verdugo, el cual descargó sobre él un hachazo tan violento que, hundiéndose el tajo en el cuerpo, embotóse el filo del hacha y salió volando el mango, convertido en astillas. Todos los espectadores esperaban ver rodando por tierra la cabeza del ajusticiado. Mas nada de eso. El sólo permaneció impassible, sin experimentar en sí daño alguno. Creyendo desde luego que el ejecutor había dirigido mal el golpe, el magistrado, que por aquellos tiempos asistía á todas las ejecuciones, hizo repetir al verdugo hasta tres veces la misma operación.

(1) Sanctus igitur Nicolaus tam mulieri quam captivo nobili sæpius apparuit, eumque ad supplicium comitatus est... Carnifex frustra eum cadere tentavit... Cognita viri innocentia liber dimissus fuit. Bolland., tom. III, pág. 723, núm. 252.

sin obtener más resultado sobre su víctima. El paciente, viendo á la multitud emocionada por este triple milagro, levantando entonces su voz, exclamó: «Sabed que soy inocente, y que San Nicolás me ha tomado bajo su protección y me ha salvado la vida». Todos los presentes, á una, pidieron la gracia del perdón para aquel hombre; mas el juez, atribuyendo el hecho á una acción diabólica, hizo desnudar, con el fin de asegurar el golpe, y exigió un nuevo ensayo. «Permitidme, dijo al pueblo, asegurarme algo más de la verdad del prodigio: si resiste una vez más, yo os prometo ponerlo inmediatamente en libertad.» Volvió, pues, el verdugo, armado de nuevos y sólidos instrumentos; mas, al primer golpe, volaron hechos pedazos, como los anteriores. No podía ya caber la menor duda sobre la milagrosa protección de San Nicolás de Tolentino. Todos los habitantes de Perusa acompañaron hasta su casa, con grandes muestras de alegría, á este hombre tan afortunado, que, profundamente reconocido hacia su salvador celestial, dirigióse al día siguiente á visitar su sepulcro (1).

La lucha entre Nicolás y Satanás, tan terrible y persistente durante la vida del San-

(1) Giorgi, segunda parte, capítulo xxii, páginas 438, 440.

to, continuó después de su muerte. La invocación de su santo nombre, el homenaje tributado á sus imágenes, las oraciones hechas ante sus reliquias, tenían suficiente eficacia para arrojar de las casas, ó bien del cuerpo de los poseídos, á los demonios que los habitaban. Vamos á citar algunos ejemplos notables.

Una religiosa de San Ginés, llamada Sor Filipuccia, hallábase poseída del demonio. Durante sus accesos tomaba su rostro feísimo aspecto, y, contrayéndose sus ojos con una expresión espantosa, lanzaba aullidos de lobo, mugía como los bueyes, ladraba como los perros, y ofendía gravemente al pudor y la modestia con sus palabras obscenas. Llegaba su demencia hasta invocar frecuentemente al inmundo Belial con otros demonios para que la defendiesen de los tiranos que ella se figuraba ver ante sí durante sus dolores. Por espacio de cinco años ejerció Satanás el más absoluto dominio sobre esta desgraciada, la cual, por fin, un día, en uno de sus raros momentos de lucidez, tuvo el pensamiento de encomendarse al Taumaturgo de Tolentino y de decirle: «¡Oh bienaventurado Nicolás! Si vos me sanáis, yo prometo ir á visitar vuestro sepulcro con los pies descalzos y con las manos atadas.

Alegres y consoladas al oír estas palabras

las religiosas del convento, unieronse á su Hermana para implorar el socorro del abad de agustino, y, obtenido permiso del abad de Clairvaux, entregaron la poseída á una persona de confianza con encargo de que, vigilándola durante el trayecto, la condujese á Tolentino. Ni una vez siquiera en todo este tiempo se atrevió el demonio á perturbar á Filipuccia. Apenas ésta hubo llegado ante las preciosas reliquias y orado fervorosamente ante ellas, huyó el demonio sin ruido y para siempre, mientras que la poseída se hallaba entregada á un sueño profundo y reparador. Estaba, pues, enteramente curada (1).

Una de las más curiosas posesiones que ha hecho cesar el Taumaturgo de Tolentino es, sin duda alguna, la de un religioso de su Orden que habitaba, en 1469, en el convento de San Juan Evangelista de Rimini. Llamábase éste Rafael. Todavía no había recibido las órdenes sagradas, cuando ya el espíritu maligno se había apoderado de él, haciéndole pasar los más bellos años de su vida bajo esta cruel y odiosa tiranía, sin poder gustar jamás

(1) Dicebat monialibus verba vituperosa... Clamabat dæmones sæpe et potissime Belial... Ambulabat cum manibus, pedes et tibias in altum levabat... O. B. Nicolae, si liberaveris me accedam Tolentinum ad Arcam tuam manibus ligata et pedibus discalceata... Accedens ad arcam fuit liberata, et exinde fuit sana. *Proceso*, fol. 49, pág. 2.

un momento de reposo. Transportábalo el demonio de uno á otro lado con un ruido infernal, causando así en todas partes grandísimos perjuicios é inquietudes. El Prior del monasterio, el P. Arcángel, había muchas veces probado encarcelar al desgraciado religioso en un cuarto bien cerrado, después de haberlo amarrado perfectamente, para evitar el que se hiriese. Todo era inútil. El poseído rompía y despedazaba sus cadenas. Lanzábalo Satanás con frecuencia contra las columnas del corredor, ó bien, después de haberlo azotado cruelmente, lo dejaba derribado por tierra medio muerto, haciendo salir de su boca verdaderos carbones encendidos.

Como el poseído redoblase sus ruidos todas las noches á la hora de Maitines, el P. Arcángel juzgó oportuno y prudente adelantar el momento del Oficio, á fin de que sufriesen menos los religiosos; pero sus disposiciones fueron inútiles. El diablo, por burlarse de él é impedir el remedio pensado, arrebatando á Rafael y subiéndolo sobre la campana, de tal modo lo aseguró contra ella que, por más que el Hermano campanero se esforzó en tirar del cordel, no pudo imprimir á aquélla el menor movimiento. Espantado de tan extraordinaria resistencia, corrió á contárselo al Prior, el cual vino con todos los religiosos á presenciar el caso. Mientras que todos estaban vien-

do lo que sucedía, el energúmeno dijo al Hermano campanero: «Haces bien de no subir aquí: yo te habría hecho dar un salto peligroso. Tú quieres tocar, y todavía no es la hora.»

Después de haber sido por largo tiempo dueño del desgraciado religioso, quiso el demonio un día desembarazarse de él y concluir con su vida, para lo cual, transportándolo a lo más alto de la torre, amenazaba precipitarlo de allí a abajo. Los religiosos, y un gran número de habitantes de Rímíni, que habían acudido al ruido de los aullidos infernales, contemplaban con terror y espanto al poseído, cuyo peligro era tan eminente. «Encomendaos a San Nicolás, le gritaban todos por una inspiración celestial, encomendaos a San Nicolás.—San Nicolás, ayudadme», gritó con voz fuerte la pobre víctima de Satanás.

Al instante mismo apareciósele el Taumaturgo, y poniéndole en las manos una espada de fuego, con la que pudiese defenderse de sus terribles enemigos, tomólo de la mano, hízolo descender suavemente del campanario y condújolo ante el altar del Santísimo Sacramento. Huyeron entonces los malignos espíritus con tanto alboroto y tales gritos de rabia, que parecía venirse abajo la iglesia de los PP. Agustinos. Por lo que hace al Padre Rafael, entonó el *Te Deum* en acción de gra-

cias, al cual respondieron alternativamente los religiosos y el pueblo con un verdadero entusiasmo, siendo así que todos ellos habían sido testigos del prodigio de la aparición de Nicolás (1).

En Cazalla de la Sierra, en España, había una casa deshabitada, próxima al convento de Padres Agustinos, la cual era frecuentada por los demonios. El sábado 12 de Septiembre de 1693, á eso de las nueve de la noche, salió de aquella casa un ruido formidable, seguido de una granizada de piedras que cayeron por tres horas consecutivas sobre el techo de la iglesia y sobre el del monasterio, repitiéndose el mismo fenómeno en los tres días siguientes. Hallábase todo el mundo tan aterrado, que el Prior del convento, P. Gaspar Páez, creyó necesario emplear cuanto antes las preces de los exorcismos contra un hecho tan extraordinario. Dirigióse á la capilla, que caía enfrente de la casa endemoniada, y comenzó los exorcismos en medio de un diluvio

(1) Domum cacodæmones extulerunt illum in verticem turris... Eremitani omnes et populus... unanimi clamore cohortabantur ut se divo Nicolao commendaret... Repente illi jaculum quoddam intra manus porrectum visibiliter splenduit. Sanctus Nicolaus de Tolentino, manu ipsum apprehendit et usque in ecclesiam adduxit... Concineri cepit, *Te Deum laudamus*. Bolland., tom. III, pág. 719, núm. 376.

de piedras, que continuaban arrojando los espíritus infernales; piedras que, sin embargo, á nadie herían ni dañaban. «Espíritu soberbio, dijo entonces el santo religioso, no quieres rendirte á los sagrados exorcismos, mas yo te haré obedecer por la intercesión del gran Nicolás». A este nombre, que les era tan odioso, redoblaron los demonios sus ataques, y tal cantidad de materiales lanzaron sobre la iglesia, que los asistentes huyeron desparvoridos.

No queriendo el P. Gaspar ceder al espanto, hizo anunciar para el siguiente día una solemne y pública procesión, en la cual sería llevada una imagen del Taumaturgo de Tolentino. Al otro día, después de la Misa cantada, dirigieron los religiosos y el pueblo á la casa ocupada por Satanás, rezando fervorosamente el Rosario, á fin de obtener la protección de la Virgen Madre de Dios. Conforme la procesión iba llegando, dejóse otra vez percibir el ruido, que fué después cesando ante las preeces y la imagen de Nicolás, y retumbando por fin dos gritos espantosos, como señal de la marcha definitiva de los espíritus infernales, alejaronse de allí para no volver jamás. La imagen del Santo, á la cual se atribuyó el milagro, fué conducida á la iglesia con extraordinaria pompa, y rodeada de numerosas luces, sencillos testigos de un piado-

so agradecimiento. Dicha imagen, según uso de la época, estaba formada de un cuerpo de cera, vestido de tela, como una persona viva.

Sucedió, después de esto, que, habiéndose quedado solo en la iglesia el sacristán para apagar las candelas, no pudo conseguirlo, y, á pesar de su habilidad y sus esfuerzos, éstas siguieron encendidas. Lleno entonces aquél de admiración, quedóse mirando á la milagrosa imagen, y exclamó: «¿Qué es eso, ¡oh mi Santo glorioso!?» Aproximóse después, y vió con estupor que la cara de Nicolás estaba cubierta de gotas que parecían de agua. Creyendo en un principio que sería el agua bendita, que habría caído durante los exorcismos sobre la santa imagen, quiso borrarlas con un pañuelo; mas, cosa extraña, á medida que iba él frotando, nuevas y abundantes gotitas aparecían corriendo por la cara, semejantes á las gotas de sudor.

Ante este prodigio, apresuróse el sacristán á llamar á los otros religiosos, los cuales, habiéndolo presenciado, abrieron las puertas de la iglesia y tocaron las campanas llamando al pueblo, que acudió inmediatamente en tropel. Tres veces se vió inundada la imagen, y los médicos que vinieron á examinar el hecho de cerca dijeron unánimemente que la efusión de sudor era semejante á la que sale de los cuerpos animados y llenos de vida. Renovóse

el prodigio el jueves siguiente á las cinco de la tarde, y al otro día á las doce de la mañana; mas ahora todavía era más extraordinario y más completo, pues el sudor corría de su mano izquierda, en la que tenía un libro. Empapóse enteramente el vestido que cubría la imagen de esta agua maravillosa, la cual fué, para los enfermos y achacosos, fuente de curaciones y de salud. Cualquiera tela mojada en aquella agua obtenía al instante el milagro solicitado por aquellos que hacían uso de ella.

La relación que acabamos de hacer se lee en una Memoria, sumamente interesante, impresa en Cádiz en 1694. Reprodújola el Padre Ricardo, que murió Obispo de Cagliari, en una *Vida de San Nicolás* impresa en Madrid, á sus expensas, en 1701 (1).

Imposible nos sería hacer siquiera mención de los demás milagros de nuestro Taumaturgo; es demasiado grande su número. Creemos que los que dejamos referidos muestran suficientemente cuánto sea el poder de Nicolás en el Cielo y su compasión para con los que aun vivimos en la Tierra. Permítasenos solamente volver á recordar aquí que el historiador Lanteri cuenta 107 resurrecciones de muertos, y aduce otro número casi infinito de he-

(1) Ghezzi, cap. xxiii, pág. 239.

chos maravillosos que han hecho de San Nicolás, según la expresión del Papa Eugenio IV, *el más grande Taumaturgo de la Iglesia católica* (1).

Sin embargo, antes de cerrar la historia de sus milagros, citaremos algunos hechos sobrenaturales, obrados por los panecillos bendecidos de San Nicolás; panes que bendicen cada año, el 10 de Septiembre, los Ermitaños de San Agustín.

(1) Cornelius Curtius, in *Vita S. Nicolai*.

CAPÍTULO XXVI

Los panecillos benditos de San Nicolás.— La ciudad de Córdoba.— La peste.— El Ayuntamiento de Córdoba ordena una procesión.— La imagen de San Nicolás besa los pies del Crucifijo.— El Crucifijo abraza á la imagen de San Nicolás.— Un incendio en Chinchón.— San Nicolás se aparece á una viuda de Empoli.

Ya hemos visto cómo el Señor se complacía, durante la vida de Nicolás, en sostener las agotadas fuerzas de su servidor por medio de milagros llenos de una delicadeza divina. En efecto, desde el principio de su lucha con el demonio estuvo sujeto el bienaventurado á numerosas enfermedades, comenzando á decaer gradualmente, consumido por un mal que atribuía á las astucias de Satanás, enemigo jurado de sus austeridades y mortificaciones. Hemos también visto cómo la Santa Virgen, apareciéndose al hijo de Agustín, en una de sus enfermedades, le mandó que buscara un pan fresco y que lo tomara empapado en agua, si quería recobrar la salud. La Madre de Dios, en esta visión, había añadido estas palabras: « Distribuye este pan en nom-

bre de la Santísima Trinidad. Si se emplea de la manera que acabo de indicarte, mi favor se extenderá á todas las personas que de él hicieren uso. Cuando fuere llegada tu última hora, refiere esta visión á tu superior, á fin de que las futuras generaciones no se vean privadas de tan gran tesoro. A ellos solos y á todos sus sucesores concedo esta facultad hasta el fin del mundo» (1).

Tal es la institución de los panecillos de San Nicolás, por María. Según la tradición de la Orden agustiniana, el Taumaturgo observaba para esta bendición la fórmula común; mas, después de su muerte, de tal modo se multiplicaron los milagros, que el Papa Eugenio IV prescribió para bendecirlos una fórmula especial (2). Desde entonces extendióse rapidísimamente la devoción á los panecillos de San Nicolás, tomando tan grandes proporciones, que gran número de sacerdotes y de religiosos de otras Ordenes comenzaron también á bendecir panecillos. El número fué tan grande, que se elevaron consultas á la Congregación de Obispos y Regulares acerca de la legitimidad y validez de estas bendiciones; á las cuales respondió dicha Sagrada

(1) Anónimo, cuarta parte, cap. I, pág. 194.

(2) De Tombeur, in appendice ad vitam Sancti Nicolai.

Congregación, por decreto de 30 de Septiembre de 1622, que solamente los Ermitaños de San Agustín, como herederos directos y legítimos de San Nicolás, gozaban del privilegio de bendecir los panecillos milagrosos.

Durante cinco años quedó el decreto reducido á letra muerta, y, á pesar de la formal prohibición del Sumo Pontífice, por todas partes se bendijeron panecillos. Dábase por motivo y excusa de esta desobediencia el que se hacía sólo por devoción. Mas la Sagrada Congregación, por otro decreto de 1627, prohibió expresamente, y sin que valiese pretexto alguno, tal manera de obrar y de conculcar sus mandatos (1). De modo que, desde entonces, los Ermitaños de San Agustín quedaron únicos poseedores del privilegio de bendecir y distribuir el pan milagroso. Así es, en efecto, como debe llamársele; pues en verdad que los milagros con él alcanzados son innumerables. A fin de mover á los fieles á procurarse estos panecillos y á tomarlos con

(1) S. Congregatio Cardinalium negotiis Regularium præposita censuit benedictionem ac distributionem in præinserto decreto enunciatis ad prædicti Ordinis Superiores dumtaxat pertinere, etiamsi easdem, vel aliquam earum fieri contigerit devotionis causa, non autem pro indulgentiis consequendis: ac propterea etiam in hoc casu esse inhibendum confratribus, ne in præmissis quomodolibet se ingerant. Decretum Romæ, die 16 Julii, 1627.

piedad y confianza, vamos á citar algunos de estos hechos sobrenaturales, que fueron examinados y aprobados por médicos, teólogos, sacerdotes y religiosos de diversas Ordenes.

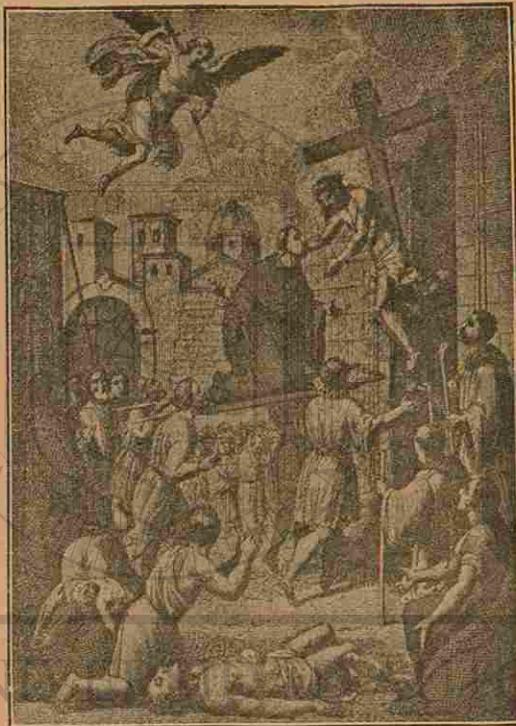
Entre las ciudades favorecidas por el Taurmaturgo, fué de una manera especialísima la ciudad de Córdoba, que pareció escogida por la Providencia para demostrar el poder de Nicolás en el uso de los panecillos benditos. En los años de 1601 y 1602 ensañóse contra dicha ciudad una violentísima peste. El P. Cristóbal de Busto, que habitaba allí por entonces, pudo recoger y anotar un gran número de milagros. En la imposibilidad de referirlos todos, dejó escritas estas palabras: «No hubo una sola casa que no alcanzase algún socorro de San Nicolás» (1). Personas de todas las edades y condiciones, y sobre todo niños, viéronse libres en gran número, mediante la intercesión del bienaventurado, y principalmente comiendo el panecillo bendito ó al simple contacto del mismo. Diríase que el glorioso protector de Córdoba quería establecer cierto parentesco natural entre estos pequeños panes y la débil infancia, á la vez que se complacía en dar á estos seres puros é inocentes la salud, la vida y la felicidad por esta golosina del Cielo.

(1) Vix domus fuerit quæ aliquam Sancti opem non senserit. Christoph. de Bustis.

Otro hecho maravilloso resalta en la historia de Córdoba, como recompensa al profundo agradecimiento y filial confianza de esta ciudad hacia aquel que tanto parece interesarse por su suerte, colmándola de gracias y socorros del Cielo. Su devoción llegó á hacerse todavía más ardiente cuando, recrudeciéndose otra vez á los trece meses la terrible epidemia, mostróse el Cielo sordo á las multiplicadas plegarias, novenas y procesiones hechas en todos los templos. Entonces fué cuando D. Diego de Vargas y Carvajal, Gobernador de Córdoba, decretó, de conformidad con el Concejo de la ciudad, que se llevase solemnemente la imagen de San Nicolás al hospital de San Lázaro, donde se veían hacinados los miserables apestados. Esta procesión debía verificarse en secreto y en silencio, para evitar la aglomeración de gente que podía aumentar el contagio, ya tan violento.

La ceremonia tuvo lugar el jueves 7 de Junio. El Gobernador, el Ayuntamiento y veinticuatro jueces escogidos para esta circunstancia, vinieron á oír Misa en el altar de San Nicolás, en la iglesia de los Ermitaños, y, apenas se hubo acabado el Santo Sacrificio, siguieron procesionalmente con candelas en la mano á la imagen, llevada por el celebrante, al lado de la cual se habían colocado

dos grandes canastos de panecillos benditos, destinados para los enfermos. El Prior del monasterio y los religiosos formaban parte de este imponente cortejo, que haciendo alto en el convento de Nuestra Señora del Carmen, cerca de la Puerta Nueva, fué allí recibido con grande pompa, en medio de los más melodiosos cánticos. Pusiéronse desde allí en marcha hacia la llanada al cabo de la cual se eleva el hospital. Habíase de antemano preparado un hermoso camino sembrado de follaje y olorosas hierbas hasta la capilla, engalanada también de verdura y magníficamente adornada de flores, en medio de las cuales debía colocarse la imagen milagrosa. Hallábase también allí el P. Juan Navas, franciscano descalzo, revestido de alba y estola, y llevando en sus manos un Crucifijo. Todos los enfermos no acostados rodeaban la imagen, á una distancia razonable del pueblo, por evitar el contagio: á una parte las mujeres y los niños; á la otra los hombres. Paróse el cortejo entre los acordes que hábiles músicos hacían oír desde lo alto de las torres del Carmen, y arrodillóse el Padre que llevaba la imagen ante el franciscano que tenía el Crucifijo, mientras que todos los espectadores caían de rodillas implorando el socorro de Dios. Levantó entonces el religioso agustino la imagen de San Nicolás por encima de las turbas,



LA ESTATUA DE SAN NICOLÁS
AL PIE DEL CRUCIFIJO

(Tomada de un grabado del siglo XVII.)

como se eleva el cáliz en el Santo Sacrificio de la Misa, y al momento en que la cara del Bienaventurado estuvo á la altura de los pies del Salvador, un prodigio por demás admirable se obró á los ojos de todo el pueblo. La imagen, al parecer viva y animada, besó los pies de Jesús, y permaneció con sus labios fijos en las sagradas llagas, por lo menos el tiempo necesario para rezar un Credo. Habriase dicho que Nicolás, vivo, reconocía á su Divino Maestro. La asamblea, profundamente emocionada con este milagro, permaneció prosternada en tierra, mientras que de todas partes se elevaba el clamoreo de los pobres contagiados. «¡Oh Padre!, ¡oh San Nicolás!, ¡oh Santo nuestro! ¡Misericordia, salud, salud!», gritaban entre profundos suspiros. «Tú que salvas á los niños de la ciudad, ten misericordia de los desgraciados enfermos del hospital. Ruega á Jesucristo por tantos pecadores afligidos y arrepentidos» (1).

La imagen fué por un momento alejada del Crucifijo, y el más profundo silencio reinó entonces en la explanada; mas, habiéndola aproximado otra vez el religioso agustino, otra vez se renovó el milagro del sagrado beso, esta-

(1) Dum in eo campo omnes ita stabant... Crucifixipedes gloriosus Sanctus osculatus est... omnes conjunctis vocibus exclamarunt, S. Nicolae, misericordiam, etc. Christoph. de Bustis.

llando otra vez por todas partes los gritos y los lamentos: «¡Oh Padre!, ¡oh San Nicolás! ¡Ayúdanos, no nos prives de este consuelo!... ¡La salud, la salud!» Entonces se vió, ¡oh raro y estupendo prodigio!, entonces se vió al Divino Salvador desvelar sus brazos de la cruz y abrazar con tierna efusión el rostro de su glorioso servidor. A la vista de esto renováronse los clamores y lágrimas, y el entusiasmo llegó á su colmo (1).

Mas fué necesario separar las dos milagrosas imágenes, para llevarlas al hospital, á fin de consolar un gran número de mujeres contagiadas que, no habiendo podido salir al llano, estaban aguardándolas con piadosa impaciencia. «Hermanas mías en Jesucristo, dijo el franciscano enfermero del hospital, derramando abundantes lágrimas: contemplad el Crucifijo, mirad al glorioso y benigno San Nicolás, que, juntamente con estos panes bendecidos en su nombre y para consuelo vuestro, os envían los PP. Agustinos. — ¡Ah, Padre San Nicolás!, respondieron á una todas aquellas desgraciadas: ¡Misericordia, misericordia!»

(1) Corruit ad Crucifixi pedes lignea statua S. Nicolai eosque deosculans... tandem et ipse Crucifixus e Cruce manibus resolutis Nicolaum dulciter complexus est. Zacconi. Paulettus. Leenticer. Giorgi et alii plurimi.

Buena necesidad, en efecto, tenían ellas del socorro de tan poderoso Bienaventurado, pues que la peste habíalas reducido á un estado verdaderamente espantoso. Algunas de ellas, furiosas por la violencia de la fiebre, estaban amarradas al lado de los agonizantes; otras entraban aún vivas en putrefacción ó se hallaban horriblemente hinchadas y cubiertas de las llagas más repugnantes. Todas ellas comprendían que se hallaban próximas á la muerte, y que inmediatamente serían sepultadas, sin ceremonia alguna cristiana.

Distribuyéronseles los panecillos, así como á todos los demás enfermos, y el glorioso protector de Córdoba se apresuró á obrar un milagro que sirviese para despertar la esperanza en aquellos pobres afligidos. Hallábase uno de ellos á punto de exhalar el último suspiro, con los ojos ya cerrados y enclavados los dientes, si bien todavía entendía cuando los que le rodeaban le repetían los sagrados nombres de Jesús y de Nicolás. Habiendo recordado por un momento los sentidos, probó de repetir piadosamente estas solas palabras: «¡San Nicolás, San Nicolás!» Esto fué suficiente. Aquel mismo día abandonaba el hospital, perfectamente curado.

A partir de esta imponente y solemne manifestación en honor de este gran Santo, comenzó la peste á disminuir, y en menos de

dos meses había desaparecido por completo, después de haber durado quince meses. Hasta la completa desaparición de la peste continuaron las curaciones milagrosas, ya por comer los panecillos, ya por tocar con ellos los cuerpos de los enfermos, contándose sobre todo numerosos niños librados de la muerte por el Bienaventurado, su especial protector.

El día 12 de Agosto de 1602, el Ayuntamiento de Córdoba hizo voto de ir todos los años el 10 de Septiembre, día en que se celebra la fiesta de San Nicolás, á la iglesia de San Agustín á dar gracias á su celestial protector por la cesación de la peste, donde oirían una Misa, con sermón, en acción de gracias. Los canónigos, por su parte, prometieron acudir cuatro de ellos el mismo día á la dicha iglesia, tres para cantar la Misa y uno para predicar.

En la villa de Chinchón, diócesis de Toledo *, declaróse un violento incendio, que amenazaba invadir una gran parte de sus edificios. Habiendo acudido entre la muchedumbre de gente algunos religiosos agustinos al lugar del siniestro, uno de ellos arrojó á las llamas un panecillo de San Nicolás. Al instante mismo vióse al fuego formar un globo resplandeciente alrededor del pan, el cual per-

* Hoy día de Madrid.

maneció blanco é intacto en medio de aquel inflamado horno, que por sí mismo se apagó momentos después.

El año de 1565 divertíanse dos jóvenes doncellas, á las orillas del mar, en la ciudad de Ancona, cuando, faltando el pie á una de ellas, fué la infeliz precipitada sobre las olas, que la arrebataron consigo violentamente. Cuando pudieron volver á encontrar su cuerpo era ya cadáver, y un pez le había roído las pestañas. Noticiosa de la desgracia, corrió su pobre madre á la ribera, deshecha en lágrimas, y, preguntando por su hija á los que habían venido á consolarla y á compartir su amargura, uno de los espectadores de esta lastimosa escena, devoto servidor de San Nicolás, aproximóse entonces al cadáver, y, abriéndole á la fuerza la boca, introdujo entre sus dientes un panecillo bendito. Despertó la niña súbitamente, miró á su llorosa madre y la sonrió. Los testigos de este hecho maravilloso, llenos de admiración y de reconocimiento, quisieron unirse á esta afortunada madre para ofrecer sus homenajes á Dios, siempre admirable en sus santos (1).

La resurrección siguiente, también de un niño, parecerá tal vez más admirable. En la villa de Empoli, de la Toscana, durante una

(1) Giorgi, segunda parte, cap. xxiii, pág. 450.

época de gran carestía, quedóse una pobre viuda sin socorros y sin pan, teniendo consigo tres hijos pequeños. Un hombre rico, de perversa vida, teniendo conocimiento de su extrema pobreza, le prometió asegurarle socorros y comodidades, con tal de que consintiese en entregársele; propuesta que rechazó con cristiano valor la desgraciada madre, prefiriendo antes la muerte que ofender á Dios. Deseando, sin embargo, el Señor probar todavía más su virtud y constancia en el bien, permitió que el hijo más querido de su corazón cayese muerto de hambre en sus brazos, mientras que sus hermanos, próximos también, al parecer, á exhalar sus almas, se hallaban sumidos en una mortal agonía. A este espectáculo desgarrador para su corazón, esta madre generosa, que tenía una gran confianza en San Nicolás, prosternóse delante de su imagen y le suplicó llorando que salvase á su hijo, pero que no permitiese jamás que el exceso de su miseria la condujese al pecado.

Todavía estaba orando y gimiendo, cuando oye que llaman á la puerta. Creyendo no fuese su seductor, que viniera de nuevo á solicitarla, vacila un instante; mas implorando después el socorro de su celestial Protector, y colocando la imagen de éste sobre su pecho, abre temblando la puerta. ¡Oh sorpresa! Un religioso agustino de encantadora y sobrena-

tural hermosura, se presenta delante de ella y le dice cariñosamente: «He oído, hija mía, que estabas en una gran miseria, y he venido á traerte alguna subsistencia». Acto continuo preséntale un saco lleno de panecillos, y le dice: «Recibe este saco; alimentaos tú y tus hijos con el pan que contiene: no temas, que Dios no te ha de faltar en nada».

Desapareció aquél al instante, y la afortunada madre comprendió entonces que el mismo San Nicolás había hablado con ella, después de haber escuchado sus oraciones. Encerrándose entonces en su cuarto, apagó su hambre, así como la de sus dos hijos, y en seguida, inspirada por Dios, puso un pedazo de pan milagroso en la boca del que acababa de morir. Volvió inmediatamente á la vida este hijo querido, y pudo saciarse, en compañía de sus hermanos, del alimento enviado del Cielo. No se contentó el Taumaturgo con este doble beneficio, pues bajo la provisión de pan encontró la madre en el saco la suma de dinero que necesitaban hasta que pasase aquella general carestía (1).

Diremos, por fin, que un niño de dos años y medio fué resucitado en 1711 por el simple contacto de un panecillo bendito colocado sobre sus fríos labios.

(1) Ghezzi, pág. 244.

Todos estos milagros aumentaron prodigiosamente la devoción de los pueblos á los panecillos de San Nicolás, que todavía continúan en nuestro tiempo ejerciendo el poder maravilloso que el Cielo les concediera por la intercesión de aquel que fué el primero en hacer uso de ellos por orden de la Santísima Virgen María. Así, por los milagros y hechos sobrenaturales, hace Dios que concurren la gloria y las virtudes de los elegidos á la felicidad y consuelo de los hombres; y la felicidad y reconocimiento de los hombres, á la más grande gloria de los elegidos (1).

(1) Los Padres Agustinos bendicen el 10 de Septiembre, día de la fiesta de San Nicolás, estos panes milagrosos, y los distribuyen entre los fieles.



APÉNDICES

ARCHICOFRADÍA PRIMARIA

EN ALIVIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Esta Archicofradía es una asociación de oraciones y de buenas obras, establecida en la Basílica de Tolentino para alivio de las almas detenidas en el Purgatorio, la cual fué erigida canónicamente, por Su Ilustrísima Monseñor Sebastián Galeati, y elevada al rango de Archicofradía por Su Santidad León XIII, el 17 de Mayo de 1884. Esta Asociación reúne todas las buenas voluntades, todos los corazones, como la Basílica de Tolentino reúne todas las oraciones, precioso testimonio de caridad y de afecto para con nuestros amados difuntos.

Para pertenecer á ella es necesario hacer inscribir su nombre en el registro de la Archicofradía, pagar la suma de un franco, rezar cada día un *Gloria Patri* en honor de San Nicolás, y guardar en su casa una imagen ó una medalla del gran Taumaturgo de Tolentino.

Todos estos milagros aumentaron prodigiosamente la devoción de los pueblos á los panecillos de San Nicolás, que todavía continúan en nuestro tiempo ejerciendo el poder maravilloso que el Cielo les concediera por la intercesión de aquel que fué el primero en hacer uso de ellos por orden de la Santísima Virgen María. Así, por los milagros y hechos sobrenaturales, hace Dios que concurren la gloria y las virtudes de los elegidos á la felicidad y consuelo de los hombres; y la felicidad y reconocimiento de los hombres, á la más grande gloria de los elegidos (1).

(1) Los Padres Agustinos bendicen el 10 de Septiembre, día de la fiesta de San Nicolás, estos panes milagrosos, y los distribuyen entre los fieles.



APÉNDICES

ARCHICOFRADÍA PRIMARIA

EN ALIVIO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Esta Archicofradía es una asociación de oraciones y de buenas obras, establecida en la Basílica de Tolentino para alivio de las almas detenidas en el Purgatorio, la cual fué erigida canónicamente, por Su Ilustrísima Monseñor Sebastián Galeati, y elevada al rango de Archicofradía por Su Santidad León XIII, el 17 de Mayo de 1884. Esta Asociación reúne todas las buenas voluntades, todos los corazones, como la Basílica de Tolentino reúne todas las oraciones, precioso testimonio de caridad y de afecto para con nuestros amados difuntos.

Para pertenecer á ella es necesario hacer inscribir su nombre en el registro de la Archicofradía, pagar la suma de un franco, rezar cada día un *Gloria Patri* en honor de San Nicolás, y guardar en su casa una imagen ó una medalla del gran Taumaturgo de Tolentino.

He aquí la lista de las principales indulgencias concedidas por el Soberano Pontífice á la Archicofradía.

Indulgencias plenarias.

- 1.^a El día de la entrada en la dicha Archicofradía.
- 2.^a El 10 de Septiembre, fiesta de San Nicolás.
- 3.^a El 5 de Junio, fiesta de la canonización de San Nicolás.
- 4.^a En el artículo de la muerte, con tal de que los asociados invoquen con fe, de palabra, ó á lo menos con la mente, el Santísimo Nombre de Jesús.
- 5.^a Una vez al año (los asociados podrán elegir el día que quieran), con tal que se confiesen, comulguen, visiten devotamente una iglesia ó capilla pública y rueguen un instante por la intención de Su Santidad.

Indulgencias parciales.

- 1.^a Una indulgencia de siete años el cuarto domingo de Cuaresma.
- 2.^a Una indulgencia de siete años el tercero y sexto domingo después de Pascua.
- 3.^a Una indulgencia de doscientos días, una vez al día, si rezan tres veces *Requiem æternam dona eis, Domine*, etc.
- 4.^a Una indulgencia de trescientos días para todos los fieles que recen el salmo *Dæ profundis*.

5.^a Todos los primeros viernes de mes se celebrará una Misa en sufragio de las almas de los cofrades difuntos.

6.^a Todos los días se rezan ante el sepulcro oraciones especiales para los asociados vivos y difuntos.

7.^a Los cofrades ganarán por participación todas las indulgencias concedidas á la Orden de San Agustín.

BREVE DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

ERIGIENDO EN PRIMARIA LA ARCHICOFRADÍA
DE TOLENTINO

LEO PAPA XIII

Ad perpetuam rei memoriam. Pias Sodalitates ad pietatis et charitatis opera exercenda institutas, Romanorum Pontificum Prædecessorum Nostrorum vestigiis inhærentes, splendidis honorum titulis augere libenti animo solemus. Jam vero cum supplices Nobis admotæ sint preces, ut Piam Unionem ad suffragia animabus in Purgatorio igne detentis ferenda sub invocatione S. Nicolai in Basilica ejusdem Sancti Tolentini. Civitatis canonice erectam in *Primariam* evehere de Apostolica Nostra Benignitate dignaremur, Nos votis hujusmodi, suffragiis quoque Tolentini. ac Maceraten. Antistitis suffultis, quantum in Domi-

no possumus obsecundandum censuimus. Quæcum ita sint, omnes et singulos quibus Nostræ hæ Littere favent a quibusvis excommunicationis et interdicti, aliisque ecclesiasticis sententiis, censuris et pœniquovis modo vel quavis de causa latis, si quas forte incurrerint; hujus tantum rei gratia absolventes et absolutos fore censentes supra memoratam Piam Unionem pro animabus in Purgatorio detentis in *Tolentin. Civitate* institutam, in *Primariam* sive *Archisodalitatem* de Apostolica Nostra Auctoritate per præsentem erigimus atque constituimus, illique omnia et singula jura ac privilegia concedimus, quibus aliæ istiusmodi titulo auctæ Sodalitates utuntur fruuntur vel uti frui possunt ac poterunt. Piæ Unionis autem præfata sic in Archisodalitatem sive *Primariam* per Nos erectæ Officialibus ac Sodalibus de Apostolica similiter Auctoritate Nostra per præsentem concedimus, ut alias ejusdem nominis atque instituti Sodalitates in Ecclesiastica Provincia tantum Picena existentes, servata forma Constitutionis Clementis PP. VIII Prædecessoris Nostri recol. mem. desuper edita aliisque Apostolicis Ordinationibus, sibi agregare, illisque Indulgentiis omnes communicabiles communicare licite possint ac valeant. Decernentes præsentem Nostras Litteras firmas, validas et efficaces existere et fore suosque plenarios et integros effectus sortiri et obtinere, illisque ad quos spectat et in posterum spectabit in omnibus et per omnia plenissime suf-

fragari; sicque in præmissis per quoscumque judices ordinarios et delegatos etiam causarum Palatii Apostolici Auditores ac S. Romanæ Ecclesiæ Cardinales etiam de latere Legatos ac Sedis Apostolicæ Nuncios et alios quoslibet, quacumque præ- eminentia et potestate fungentes et functuros, sublata eis et eorum cuilibet quavis aliter judicandi et interpretandi facultate et auctoritate, judicari et definiri debere, ac irritum et inane si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter vel ignoranter contigerit attentari. Non obstantibus Constitutionibus et Ordinationibus Apostolicis nec non speciali licet atque individua mentione ac derogatione dignis in contrarium facientibus quibuscumque. Datum Romæ apud Sanctum Petrum sub Annulo Piscatoris die XVII Maii MDCCCLXXXIV, Pontificatus Nostri Anno Septimo.

Loco * Signi.

Fl. CARD. CHISTUS.

SEGUNDO BREVE DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

LEO PP. XIII

Ad perpetuam rei memoriam. Cum, sicut accepimus in *Basilica Sancti Nicolai Tolentini Civitatis* Pia quædam Unio sub ejusdem Sancti Nicolai patrocinio ad suffragia animabus in Pur-

gatorio igne detentis ferenda, Canonice erecta existat, Nos quo frugifera hujusmodi Unio majora in dies suscipiat incrementa, de Omnipotentis Dei misericordia ac BB. Petri et Páuli Apostolorum ejus auctoritate confisi, omnibus et singulis Christifidelibus, qui dictam Piam Unionem in posterum ingredientur, die primo eorum ingressus, vel Dominica immediate sequenti, si vere poenitentes, et confessi SSmum, Eucharistiæ Sacramentum sumpserint, *Plenariam*: ac tam adscriptis, quam pro tempore adscribendis dicta in Pia Unione Sodalibus in cujus libet eorum mortis articulo si vere quoque poenitentes et confessi, ac S. Communionem refecti, vel quatenus id facere nequiverint, saltem contriti nomen Jesu ore, si potuerint, sin minus corde devote invocaverint, etiam *Plenariam*: nec non iisdem nunc et pro tempore existentibus ejusdem Piæ Unionis Sodalibus item vere poenitentibus, et confessis ac S. Communionem refectis, qui supramemoratam Basilicam diebus festis S. Nicolai et Canonizationis ejusdem Sancti a primis vespere usque ad occasum solis diebus hujusmodi singulis annis devote visitaverint, ibique pro christianorum Principum concordia, hæresum extirpatione, peccatorum conversione ac S. Matris Ecclesiæ exaltatione pias ad Deum preces effunderint, quo die præfatorum id egerint, *Plenariam* omnium peccatorum suorum Indulgentiam et remissionem misericorditer in Domino concedimus. Insuper iisdem nunc, et pro tempo-

re pariter existentibus dictæ Piæ Unionis Sodalibus corde saltè contritis, qui eandem Basilicam, diebus quibus ibidem Sti. Nicolai exuviæ singulis annis exponuntur fidelium venerationi visiterint, ibique, ut supra, oraverint *Septem annos*: quoties vero sacro Septennario festum S. Nicolai præcedenti interfuerint, *Tercentum dies* de injunctis eis, seu alias quomodolibet debitis poenitentibus in forma Ecclesiæ consueta relaxamus. Quas omnes, et singulas Indulgentias, peccatorum remissiones poenitentiarumque relaxationes etiam animabus fidelium in Purgatorio detentis per modum suffragii applicari possi elargimur. In contrarium facientibus non obstantibus quibuscumque. Præsentibus perpetuis futuris temporibus valituris.

Datum Romæ apud S. Petrum sub annulo Piscatoris die X Junii MDCCCLXXXIV, Pontificatus Nostri Anno Septimo.

Loco * Signi.

Pro, Dno. CARD. CHISIO.

A. Trincheri Substitutus.

TERCER BREVE DE SU SANTIDAD LEÓN XIII[®]

LEO PP. XIII

Ad perpetuam rei memoriam. Relatum est nobis in Sanctuario titulo S. Nicolai Tolentini Civitatis Primariam Unionem pro animabus in Purga-

torio igne detentis canonice erectam existere, facultate ex Apostolicæ Sedis concessione auctam, alias ejusdem nominis atque instituti Uniones in provincia tantum Picena aggregandi. Nunc autem cum quamplurimæ extra Picenam provinciam similes Uniones erectæ reperiuntur, enixæ Nobis preces a Priore Fratrum Eremitarum Ordinis S. Augustini Primariæ dictæ Unionis Moderatore adhibitæ fuere, ut aggregandi facultatem ad Universæ Italiæ fines extendere de Apostolica Nostra benignitate dignaremur. Nos autem votis hujusmodi obsecundare quantum in Domine possumus volentes, et singulos atque universos, quibus nostræ hac litteræ favent, a quibusvis excommunicationis et interdicti aliisque ecclesiasticis sententiis, censuris et pœnis quovis modo vel quavis de causa latis, si quas forte incurrerint, hujus tantum rei gratia absolventes et absolutos fore censentes, Primariæ dictæ Unionis pro Purgatorii animabus, in Sanctuario S. Nicolai Civitatis Tolentini canonice erectæ, Officialibus et sodalibus præsentibus et futuris, ut ipsi alias quascumque ejusdem nominis atque instituti Uniones intra fines Italiæ tantum canonice institutas, servata forma Constitutionis Clementis PP. VIII, Prædecessoris Nostris recolendæ memoriæ, aliisque Apostolicis Constitutionibus desuper editis, sibi aggregare, illisque omnes et singulas indulgentias, peccatorum remissiones, ac pœnitentiarum relaxationes, ipsi Primariæ Unioni ab hac

S. Sede concessas et aliis communicabiles communicare licite servatis servandis possint ac valeant facultatem Apostolica Auctoritate Nostra, harum litterarum vi, perpetuum in modum concedimus atque elargimur. Decernentes præsentibus litteras firmas, validas et efficaces existere et fore, suosque plenarios et integros effectus sortiri et obtinere, illisque ad quos spectat et in posterum spectare poterit in omnibus et per omnia plenissime suffragari; sicque in præmissis per quoscumque Judices ordinarios et delegatos judicari et definiri debere, atque irritum et inane si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter vel ignoranter contigerit attentari. Non obstantibus Constitutionibus et Ordinationibus Apostolicis, nec non dictæ piæ Unionis aliisque quibusvis etiam juramento, confirmatione Apostolica vel quavis firmitate alia roboratis statutis et consuetudinibus ceterisque contrariis quibuscumque. Datum Romæ apud S. Petrum sub Annulo Piscatoris die X Februarii MDCCCLXXXV. Pontificatus Nostri Anno septimo.

Pro Domino.

Loco * Signi.

CARDINALI CHISIO.

L. CARD. JACOBINI.

LA BASÍLICA DE TOLENTINO

La vida monástica, una vez implantada en Occidente, desarrollóse con grandísimo vigor, semejante á un árbol plantado en tierra fecunda, cercano á la corriente de las aguas, que, echando profundas raíces, extiende por todas partes sus frondosas ramas. Todavía las ruinas de los antiguos monasterios excitan la admiración de los sabios y de los arqueólogos que hoy las visitan para recoger en ella antiguos recuerdos de la historia, las grandes y nobles aspiraciones de la Edad Media; quedándose con frecuencia estupefactos ante los restos de tanta magnificencia y tan acabadas obras del arte, cuya severa belleza procuran trasladar á sus pinceles. Mas ¿qué tiene esto de extraño, si se reflexiona que, durante los siglos de la barbarie, los monasterios fueron los únicos asilos de la oración, del estudio, de la ciencia, de la virtud, de todo cuanto hubo digno de algún aprecio en la civilización antigua?

Entre los grandes santuarios levantados por mano de los monjes en Occidente, ocupa un lugar muy distinguido el de Tolentino, debiendo á las virtudes heroicas de Nicolás su importancia y raros privilegios. Él resume en sí todavía la vida religiosa de los Ermitaños de San Agustín.

El convento de Tolentino, durante el siglo XIV, no cedía en nada á los más ilustres de su clase, floreciendo por igual dentro de sus muros la piedad, la observancia religiosa y la sabiduría. Él, á semejanza de los justamente célebres de Montecasino y Citeaux, vino á ser en el territorio de las Marcas como el hogar de la civilización. Larga pléyade de santos, de obispos y de misioneros se han formado, durante muchos siglos, á la sombra de su claustro bendito y embalsamado por el recuerdo del gran Santo que allí habitó.

Dos siglos por lo menos sobrevivió á su muerte la primitiva Iglesia, testigos de las oraciones, de las visiones y de los milagros del Santo. Como fuese excesivamente pequeña, no contando más que 25 metros de longitud, en 1510 pensaron los Ermitaños de San Agustín en construir otra más amplia y más hermosa donde pudieran desahogadamente celebrar el culto divino los cuarenta religiosos que ordinariamente había en el monasterio de Tolentino. En 1783 elevó Pío VI este santuario á la categoría de Basílica. Consagrada en 1859 por Su Excelencia el Sr. Marinelli, de la Orden de San Agustín, Sacrista de Pío IX, fué restaurada de nuevo en 1882, con mucho talento y gusto, por el arquitecto Fontana, cuyos hábiles trabajos dejan ver, á todo hombre instruido que visita el monumento, pinturas y decoraciones de la época del Renacimiento. Esta iglesia tan notable, sobre todo en su interior, por la corrección y pureza de sus

líneas, eleva el alma á la adoración, á la plegaria y al recogimiento. Consta de unos 54 metros de longitud por 17 de anchura.

La capilla de San Nicolás, situada á la derecha del sagrado edificio, posee todavía todo lo que resta de sus preciosas reliquias, en una grande caja de hierro liada por dos gruesas cadenas. Hállase colocada esta caja sobre el altar, lo cual permite tenerla expuesta constantemente á la veneración de los fieles. El oratorio donde el Taumaturgo pasó tan largas horas en oración está todo él decorado con frescos del siglo XIV que recuerdan la escuela de Giotto y de Fra Angélico. El principal ornamento de la capilla es un retrato del Santo, tomado del natural, y que los autores contemporáneos suyos dicen que se le parece muchísimo. Hállanse las paredes cubiertas de exvotos que cuentan casi todos apenas un siglo de antigüedad, habiendo sido vendidos los antiguos, así como gran número de piedras preciosas de gran valor, con objeto de ayudar al Sumo Pontífice á pagar el tributo que le fué impuesto por Napoleón en el tratado firmado en Tolentino.

La devoción inspirada por el recuerdo de Nicolás, recuerdo presente siempre en ese lugar sagrado, es tan grande, que no se han interrumpido nunca las peregrinaciones desde la muerte del Santo: aquí han venido los Papas, acompañados de una numerosa corte de obispos y cardenales; aquí han llegado los reyes con sus heraldos de ar-

mas y sus generales; aquí han acudido de toda la Italia, de Alemania, de Inglaterra y hasta de las apartadas regiones de América, con objeto de dar gracias al Santo por beneficios recibidos. Cosme III, gran duque de Toscana, verificó su peregrinación en 1695; el duque de Módena, dos años más tarde; la reina de Polonia vino á visitar la Basilica en 1699, acompañada de señores y damas de su corte; el rey de Inglaterra Jorge III arrodillóse el 22 de Octubre de 1722, acompañado de su esposa, ante las reliquias de San Nicolás; posteriormente, el 10 de Junio de 1738, la reina de Nápoles, hija de Augusto, rey de Polonia, tuvo aquí una entrevista con el elector de Sajonia.

En 1594, el Papa Clemente VIII, después de haber recobrado la ciudad de Ferrara, hizo un viaje á Tolentino y llegóse á orar ante el altar del Santo. El 1.º de Marzo de 1782 vino aquí Pío VI, queriendo en persona recomendar al glorioso Ermitaño de San Agustín, y encargarle que velase sobre los negocios que iba él á tratar en Viena con el emperador. El 25 de Junio de 1800 sucedióle Pío VII á los pies de Nicolás, habiendo venido con el fin de darle gracias por su elección, toda milagrosa y toda providencial, hospedándose para ello en el convento de los PP. Agustinos. Este mismo volvió segunda vez en 1814 á visitar á su celestial protector, protector igualmente de la Iglesia universal, á fin de darle rendidas gracias por el fin de su destierro.

En 1815 vemos en Tolentino á Carlos IV, rey de España, con toda su corte; en 1832 y en 1853 á la ex-reina de España María Cristina.

En estos últimos tiempos, el Papa Gregorio XVI permaneció tres días en el monasterio santificado por la presencia, las virtudes y los milagros del Taumaturgo; y el Papa Pío IX, de feliz memoria, vino el 9 de Mayo de 1857 á Tolentino, á recomendar á Nicolás los intereses de la Iglesia, mostrándose conmovido hasta derramar lágrimas á la vista de los brazos ensangrentados del Bienavenrado.

Cada año, el 10 de Septiembre y el cuarto domingo de Cuaresma, acuden á la Basilica millares de peregrinos conducidos por sus pastores. Nada más tierno y edificante que estas piadosas romerías, compuestas á veces por todo el personal de un pueblo. Los PP. Agustinos acuden al tribunal de la penitencia para absolver á las turbas, y nadie sale de Tolentino sin haber antes recibido el pan de los fuertes. De este modo cumplen los fieles lo que en su lenguaje llaman *un voto*, expresión con la que significan que van en peregrinación al sepulcro, ya para satisfacer una promesa, ya para obtener alguna gracia especial.

Antes de terminar esta obra, permítasenos decir cuatro palabras sobre la pequeña ciudad de Tolentino. Asentada en medio de un grupo de colinas, tan pronto cubiertas de nieve, tan pronto tapizadas por risueñas praderas y ricos viñedos,

Tolentino ocupa uno de los sitios más encantadores que pueden encontrarse. Es una pequeña ciudad de diez á doce mil habitantes, situada á treinta kilómetros Sudoeste, poco más ó menos, de Loreto; de modo que de esta villa es de donde vienen á ella el mayor número de peregrinos. Cuatro trenes parten cada día de Loreto, con otros cuatro que vienen de Fabiano. Así que los piadosos extranjeros que visitan la Santa Casa de Nazaret pueden partir por la mañana de la ciudad privilegiada por María, llegar al sepulcro del Santo, hacer sus devociones, y en la misma noche volverse de nuevo á la humilde Casa donde el Verbo se hizo carne, continuando después sus piadosas excursiones. Sería de desear que todos los devotos peregrinos de Loreto tuviesen á honor el hacer una visita al gran Taumaturgo, á quien la Santísima Virgen había revelado, muchos años antes de que sucediese, la traslación milagrosa de la Santa Casa. La relación entre Loreto y Tolentino, entre María y Nicolás, es demasiado íntima y demasiado fuerte para que pueda ser ignorada ó poco estimada.

BULA DE CANONIZACIÓN

EUGENIUS EPISCOPUS SERVUS SERVORUM DEI

Universis Christifidelibus præsentis litteras inspecturis salutem et apostolicam benedictionem. Licet militans in terris Ecclesia triumphantem in cœlis, filiali et devoto veneretur affectu, ac virtutes, laudes præconiaque sanctorum, quantum humana sinit fragilitas dignissimis attollat titulis, devotis quoque precibus selemni ritu, sacrificia laudum offerat ad decus et venerationem civium supernorum, nihil tamen illis accrescit novæ perfectionis et gloriæ nec eorum perfecta felicitas nostris operibus firmari poterit, vel augeri. Misericors tamen miseratorque Dominus per intercessionem meritaque sanctorum quos in terris celebritate congrua veneramur, mirabili dignatione imperfectum nostrum suppleri providit, ut quod nostris meritis non valemus eorum suffragiis assequamur.

Æternus itaque Deus qui fecit mirabilia magna solus Confessorem suum eximium Nicolaum de Tolentino in approbata Religione Fratrum Eremitarum Sancti Augustini ab ejus pueritia educatum, Puritate cándidum, Charitate fecundum, electum ex millibus, exemplar præfulgidum, Sapientia ejus infinita produxit, singularis vitæ suæ excellentissimis signis et prodigiis probatis ac co-

ruscantibus crebrisque miraculis manifestatum. Lætentur itaque cœli, exultet terra, jucundeturque pariter totus orbis, quando ei, qui effulsit in templo Dei, cum viveret spatiosum in cœlo præstant hospitium cœli cives, itaque hujus Beati Viri, quando vita est functus, fama summaque ad eum populorum devotione crescentibus, felicitis recordationis Joannes Papa XXII Prædecessor noster Avenione cum ejus curia residens cum fratribus suis cæpit de illius Canonizatione tractare quam nisi ejus obitus et horrenda supervenissent schismata procul dubio consummasset. Beatus igitur hic Nicolaus, honestis ex castro Sancti Angeli intra Firmanam diocesim, parentibus ortus, puerorum consortia vitans, ecclesiasque, divinaque mysteria frequentabat. Et ne per clara opera lucidæ vitæ suæ longo latoque sermone curramus, pauca lubet referre de pluribus ut ex his existentes in via Dómini, patrem glorificent sicut de cæteris. Sanctus equidem iste in ætate existens tenera, et humilitate servabat, castigando corpus, jejuniis, vigiliis, orationibus insistebat, devotus, gratus, humilis, obediens, benignus, suavis, pius, patiens, constans, maturus, compositus virtutum quidem quibusdam aromatibus plurimos atrahebat; adeo quoque fidei cultor erat, ut cuncta illius verba, et opera, virtutem fidei redolent. Tribulatorum et informorum consolator assiduus existebat. Et demum pudicus, castus, modestus, verecundus ac lætus ad vitæ vesperam veniens

divinitus audire meruit: *euge serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui*. Sic granum frumenti, cadens in terram et mortuum, uberem consurgit in spicam, sic botrus in torculari calcatus liquoris redundat in copiam, sic regnum cœlorum percipitur, et sancti per fidem sublimia regna vicerunt. Verum decebat divinæ magnitudinem bonitatis, ut quem in terris præclaris ornarat virtutibus, in cœlis regnare certis testimoniis probaretur.

Multis enim magnisque miraculis et dum viveret et post obitum clarum fecit. Quorum quædam dignissimis probatis testibus onerosæ multitudinis vitandæ gratia duximus præsentibus adnotanda. Quidam adeo in sinistro latere perditus erat, ut nec illius manum nec pedem posset quovis modo movere, aut quicquam ex oculo sinistro videre, post plurimorum medicorum antidota, atque colliria in vanum experta, Sanctus hic latus illud crucis signaculo tetigit, viroque ipse benedixit, qui statim e grabato surgens, factus est videns, et integre liberatus. Quædam vero mulier triennio continuo sanguinis fluxum patiens, ad Nicolaum veniens et manum ejus devotissime osculans, precabatur eum, ut preces ad Dominum pro illius sanitatæ recuperanda porrigeret. Sanctus ipse illam signo crucis signavit et liberata recessit. Hæc ante obitum.

Post obitum vero, cum puer quidam annorum quatuor in canalem molendini civitatis Maceratæ

cecidisset et intra rotam et aquam per spatium temporis, quo communiter bene ambulans millario ambulasset, continuo jacuisset, inde tandem laboriose extractus mortuus, et pro mortuo reputatus, emisso prius per matrem voto, quod si restitueretur vitæ auxilio beati Nicolai, illum supra Sancti tumulum habitum religionis indueret, adjuvante sancto prædicto, vivus apparuit. Vir insuper quidam inventus in domo sua suspensus et mortuus, precibus et voto per ejus uxorem ad beatum Nicolaum emisit factus est vivus et ex tunc diutius supervixit. Quamplurima etiam miracula tam in vita, quam post ejus mortem fecit, pluresque homines utriusque sexus a morte suscitavit, cæcos illuminavit, et ab oculorum infirmitatibus liberavit. Contractos et pertractos membris, et claudos erexit, paralyticos a membrorum impotentia sanavit. Et a tremore capitis et membrorum, dæmoniacos, captivos, incarceratos, cum apparitionibus et revelationibus liberavit. Cadentes et alios a naufragiis, a captivitate personæ, a perditione bonorum, a febribus, ab hetica, ab hydro-pisi, a podagra, a doloribus illorum et stomachi ac cordis, aliisque infirmitatibus liberavit, pristinæque sanitati restituit, quæ omnia trecenta et unum miracula, ad quorum probationem examinati fuerunt trecenti et septuaginta et unus testes in registro annotati, et coram nobis in publico Consistorio relati fuerunt, his itaque et aliis miris operibus sancti hujus adstruentibus sanctita-

tem christianæ fidei veritate, miraculorum lingua loquente, concurrat ad nos undique populus. Crevit de his fama atque devotio, laudatur Dominus de salutiferis gratiis, salutis auctori gratiæ referuntur, invaluit super his vox communis et celebris et plurimorum vox exultationis etiam et prælatorum nobis intonuit, et nostra auctoritate inquisitionem fieri super dictis obtinuit. Quidem venerabili fratri Joanni Episcopo Prænestino et dilectis filiis nostris Joanni Tituli Sancti Laurentii in Lucina Presbytero, et Prospero Sancti Georgii ad velum aureum Diacono, Cardinalibus, commissimus, ut veritatem præmissorum et de miraculorum continuatione inquirerent diligenter, quorum relatione etiam continuationis miraculorum probata veritas. Nos et venerabiles fratres nostros Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinales, de sancti ejusdem vita mirabili, miraculis et meritis gloriosis instruxit. Et quia plura et majora de sancto ipso comperimus, quam insinuata fuissent, de fratrum prædictorum consilio et assensu, plurimis Ecclesiæ Prælati adstantibus, de Omnipotentis Dei virtute et Beatorum Apostolorum Petri et Pauli, ac nostra auctoritate confisi, eundem Beatum Nicolaum Sanctorum Confessorum cathalogo duximus adscribendum, ideoque universitatem vestram monemus et hortamur attente per Apostolica scripta vobis præcipiendo mandantes, quatenus quarto idus Septembris, quo sanctus ipse migravit ad Dominum, festum ejusdem, devote,

et solemniter celebretis et faciatis ab omnibus veneratione congrua celebrari, ut pia ejus intercessione, et hic a noxiis protegi, et in futurum sempiterna consequi gaudia valeatis. Et ad venerabile ejus sepulchrum eo ardentius Christifidelium confluat multitudo, et celebrius ejusdem Confessoris colatur festivitas. Omnibus vere pœnitentibus et confessis qui cum devotione et reverentia illuc in eodem festo accesserint, annuatim ipsius suffragia petituris, de Omnipotentis Dei misericordia, et Beatorum Petri et Pauli Apostolorum ejus auctoritate confisi, septem annos et totidem quadragenas, accedentibus vero annis singulis ad dictum ejus sepulchrum infra ejusdem festi octavam, duos annos et duas quadragenas de injunctis eis pœnitentiis misericorditer relaxamus. Datum Romæ apud S. Petrum anno Incarnationis Dominicæ MCCCCXLVI, Kalendis Februarii, Pœnitificatus nostri anno sextodecimo.





SEPTENARIO

EN HONOR DEL GLORIOSO TAUMATURGO

SAN NICOLÁS DE TOLÉNTINO

Por la señal... Señor mio Jesucristo...

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh Dios eterno, que sois admirable en vuestros Santos, y queréis que con sus ejemplos salgamos de nuestra tibieza y nos movamos á amaros! Sí, postrados en vuestra presencia, confesamos humildemente nuestros pecados, y confiados en la intercesión del ilustre Taumaturgo y esplendor de la Orden Agustiniána, San Nicolás de Tolentino, esperamos conseguir por sus méritos un espíritu de oración que nos retraiga del mundo y de sus vanidades; un espíritu de penitencia con el que sometamos nuestros apetitos á la ley de la razón, y un espíritu de abnegación que nos haga seguir sus admirables ejemplos. Con un protector tan poderoso, ¿qué tendremos

que temer? Por eso Vos, que sois Dios de bondad y de amor, queréis que honremos á vuestros Santos, para que sus méritos y protección nos obtengan las gracias que nosotros no podemos obtener por nuestras iniquidades. Acoged, pues, piadoso estos pobres homenajes con que honramos á vuestro siervo San Nicolás; haced que, elevándose hasta el Cielo nuestras plegarias, desciendan á nosotros transformadas en copiosa lluvia de gracias y bendiciones, para que, conociendo vuestras bondades, se abrasen nuestros corazones en las vivas llamas de vuestro amor, y por la intercesión del glorioso San Nicolás merezcamos llegar felizmente al puerto seguro de la Gloria. Amén.

DÍA PRIMERO

1. ¡Oh estrella esplendente de santidad, decoro y gloria de la Orden Agustiniána, valeroso protector nuestro San Nicolás, que os complacéis en oír desde el Cielo las súplicas de vuestros devotos! No rehuséis favorecernos; pues, en prenda de nuestra devoción, vamos recordando vuestras heroicas virtudes, para imitar, del mejor modo posible, vuestros ejemplos, ayudados con la gracia divina.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria...

2. ¡Qué grande fué el gozo de vuestros afortunados padres cuando supieron por boca de un ángel que tendrían en Vos, glorioso San Nicolás, un hijo que satisfaría sus deseos y agradaría al Señor! ¡Oh! Dignaos secundar los deseos de nuestro corazón, y haced que vayan siempre dirigidos á procurar la mayor gloria de Dios y á conseguir nuestra salvación eterna.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

3. ¡Oh afortunado San Nicolás, que habiendo nacido fruto de fervorosas oraciones y de frecuentes visitas al sepulcro del santo Obispo de Bari, recibisteis el nombre del ínclito Taumaturgo, y así se vieron plenamente cumplidas las promesas del celestial mensajero! Consolad nuestras esperanzas con una feliz eternidad, y enriquecednos de méritos para conseguirla.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

4. Prevenido con bendiciones de dulzura ¡oh glorioso San Nicolás!, mostrasteis desde vuestra infancia aquella aura suave del Paraíso que transpiraba de vuestro rostro, y jamás se oyó de vuestros labios una queja infantil. Haced que, justamente afligidos y trabajados por los afanes de este mundo, obtengamos un espíritu de cristiana resignación.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5. ¡Oh dulcísimo San Nicolás! Espectáculo admirable fué para los hombres y para los ángeles el veros retirado, siendo todavía tierno infante, en los lugares más ocultos, y allí dirigir al Cielo ardientes suspiros, que salían de lo íntimo de vuestro inocente pecho. Tened piedad de nosotros, que hemos perdido, con la culpa, las primicias de nuestros años, y haced que podamos redimirlas con una contrición sincera de nuestro corazón.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

6. Crecisteis ¡oh piadosísimo San Nicolás! en edad, y crecieron también en vos la devoción y el fervor, fruto de la esmerada educación de vuestros padres, de tantas gracias con que fuisteis enriquecido, y de vuestra dócil cooperación á ellas. Pedid este espíritu de educación cristiana para los creyentes, y haced que, cuanto más falaz y perverso sea el mundo, tanto más crezca en nosotros la mutua edificación y el buen ejemplo.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. Cómo se derretiría de ternura vuestra hermosa y enamorada alma, ¡oh bienaventurado San Nicolás!, al recibir el singular privilegio de contemplar en la sagrada Hostia á Jesús en forma de hermoso Niño, y al oír decirnos que los inocentes y rectos de corazón

son los que viven unidos con El. ¡Ah! Infundidnos la debida reverencia á los sacrosantos misterios, y haced que, cuantas veces venga nuestro celestial Esposo á morar en nuestros corazones, aprendamos á oír sus voces, á cumplir sus deseos y á corresponderle con nuestros afectos; para que así aquel manjar de vida nos sirva de prenda para conseguir la gloria inmortal.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desea alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

ANTÍFONA

San Nicolás, verdadero pobre de Cristo, y virgen elegido por Dios, guardando una constante obediencia, ilustró la Orden de Ermitaños con virtudes y milagros.

Y. Rogad por nosotros, San Nicolás.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de N. S. Jesucristo.

OREMOS

Os suplicamos ¡oh Dios omnipotente! que concedáis á vuestra Iglesia, que brilla con la gloria de las virtudes y milagros de vuestro confesor San Nicolás, que por su intercesión

y méritos goce de una paz y unidad perpetuas.

Guarde ¡oh Señor! á tu pueblo tu gracia, para que los que constantemente imploran el auxilio de su confesor San Nicolás consigan el efecto saludable de sus peticiones por Cristo Nuestro Señor. Amén.

DÍA SEGUNDO

1. Aun no había brillado en vuestra mente ¡oh inspirado San Nicolás! la luz de la razón, cuando penetró en ella un rayo de aquella luz soberana que no tiene ocaso. Por eso mostrasteis desde entonces un gran empeño en instruiros en la ciencia de los Santos, y de conocer adónde os guiaba el espíritu del Señor. ¡Ah! En estos tiempos infelices en los que, entre la ignorancia de las cosas divinas, tanto prevalece la corrupción de máximas y costumbres, haced que se conserve pura é intacta en nosotros la fe, y brille luminosa con la santidad de las obras.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria. ®

2. ¡Oh fervoroso San Nicolás! Vuestras delicias eran el estar siempre unido con Dios, y por eso, habiendo sido llamado por el Señor á su casa, os dedicasteis prontamente al culto divino, sin que el mundo pudiera arre-

bataros uno solo de vuestros afectos. Enseñadnos á nosotros, que andamos ocupados en las vanidades terrenas, á agradar á aquel Dios á quien servir es reinar sobre la Tierra, y gozar una prenda del Reino preparado á los elegidos.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

3. ¡Oh sapientísimo San Nicolás! Vos elegisteis morar en la casa de Dios mejor que entre los tabernáculos de los pecadores, y, distinguido por vuestras virtudes, fuisteis alistado en la milicia clerical, á la que como fiel antorcha servisteis de ornamento. Retiradnos también de las diversiones profanas, y concedednos en el santo templo un espíritu de devoto recogimiento.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

4. ¡Oh castísimo San Nicolás, que os conservasteis en el campo evangélico como lirio entre espinas por el noble aprecio de vuestra inquebrantable pureza, y por eso tratasteis á vuestra carne como enemiga, extenuándola casi todos los días de la semana con un riguroso ayuno á pan y agua! Alcanzadnos al menos la virtud de la templanza, que es eficaz preservativo contra el vicio de la impureza.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5. Más penetrante que aguda espada de dos filos fué aquella palabra divina que traspasó ¡oh animoso San Nicolás! vuestra alma y vuestro corazón, pues al oír hablar sobre el desprecio del mundo no tardasteis un momento en alejaros de él con un total y absoluto desprendimiento. Despertad en nosotros el desprecio de las vanidades de la Tierra, y enseñadnos por lo menos á desprender de ella nuestros afectos.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

6. Ni la ternura de los parientes, ni el amor de la patria, ni los regalos y comodidades de la vida os contuvieron un instante ¡oh magnánimo San Nicolás! de abrazaros estrechamente á la desnudez de la Cruz. Traednos también á nosotros al olor de vuestras virtudes, y, haciéndonos superiores á todo respeto humano, enseñadnos, en el cumplimiento exacto de nuestros particulares deberes, á no cuidarnos de las irrisiones del mundo y á no preferir los bienes caducos á los eternos.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. Vos, pues ¡oh ejemplarísimo San Nicolás! voláis cual tímida paloma á las aberturas de la piedra misteriosa; entráis en el instituto de Ermitaños de San Agustín, y, mientras ocultáis en toscos hábitos la noble-

za y delicadeza de vuestra sangre, se descubre el esplendor de tantas dotes espirituales, que os hacen para los demás modelo de perfección. Invitadnos también á nosotros con el deseo de seguiros, ó descubridnos por lo menos los engaños del mundo, para que huyamos prontamente de él y aseguremos el descanso de nuestro corazón.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desee alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como en el día primero, pág. 370.

DÍA TERCERO

1. ¡Oh penitente San Nicolás, encerrado en el silencio del claustro como en un dilatado campo de penitente austeridad! ¿Quién podrá contar las estudiadas maneras con que atormentasteis vuestro cuerpo puro é inocente con hierros, con cordeles, con cadenas, con cilicios y con azotes? ¿Qué haremos nosotros, pecadores, si tanto hicisteis vos siendo inocente? ¡Ah! Concedednos que al menos podamos borrar de los libros de la Justicia divina nuestras deudas con una sincera y profunda penitencia de corazón.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

2. Que la vida del hombre sobre la Tierra sea una continuada milicia, bien lo sabéis vos ¡oh atribulado San Nicolás!, que en el tranquilo retiro fuisteis molestado por quien trataba de haceros abandonar vuestras acostumbradas mortificaciones! Enseñadnos á vencer la más fatal sugestión con que el enemigo infernal procura hacernos diferir de día en día la obra de una sincera conversión.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

3. ¡Oh pacientísimo San Nicolás! No consentió el Cielo veros por más tiempo entre temores, angustias y amargas desolaciones de espíritu, sino que se complació en recrearos con suaves melodías angélicas, y os aseguró que el tenor de vuestra vida era agradable al Señor! ¡Oh! ¿Quién puede lisonjearse de otro tanto? Al menos, infundidnos vos una dulce esperanza de obtener el perdón de las culpas cometidas.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

4. Fué un oloroso holocausto ¡oh devotísimo San Nicolás!, que presto se elevó hasta el Trono de Dios, la profesión de los votos sagrados que pronunciasteis con vuestros fervorosos labios y observasteis con escrupulosa fidelidad hasta el fin de vuestra vida. Haced que cumplamos las promesas que hicimos en el

sacramento de la regeneración con la exacta observancia de la ley santa de Dios.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5. ¡Oh invencible San Nicolás! A fin de que obtuviéseis nuevas coronas de gloria permitió Dios al maligno tentador que se desencadenase contra vos y os asaltase con horribles injurias y aprensiones espantosas. ¡Ah, Santo amado! Libradnos de los asaltos de las tentaciones, ó haced que la tentación nos halle siempre, como á vos, defendidos con la armadura de los fuertes.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

6. El arma más poderosa para vencer al abismo es el fervor de la oración, y ¿quién mejor que vos supo emplearlo ¡oh fervorosísimo San Nicolás! En ella pasabais las horas de la noche, en ella ocupabais las horas del día que os quedaban después de los sagrados ministerios. ¡Ah! Obtenednos á nosotros, tan perezosos y fríos en la oración, un ejercicio frecuente y un santo fervor.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. Cuán agradables fueron al Cielo vuestras plegarias ¡oh beatísimo San Nicolás!, lo demostraron aquellos serafines bienaventurados que se os aparecían para recogerlas en

incensarios de oro, así como el oloroso incienso y la prodigiosa estrella que os conducía al oratorio. ¡Ah! Si veis escasos nuestros méritos, interponed por nosotros los vuestros, y así sentiremos los copiosos y saludables efectos de vuestras súplicas.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desee alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como en el día primero, pág. 370.

DÍA CUARTO

1. ¡Oh virtuosísimo San Nicolás! No obstante la plenitud de vuestros méritos y la abundancia de favores celestiales, ¿quién no admirará vuestra profunda humildad, por la que os considerabais como el más vil de vuestros hermanos, y os ofrecíais al servicio de todos, y sufríais con gusto los más duros ultrajes y persecuciones? Alcanzadnos estos sentimientos de aquel Dios que da la gracia á los humildes y resiste á los soberbios. ®

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

2. ¡Oh amabilísimo San Nicolás! Cual fuego que, cuanto más encerrado y escondido, tanto más arde y consume, era el ardor

de vuestra caridad: por eso, si la humildad os hacía ingenioso para ocultaros, la fama de vuestra santidad, divulgada por tantos lugares, os atraía la veneración pública, y un continuo recurso á vos en las necesidades; y vos os prestabais solícito y prodigioso á ayudar á vuestros prójimos. ¡Oh! Ahora que descubris mejor desde el Cielo nuestras necesidades, tened compasión de nosotros, que en las aflicciones y peligros tenemos el consuelo de poder repetir: « San Nicolás, protégenos ».

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

3. ¡Oh amabilísimo San Nicolás! Apenas fuisteis destinado por vuestros Superiores á la predicación evangélica, ¿quién puede decir con cuánta diligencia emprendisteis tan fatigosa empresa? Los templos no eran capaces de contener las apiñadas gentes, hambrientas por recibir de vos el Pan de la vida; así que en las campiñas, en las calles y en las plazas oíase resonar vuestra voz. Disponed nuestro corazón como un terreno escogido, en el que la semilla de la palabra divina produzca sus frutos multiplicados.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

4. ¡Oh virtuoso San Nicolás! Poderoso en la palabra y en las obras, llenaba vuestro corazón de un gozo inexplicable el ver caer á

vuestros pies, humillados y contritos, los más pérfidos pecadores, y vos sanabais sus llagas con el sacramento de la reconciliación. Renovad desde el Cielo vuestras maravillas para la conversión de las almas, y haced por vuestra intercesión que sobreabunde la gracia en donde hasta ahora ha abundado el pecado.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5. ¡Oh compasivo San Nicolás! No sólo se distinguió vuestra caritativa piedad por la salud de las almas para con los vivos, sino que también se extendió á las almas del Purgatorio, pues que se os apareció una de aquellas ilustres prisioneras para procurar vuestros sufragios. Encended en nuestro corazón tan piadosos sentimientos, y haced que experimenten aquellas hermosas almas vuestra merced y una ayuda pronta y oportuna.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

6. ¡Oh misericordioso San Nicolás! A la vista de las acerbísimas penas que sufren aquellas desoladas esposas del Cordero en la cárcel del Purgatorio, y que os fueron manifestadas, se enfervorizó vuestro corazón en ayudarles con sufragios; así que servisteis de un medio eficaz para que saliese una festiva multitud á la eternidad de la Gloria. Ayudad con vuestra mediación á las almas que espe-

ran de nosotros tan caritativo oficio, y acordados de las nuestras cuando estén sufriendo en aquellas llamas.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. La tristeza de las granjas, la pobreza de los asilos, el horror de las cárceles, no os retrajeron de la piedad ¡oh ángel consolador San Nicolás! Así que emprendisteis penosos viajes para instruir á los rústicos, anduvisteis mendigando de puerta en puerta para proveer á los miserables, convertisteis en las cárceles, con vuestras paternales visitas, á los malhechores, y á muchos les alcanzasteis la absolución de la pena que les era debida. Reanimad piadoso esta infatigable conmiseración, que ahora puede decirse que está apagada en nosotros, y haced desde el Cielo que se extienda la vuestra, benéfica y generosa, sobre todos los mortales.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desea alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como el día primero, pág. 370.

DÍA QUINTO

1. ¡Oh ínclito Taumaturgo, en cuyas manos reposó el Omnipotente, mejor que en las manos del caudillo hebreo la virtud admirable

de obrar los más ruidosos prodigios para socorro de la humanidad! Si Moisés con la vara, vos con una frágil caña hicisteis manar de la árida tierra aguas saludables. Tocad la aridez de nuestro corazón para que derrameemos lágrimas copiosas que borren nuestras culpas.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

2. ¡Oh beneficentísimo San Nicolás! Parecía que la Naturaleza estaba pronta á vuestras órdenes, ó que el Autor de la Naturaleza jugueteaba con vos, rivalizando con la ternura de vuestros compasivos afectos, mientras visteis no pocas veces convertirse en frescas rosas el pan que llevabais para alimentar á los mendigos. Sacudid nuestra indiferencia y cambiadla por una generosa y abundante misericordia para con los pobres de Jesucristo.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

3. Fué tan conspicua la obediencia con que negasteis vuestra voluntad y la sometisteis á la voluntad ajena ¡oh dulcísimo San Nicolás!, que, obligado por el Superior á mitigar vuestras rigurosas abstinencias, empeñasteis los milagros para no violar la obediencia, y disteis vida á las aves aderezadas que os presentaron para que recobrasedis la salud y reparasedis las fuerzas. ¡Ah! Humillad la so-

berbia de nuestro espíritu, y hacednos dóciles para llevar el suave yugo de Jesucristo hasta el fin de nuestra vida.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

4. Apiadado el Cielo del riguroso tratamiento que dabais á vuestro cuerpo ¡oh austerísimo penitente San Nicolás!, renovó para con vos el prodigio de las bodas de Canaán, haciéndoos gustar muchas veces cambiada en vino la insípida agua que bebíais siempre para apagar la sed. Mitigad nuestra sed con la fuente de las dulzuras celestiales, y haced que tengamos fastidio de toda lisonja de placer terreno.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

5. Las maravillas obradas por Elías y Eliseo en grata recompensa de las almas bienhechoras no fueron extrañas para vos, ¡oh agradecidísimo San Nicolás!, que librasteis de los infortunios, sanasteis de las enfermedades, proveisteis con la multiplicación de la harina y del pan á los corazones generosos que secundaban los deseos de vuestra ternura en socorro de la indigencia. Excitad en nuestro corazón una gratitud sincera á los beneficios divinos, siendo éste el medio seguro para obtener otros nuevos.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

6. ¡Qué consolación tan dulcísima sintió vuestra alma sobre el lecho de vuestra enfermedad ¡oh amantísimo San Nicolás!, cuando se os apareció la Reina augusta de las virgenes y, dándoos á gustar un poco de pan mojado en agua, os restituyó la primitiva salud! ¡Ah! Rogad por nosotros á la Inmaculada María, y hacednos dignos de su maternal protección.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. Eficacísimo remedio, no sólo para las enfermedades del cuerpo, sino también para las aflicciones del alma, experimentan todavía los fieles ¡oh portentoso San Nicolás! con el pan bendecido en vuestro nombre. Con él se alejan las pestes, se apagan los incendios, se ahuyentan los espíritus infernales, se calman las tempestades, se serenán los espíritus y se consuelan los corazones. ¡Oh! Si Dios quiso glorificaros de tantos modos por todo el mundo católico, recordad que mucho más motivo tiene de ser glorificada por vos aquella Providencia que os dió el ser, y con la que se perfeccionó la obra de vuestra santificación.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desee conseguir en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como en el día primero, pág. 370.

DÍA SEXTO

1. Alegraos ya ¡oh ínclito San Nicolás! de sentir próximo el término de vuestra peregrinación, que el Cielo mismo, desde que recibisteis el aviso, lo celebró seis meses antes, haciéndoos gustar todas las noches las más suaves melodías del Paraíso. ¡Ah, sí! La Tierra no tendrá ya la dicha de poseeros; preparad para nosotros una morada allá en la Gloria, donde reina un gozo perpetuo.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

2. Si al anunciaros la proximidad de vuestra muerte podíais afligiros algún pensamiento, era solamente el de no poder consagraros más al provecho de las almas y al servicio de Dios. Por eso ¡oh insaciable San Nicolás!, recogiendo, aun en los últimos momentos de vuestra vida, vuestras lánguidas fuerzas, os ejercitasteis en acoger á penitencia á los pecadores, en aconsejar á los dudosos y en confortar con vuestro celo apostólico á los vacilantes. ¿Qué será de nosotros, que nos hallamos vacíos de méritos? ¡Oh! Supla vuestra abundancia por nuestra pobreza, y así hacednos solícitos para merecer la eterna recompensa.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

3. ¡Oh excelso San Nicolás, calmad vuestras ansias de abrazaros presto con Jesús en la Gloria; refrenad vuestros deseos, que os hacen exclamar con San Pablo que queréis desataros de las prisiones del cuerpo para volar á la Patria de los Santos, y volved una mirada compasiva á nosotros, que nos dejáis inciertos de nuestra eterna salvación! Encended en nosotros unos vivos deseos de los gozos celestiales, y haced que no sean estériles, sino fecundos en buenas obras, para merecer poseerlos.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

4. ¡Oh felicísimo San Nicolás! Como el ciervo busca la fuente, así vuestro espíritu anhelaba el torrente de la eterna dulzura cuando se os aparecieron, para daros un sorbo, nuestro Padre San Agustín, la Virgen María y Jesús, quien con amable aspecto os dijo: «¡Ea, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!» ¡Ah! En nuestras agonías acreciéntese vuestra ayuda cuanto más crezcan entonces nuestras necesidades.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

5. ¡Oh benemérito San Nicolás! Con aquella mirada segura con que tantas veces descubristeis á otros su porvenir, visteis vos próximo el momento de vuestra muerte, y lo pre-

dijisteis á vuestros Hermanos los Religiosos, diciéndoles que os acercabais á la Gloria, ¡ah!, redoblad vuestro empeño en prepararnos para nuestro último tránsito, pues á la hora que menos pensemos vendrá la muerte, y haced que no nos engañemos en un momento del que depende nuestra eternidad.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

6. ¡Oh fervorosísimo San Nicolás! Lejos de sentir las amarguras de vuestra agonía, entonasteis con el arpa de David cánticos de alegría y de alabanza á la eterna Bondad, que rompía ya los lazos del duro destierro, y renovasteis en la presencia de Dios el sacrificio de vos mismo. Avivad en nosotros la confianza en la benignidad divina, para que así le agrade la oferta que le hacemos de todos nosotros, y sea el resto de nuestra vida una hostia viva, santa y agradable á sus purísimos ojos.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

7. El último suspiro que salió de vuestros labios ¡oh enamorado San Nicolás!, fué al mismo tiempo de dolor y de amor. Quisisteis que se os trajese el Leño sacrosanto de la Cruz para meditar en ella las penas que sufrió el divino Redentor, y os sentisteis embriagado en el cáliz de la mirra recordando

la excesiva caridad del Nazareno, que dejó su vida sobre el duro tronco de la Cruz; y, así, con un vivo transporte de amor exhalasteis el último suspiro. Sea este saludable Leño nuestro refugio en esta vida y nuestra fortaleza en la hora de nuestra muerte, en la que, si nos espantan nuestros pecados, nos anime el pensamiento de que Jesús derramó en la Cruz su sangre preciosísima para expiarlos.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desee alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como en el día primero, pág. 370.

DÍA SÉPTIMO

1. ¡Oh admirable San Nicolás! Desde aquel resplandeciente trono de gloria al que Dios quiso sublimaros, miráis con ojos complacidos el lugar donde reposa vuestro cuerpo; en el que se ve una fuente de gracias celestiales para la casa de David; y los ciegos curados, los tullidos enderezados, los obsesos librados, los que evadieron la muerte, y los resucitados á la vida, repiten vuestro nombre entre mil tributos de gratitud y amor. ¡Qué afortunados somos con la posesión de

tan inestimable tesoro! Haced Vos que no desmerezcamos una dicha tan grande.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

2. ¡Oh héroe inmortal San Nicolás! No debían sentir vuestros sagrados despojos los daños de la corrupción mortal, habiendo sido templo vivo y sagrario del Espíritu Santo; pues hasta el agua que sirvió para lavaros las manos y los pies, después de muerto en el lecho de la pobreza religiosa, se conservó largo tiempo incorrupta, y sirvió para obrar las más raras maravillas. Caiga sobre nuestro corazón una gota que apague enteramente el fuego de la concupiscencia terrena.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

3. Si alrededor de la piscina probática se agrupaba una multitud innumerable de enfermos para conseguir la salud, el sonido espontáneo de las campanas invitaba con un prodigio extraordinario, aun á los pueblos lejanos, á que se acercasen á vuestro sepulcro para que recibiesen abundantes gracias y favores. Así Dios, con modos extraordinarios, quiere excitar á los fieles á esperar en vuestro poderoso patrocinio. Acordaos que sois nuestro, y que tenemos más razón que otros para contar con vuestra generosa beneficencia.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

4. Al júbilo universal de la Iglesia Católica, cuando fuisteis inscrito solemnemente, por el Oráculo infalible del Vaticano, en el catálogo de los Santos, ¡oh glorioso San Nicolás! se agregó la viva gratitud de los fieles, que vieron por vuestra merced terminados los cismas que laceraban la vestidura de la Esposa del Nazareno. ¡Ah! Conservadnos á todos en la unidad de nuestra augusta Religión, y haced que unánimes trabajemos por dilatar sus glorias.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

5. Mejor que los huesos del antiguo José, que profetizaron después de su muerte, sirviendo de protección al pueblo hebreo para llegar á la tierra prometida, vuestros huesos, ¡oh milagroso Nicolás!, preconizaron elocuentes, con un nuevo prodigio, aquella feliz inmortalidad de que serán revestidos algún día. Y por eso, cuarenta años después de vuestra muerte, los sagrados brazos que se os cortaron, por una indiscreta devoción, manaron sangre viva y un milagroso maná. Confirmadnos á todos en las verdades de la fe, y haced que estemos prontos á sellarlas con nuestra sangre.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

6. No una vez sola manaron sangre vuestros brazos portentosos, ¡oh poderosísimo San Nicolás!, sino muchas veces en la serie de los siglos, y especialmente cuando nos amenazan los golpes de la divina Justicia, para que corramos solcitos á impedirlos. Os damos infinitas gracias por esta paternal solicitud; mas empeñaos aún con la Divina Majestad para que con su gracia venza la dureza de nuestro corazón y nos conceda tiempo para hacer penitencia y enmendar nuestra vida.

Padrenuestro, Avemaria y Gloria.

7. Así como el Cordero inmaculado y divino fundó y adornó la Iglesia con su sangre, así también el Taumaturgo de Tolentino la sostiene y protege con la suya: éste es el elogio que de Vos ¡oh magnífico San Nicolás! hizo el Sumo Pontífice Alejandro VII declarando que, en las calamidades de la Iglesia de Jesucristo, vos renováis con vuestra sangre la señal de vuestra poderosa protección. Velad sobre el Supremo Jerarca de los fieles, sobre el Prelado de este pueblo, sobre nuestros hermanos religiosos, sobre vuestros devotos y sobre toda la grey católica, y haced que tranquila y pacíficamente lleguemos todos un día á ser dichosos compañeros vuestros en la Jerusalén celestial. — Amén.

Padre nuestro, Avemaria y Gloria.

Ahora pedirá cada uno la gracia que desee alcanzar en este Septenario por la intercesión de San Nicolás.

Lo restante como en el día primero, pág. 370.

Modo de dar á los enfermos y tomar el pan bendito de San Nicolás.

Póngase el pan bendito en un poco de agua, y, una vez que esté blando, se dirán tres *Padrenuestros* y tres *Avemarias* en honor de la Santísima Trinidad, una *Salve* en honor de la Santísima Virgen María, y en honor de San Nicolás se dirá la siguiente

ANTÍFONA

Nicolaus, verus CHRISTI pauper, virgo a DEO electus, obedientiam jugiter servans, Eremitarum Ordinem signis et virtutibus decoravit.

ŷ. Ora pro nobis, beate Nicolæ.

ŕ. Ut digni efficiamur promissionibus CHRISTI.

OREMUS

Concede, quæsumus, omnipotens DEUS, ut Ecclesia tua, quæ beati Nicolai, confessoris tui, virtutum et miraculorum gloria coruscet: ejus intercessione et meritis, perpetua pace atque unitate lætetur. Per CHRISTUM Dominum nostrum. Amen.

Mas, si el enfermo no supiese ni leer ni la *Salve*, diga dos *Padrenuestros* y dos *Avemarias* á la Santísima Virgen, y un *Padrenuestro* y un *Avemaria* á San Nicolás.

GOZOS

*Prodigio de amor divino,
Serafin inmaculado:
Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

Aun no has nacido á este mundo,
Y ya de tu vida santa
El Cielo las glorias canta
Con elogio sin segundo.

De los hijos de Agustino
El más insigne dechado,
*Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

De angelical inocencia
Raro y portentoso ejemplo,
Fuiste la gloria del templo
Por tu virtud y tu ciencia.

Ante aquel Dios uno y trino,
Que á tanto honor te ha encumbrado,
*Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

No hubo alma tan pervertida
Que á tu palabra inspirada
No se sintiese abrasada
Por la sed de nueva vida.

De nuestro eterno destino
No te olvides, Padre amado:
*Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

Del Purgatorio las almas
A ti claman noche y día,
Y de su horrible agonía
Piadoso las penas calmas.

A ti el triste peregrino
Clama también apenado:
*Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

Tu panecillo glorioso
Es bálsamo celestial,
Donde alivio á todo mal
Halló el cristiano piadoso.

Del espíritu dañino
Contra el furor enconado,
*Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.*

Tú con poderosa mano
Ahogaste el cisma diabólico
Que contra el nombre católico
Fraguó el infernal tirano.

En el áspero camino
De este mundo desgraciado,
Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.

Si con sangre de su pecho
Jesús la Iglesia fundó,
Tu sangre la conservó
De la impiedad á despecho.
Satánico torbellino
Ruge fiero á nuestro lado:
Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.

La precedente estrofa es traducción, en cuanto á la idea, de unas palabras del Papa Alejandro VII, las cuales se aducen en el lugar correspondiente de la VIDA DE SAN NICOLÁS.

ÍNDICE

	Págs.
Preliminares.....	1
PREFACIO.....	1
CAPÍTULO I: <i>Infancia de San Nicolás.</i> —Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Venid á mí.—Su caridad para con los pobres.....	5
CAP. II: <i>Juventud de Nicolás.</i> —Sus mortificaciones.—Sus primeros estudios.—La fuente de San Nicolás.—El convento de San Angel in Pontano.—San Nicolás canónigo.—«He ahí el ángel guardián del coro.» Aspiraciones al claustro.....	18
CAP. III: <i>La Orden de Ermitaños de San Agustín.</i> —San Agustín en Milán.—Su vuelta á Tagaste.—Fundación del primer monasterio.—Los Ermitaños de San Agustín en Italia y Francia.—El P. Lanfranco de Setala, Prior general.....	80
CAP. IV: <i>San Nicolás novicio.</i> —Primeras luchas.—El P. Regnault.—Primeros pasos de San Nicolás para entrar en la Orden de San Agustín.—Recibe el hábito religioso en la iglesia de San Salvador.—Alcanza la perfección en su nuevo estado.....	89
CAP. V: <i>Primeros años de San Nicolás en el claustro.</i> —Oración continua de San Nicolás.—Es admitido á hacer la profesión religiosa.—Es enviado á San Ginés.—Sus	

En el áspero camino
De este mundo desgraciado,
Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.

Si con sangre de su pecho
Jesús la Iglesia fundó,
Tu sangre la conservó
De la impiedad á despecho.
Satánico torbellino
Ruge fiero á nuestro lado:
Sé nuestro fiel abogado,
Nicolás de Tolentino.

La precedente estrofa es traducción, en cuanto á la idea, de unas palabras del Papa Alejandro VII, las cuales se aducen en el lugar correspondiente de la VIDA DE SAN NICOLÁS.

ÍNDICE

	Págs.
Preliminares.....	1
PREFACIO.....	1
CAPÍTULO I: <i>Infancia de San Nicolás.</i> —Piedad de sus padres.—Viaje á Bari.—Nacimiento de San Nicolás.—Siéntese desde niño inclinado al Oficio divino y ceremonias de la Iglesia.—Venid á mí.—Su caridad para con los pobres.....	5
CAP. II: <i>Juventud de Nicolás.</i> —Sus mortificaciones.—Sus primeros estudios.—La fuente de San Nicolás.—El convento de San Angel in Pontano.—San Nicolás canónigo.—«He ahí el ángel guardián del coro.» Aspiraciones al claustro.....	18
CAP. III: <i>La Orden de Ermitaños de San Agustín.</i> —San Agustín en Milán.—Su vuelta á Tagaste.—Fundación del primer monasterio.—Los Ermitaños de San Agustín en Italia y Francia.—El P. Lanfranco de Setala, Prior general.....	80
CAP. IV: <i>San Nicolás novicio.</i> —Primeras luchas.—El P. Regnault.—Primeros pasos de San Nicolás para entrar en la Orden de San Agustín.—Recibe el hábito religioso en la iglesia de San Salvador.—Alcanza la perfección en su nuevo estado.....	89
CAP. V: <i>Primeros años de San Nicolás en el claustro.</i> —Oración continua de San Nicolás.—Es admitido á hacer la profesión religiosa.—Es enviado á San Ginés.—Sus	

	Págs.
progresos en los estudios.—Se le encomienda la distribución de las limosnas.—«Dad á los pobres cuanto queráis».....	49
CAP. VI: <i>San Nicolás modelo de perfección religiosa</i> .—San Nicolás cura á un niño de doce años de una dolorosa enfermedad.—Va á Macerata.—Dos paredés lo saludan milagrosamente. Mándanle los superiores que se prepare á recibir las Ordenes.—San Nicolás es ordenado de presbítero.....	63
CAP. VII: <i>San Nicolás sacerdote</i> .—Fervor de San Nicolás en el altar.—Su preparación para celebrar los Santos Misterios.—«¡Qué gran Santo!»—Obra San Nicolás muchas maravillas.....	76
CAP. VIII: <i>San Nicolás protector de las almas del Purgatorio</i> .—Ruega San Nicolás por un primo suyo y lo preserva del fuego eterno. El Hermano Peregrino de Osimo.—Las almas del Purgatorio se aparecen á San Nicolás durante el Santo Sacrificio.—La piadosa Unión del Sufragio.—Las almas del Purgatorio ponen en huida al ejército de Juan de Médicis.....	84
CAP. IX: <i>San Nicolás maestro de novicios</i> .—San Nicolás es enviado á San Elpidio.—Es nombrado maestro de novicios.—Los novicios se sienten arrastrados á imitar las virtudes de su maestro.—El convento de San Elpidio llega á ser un modelo de perfección.—San Nicolás va á la ciudad de Termo.—La santa casa de Loreto.—«En Tolentino será tu muerte».....	95
CAP. X: <i>San Nicolás predicador</i> .—Situación	

	Págs.
moral y religiosa de Italia en el siglo XIII. San Nicolás recibe la obediencia para el convento de Tolentino.—Sus primeras predicaciones.—Conversión de un caballero.—Popularidad de Nicolás.—El milagro de la Porta Montana.—Cura el Santo á su confesor de una enfermedad dolorosa.—Poder de la señal de la cruz.....	107
CAP. XI: <i>Celo de San Nicolás por la salud de las almas</i> .—San Nicolás en el tribunal de la Penitencia.—Introduce la paz en una familia.—Ugolino Monaldo.—Fiordalisia conservada milagrosamente en la vida.....	127
CAP. XII: <i>San Nicolás verdadero ermitaño de San Agustín</i> .—Confiéresele el oficio de limosnero.—Fuente milagrosa.—Doble maravilla.—Berardo Apillaterra.—Humildad del Santo.—Predicción realizada.—Ternura de Nicolás para con la familia Apillaterra.—Varios milagros.—¿Por qué viene usted á mí? ¿No sabe usted que yo soy un gran pecador?—«Es necesario que yo vaya á Visperas».....	142
CAP. XIII: <i>Penitencias extraordinarias de San Nicolás</i> .—Heroísmo de San Nicolás.—Pasa muchos días sin alimento.—La cama demasiado cómoda.—Disciplinas.—Cilicios.—Luchas interiores.—San Nicolás es confortado con una aparición de Nuestro Señor Jesucristo.....	160
CAP. XIV: <i>De la mortificación de Nicolás durante sus enfermedades</i> .—Opónense los religiosos á las penitencias y privaciones de San Nicolás.—Cae enfermo y quiere per-	

- manecer fiel á su régimen habitual.—Mán-
dale el P. Provincial que coma carne.—
«¿Quiere, por ventura, tu madre que yo
pierda mi alma?»—Curación milagrosa.—
Rasgo de delicadeza divina.—Origen del
panecillo bendito de San Nicolás.—Perdi-
ces resucitadas. 174
- CAP. XV: *San Nicolás en sus luchas con el de-
monio.*—Oración continua de Nicolás.—Ra-
bia del demonio.—Primera batalla.—El de-
monio penetra en la celda del Santo bajo la
forma de un pájaro negro.—Nuevas perse-
cuciones.—Brillante victoria. 191
- CAP. XVI: *La estrella de la oración.*—El or-
torio de Tolentino.—La estrella presagio
de santidad.—Precede ésta á Nicolás hasta
el altar.—Cree San Nicolás cercano su últi-
mo día.—«Yo duermo, mas mi corazón vela.» 207
- CAP. XVII: *Los conciertos angélicos.*—San Ni-
colás se prepara á la muerte.—Melodías ce-
lestes.—Nina de Tolentino.—Síntomas de
la muerte.—Aparición divina.—«Tres días
después de mi Natividad pasarás de este
mundo al Reino de los Cielos.»—«Alégra-
te: tu oración ha sido escuchada.»—La no-
ticia de la enfermedad de San Nicolás se
extiende por la villa de Tolentino.—Emo-
ción general.—Nuevos milagros. 215
- CAP. XVIII: *Muerte de San Nicolás.*—Elige
San Nicolás el lugar de su sepultura.—Re-
cibe los últimos sacramentos de la Iglesia.
La reliquia de la Vera-Cruz.—Aparición
celestial.—Pide perdón á sus Hermanos.
Entrega á Dios su grande alma. 230

- CAP. XIX: *Funerales de San Nicolás.*—Cons-
ternación general en Tolentino.—Obse-
quios.—Los enfermos se hacen conducir á
la iglesia de los Agustinos, para recobrar
allí la salud.—La poseída de Trapani.—Ra-
bia del demonio.—Rescate milagroso. 239
- CAP. XX: *Virtudes de San Nicolás.*—Fe, espe-
ranza, caridad.—Obediencia, Humildad. . . 249
- CAP. XXI: *El Taumaturgo.*—Primeros favo-
res de San Nicolás al pueblo de Tolentino.
Devuelve la salud á un hijo de Apillaterra.
Cura á una mujer del mal de piedra.—Apa-
récese á Francisco Angeli.—Curación de
Nancio de Camerino.—Castigo de Tomasi-
na.—Primer aniversario de la muerte del
Santo.—Nuevos milagros.—Aparece sobre
su tumba la estrella de la oración.—Cua-
renta y cinco milagros en una sola noche.
Varias resurrecciones. 261
- CAP. XXII: *Situación de la Iglesia en el si-
glo XIV.*—Publica el Papa Juan XXII la
Bula *Pater luminum.*—Trescientos setenta
y dos testigos.—Va á Aviñón el P. Tomás
de Fabriano.—Luis de Baviera se hace co-
ronar en Aix-la-Chapelle.—Elección de un
Antipapa.—Beatificación de Nicolás.—Un
cisma.—El Papa Eugenio IV obtiene la re-
conciliación por la intercesión de Nicolás.
Trescientos y un milagros. 279
- CAP. XXIII: *Canonización de San Nicolás.*—
El Soberano Pontífice publica la bula de
canonización.—Fijase para la canoniza-
ción el día de la fiesta de Pentecostés, 5 de
Junio de 1446.—Canonización.—Nuevos

INDICE

	Págs.
milagros.—Roma, Pavia, Venecia.—Agradecimiento de Nicolás para con el Papa Eugenio IV.....	290
CAP. XXIV: <i>San Nicolás protector de la Iglesia.</i>	
Ordena el Papa al General de los Agustinos que proceda á abrir el sepulcro de San Nicolás.—Rumores alarmantes.—Un atentado.—El Prior de Tolentino esconde en un subterráneo el cuerpo de San Nicolás.—La sangre profética.—El Papa Alejandro VII declara á San Nicolás protector de la Iglesia universal.....	299
CAP. XXV: <i>San Nicolás terror de los demonios.</i>	
Resurrección de un niño en Grenoble.—Cómo San Nicolás asiste á aquellos que le invocan.—Sor Filipuccia.—Fray Rafael de Rimini.—Un <i>Te Deum</i> .—Una casa endemoniada en España.—Nuevos milagros.....	314
CAP. XXVI: <i>Los panecillos benditos de San Nicolás.</i>	
—La ciudad de Córdoba.—La peste.—El Ayuntamiento de Córdoba ordena una procesión.—La imagen de San Nicolás besa los pies del Crucifijo.—El Crucifijo abraza á la imagen de San Nicolás.—Un incendio en Chinchón.—San Nicolás se aparece á una viuda de Empoli.....	330
Apéndices.....	345
Septenario en honor del glorioso Taumaturgo San Nicolás de Tolentino.....	366

FE DE ERRATAS

Pág. XI	línea II	(prólogo, en la nota dice 1818, léase 1718.
» XII	» 4	dice lema, léase tema.
» XIV	» 13	» pertenecientes, léase perteneciente.
» XVI	» 10	» Corneliguense, léase Cornelionense.
» 19	» 13	» sonaba, léase soñaba.
» 47	» 19	» constante, léase constantemente.
» 65	» 3	» no era obstáculo, léase no eran obstáculo.
» 67	» 5	» los superiores hacen, léase los religiosos haciendo.
» 108	» 8	» participar, léase participan.
» 183	en la nota,	dice Genitrice, léase Genitrici.
» 187	línea 17	dice le di un pan, léase le dé un pan.
» 190	» 12	» el brazo, léase los brazos.
» 240	» 15	» soldado Cristo, léase soldado de Cristo.
» 246	» 11	» dirigióse inmediatamente á la Marca, léase dirigióse á la Marca.
» 230	en el sumario,	dice permiso, léase perdón. ®
» 310	línea 26	dice 1537, léase 1517.
» 348	» 5	» poeniquovis, léase poenis quovis.
» 355	» 13	» testigos, léase testigo.

MS

MUSEO DE LA
UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

LIBRARY
UNIVERSITY OF
NEW LEON